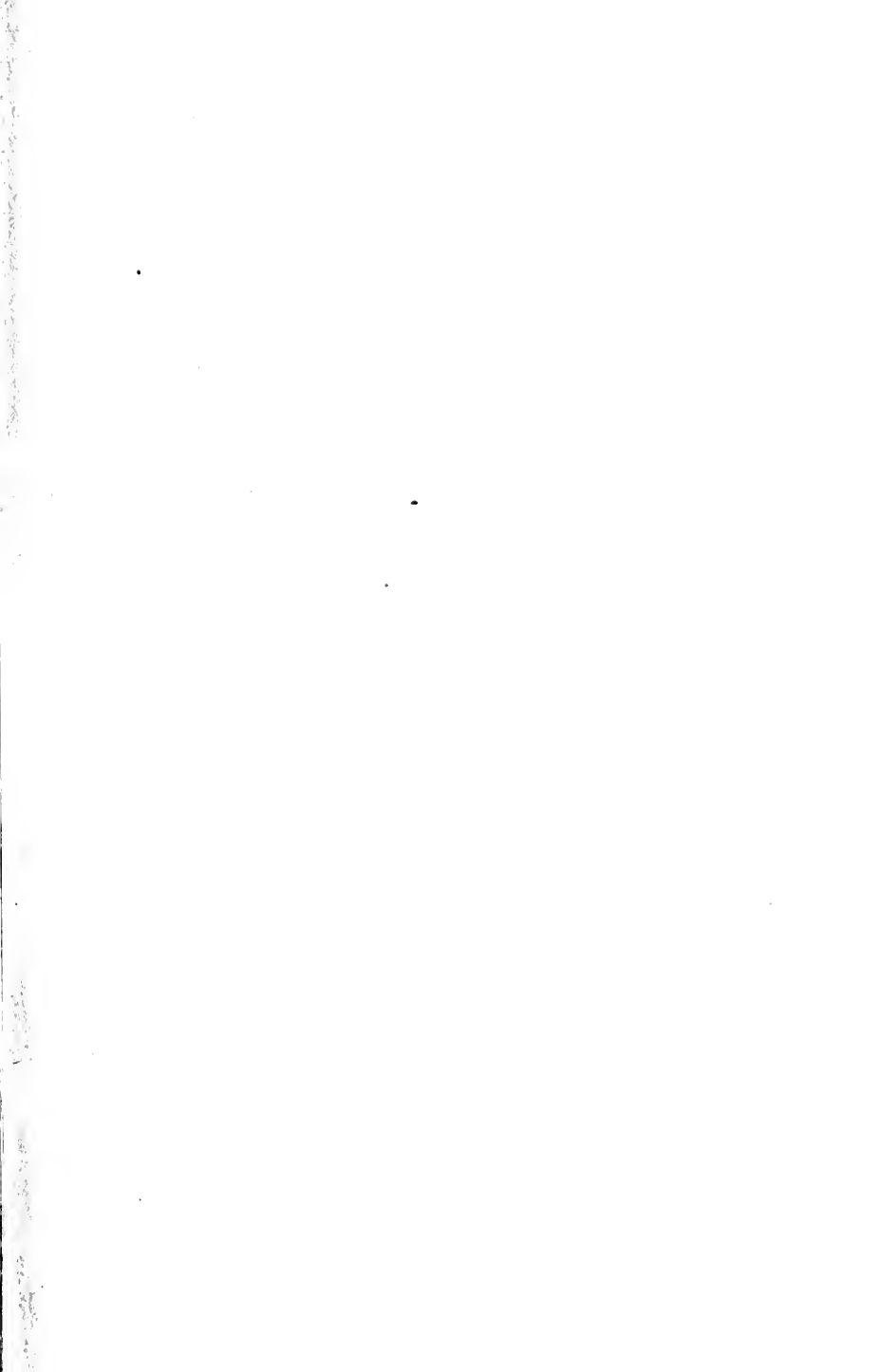






200-136
60

200-136
60





TRABAJO
DEL VICIO.
AFANES DEL AMOR
VICIOSO,

MONSTRVOS DE LA INGRATITVD,
EXEMPLOS PARA LA
ENMIENDA, POLITICAS
PARA EL ACIERTO.

REDVCIDAS A LA HISTORIA
de vn sugeto de modernas experiencias.

COMPVESTO POR DON RODRIGO
Correa Castelblanco, Sargento Mayor de el Tercio de
Granada, y Governador del Peñon.

DEDICADO

AL EXCELENTISSIMO SEÑOR DON
*Iuan Antonio Pacheco Ossorio Toledo y de la Cueva,
Marques de Cerraluo, y de San
Leonardo, &c.*

CON PRIVILEGIO

En Madrid. En la Imprenta de LORENZO GARCIA
DE LA IGLESIA. Año de
M.DC.LXXX.

$$\begin{array}{r} 260573 \\ \hline 29 \cdot 10 : 31 \end{array}$$

000' 172, 7 700

DEPT. OF AGRICULTURE

AL EXCELENTISSIMO SEÑOR
Don Iuan Antonio Pacheco Ossorio Toledo y
de la Cueva, Marques de Cerralvo, y de San Leo-
nardo, Conde de Villalobos, Comendador de las
Encomiendas de Fuente el Moral, y de Horna-
chos, Administrador de las de Almodovar de el
Campo, y Herrera, Alcayde del Castillo de la Al-
vergüeria, y de Almorchan, Gentilhombre de la
Camara de su Magestad, de sus Consejos de
Estado, Guerra, Indias, y Camara de
ellas, Capitan General de la Arti-
lleria de España, &c.

EXCELENTISSIMO SEÑOR.



*I la tierra bronca, y adusta le corresponde al
Sol con flores, y frutos, en reconocimiento
de sus benevolas influencias, que mucho que
un honrado racional agencie demonstraciones
con que publicar las fauorables influencias,
con que V. Excelencia en Flandes, y en Cataluña me honrò,
que fueron nobles impulsos de su generosa sangre, para que
aya servido al Rey mi señor con el acierto deseado, de que al
passo que me hallo honrado, me reconozco obligado, y deudor de
V. Excelencia, pues todos mis aciertos los deno al valeroso in-
fluxo de V. Ex. à quien, como à noble Sol de los Ilustres Sela-
res de España de Pacheco, Ossorio, Toledo, y Cueva, rindo las*

gracias de las mercedes recibidas, postrado à los pies de V. Excelencia en este curioso papel, que no siendo mio, sino de un amigo, consigo dos intentos, el propio de agradecido, y el del Autor, que grangea un Patron tan fauorable como V. Excelencia, à quien Dios guarde, como este su mas obligado desea, y ha menester.

A los pies de V. Excelencia B.S.M.
su mas obligado.

Don Rodrigo Correa Castelblanco,
Gobernador del Peñon.



APROBADO

APROBACION DEL MAESTRO
Fray Alvaro Ossorio, Definidor de Castilla, del
Orden de San Agustin.

POr mandado de el señor Don Alonso Rico, Vicario de esta Villa de Madrid, se me remitió yn libro, cuyo titulo es, *Trabajos del Vicio, y Afanes del Amor*, compuesto por Don Rodrigo Correa Castelblanco, Sargento Mayor de el Tercio de Granada, y Governador de el Peñon; y aunque ocupada la atencion al examen, le he leydo con curiosidad, admirado, y gustoso, que el gusto le trae consigo la admiracion: *Quod admirabile, est delectabile est*, dixo Artes: Admirele, porque sacar del mal el bien, es maestria, que del empleo militar, es de quien podia esperarse menos; con que podré dezir del Autor, lo que à contrario intento dixo nuestro Gran Philosopho Español Seneca: *Quid spectat, qui offendit, dum obligat*. Mucho bueno se puede esperar, de quien con successos que estragan, edifica.

Leyle gustoso, mas q̃ por lo divertido (con serlo tanto) por lo provechoso, que puede ser à la juventud, sien la escuela de los successos quieren ser discipulos de los escarmientos, q̃ esse es el intēto de

el Autor, y esse motivo, vna de lasrazones que halló para su aprobacion, , pues le basta a la obra para buena, la loable intencion con que se escribe: *Opus bonum intentio facit*, dixo mi Agustino, siendo en sentir de mi grande Padre la mejor censura; el dolerse de lo que neciamente tuvo por gusto: *Operum bonorum initium confessio malorum est*. Con que siendo este libro (como le hallo) cabal en la Fê, y para los que con prevencion cuerda le leyeren; no solo no disonante, sino provechoso con lo que les avisa a las costumbres. Siento, q̃ se le puede dar la licencia que pide para darle à la estampa, porque con su comunicacion (sin o le vicia la malicia) ganará; quien le tuviere, vn amigo; que en lo politico, y moral se dê doctrina con que acorte los passos al despeño, sin que el riesgo de peligrar el poco seso de la mocedad sea tacha para sacarla a luz, porque esso mas que nulidad de la obra, será mal gobierno de quien se maleare con ella; que el mal bien exercitado, es lustre, como vsar del bien mal, es ignominia. San Pablo hizo instrumento de Satanàs para sus virtudes: *Datus est mihi stimulus cernis me e Angelus Sathanae, qui me colaphicet*. Y Iudas, de la triaca del Sacramento, veneno para su ruina; con que de quien vsare mal de los suces-

cessos, serà la culpa, y para el Autor no puede de-
xar de ser excelencia, y lustre grande saber salir
de el mal tan bien aprovechado. Este es mi sen-
tir, en San Felipe el Real de Madrid, à 17. de Di-
ziembre de 679. años.

Fr. Alvaro Ossorio.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS el Licenciado D. Alonso Rico y Villarroel, Consultor del Santo Oficio, y Vicario desta Villa de Madrid, y su Partido, &c. Por el presente, y por lo que à Nostoca, damos licencia para que se pueda imprimir, è imprima el libro intitulado, *Trabajos del Vicio, y Afanes del Amor vicioso*. Compuesto por Don Rodrigo Correa Castelblanco. Atento, que de nuestra orden, y comission ha visto, y reconocido, y no cõtiene cosa contra nuestra Santa Fè, y buenas costumbres. Dada en Madrid à veinte y dos de Diziebre de mil seiscientos y setenta y nueve años.

*Lic. D. Alonso Rico
y Villarroel.*

Por su mandado

*Don Lucas de Cabañas
Notario.*

APRO-

APROBACION DE DON IVAN
Baños de Velasco, Coronista general
destos Reynos.

M. P. S.

Vestra Alteza se ha servido mandarme lea vn libro, intitulado *Trabajos de el Vicio, y Afanes del Amor vicioso*. Compuesto por Don Rodrigo Correa Castelblanco, y diga mi parecer, para que se sirva dar licencia para su impresion. Y cumpliendo con el precepto, lo qual hallo en este libro, son vnas morales advertencias, que dulcemente, alegando los sentidos, pretenden introducirse à la compostura de las potencias, y lo que es Parabolico en la metafora, seado doctrina prudencial en el vso de las virtudes, si quien le leyese no descompone por su mal afecto, el opificio con que està taraceado, pues no tuvo culpa la flor, que alambicada de la officiosa abeja, no produjo el sabroso panal en el venenoso enredo de la malevola araña, pues su mala complexion de esta, hizo tofigo de lo que la otra miel. Dulce es la narrativa de este tratado; mucho tendrá que aprender en él, quien sirviendole de espejo reparare si le ha sucedido, ò puede ocurrirle
lo

lo propio para fabricar el escarmiento à la vista
destos tan artificiosos defengãos, sin que aya ha-
llado en él cosa que se oponga à nuestra Santa
Fé, ni a la soberania , y obediencia de la Magest-
ad. Este es mi sentir , salvo meliori. En Madrid
à 22. de Enero 1680.

Don Iuan Baños

de Velasco.

EL

POR quanto por parte de vos Don Rodrigo Gorrea Castelblanco nos fue fecha relacion aviades compuesto vn libro, intitulado *Trabajos del Vicio, y Afanes del Amor*, de el qual haziades presentacion en devida forma: y para poderle dar à la estampa, sin incurrir en pena alguna, nos suplicasteis os mandassemos conceder licencia para ello, y privilegio por diez años, ò por el tiempo que fuèssemos servido, ò comola nuestra merced fuèsse; lo qual visto por los de el nuestro Consejo, por quanto en el dicho libro se hizieron las diligencias que la Pragmatica, vltimamēte hecha sobre la impresion de los libros, dispone, se acordò deviamos mandar dar esta nuestra cedula para vos en la dicha razon, y Nos lo tuvimos por bien. Por la qual os damos licencia, y facultad, para que vos, y la persona que vuestro poder huviere, y no otra alguna, podais imprimir el dicho libro, de q̄ de su so vâ fecha mencion en todos estos nuestros Reynos de Castilla, por tiempo, y espacio de diez años, que han de correr, y contar se desde el dia de la data desta nuestra cedula en adelante, pena, que la persona, ò personas, que sin tener vuestro poder lo imprimiere, ò vendiere, ò hiziere imprimir, ò

ò vender, por el mismo caso pierdan la impres-
sion con los moldes, y aparejos de ella , y mas in-
curra en pena de cinquenta mil maravedis cada
vez que lo contrahiziere ; la qual dicha pena sea
la tertia parte para la nuestra Camara , y la otra
tercia parte para el Iuez que lo sentenciare , y la
otra tertia parte para la persona que lo acusare:
con tanto, que todas las vezes que huvieredes de
hazer imprimir el dicho libro, durante el tiempo
de los dichos diez años, la traygais al nuestro Cõ-
sejo, juntamente con el original que en él fue vis-
to, que vâ rubricado , y firmado al fin del de Do-
mingo Leal de Saavedra nuestro Escriuano de
Camara, de los que en él residen, para que se vea si
la dicha impressiõ està conforme al original , y
traygais fê en publica forma , de como por Co-
rrector nombrado por nuestro mandado, se viò, y
corrigiò la dicha impressiõ por el original, y se
imprimiò conforme a él , y quedan impressas las
erratas , por él apuntadas, para cada vn libro de
los que asì fueren impressos , para que se tasse el
precio , que por cada volumen huvieredes de
aver. Y mandamos al Impressor que asì le impri-
miere, no imprima el principio, ni el primer plic-
go d'él, ni entregue mas que vn solo libro con el
original , al Autor, ò persona à cuya costa lo im-
pri-

primiere, ni à otra alguna, para efecto de la dicha correccion, y tassa, hasta que antes, y primero el dicho libro esté corregido, y tassado por los del nuestro Consejo, y estando hecho, y no de otra manera pueda imprimir el dicho principio, y primer pliego, y sucesivamente esta nuestra Cedula, y la aprobacion, tassa, y erratas, pena de caer, é incurrir en las penas, y pragmaticas contenidas en las leyes de nuestros Reynos; y mandamos à los de el nuestro Consejo, Presidentes, y Oydores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, y Alguaziles de la nuestra Casa, y Corte, y Chancillerias, y à todos los Corregidores, Asistente, Governadores, Alcaldes Mayores, y Ordinarios, y otros Iuezes, y Iusticias destos nuestros Reynos, y Señorios, y à cada vno dellos en su jurisdiccion, que os guarden, y cumplan, y hagan guardar, y cumplir esta nuestra Cedula, y lo en ella contenido. Dada en Madrid à veinte y ocho dias del mes de Henero de mil seiscientos y ochenta años.

YO EL REY.

FEE DE ERRATAS.

FOL. 12. col. 1. palenquela, lee palanquela, fol. 17. col. 2. en el agas-
fo, lee agassajo, fol. 20. col. 1. noche de juicio, lee de junio, fol.
26. col. 1. sin gusto, lee singasto, fol. 41. col. 2. pegado, lee lagado, fol.
42. col. 1. noble, lee novel, fol. 43. col. 1. y 2. combites, de puestas, lee
embotes, de puestos, fol. 48. col. 1. tercedor, lee torcedor, fol. 64. col.
1. de mis juizios, lee de mis vicios, fol. 67. col. 1. pura salvar, lee para
salvarnos, fol. 69. col. de maltratado del, lee del maltrato del, fol. 71
col. 2. pues avia huido, lee aviatraido, fol. 73. col. 1. rebalizo, lee re-
balso, fol. 78. col. 2. a las otras, lee a las aras, fol. 85. col. 1. dentro, lee
dentro, fol. 92. col. 2. su traraza, lee su traza, fol. 103. col. 1. discursi-
vo, lee discurso, fol. 103. col. 2. pue, lee que, fol. 161. col. 2. ausentes,
lee asustose, fol. 172. col. 1. o ya por nuda nada, lee por no dar mayor
noticia, fol. 179. col. 1. del dasurso, lee del dozareo, fol. 180. col. 2. del
rendido, lee del entendido, fol. 181. col. 2. que hablo, lee que hallo,
fol. 312. col. 2. la misma pana, lee la misma pena, fol. 246. col. 2. due-
la, lee que la, fol. 288. col. 2. aunque no éran, lee aunque ésten, fol.
288. col. 2. col. 1. que os declaró, lee que nos declaró, fol. 329. col. 2.
trazar su amante, lee su muerte, fol. 329. col. 2. la qual no tenia, lee
notenia.

Este libro, intitulado *Trabajos del vicio, y Afa-
nes del Amor viciosa*, con estas erratas, corres-
ponde con su original. En Madrid à 13. de Abril
de 1680. años.

Lic. Don Francisco Murcia
de la Llana.

SVMA DE LA TASSA.

TAsaron los Señores del Consejo este libro, intitulado *Trabajos del vicio, Afanes del Amor vicioso*, compuesto por Don Rodrigo Correa Cast el blanco, Sargento Mayor del Tercio de Granada, a seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su original, despachado en el Oficio de Domingo Leal de Saavedra, en 15. de Abril de 1680.

T A B L A D E L O S

capitulos que se contienen en
este Libro.

CAP.1. De la patria, y padres de Don Carlos.

Cap.2. Llega Carlos à Toledo, y dà principio à su primer empeno, fol.7.

Cap.3. Empeñase Carlos en su amoroso empleo, hasta salir por el de Toledo, fol.16.

Cap.4. De los sucesos del viage de Carlos, fol.27.

Cap.5. Dà cuenta el Solitario à Carlos de los raros sucesos de su vida, fol.40.

Cap.6. Prosigue el Ermitaño, hasta dar fin de la historia de su vida, fol.53.

Cap.7. Llega Carlos à Soria, sabe la ingratitud de Doña Beatriz, con que la olvida por otros amores, fol.68.

Cap.8. Relatase algunos lances del empeno de Doña Francisca, hasta que por el postrero la dexa Carlos, fol.78.

Cap.9. Sale Carlos de Soria, llega à Agreda, de adonde dà buelta à Vizcaya, y Navarra, dàse cuenta de los lances de su jornada, fol.90.

Cap.10.

Cap. 10. Prosiguen los successos de la jornada de Carlos, fol. 100.

Cap. 11. Entra Carlos en Pamplona, lo que le sucede hasta salir de la Ciudad, fol. 108.

Cap. 12. Prosigue Laureana los trabajos de su vida, fol. 118.

Cap. 13. Sale Carlos à proseguir su viage, llega à vn lugar cerca de la raya de Castilla, donde le festejan vna noche, fol. 126.

Cap. 14. Llega Carlos a Moncayo, lo que le sucede hasta llegar a Zaragoza, donde dà principio à su mayor empeño, fol. 133.

Cap. 15. Sigue Carlos el empeño hasta la permission del premio, fol. 143.

Cap. 16. Prosigue el primer encuentro del mayor empeño, fol. 154.

Cap. 17. Prosigue el successo del empeño, hasta ausentarse de Zaragoza, fol. 166.

Cap. 18. Buelve Carlos à Zaragoza, donde su dama procura quitarle la vida, fol. 177.

Cap. 19. Sana Carlos de su achaque, buelve a los montes donde se criò. Entra en Toledo, donde le sucede vn azar, fol. 197.

Cap. 20. Dà quenta el bravo de los varios accidentes de su vida, fol. 210.

Cap. 21. Prosigue el bravo con la relacion de su vida, fol. 222.

Cap. 22. Trátase vna curiosa question del amor mundano, fol. 229.

Cap. 23. Salen de Madrid, sucedenles en Mostoles vna burla, fol. 240.

Cap. 24. Siguen Don Antonio, y Carlos su viage, hazenle a Andrés vna burla, fol. 250.

Cap. 25. Entra Carlos en Lisboa con intentos de retirarse de el mundo, pero embarazase con nuevo empeño, fol. 255.

Cap. 26. Sale Carlos de Lisboa con Don Basilio, el qual haze relacion de los naufragios de sus vidas, fol. 268.

Cap. 27. Acaba Don Alvaro de contar los sucesos de su vida, fol. 287.

Cap. 28. Descrivese el alegre viage que tuvieron hasta llegar à Madrid, fol. 299.

Cap. 29. Suceso de Doña Maria, por cuya causa sale Carlos de Madrid, fol. 311.

Cap. 30. Muere Doña Maria, con que escarmienta Carlos, fol. 323.

Cap. 31. Aprietanle más à Carlos los descengños del mundo, fol. 336.

PRO-

PROLOGO AL LECTOR.

B IEN entiendo (curioso Lector) que avrá reparado en el sobreescrito de este librito, donde parece se le dà por Autor a vn Soldado, que desde su niñez no ha tenido otro exercicio que el manejo de las armas; las quales, aunque Julio Cesar las concordò con la pluma; pero no pudo ajustar a que le liguiesen todos los Militares el dictamen, porque es imposible el servir à dos señores, y mucho mas emplearse en dos exercicios tan opuestos como la espada, y la pluma. Yo soy vno de los que no han sabido seguir el exemplar de tan ilustre Caudillo: contentome con procurar servir à mi Rey, y Señor con lealtad, y heredada, dexando para los Sabios Politicos el empleo acertado de la pluma, con que confieso, que este librito es de vn amigo, que no quiso que pareciesse en publico su nombre. A mi me pareció bien, con que he permitido que salga en mi nombre; pero confesando no ser mia la obra, porque nunca me preciè de lograr aplausos à costa de meritos ajenos. Y assi con toda legalidad confieso, que lo que es de mi cosecha, es solo el buen deseo de que aprovechen escarmientos, y a
que

que los propios no los regulamos por penosos afanes, sino por necesarios accidentes de la bizarria humana.

Pareceràn ficciones del ingenio, pero asseguro que todo son verdades, mudados los nombres, y lugares: de mucho dello me consta, porque asisti a los cõtrayentes. Y assi lastimado de sus ahogos, deseo que aprovechen para la enmienda, que es lo que me toca, ya que mi obligacion Militar no me ha permitido que agencie el caudal para el acierto de la pluma. VALE.

TRA



TRABAÍOS

DEL VICIO.

AFANES DEL AMOR VICIOSO,

MONSTRVOS DE LA INGRATITVD.

EXEMPLOS PARA LA ENMIENDA,

Politicas para el Acierto.

REDVCIDAS A LA HISTORIA DE VN

Sugeto de modernas experiencias.

CAPITVLO PRIMERO.

De la Patria, y Padres de Don Carlos.



N T R E
la obscu-
ra breña
de los mō
tes de
Toledo,
yaze vn

por humilde, no buscado; y
por pobre, fuera de la estima-
cion de la memoria cortesana.
Este, pues, es silvestre Corte
de Aldeanos, humilde asiento
de Consejeros de las selvas;
apacible Colonia de los habi-
tadores de los montes; su de-

lugar; por corto, no conocido;

leitoso parage es entre dos, si-
no caudalosos rios, à lo me-
nos rios sin el caudal de la hin-
chacion de las aguas, que por
coger niñas las fuentes, no son
gigantes sus padres, si natura-
les, y claras sus abundancias.
Repartese la amenidad flori-
da en varios, y admirables
payses, guardando el coraçon
de aquella Aldea por centro
alegre de la Primavera. Som-
bra le haze vn bosque, alver-
gue bruto, y comun, del lige-
ro Gamo, del Corço corredor,
del timido gaçapo, del cerdo-
so animal, y de la montaraz
volateria, cuyas espaldas guar-
da la altivez de vna roca (as-
siento de los Reyes de las
Aves) de cuyo pecho vierte
sus aguas vna fuente, vndosa
guarnicion de aquellós Va-
lles. Y porque no quede solo
en flor el fruto deste vergel de
la montaña, la sabrosa corona
de frutales le haze sombra con
su cercania, que à su tiempo le
rinde colmados frutos de sa-
zones varias: tal cerco ponen
las abundancias à tan fecundo
suelo; pero el vñano de la apa-
cible muralla la desdena desde
vna alta eminencia, corriendo

su habitacion àzia el monte
donde se retira, hallando re-
fugio mas seguro de la oposi-
cion de los ayres, que sober-
vios de fuerças por Invierno,
pretenden derribar à violen-
cias furiosas, la Corona de los
valles, la cabeça del imperio
de las selvas. Sus edificios son
humildes, sus cortesanos ver-
daderos, professando mas la
verdad por no admitida, que
la mentira por buscada. Viven
gustosos con su suerte, porque
no ay mas gozar que conten-
tarse con no apetecer.

En este, pues, Parayso de
los montes, viuia vn pobre
Cavallero en compaña de su
esposa, que en amigable trato
ayudava à llenar con alegre
semblante la falta de las rique-
zas de la vida: conformavan-
se tan discretos con la felici-
dad de estado, que les servia
la memoria de sus perdidos
bienes, de milagroso acciden-
te para estimar la igualdad de
el descanso que gozavan. Sus-
tentavanse de vna corta ha-
zenduela, que cultivada de
dos moços de el campo, les
contribuia lo suficiente para
el regalo de la vida humana;

pues

pues quando los perdidos bienes les acarrearón penas, la cortedad de vnos desperdicios olvidados, les gran-gean descanso, y alegría. Hà mundo! que quien mas possee de ti, mas trabaja, que quien menos te goza viue con mas sosiego. En esta prudente retirada de la borrasca del bullicio cortesano, los favoreció el Cielo con darles à los dos confortes vn deseado hijo, fruto apetecido de algunos años, logrado en el tiempo de la alegre soledad. Pufieronle por nombre Carlos, ò ya por apellidarle como mereció su amor, ò ya por pronostico de las esperanças que se podian tener de vn hijo tan apetecido de su anhelo. Creció en pueriles juegos, dando luzes en ellos de lo mucho que cubria el villano sayal de prendas no conocidas; pero como estas eran mas atendidas de los ojos de sus padres, no permitieron que le faltasse la escuela de las artes liberales en que puliesse, si hermo-seasse con el estudio, los naturales dones de que el Cielo le dotò. Embiaronle à Tole-

do à casa de vntio suyo. Prevendado de aquella Santa Iglesia, el qual le recibió con amor, porque siempre el estado Ecclesiastico es el refugio de necesitados. Diòle al punto Maestro de latinidad en el Doctor Canales, vn ciego que en aquel siglo fue muy celebrado en la Ciudad de Toledo; y porque aprovechasse todo el tiempo, le diò leccion de dançar, tocar vna guitarra, con que le apartò con prudencia de los divertimientos viciosos, porque la ociosidad es madre de los vicios, quando la ocupacion es escuela de la virtud. Dentro de dos años se luzió bien el cuidado de sus Maestros, con la aplicacion del discipulo, pues assi en letras de humanidad, como en la destreza de la guitarra, gala, y donayre en el dançar, fue Carlos el primero, ò el mas aventajado en sus exercicios. O, dichoso el hombre que le dà Dios padres que le engendran segunda vez hombre en la enseñanza que le dàn! O infeliz aquel hijo, que le cupo por suerte padres, que auendole engendrado para hijo de

bendicion, le dñ enseñançã para que sea verdugo de su honra. Bien afortunado, pues, fue Carlos, que auiedo perdido à sus padres en las conueniencias de la hazienda, hallò vn pariente padre que le diò la enseñançã como si fuera padre, y mas que padre. Vivia junto à su casa vn Cavallero de los muchos que ay en la Imperial Toledo, cuyos hijos no inclinándose à las letras, era su estudio el de las armas, con que Carlos con el deseo de aprender todas buenas artes, se introduxo à jugar las armas, à hazer mal à vn cavallo: lecciones todas que en breve tiempo le adornaron de perfecto Retorico, de grã Humanista, de cortesano, de diestro en todas armas, con que era querido, y amado de toda la Ciudad de Toledo, la qual en apoyo de la estimacion de los nobles amigos de Carlos, se esmerava en aplaudir sus prendas contanto exceso, que no auia bizzarria que no le acumulassen, ò sentencia que no dixesse, ò habilidad, y destreza que no executasse. Seis años viuió Carlos gozando de esta

felicidad con sosiego del animo, con seguridad de conciencia; poco tiempo le permitió el mundo de gusto, en desquite de tantas penas como passò desde edad de veinte años, hasta los quarenta y dos de su edad. Pero quando el mundo supo dar gustos, sino para enmendarlos con penas? Mas quando estas se multiplican, sino es en sugeto que merece ser coronado de lauros vencedores? El primer golpe conque le molestò la fortuna, fue la nueva de que su madre luchava con vna mortal enfermedad; para cuya asistencia pidió permission à su Tio para acudir à esta forçosa ocupacion, la qual el Religioso Prevendado le concedio, encargandole la brevedad de la buelta en estando fuera de peligro su madre, porque ni su amor, ni su soledad permitian largas à su ausencia. Recibió Carlos su bēdiciō aquella noche, por no inquietarle à la mañana; y como el cuidado acortaba las horas al sueño, Carlos como hijo amante de su madre, cuidadoso de su enfermedad, no fosego hasta ponerse en camino,

que

que fue sin tropieço , que no fue poco , pues nunca vino el mal sin compañía. El cuidado puso espuelas à la diligencia , la qual se logró con brevedad , llegando Carlos , como deseava , à la casa de sus padres , al quarto donde su madre , fatigada de la mortal dolencia , peleava con la muerte. O deuda comun , que quien mas presume de desobligado por pocos años , mas apriessa la paga sin llegar à la vejez ! O descuido humano , que debiendo morir pagando esta deuda con la vida , viuiamos como sino huvieramos de acabar , acabando como sino huvieramos viuido para morir ! No quiso Carlos privarse de las albricias que su imaginacion , ò su deseo le prometian con su vista , juzgando por milagroso al amor , ò por mas valiente que la muerte ; entendió que la fuerza de el cariño , embuelta con la alegría de su vista , milagrosamente la despojasse à la muerte de sus fuerzas , con que pretendia acabar con la vida de su madre ; pero engañóse , pues solo la comunicò alien-

tos para encomendarle à la obediencia de su padre , dándole su bendicion , y por pos-trera memoria de su amor no pudo ser sin lagrimas. Enojada , ò zelosa la muerte con el amor de ver que pretendia burlar todas sus fuerzas con los alientos del cariño , hizo mayor esfuerço , con que acabò con la vida combatida de mortales accidentes. Sintiólo contanto extremò su esposo , que acabadas las exequias , le hirió el sentimiento con mortal achaque , que fue la misma enfermedad con mayores accidentes , porque eran penas de vna memoria atormentada con los assombros de la muerte , ò dolores de vna enfermedad , originada de la congoja en la ausencia mortal de su esposa. Y no se qual era mayor causa de dolor al sentimiento de Carlos , si el ver despojada de la vida à su querida madre , ò si reconocer à su padre fatigado de las congojosas ansias de la muerte ? Ambas à dos son causas de estremo sentimiento ; pero mayor la congoja presente , aunque se goza con vida lo que se ama.

porque aunque al parecer no ay mas pena que experimentar la muerte en el amado; pero en viêdo que feneció lo que se ama, se dà principio à olvidar la congoja, con saber que se le acabò el penar, quedando vn genero de consuelo en el mismo afan; porque se advierte, que tuvo fin el mortal dolor que fatigava la querida prenda; pero temer la pena con prônosticos fatales de la muerte, sintiendo con el llamado las fatigas de el dolor? Mas es que llorar, ò sentir lo fenecido, porque con el fin de la vida se acaba el temor de mayor mal; pero mientras se viue temiendo, se profetizân males, con que todo es morir con vida, acabar permaneciêdo, y permanecer en peor estado que si huviera fenecido. O vida desdichada! que por ser humana llega à tal parage de miseria, que es mejor al que la pòsee fenecer de vna vez para acabar con penas, q̃ permanecer edades, por no experimentar mas muertes.

Entre las borrascosas olas de este temeroso naufragio, fluctuava el combatido baxel

del sentimiento de Carlos, sin mas vela, y remo que el valor que le acompañava, sin mas Norte que las cortas esperanças que los amagos lastimosos le prometian. Variava el sentimiento en amarguras, ya con la congoja de la muerte de su madre, ya con el dolor de la enfermedad de su padre, con que apretavan su coraçon de manera, que se asomavan à las ventanas de sus ojos las amarguras tiernas en que estava, y segun lo que mas permanecia, eran más, ò menos los ahogos, hasta que Dios puso termino à la vida de su padre, con que en igual pareja de debido llanto, llorò amargamente la muerte de sus padres, que ayudado de la consideracion del acabar pagò en lagrimas, lastimosos presagios de su mala fortuna. Quince dias fueron solos los que gastò Carlos desde que salió de Toledo, hasta q̃ quedò sin padres, sepultandolos en la Iglesia de aquel Pueblo con la pompa acostumbra da en lugar apartado de todo genero de vanidad. Hizo todo el bien que pudo por sus almas, situandoles vna Capellania, cõ que

que pagò en mejor moneda la deuda que les deuia de la naturaleza. Compuso lo restante de su hazienda por consejo de su Tio, dandoli en arrendamiento: despidiòse de sus amigos, y payfanos; diò à los pobres vezinos las alajas menores de la casa, con que se vistieron, aprovechando lo que no servia, y con lo demàs bolviò Carlos à Toledo, à la casa de su Tio.

CAPITULO II.

Llega Carlos à Toledo, y dà principio à su primer empeño.

ERa por Mayo quando la contraria fortuna començò à mostrarse ceñida contra los meritos de Carlos: por Mayo era, quando el azero riguroso de la muerte, cortò el hilo de la vida de sus padres. Era por Mayo, quando el tiempo con el alhago del Sol, y el fecundo humor de las aguas del Invierno, fructificava flores, fertilizava prados, y montes, adornandolos de nueva, y verde gala; y siendo vn mismo tiem-

po el de Mayo, en que se alagran los campos, festejando la venida de las flores con su risa; para Carlos las flores de esta Primavera, fueron lagrimas; las galas deste Mayo, fueron lutos; pero que mucho, si lo florido desta vida son penas, si los frutos lagrimas amargas.

En suspension triste de sentidos, passò Carlos la distancia del camino que ay desde los montes de Toledo à la Imperial Ciudad de las Aguilas; entrò por la celebrada, y antigua puente de San Martin, y por calles escusadas, sin mostrarse à los amigos, se retirò à casa de su Tio, que le recibìo entre dos extremos, con pena por la muerte de sus padres, con alegria por verle ya en su casa, fuera de los ahogos de la ausencia. A tan buena voluntad, procurò Carlos pagar con la devida asistencia, sin perder de vista la persona de su Tio, solo el tiempo que le permitia lo passava retirado, leyendo diferentes libros, que son Maestros cortesanos, padres de buena leccion, escuela de toda buena enseñanza. De

aquí resultava , el que en las conversaciones se moviesen varias quæstiones, porque es traza de la mayor politica, tratar entre los propios materias que se desean acertar en la palestra de la publicidad. Gustosamente se esmerava Carlos en entretener à su religioso pariente , el qual en trueque de la atencion de su prudente sobrino, le prevenia galas , le agenciava aliños ; y para mayor conveniencia, le disponia à nuevo estado , procurando enlaçarle en la suave conjunda del matrimonio. Era el sugeto con quien el atento pariente pretendia casar à Carlos , vna viuda , vezina de su casa, hija vnica de sus padres nobles, y ricos ; sus prendas, aunque retiradas à fuerça del recato , eran bien parecidas, y estimadas, solo Carlos era el que mas las atendia , porque auia algunos dias que por medio de su vista , qual basilisco le auia herido de muerte; porque la vezindad lo ocasiona, la vista es presta, la mocedad curiosa, con que con facilidad se sintió Carlos rendido à la sujecion de su amoroso im-

perio ; y aunque las calidades del Amor son publicidades de la inquietud , no permitia Carlos que passasse de los terminos del silencio , à la ruidosa plaza de la publicidad, porque es singular prenda de la nobleza pretender con el silencio , por no desacreditar con lo publico. Era su habitacion la de vn quarto baxo , cuya ventana registrava por Verano el patio de la casa de su Dama ; la qual con la ocasion del tiempo , y en Toledo , permitia con descuido cuidadoso , que gozasse Carlos muchas vezes de su vista. Estos relampagos , ó rayos de la presencia de Doña Beatriz (que este era su nombre , porque no la faltasse ni aun el nombre de Dama) causavan en su apasionado amante , si embeleso gustoso por breve rato , tormentoso parálisis por su ausencia. Rayo era la vista de la Dama , pues à dulces violencias de sus ojos , ocasionava mortales efectos en el alma, dexando entera la corteza de aquel cuerpo. Pero Carlos, qual ollada mariposa se acer-

cava mas à lo efectivo de su llama; por la breve bruxula de vna zelosia participava si corta luz de su prenda amada, mucho alivio à su desesperada congoja; con que vnas vezes se quexava del diafano embaraço, que tan avaro le comunicava el bien de la vista de su Dama; otras disculpava la avara permission, porque aunque descaua mas patente la presencia de su dueño, pero temia su cercania, por no perder en turbaciones publicas, lo que lograba en sus retiros. En la medrosa suspension de amar, sin saber si era correspondido, vivia Carlos contento de su empleo, temeroso de su fortuna, que le amenaçava cõ ingratos retiros de su Dama; pero no era asì como Carlos lo temia; porque si el donayre, la gala; si lo jarifo; y hermoso de Doña Beatriz le auia apriñonado en sus amores, el talle, lo brioso, lo entendido, y lo modesto de Carlos auia ya rendido el coraçon de su Dama con tan dulce violencia de cariño, que muchas vezes quiso dar voces pidiendo

fauor contra la fuerza del fuego de el amor; pero la modestia mas puntosa la obligaua dissimulos à sus ojos, para que no publicassen con lenguas de el alma, ternuras del coraçon. En este parage de el Chaos de el amor estauan los dos amantes, encontrados à cada passo con la vista, desmintiendo cada verdad que sus ojos publicavan, con medrosos retiros de el semblante. Muchas ocasiones logro Carlos, dando à entender à su Dama su voluntad, sin que jamàs el fuego que la abrasava diese respuesta à tan debido cuidado; pero no por esto afloxò Carlos en su empleo, hasta que vn accidente impensado le diò à entender que era pagada su fineza, y quando entendio no era admitido su cuidado, se hallò correspondido, oyendo de la boca de su Dama, mucho de lo deseado, poco menos de lo apeteçido.

El descuido, ò el sueño de vn sirviente con vna pequeña luz, ocasionò en el primer quarto de la calle en la casa de

los padres de Doña Beatriz mucho incendio: al ruido de los golpes que davan à sus puertas, despertaron los dueños, turbaronse con la impen-sada desgracia; viendo que la llama, embuelta con el humo, les impedía el passò para su fuga, embazçòlos la turbacion para buscar el remedio; pero la violencia de los que venian al socorro, les franqueò la salida, echando las puertas en el suelo; pero la llama auiá crecido con tal fuerza, que les impossibilitava la salida, y como la vida es amable, se determinaron à romper dificultades por medio del voraz enemigo, que les impedía el passo. Pero, ò fragilidad humana! ò amable vida! ò descuido de la tierra! que siendo Doña Beatriz la vida por quien vivian, la luz de sus ojos, el aliento de su vejez; el consuelo de sus años, se les olvidò su socorro, negociando en primer lugar su seguridad, sin atender al mayor peligro que amenazava à su hija Doña Beatriz. No le sucedió así a Carlos, pues llegando à sus oidos el ruidoso estruendo de las voces de el

pueblo, temeroso de lo que podia suceder, sin temer el peligro conocido de la vida, salió à la calle, donde encontró con los padres de su dueño, à quien asustado preguntò, si faltava alguna persona de su familia. Fue la respuesta vn desmayo de la madre, vn suspiro de su padre, no dandoles el dolor mas palabras que las señas, con que davan à entender su sentimiento. No hubo menester mas retorica el amante Carlos para persuadirse à su desgracia, para empeñarse en el mayor peligro en defensa de la vida de su Dama, cuyos padres dexò sin respuesta, porque es bizarría del lenguaje del amor, olvidar se le las palabras quando lo remite à las obras: qual herida fiera del sentimiento de ver que los caçadores maltratan à sus hijos entre los colmillos de los perros; así se arrojò Carlos al socorro de su Dama, buscandola entre la voracidad de las llamas, que auiá que mas sobervias se mostravan en la monarquia del incendio, sino pudieron obligar à Carlos à que desistiese de su pretension amante. Dicho se fue

fue su atrevi^{do} arrojo, pues la caída de vn paredon le dió passò para el quarto donde Doña Beatriz peleava varonilmente entre la muerte, y la vida por derribar vn tabique que se le oponia al transito de otro quarto: llegó à tiempo Carlos, que quitandola el instrumento violento de las manos, à pocos golpes abrió puerta franca por donde passàr à la segunda estancia, donde sin darles el peligro lugar a demonstraciones del cariño (que no siempre el trabajo permite: tiempo à los amantes para repetir sus ansias) huyendo del voraz enemigo, passaron Carlos, y Doña Beatriz otras tres quadras, hasta llegar à lo ultimo del quarto, donde pensavan hallar salida à tan g^{ra} peligro; pero con la experiencia se hallaron cercados de mayor dificultad, porque por los dos lados les impedian la fuga dos paredes maestras, y por el otro les amenaçava de muerte la voraz llama. Aqui fue donde el femineo valor perdió el aliento, dexandose caer en los brazos de su amante, con que por remate de su angustia le

coronò de favores, diciendo: Ay Carlos mio, pagame lo que me debes de amor con librame deste peligro.

No perdió Carlos el brio cercado de dos tan valientes contrarios, como el favor no esperado de su dueño, y la llama que le amenazava rigarosa, con que aunque el ceño del peligro era terrible, mas turbacion le pudo causar el verse en los brazos cò su dama, que en la congoja de vn desmayo confessava que le correspondia amante, que le pagava con finezas; pero como le faltava el tiempo para discurrir en su dicha, corrió por todo, porq^e apenas dava termino el peligro para agenciar el remedio. Dexò à Doña Betriz en el desmayo, discurrió cuidad sò por las quadras, buscando modo como librar la vida de su amado dueño: no hallò su diligente pesquisa mas que vna pequeña rexa, por donde se comunicava la luz à vn aposento de vna criada, y como al amor no se le haze nada imposible, probò Carlos sus fuerças con el terco si villano engaçe de la rexa; pero vièdo no ser posible:

sible el destrozo del tosco impedimento, se valió de su daga, con que rompió el pedestal de vna cama, que le sirvió de palenquela, que entrandola entre la pared, y la rexa, quiso la suerte que por medio de su industria, y fuerças, diese lugar la rexa à escapar del incendio. En albricias del buen suceso de su agencia, bolvió Carlos à buscar à Doña Beatriz; la qual ya fuera del desmayo venia en busca de su amante, que la recibió modesto con amoroso semblante, y por pagarla despierta lo que la debió en desmayo, en breves palabras (que no permitia mas el tiempo) la dixo su amor, y la hizo noticiosa de su antigua voluntad; pero porque el fuego se alargava ya sobre el quarto, con toda diligencia se valió Carlos de los cordeles de la cama de la criada, có que descolgó à Doña Beatriz por la rexa, que aunque no muy distante del suelo, bastante à temer la caída; el cuidado con la diligencia de Carlos, con toda brevedad pusieron à Doña Beatriz sin peligrar en la calle, con que viendo Carlos

lograda ya su diligencia, se resolvió à salir del riesgo, que por instantes le amenazava, ató los cordeles al pedestal de la cama, que la atravesó en la ventana; sacó el cuerpo fuera, à tiempo que se cayó el techo del aposento, con tan gran ruido, y polvareda, que juzgaron los dos amantes se venia el lienço de la pared à baxo, y los sepultava entre sus ruinas. Dexóse caer Carlos asido de los cordeles, que no le dexaró salir sin sangre del empeño. El assombro del suceso, la humareda del polvo los detuvo algo en la confusion de la calle, hasta que la misma luz de el fuego los guió para escapar de el peligro, con que à pocos passos dieron buelta à la calle, y se hallaron dentro de su misma casa de Don Carlos, donde estavan sus padres de Doña Beatriz, sin hallar consuelo en la imaginada perdida de su hija, juzgádola ya pavesa de las tragadoras, y vorazes llamas. Era el dolor tan sin alivio, que no le dava lugar al Tio de Carlos à la averiguacion de saber donde estava su sobriño, auriendole visto salir tan

azeleradamente al socorro peligroso de aquel incendio. A todo este ahogo de lagrimas, y llanto, fue arco de serenidad la venida de Doña Beatriz, y Carlos, con que renovaron los padres con su hija las lagrimas, siendo estas de alegría, auviendo sido las antecedentes de mortal ansia; y siendo tan contrarias como vida, y muerte, engendraron vn mismo efecto de llanto, con que no todas vezes son señas de la pena que padece el coraçon, porque algunas vezes son efecto de demasiada alegría.

Contò Doña Beatriz à sus padres, y à los circunstantes, como su amante Carlos auia sido el amparo de su vida; estando ya à los umbrales de la muerte. Ponderò sus valerosas atenciones, que como quiéles salia tan del alma, les supondarla vida, para que sus padres conociesen la obligaciõ en que estavan à su amante Carlos, à quien ellos dieron la gracias; y aunque las palabras eran hijas de su agradecimiento, dezia mas su suspensïon, que su retorica, mas su silencio, que su eloquencia; mas

su buen modo de callar, que su mucha fecundidad de razones para agradecer. Admirò el agrado Carlos, procurando corresponder con rendimientos, que juntos con las obligaciones que reconocian los padres de Doña Beatriz, le eligieron por yerno cada vno de por si en el silencioso tribunal de su voluntad, porque vn beneficio no esperado, haze gran bateria en vn coraçon agradecido. No dava lugar el incendio para mas comunicacion, y assi Carlos ya como dueño de las reliquias à quié perdonò la llama, bolvió al socorro. La diligencia del Corregidor con sus Ministros, fue poderosa para atajar la voracidad del elemento: El fiel cuidado de los Religiosos reservò en deposito, lo q su caridad robò à la tragadora llama del incendio, con que con toda diligencia se trasladò à su casa todo lo reservado, y dexando muerta la llama, bolvió Carlos à su casa à encenderse en mayor fuego de la vista de su Dama Doña Beatriz, con quien sus padres viendo que la tenian presente, tras los af-

sombros de la imaginada muerte, se alegravan con mayor consuelo; y aunque antes del susto la gozavan con segura posesion, pero como este hallazgo tuvo su ser en los terminos del dolor, fue poderoso accidente para ennoblecer la posesion de la dicha. Teatro de este alegre suceso fue el quarto donde el Tio de Carlos los hospedò con toda vrbanidad, y ostentacion, no conforme al deseo de vn generoso, pero bastante para el tiempo de tan impensada tragedia.

Al ahogo, y al susto se les siguiò el descanso, y à este la cortesana vrbanidad de las visitas de parientes, y amigos, que duraron por algunos dias; en vno de estos se les ofreciò la ocasion, tantas vezes buscada por los dos amantes, de la qual se valiò Carlos, rompiendo temores de cobarde, relaxando cortedades de atento, para buscar à Doña Beatriz dentro de los limites de su quarto, y fue en tan buena fazon, que ocupava à sus padres vna visita, con que tuvo lugar Carlos para sin el embozo de mirado lograr dulces efectos de corte-

ses atrevimientos. Procurò Doña Beatriz el retirarse; pero como no nacia del alma, sino del bien parecer, poca fuerza hubo menester Carlos para que atendiese à sus afectuosas palabras, las quales à pesar de intercadencias amorosas, dixo asì:

No sé, hermoso dueño, si estimame por lisonja de mi buena fortuna las luzes con que se publicó mi dicha, ò si tema por mal presagio del suceso de mi amor, hallar entre la vorax llama del incendio, el bien de vuestra correspondencia à mi buena voluntad? Si lo miro como lisonja de mi fortuna, con temerosas suspensiones lo agradezco; porque aunque sabroso manjar à mi deseo, es la lisonja en la casa del amor, muy sospechoso veneno de la vida del querer. Si lo atiendo como mal aguero de mi dicha, que por corta se acaba como la brevedad de la fogosa exhalacion, no quisiera solemnizar con presagioso llanto, lo que en alegre risa me promete mi fortuna. De lo vno, y de lo otro sois vos Señora la causa con tantas suspensiones en la sinexa de mi amor,

amor, con que me dais à entender, que deuo yo mas à la pavorosa llama que os obligo à confesar la deuda tan debida à mi cariño, que à vuestra voluntad que tan reazia se muestra à la atencion de mi cuidado. Mucho, Señora, era el ardor de mi afecto; pero al oir pronunciar el acento de vuestra voz, apellidandome vuestro, creció à mayor incendio. Mostraos, pues, dueño mio en el trato, pues lo confiesan los labios, y pagad en buena correspondencia lo que me debeis de voluntad. Y si sola la lengua publica lo que niega el coraçon, deuaos yo este cuidado; dezidme que el temor del incendio os hizo engañadora, lisongeadme con desengaños, para que os venere, aunque ingrata, con que quedareis desobligada, quedando yo, sino satisfecho, gustoso à lo menos por desengañado.

Con esto acabò Carlos su breve razonamiento, con que diò lugar à que le respondiese Doña Beatriz, la qual entre la modestia de puntosa, y el melindre de Dama, dixo assi:

Querer negar lo que mi coraçon publicò con los labios,

pregoneros del alma, ni la razon lo consiente, ni mi voluntad lo permite. Dar mas ocasion à vuestro amor, ni me atreuo por modesta, ni lo prohibo por amante, porque lo que la voluntad apetece, la modestia lo desmaya. Dexaros sin el verdadero conocimiento de lo que me dicta mi afecto, passara plaza de ingratitud, quando me precio de muy agradecida. Embarragos excessiuos para quien pretende mostrar modestia, y amor; este no podrè negarle en mi vida, pero con la atencion debida à mi respeto os coarto los arrojos, quando os permito lo licito de la voluntad; la mia teneis muy propicia, pues os confieso, que desde que perdi à mi esposo, solo en vos he imaginado ganancias de lo perdido. Mis padres son por cuya cuenta ha de correr el buen suceso de nuestro amor: solicitado de vuestra parte, que por la mia està segura la palabra que os di entre las llamas del incendio; y porque en el primer encuentro de nuestras vistas no tropieçe la malicia, retiremonos, que el tiempo nos darà ocasion à mayores empleos de co-

municarnos. Quiso Doña Beatriz retirarse sin mas fauor que lo dicho, quando la voluntad de Carlos le calumniava de cobarde, con que sin premeditar el delito, llegó sus labios al termino vedado de vna mano; dió à entender en lo exterior la Dama su sentimiento, quando su cariño amoroso festejava la soltura; pero no quiso Carlos perder el lance por cobarde; que pudo ganar por atrevido.

CAPITULO III.

Empeñase Carlos en su amoroso empleo, hasta salir por el de Toledo.

Retiróse Doña Beatriz, quedando Carlos qual caminante en montuosa, si descaaminada senda que le faltó el diá, que con las zozobras de la perdida huella, à falta de la luz, no se determina à seguir el viage, aguardando à que la Aurora traiga en sus brazos al Sol, padre del ausente día. En esta suspencion cogió à Carlos el aviso de que le buscava su Tio, con que trató de ir à ver

à su Religioso Prevendado, al qual encontró en su quarto, deseoso de comunicarle, por que auia algunos dias que le faltava à sus años este alivio. En diferentes materias se dilató la conversacion, hasta que se tocó en los huespedos que alvergaua su casa, con que fue fuerça declararle à Carlos el intento que tenia su Tio de enlazarle en su avecojunda de el matrimonio con Doña Beatriz, agencia en que hasta esta ocasió no se le auia dado parte al interesado Carlos, el qual le dió las gracias à su Tio, por el cuidado de la buena eleccion que tuvo en favorecerle. En el modo del agradecimiento conoció el cuidado, so Prevendado el achaque de amor de su sobrino, con que con silencioso disimulo solemnizó el acierto de su eleccion, porque la continuacion de los años enseñan, quando la juventud por menos experimentada es poco zeladora del secreto. Con la seguridad de que auia acertado à darg esto à su sobrino, se adelantó su cuidado en prevenir yn regalo para los padres de Doña Bea-

triz, que siendo con el sobre-
escrito suyo, fuesse empleo de
de su Dama, y assi le diò dife-
rentes juguetes con que acom-
pañò la sazon del agasajo; en-
tregaronsele al ama para que
le hiziesse llevar al quarto de
los huéspedes, con que el an-
ciano Tio se fue a su Iglesia, y
Carlos entre gustosas suspen-
siones se retirò a su quarto,
donde la fuerza de su imagi-
nacion le hizo tomar la plu-
ma, con que en los pocos ver-
sos de vna dezima dibuxò la
dicha de su amor, hallada en-
tre los incendios de vna lla-
ma.

Por Elena en llama obscura
La Troya se viò abrasa,
Que solo se puede hallar
Por el fuego la hermosura,
Mayor, mas alta ventura
Me diò el amor, mi ardimièto
Hallò entre el fuego violento
Belleza mas superior,
Que donde pudo el amor
Estar, sino en su elemento?

Quando el Ama llegó al
quarto de los padres de Doña
Beatriz, los hallò en visita con
dos Cavalleros, hermanos del
difunto yerno; diò el recado

en nombre de su amo el ma-
yor, fue admitida con todo
cariño, despidiendola con to-
da vrbánidad. A todo lo qual
atendieron los dos cuñados
de Doña Beatriz, quitaron el
rebozo à las vandejas, con
que se les manifestò en el agas-
so el cuidado, el aliño, la cu-
riosidad, y el buen gusto del
que lo embiava, de que re-
sultò en su imaginacion vna
maliciosa sospecha, que les
obligò a dezirles a los padres
de Doña Beatriz lo mal que
podia parecer su asistencia en
casa donde vivia vn moço ga-
lan, siendo fuerza topar cada
instante con su hermana, de
pocos años, con muchos de
hermosura, recien viuda, en
lugar corto, donde podia rey-
nar la malicia, pues la ocasion
era tan proxima, que les pare-
cia trataassen de bolverse à su
casa, pues el fuego auia anda-
do tan comedido, que les auia
dexado bastante habitacion
para poderse acomodar, sin
necesitar de ageno solar, que
esto se lo advertian, como
tan interessados en su credi-
to, pues su sobrino era hijo
de vn hermano suyo, à quien

denian todo respeto, por cuya causa corria por su cuenta estas atenciones; además, que no era buena amistad la que pudiendo excusar un enfado al bien hechor, à título de segura amistad le molestaban; tan vinas razones les supieron decir, que los obligaron à los padres de Doña Beatriz à tratar aquella misma tarde de passarse à su antigua habitación. Entendieron los dos amantes la novedad, aviendoselo dicho las voces de los Ministros de semejante execucion, con que cada uno con el achaque que le ofreció el tiempo, concurrieron à averiguar el susto impensado de su principiado amor. Doña Beatriz como de cosa propia, no se quiso dar por entendida, Carlos cortesmente quexoso, les dixo, que no pensava el que la casa de su Tio era tan de passage en su servicio, que à juzgarlo así, no fuera la retirada tan sin saberlo, porque hiziera si diligencia para que la justicia los detuviera; pero que un engaño qualquiera le padecia; que el presente era muy sensible, pues se iban de

casa de su Tio, sin permitirle tiempo para que los pudiesen servir conforme à su buen afecto. Fuele respondido à su quexa con la misma urbanidad, insistiéndole en la mudanza; pero no se les permitió aquel dia por causas que alegró Carlos en su abono, atendiendo à que para aquella noche estava dispuesto por los dos amantes para que se viesesen, como sucedió, en que brevemente determinaron (por causa de los sustos de los criados) que por una ventana que salia à la misma calle, por donde escaparon del incendio, que era mas baxa, de mejor calidad para evitar las zozobras que traen consigo los amantes, que por allí se podian ver y tratar con seguridad sus amores. Aunque el verse fue con harta zozobra, no pudo permitir su amor que se despidiesen sin ternuras; sino se arrullaron con caricias, retiraronse con cuidado, porque no los salteasse la curiosidad de algun sirviente, porque cercenar de gastos con prudencia, perpetua la comodidad en mil fazon. Llegóse e

dia en que los hspedes, acompañados de Carlos, y su Tio se passaron à su casa, donde los dexaron por no hazer sospechosa la visita. Acercòse la noche, y como cada amante la deseava, aborreciendo la duracion del dia, tan puntuales como solícitos llegaron puntualmente al puesto señalado. Como primerizo en amor no supo Carlos como tratar esta primera pendencia de voluntad, y como tan poco diestro no hallò como dar à entender à su Dama la estimacion del favor, saltaronle palabras, quando le sobran estimaciones, con que lo que suele ocasionar la malicia del ayre, que es sellar los labios, ò turbar la lengua, el mismo efecto ocasionò en Carlos la vista de su Dama con tan indisoluble lazo, q̃ mas parecia enfermedad la suspension, ò extasis, que turbacion amorosa; però conocida por Doña Beatriz la novedad de la suspension de su amante, ò la causa que le detenia, sino bien creida, à lo menos imaginada, le saltò alcamino a saltarlo gustoso de su pasmo, con que al

menor silbo de sus amores despertò Carlos, reconociendo la seña de que eran ladrones sus cariños, pues le robavan hasta la gloria de imaginarse dichoso, porque el hallarse despierto con tan gran fortuna, le daua à entender, que mas le favorecia la experiencia de lo que le pudo profetizar la imaginacion, porque oyendose nombrar por dueño, le assegurò en el credito de esposo, experimentando, que si la imaginatiua gustosa le suspendia los sentidos, la experiencia tratable le embargava las potencias; pero por no caer en falta con su Dama, ò en descredito con su pundonor amante, pagò rendido prisionero con las prendas de la estimacion, recogiendo favores à manos llenas, por obligarse à pagar como obligado, y no à satisfacer como presumido. Acercòse à la rexa, aunque por no començar con hierros, se apartò dellòs, terminando al seguro acierto de la mano de su dueño, que como la estimacion amorosa asegurava que tenia el cielo de su mano,

por mantener su gloria, se trasladaron sus labios desde la mano à la boca.

En este amoroso congreso se les pasó à los dos amantes la noche con tanta brevedad à su parecer, que la imaginaron noche de juicio, à no desmentirlos la humeda frialdad del Otoño. Despidieronse con tiernas ansias, de que les obligava la fuerza del imperio de la luz, à vivir en la tiniebla de la ausencia, dexaron dispuesto para la siguiente noche el verse dentro de su mismo quarto de Doña Beatriz, porque el comenzar à perderse, no dà treguas hasta acabar. Retiraronse los dos amantes, Doña Beatriz à su quarto, Carlos para su casa; pero al rebolver la calleja, tropezò con vn hombre, el qual pretendiò reconocerle: èran ya las quatro, y media de la mañana, peligrava el ser conocido Carlos à aquella hora fuera de su casa, con que se determinò à sacar la espada, para obligarlo al impertinente reconocimiento à que le diese paso; en los primeros encuentros se hallò el contrario mal

herido, lo qual conociò Carlos en que pretendia retirarse, y como su intento no era mas que escusar de que le conociesse, assi como hallò lugar, sintiendo ruido de gente que venia à socorrer la pendencia se retirò, con todo cuidado diò buelta à algunas calles, por desmentir indicios, para dar lugar à que se floguè el barrio para entrarse en su casa. Assi como mostrò la cara el dia supo la justicia la pendencia de aquella noche en que vn Cavallero quedò mal herido, hizo averiguacion de quien auia sido el delincuente; pero como Carlos tenia buena opinion, y no tenia enemigos, nada se averiguò; solo el herido tuvo mala sospecha de que Carlos era el que le auia maltratado, porque la calle, la hora, y otras circunstancias lo hazian fuerza que era Carlos el agresor. Y es el caso, que el herido era vn cuñado de Doña Beatriz, que tenia su cuñado en aquella calle, y como se rezelava de su cuñada, assi como viò à aquella hora salir à vn hombre de la calleja, maliciò la causa, dando por

cierto ser Carlos su contrario, procurò conocerle para certificarle; pero sucediòle mal, y aunque su malicia assegurava que Carlos era su enemigo, no se diò por entendido, y Carlos le visitò en su enfermedad, y siempre le tratò con igualdad; no obstante Carlos sospechò que su contrario le auia conocido, pero es gran politica la vrbanidad modesta, quando cabe, si dà lugar para el dissimulo. Cuidadosa estaua Doña Beatriz de su querido amante, quando supo la pendencia, la hora, y la calle en que sucediò, y como acudiò à la ventana para aueriguar si su Carlos auia sido el actor, ò por su desgracia le costava sangre, le hallò en su ventana, que con su visita la sacò de la temerosa sospecha, y con el alma en los labios la diò los buenos dias. Aquel passo tardo, y perezoso con pies de plomo para los dos amantes que le passaron, assomandose por instantes à la ventana, por ver si se acercava la noche, para que se acabasse el dia; y de camino se congraciavan los coraçones

con la vista, siendo su imaginado, y vicioso deleite acreditada gloria, mundana para alma, y cuerpo. Llegò el termino del dia, dando principio a la noche tan deseada de los dos amantes, y como cada vno apresurava el lance, no fue bien hecha la seña del solcito amante Carlos, quando ya Doña Beatriz le assistia diligente, previniendole de que era temprano; pero que mientras se hazia hora, y dava buelta à su casa, se ocupasse en destroz ar vna debil, si pequeña rexa, para que le franqueasse el passo; hizolo assi Carlos à pesar del errado estorvo, la rexa se desviò, por donde entrò Carlos en casa de Doña Beatriz, gozò sus brazos, con que diò principio à sus trabajosos azares, que por vna amorosaliviandad, por vn facil devaneo le sucedieron, O amor vicioso, que caros, q breves, que azarosos das tus gustos, quando los prometes baratos, duraderos, y fin zozobras! Llegò la hora en que era fuerça dividirse el amoroso lazo de los dos amantes, dexado Carlos cò silencio lastimoso

la estancia de su dueño; pero
no le sucedió à Carlos lo que
a muchos, pues aunque auia
gozado a su prenda, se encen-
dió mas la llama de su amor,
pues embebido en la dulce
consideración de su mundana
fortuna, tras auer recuperado
el perdido sueño (si es q duer-
men los enamorados) hizo Car-
los este Romance al amoroso
lazo, si feliz memoria de la
possession de sus amores.

A la gala de vna Rosa,
con que se enlaza vn clavel,
haze fiestas todo el Mayo
en la plaça de vn Vergel.

Mantenedor de vnas cañas
de plata vn arroyo es,
que como es desvanecido
quiere en el ayre vencer.

Parejas corren las flores
en uzir, y en parecer,
que el vècer en cõpetencia
nueva gala es del plazer.

Ya la pompa de las Aves
en sus penachos se vè,
que quiere tambiẽ el Mayo
en sus plumas florecer.

Alfombra es de los amantes
el pie de vn fresco laurel,
porque los sirvan sus ramas
de corona, y de dosel.

El musico Ruy señor
clarin alado se vè,
que clarines de las selvas
Ruy señores han de ser.

Suenan al romper del Alva,
que tocan à acometer,
a los cavallos del Sol
Infantes de Aranjuez.

A vna fuente presumida,
en pena de su altivez,
la assaltan por todos lados
quatro escalas de Cypres.

Verdes castillos se oponen
à su vana candidez,
y ella de todo haze risa
como es bella, y es muger.

Juega el ayre entre las flores,
haziendo burla tal vez,
que le figan de cabeça,
no pudiendo por sus pies.

Enlaza das y a las ramas
de los alamos se vèn,
q hazen amistad los troncos
por solo bien parecer.

Esta es la fiesta, Pastores,
que à vna flor le sabe hazer
el Mayo para sus gustos,
viva mil siglos, amen.

Las heridas del cuñado de
Doña Beatriz permitieron por
algunos dias gustosa posessiõ
à los dos amantes, hasta que
cobrada salud el herido, ò la
vengança, ò la curiosidad ve-

laua sobre descubrir a su enemigo, con que fue fuerza andar con mas cuidado. No fue este el mayor embaraço que la fortuna tratò de poner a Doña Beatriz, y a Carlos en su amoroso empleo. Un Indiano pariente deseò en esta ocasiõ enlazar-se en la cojunda del matrimonio con su prima Doña Beatriz, hablò à sus padres, los quales codiciosos del oro del Indiano pariente, le dieron buenas esperanças: consultaronlo con su hija, la qual con modesta resolucìon les afeò el intento de faltar à la palabra que dieron al Tio de Carlos, con la qual tacitamente la permitieron le diessè lugar en la estimacion de su voluntad, con que ni era bien engañar à su primo, y menos faltar a la palabra que auian dado; ademas, que su gusto era el q̃ auia de gouernar este lance, y no estava de parecer de faltar à lo tratado con el Tio de Carlos. Esta resuelta determinaciõ supieron los cuñados, y como el herido no estava aun sino del achaque de su malicia, se persuadiò con este accídete à que llenava camino su juizio mali-

cioso. Nada desto fuera bastante para embarazar el empeño, si el padre de Doña Beatriz codicioso de la hazienda del pariente Indiano no se huviera encaprichado con tal empeño, que sin consultarla accion derribò el partido de Carlos, dixole a su Tio como las palabras de los hombres, en lo que tocava à casamientos, no tenían firmeza, porque dependian de la voluntad de las partes, que èl por la suya lo deseava, pero que su hija, y su madre no estavan de esse parecer, que le perdonassè, que hartò lo sentia, pues ganara tanto en tener por hijo à Carlos, que faltando èl en su casa, sabia muy bien que era el perdido, pero que su hija no asfentia à ello. Con esta novedad se enfadò el Tio de Carlos, respondiéndole con despeto, con que todo se baraxò, amenazando ruina el edificio de la esperança de los dos amantes. Los dos cuñados de Doña Beatriz deseosos de la vengança, hazian todo esfuérço porque se efectuassè el casamiento con el primo, pero hallaron siempre la imposibi-

lidad por la parte de Doña Beatriz, con que reconociendo el empeño, mudaron de parecer, procurando alentar el partido de Carlos, hablaron à su Tio, el qual como estaua sentido del mal termino de el padre de Doña Beatriz, respondió, que su sobrino ya estava empleado en otra parte, que aunque no lo estuviera, no permitiera diessè la mano à hija de quien quebrava su palabra por quatro maravedis, q̃ esta era su postrera resoluciõ: con la qual se vieron los cuñados atajados, sin saber como dar fin a este empeño con reputacion. En gran confito se veian tambien los dos amantes, porque los padres de Doña Beatriz la amenazavan con su maldicion, al mismo tiempo que Carlos rompia por la obediencia de su Tio, por ganar con la mano de su Dama los premios de su cauiño. A tan determinada resolucion, no acabava Doña Beatriz de premiarla con seguir el mismo rubo; porque ò la modestia, ò el miedo de sus padres la impedian el resolverse, con q̃ ocasionò à sus cuñados formassèn

duelo; el qual trataron de remediar a fuego, y sangre. Hicieron con gran secreto la pesquisa, y como el amor, y el dinero, por mas que le oculten, se sale à la plaza à los ojos de los hombres, vinieron a alcanzar la illicita correspondencia de Carlos con su cuñada, como entrava las mas noches en su casa, la hora, y por donde, que nada ay que se oculte à vna horada pesquisa. Consultaron entre los dos que se denia hazer en este caso, faliò decretado que muriesse Carlos; y para ponerlo en execucion, dispusieron aguardarle al salir de la casa de Doña Beatriz, por ser hora acomodada para executar qualquier hecho: previnieronse para cumplir con su duelo, que fue tan apresurado como les incitava su corage. Llegò la noche, la qual Carlos como acostumbrava, auia gastado con su Dama, y al desahirse de sus brazos, fue el despedirse con mayor extremo de terneza, tãto, que la hizo asustada novedad à Doña Beatriz; pero como la voluntad viue siempre temerosa, y el mismo susto le cuesta el bien que el mal,

mal, no quiso calumniar acci-
dentes, quando se asegurava
de la verdad del amor de Car-
los, el qual salió de entre el al-
hago de su Dama con pesaroza
suspension, porq̃ nunca el co-
raçon dexa de adivinar el mal;
pero como se apartava del de-
leite, tuvo por necesario su pe-
sar; pero luego se desengañò,
pues no huvo bien dado la
buelta à la calleja, quando re-
conociò a dos contrarios que
le tiraron dos carabinazos, con
mas ruido que efecto; puso se
en defensa a tiempo que le
embistieron, hallandole ya dis-
puesto à la resistencia afiança-
da en su valor, con su espada, y
broquel, y como la experien-
cia le enseñava, que en la bue-
na diligencia de sus manos as-
segurava su vida, procurò con
todo valor, y destreza acabar
de vna vez con el empeño, cu-
bierto del broquel, al rebarir
de vna punta, le entrò al con-
trario otra, dando con èl en
tierra, donde à grandes voces
pedia confesión. No fue bas-
tante esta temerosa voz para
que el segúdo competidor de-
xasse la contienda, antes con
mayor empeño le perseguia de

muerte, y mas quando el heri-
do se bolvió à levantar, y con
mayor corage le apretava por
vn lado. En gran peligro se viò
Carlos cercado de dos tan va-
lientes enemigos, valiòle su
valor con su destreza, y vn hõ-
bre que cõ vna alabarda se en-
trò de por medio, que à no te-
ner esta ayuda, peligrara su vi-
da; pero no obstante el emba-
raço del que metia paz, no cu-
rò de retirarle el enemigo, an-
tes con mayor corage se arro-
jó à Carlos, pretendiendo aca-
bar la contienda con vna esto-
cada, la qual recibió Carlos tan
en sí, con tan buen tiempo, que
hizo el reparo con la execu-
cion de otra, que ò por mas
diestro, ò por mas presto di-
choso, diò con su contrario en
tierra, passado de vna ventu-
rosa herida. A este tiempo acu-
diò gente, que baraxò la pen-
dencia, con que ruvo lugar
Carlos de retirarse al Conven-
to del Carmen, donde tenia vn
Religioso amigo; era la sazón
en que se dezia la Misa de el
Alva, con que sin ser conocido
se entrò en la celda del amigo,
donde guardò reclusion algunos
dias, en que curò los ras-

guños que hubo en la refriga, fin que su Tio, ni Doña Beatriz supiesen donde se ocultaba. Sus contrarios no le buscaban, porque sus heridas los tenían ligados en la cama: la justicia era la que de oficio le rondaba; pero la buena diligencia de los Religiosos le ocultò de la rigurosa pesquisa. En esta reclusion pasó algunos dias, en que las heridas de los dos hermanos, no solo no acababan de sanar, sino que se juzgava estavan de peor calidad, por cuya causa se determinò Carlos de auisar à su Tio por medio del confidente Religioso, el qual lo hizo con todo disimulo, y su Tio, por no dar que sospechar, y poner à peligro à su sobrino, no permitió que le viesse, proveyole de dinero, y mula, con que por vn papel se despidió de Carlos, echandole su bendicion. No permitió Carlos tanto rigor en el despego, en quien temia librado todo el carijio de padre; y assi aquella noche entrò en casa de su Tio, donde recibió su bendicion; y porque no le culpasse el amor, ya que auia cumplido con la sangre, diò buelta à la calle de

Doña Beatriz, la qual triste, y affigida se consolaba con asistir al portillo por donde su galan entrava à gozar de sus braços. Hizo Carlos la seña, à la qual acudiò toda asustada la Dama, porq̃ tanto susto cuesta vn bien no imaginado, como si se perdiera. Vieronse los dos amantes en su acostumbrado retiro, y aunque el amor, y el vicio los embargavan los pasos, el credito con el temor de la justicia los obligaron à desasirse, dexando la amorosa conjunta bañada en tierno llanto, pues deshechos sus coraçones en lagrimas, vertian de sus ojos sus sentimientos. Aquí fue donde Carlos necesitò de su valor para romper el amoroso lazo, con que sin mas palabras que suspiros, sin mas razones que el agua de sus ojos, sin mas respeto a su amado dueño, se desasíò de sus braços, cò que en tiernas lluvias de amor padeciò su coraçon furiosa tēpestad de vna lastimosa despedida. Con este ahogo azelerò el passo, dando alcance à vn criado, que en la puente de Alcantara le aguardava con dos mulas, en que siguieron su

viage para la Ciudad de Sorria, antigua, si celebrada Numanzia.

CAPITULO IV.

De los sucessos del viage de Carlos.

QUE Bruto apetece su principio? que alta roca su ruina? que tremolante garzota su destroz? o que altivo laurel su menoscabo? que lozana flor su desmayo? o que viviente su fin, y temprana muerte? Nadie desea el fenecer; solo el hombre, arrastrado del engañoso atractivo de la hermosa del fementido veneno de vnos ojos, corre desbocado sin freno, tan ciego, que tiene por lisonja la muerte, deseoso siempre de acabar la vida que a su parecer le sobra. Gran exemplar tenemos en nuestro Carlos, el qual al salir del Sol del dia siguiente, se hallò cerca de la Villa de Ocaña, tan suspendido en su dolor, tan maltratado de su congoja, tan ahogado de su memoria, que le obligò a su criado Andrés a procurarle el consuelo, pregun-

tandole la causa de su congoja, fuele respondido, que eran muchas las causas de su ahogo.

La primera, vn fino amor correspondido, que con aquella ausencia se rompian los lazos de su gozo. La segunda, el dexar à su Patria, à su Tio, à sus amigos. La tercera, que era la

mas principal, era la pena que le causava el apartarse de su

Dama, pues quisiera mas ver

muerto à manos de sus enemigos, que à rigores de la ausencia de su dueño; porque vida

sin su Dama, no era vida, sino

muerte; no era permanecer, sino

acabar; no era respirar, sino

fenecer. Admirado quedò el

moço de ver, y oir el sentimiento de su amo embuelto en vn

torvellino de lagrimas, y suspiros. Y como la compasion,

aun en el mas villano pecho se

hallà, no fue mucho que en el

de vn criado antiguo se hallase,

pues considerava à su Amo, moço, y galan, valiente, des-

ahogado, discreto, congojado con vn dolor tan sensible, que le sacava à los ojos el coraçon deshecho en lagrimas. Movido, pues, Andrés de vn tan lastimoso espectáculo, se deter-

minò compalsivo à buscar modo como consolar à su Amo, y no hallò otro mas eficaz, que la rustica rectorica de su oracion.

Señor (le dixo) viue el alto coime, que me admiro de vuestra merced, que siendo vn hombre cuerdo, de bué jufzio, que haga tanta impressiõ en su sufrimiento el tragico suceso de vna voluntad. Sepa vuestra merced, que yo soy ya viejo, y al Diablo le dizen, que por ser viejo sabe mucha letra. Entiẽda vuestra merced, que las mugeres no quieren à nadie, y asì es locura morir se por ellas, pues nos dãn en rifa, lo que lastamosos à peso de lagrimas. A vn Amo servi yo en mis niñezes, muy dado al exercicio de atabalero de Amor, el qual siempre andava en pependencias, ruidos, alborotos por sus Damas, y se consolava con que le dexavan la honra, y la vida de barato, ya que el gusto, la hazienda, el fofsiego con la moça, se lo lleuava el Diablo. Esta, Señor, es gran leccion, porque es de hombre acuchillado; repare vuestra merced en ella, abra los ojos, dexandose

lleuar del tiempo, que es el gran componedor de semejantes cosas; y porque vuestra merced sepa que hablo de experiencia, sepa vuestra merced, q tambien los de escalera abaxo tenemos nuestras controversias de amor. Oyga v. merced por su vida, que le quiero cõtarmia, ya que el camino dà lugar para todo, quizàs oyendo mis andanças se divertirà vuestra merced del mal humor que le afige.

Yo, Señor, naci en Oviedo, mis padres no los conocì, vn tio mio me criò hasta edad de diez y ocho años. Este tenia su caudal en aloxa, y birquillos, venia à Castilla al tiempo del gasto desta mercaderia, en que procurava aumentar el caudalejo, hasta que llegaua el Invierno, que bolvia à la tierra, cien doblado el penjal, sino es que hazia compaña con otros de su Pais para la provisiõ en Madrid, de buñuelos, obleas, lituarios, y aguardiente. Oile yo à mi tio vn año que bolviò con prospero viage (pues aviéndose vestido de paño azul, y llevado para mi tia vna saya cõ su corpiño de paño del mismo

color, y para mis primos no sè que zarandajas, quedandose el bolsón muy bien preñado de las ganancias de aquel año, que Madrid era patria común, alvergue de pobres, tesoro de invencioneros, refugio de médicos, y solar dichoso de forasteros. Con esta memorable, si codiciosa relacion, me determinè a pedirle que me llevase en su compañía, lo qual hizo èl de muy buena gana, por hecharla costa de casa, y tener quien sin gusto le ayudasse en su provechosa agencia. Alentome con grandes ansias a seguir esta derrota, el ver que las drogas que traia para emplear, bolviendo con ganancias considerables, eran su cuerpo gentil, el peor vestido de todos, vnas polaynas remendadas, dos camisas de estopa, vna alforja entre blanca, y negra, vna montera de narizes de sayon mal encarado, y vn capote de dosaldas, señas todas para alentar almas cobarde coraçon para salir de su patria, llevandole por piloto para furcar el mar de la Corte, adonde llegamos; hechas nuestras jornadas al pie de la obra,

aportamos à la casa de vn payzano, que nos recibio alegre, combidandonos generoso con sardinas asadas, y vn jarro de vino medio Christiano, al qual entre pregunta, y preguntade nuestro Pais, le sacamos el alma, sepultandola con toda solénidad de brindis en nuestras tripas. Acabado el còbite, preguntò mi tío al payzano en que estado estavà sus mercaderias, si el puesto era seguro? quien auia venido de nuevo por atra vesador de sus ganancias? y à como valia la miel con los demás aderètes necesarios? Fuele respondido, que todo estava à buè precio, q̃ aquel año auia nevado mucho el Invierno, cò q̃ de placer diò vna zapateta en el ayre, diziendo, la aloja cò barquillos en su punto? la nieve, y miel barata? Hoc año me hago yo rico, y salgo de este modo de viuir, y me meto à Cavallero en la Montaña, q̃ Dios sea alabado, de casa Solariega somos, vamos de aqui And. ès, no perdamos tièpo, y asistiendome de la mano, me llevò hasta la plaça, dõde hallamos paysanos del trabajo, q̃ cò las armas de vna espùerta ganan la vida.

Llegaronse à mi algunos de mi tiempo para persuadirme à las conveniencias de su exercicio; pero yo nunca quise seguir su derrota, porque tuve siempre mas altos pensamientos; roguéles q me buscasen vn amo a quien servir: vno de ellos mas antiguo, me dixo, pues si tu quieres servir, vente conmigo; dixefelo à mi Tio, que estava en otro corro, que lo llevò muy mal, porque quisiera que le ayudasse al exercicio de la aloxa, y barquillos, con que ahorrava otro moço; pero yo como auia visto en aquel corto viage que ay de la posada à la plaça tãtas libreas con tan vistosas galas de criados, fueronseme los ojos tras ellos, y resolvime à ser vno de los muchos que pisan aquel charco, logrando provechos propios en la vanidad de sus marcos; al fin yo me determinè fin dar oidos à los regaños de mi Tio, fuime con mi payfano à vna casa, donde llegamos en tan buena fazon, que encontramos al dueño della, que era moço de hasta veinte y cinco años, alegre de ojos, ajustado de talle, galan del tiempo, ma-

yorazgo en possession de siete mil ducados de renta, sin padre, ni madre, ni persona que le molestasse; vna ama que cuidava de su casa, vn cochero q le servia de page, de mayordomo, de lacayo, y de corredor de sus gustos, este entrè yo a ser en mis pocos años. Vistióme luego de pies à cabeça, cõ que quedè como vna Pasqua, imaginandome ya Cavallero andante con executoria de la Montaña: diòme tres reales, y quartillo de racion, cama con ropa limpia, y como me viò muchacho, sin pelo de barba, hizome toda conveniència por hazerme à sus mañas. No se engañò, pues à pocos dias de entrado en casa, experimentò en vn lance mi buena habilidad. Embiòme à casa de su Dama, à la qual hallè retirada en paños menores con vn escolar, de estos que campan entre gorro y manteista; mandòme mi amo que la dixesse que embiasse la criada por vn poco de dinero; pero como yo vi el encierre malicioso, enmendè el recado diciendola, que mi amo la besava la mano, que la dava parabien de la buena venid

de su primo, por cuya causa no la embiava el dinero, porque juzgava, que el señor Licenciado traeria para todos. Quedò la pobre muger atolondrada; pero cobrando aliento, se resolvió à responder, que la aguardasse a que se pudiesse el tanto para ir à responder à mi amo. Como vi la determinaciòn de la taymada, previneme de cuidado, con que de vn salto auisè à mi señor del fracaso de su gusto, q̃ como tan impensado se alborotò al principio; pero reparando en el lance, se salió de casa, dexandome dicho, que pues auia hecho tan bien mi papel en su abono, que le acabasse de perficionar, que el se iba à Missa. Con este salvo conduto me quedè prevenido de dissimulò, aguardando à la tal señora, la qual no tardò mucho, acompañada de la trópera de la criada, preguntando por mi amo, que sabiendo que no estava en casa, me dixo, que mi amo la devia quasi su honra, porque se auia empeñado con el siendo yna muger honrada, hija de buenos padres, nacida en Granada, criada en Sevilla, venida à Madrid por

desgracias de su marido, que no tenia primo que viniesse de Salamanca, que mi amo era vn picaro, ruin Cavallero, sin palabra, que mas hazia ella en admitir el dinero, que mi señor en servir la con el, que en essa miseria por cierto se auia criado ella, junto à la Aduana de Sevilla, con mas barras de oro, y plata, que maravedises de rentami amo. Yo, que no entendia à quella algaravia, la respondi: Señora, mi amo no esta en casa, porque assi q̃ me diò el recado se fue à la de vna señora, que se le anda la cabeza de achaque de matrimonio; dexome dicho que fuesse por recaudo à la plaça, si v. merced le quiere aguardar lo haga, por que yo me voy. Levàto el bramo la rabiosa Dama, diciendò, como se puede casar tu amo, con las obligaciones que me tiene? que menos lo de dõcellez; todo lo demas me debe; pero yo le pondrè impedimientos, y para esta que el me lo pague, con que se fue, dandome lugar para que buscasse à mi amo, à quien le contè todo el suceso, que le festejó como quien deseava salir del empe-

ño dióme vn real de á quatro: moneda que en mi vida auia visto, ni de tanta plata me imaginè jamás señor: crecióme el brio con la avenida de mi plata, y vnos quartos que tenia ahorrados, cō que me di á enamorar, porque no fuese solo mi amo el amartelador, porque en casa del tamboritero todos los hijos son dançantes.

Viuia junto á nuestra casa, firviendo a vna Dama de Corte, vna moçuela agri dulce con trenças á lo castizo, con tusos á lode no casta, la cabeça bien peinada con el aliño de mantilla, camisa limpia con caireles negros, corpiño de seda, enaguas coloradas en cintura, media encarnada de Inglaterra, çapato alpargatado, al fin toda ella vn aliño gorron, que publicava ser la Reyna de las moscorras. Di en encontrarme con ella, retozavala á cada esquina, combidavala siempre, ya á turrón, ò ya á castañas, y siempre á beber; fue en tan buen tiempo esta mi galanteria, que la moça se derengò por mi amor, dimos ambos en querernos con grandes veras,

hasta que ella viciosa de mi cariño se levantò á mayores, cobrando nuevos brios con el galanteo de vn lacayo del señor Nuncio, con que dexò de labarme los pañuelos, almidonarme las balonas, y hazer otras menudencias. Requerila muchas vezes de zelos, pero no hallava en ella sino tramoyas, enredos, por cuya causa me determinè á buscar otro amor, que le hallè como deseava en vna firviente de vn bodega, moça rolliza galiciana, que cuidava de mi rega ò á todas horas, por la mañana con las tajadillas, á medio dia con el puchero, á la tarde mi buen porque, y á la noche manos, y mondongo á pasto, solo del vino cuidava yo, q̃ en èl se desquitava la galiciana de todo su gasto, y mi regalo, porq̃ todo mi salario me bebia, no obstatte la queria mucho, aũq̃ era polilla de Alaejos. Viendose mi primero amor tan olvidado, tratò de bolver á mi empeño, hablò á vn amigo mio para que me persuadiesse á la buelta de su amistad, hizolo así el buen Toribio, obligandome á ello con razones de conveniēcia

cia. Oíle con toda atencion, à que le respondi, concluyendolo con la verdad, diziendole, que la amistad de la Gallega era provechosa por todos lados, que la fuya solo era de gasto, ocasionada à mil mohinas, porque la auia dado vnas medias que me costaron catorze reales, vnos çapatos que me hizierõ de gasto ocho, de otras medias vsadas quatro, de listones diez varas, remendado çapatos, plantillado medias, sortijas de azavache: cada dia, y cada hora la combidava, ya a comer, ya à beber, fuera de otros gastos impertinentes, y traste todas estas galanterias me ponia los cuernos a cada esquina, y assi que no queria, ni era mi voluntad le respondí a mi amigo: el qual oyendo mi razon me dixo: Par Dios Andres que teneis muy buen gusto en olvidar esta moçuela, à toda ley la Galiciana, valga el diablo carne tancara, mas destrozozo hizo la picaña en vuestra bolsa, que Barbaroxa en las Costas de España. Que mas gasto podia hazer vna Duquesa de Trapifonda? Quié la oye, que parece vna buena alma, y tiene mas malicias q̃ vna Ama de vn Cura: amigo bien está lo hecho, a la Gallega me atengo, q̃ ya que lo bebeva a partir, y demas à mas cuida del regalo del hombre; no régo que deziros mas; pero si yo la coxo, yo la haré vn sermón como para ella. Con esto se fue mi amigo, dexandome con su consejo amigable, con mas brios que vn villano en casa de su suegro. Di en hazerla mohinas, combidava à otras, no haziendo caso della, con que la taimada gorróna tratò de vengarse de mi. Diò encarearse con vn lacayo de vn señor de la Corte, destos que tratan de la mercancia de amparar valientes, con que à este titulo es su casa retiro de facinerosos, asilo deladrones. Tomò el lacayo por su cuenta la vengança de su daña, porque la picara le auia dicho, q̃ yo la auia repafado el cuerpo a puntillazos, señalandola la cara de mi mano, debiendola no menos q̃ su segunda honra, porque la primera se la quitaron sin sentir; con este criminal informe, se revistió el lacayo en vengativo sayon, jurò mela de tajo,

y le revèss, con que anduvo de auiso, para que en la primera ocasion que se ofreciesse, pegarmela con la de rengo: quitò el diablo (que siempre quiere semejantes cosas) que bolviendo vna noche con mi coche muy contento, porque le traia vacio, con que podia irme a passear: estavan a la esquina de mi calle el lacayo de mi gorrón con otros de el gremio, à quien la picara mantenía platica, y al tiempo que quise dar la buelta, arrimòse la moçuela al estribo, dando gritos, diziendo, porque no rompian la cabeça à vn picaro borracho que la atropellava. Los bravos que oyeron el deprecatorio clamor, sin consultar con la razon, arrancaron las espadas, tirandome quatro tantos, que el vno dellos se puso en quatro puntos con mi cabeça, los otros solo me aporrearon; como me vi herido, sin mas armas que el açote de mi oficio, di en sacudir con èl con tan buen tiento, que le llevè la cara a mi contrario de vn latigazo. A este tiempo se juntò mucha gente, con que tuve lugar de arrancar las mu-

las, que a carrera abierta me llevaron à mi casa, donde encontrè à mi amigo Toribio, que me aguardava, entreguè las mulas cõ el coche para que le pusiesse à todo recado, avisandole me buscase en Anton Martin, donde me iba à curar: hizolo lindamente Toribio, pues por asirle a èl, dexò la justicia de seguirme; llevaronle à la carcel, juzgando ser èl el que con el instrumento cochilania hecho mas risa que el cochero de Aquiles en Troya, escapeme con lindo compàs de pies: fuime a casa de vn cirujano amigo que me tomò la sangre, dandome muy buenas nuevas de la calidad de mi herida, dixome que no tocava al casco, que en quatro dias estaria bueno. No me parecia à mi estar bien vengado, sin que la picara entrasse à la parte en el duelo, quedandose riendo de mi, y asì determinè que aquella misma noche derramasse tambien su sangre, como sus gulanès lo aman hecho. Acabado de curar la aguada con vn cuchillo bien amolado y viendo que salia por recado la rebanè vn palmo de assenta-

deras, cubriendome la cara, con que lasafufè muy guſtoſo de que lá dexava ahullando con ſu merecido. Con eſte ſabroſo hecho, me fui à Anton Martin, donde tenia à vn hermano enfermero de mi tierra, el qual me hizo vna cama, dõde contodo ſoſiego me acõſtè. Avisè a mi Amo del ſuceſſo, elqual juzgando ſeryo el preſo auia acudido à vn Alcalde, que le dixo miraria con todo cuidado por la juſticia, con que me embiò à dezir, que no me aſſigieſſe, que èl eſtava enterado de la pendencia, que no ſe iria alabando el valenton cruzado del açote. Al otro dia ſe viſitò Toribio, y con la buena diligencia de mi Señor, ſiendo juſticia le echaron puerta fuera ſin coſtas; pero mandaron los ſeñores Alcaldes que traxeſſen à la carcel al inventor de la pendencia; hizofe aſſi con otro que le acompañò, el qual no hubo bien entrado en la trena, quando le embargaron por ciertas niñerías de robos, y capeos, quiſieronle hazer montar en el bridon de madera, temiò ſus corcobos, con que cantò de

plano, declarando por complices à ſus compañeros: con eſte teſtigo fue fuerça hazerle tambien dançar al valiente Maſiaslacaíl, el qual temiò el deſtrozo de ſus hueſſos, con que confirmò lo declarado de ſu compañero. Sentenciaronlos por ſeis años à las gurapas à baranar lenguados, y por contrapeſo docientos tocinos debaxo del jubon, y la camifa. Executòſe lo acordado por mas que el Amo los quiſo amparar. Mi cauſa quedò pendiente, aconsejaronme que me preſentafſe, no lo aprobè, porque ſolo la Preſentacion de la Virgen Santifſima es buena: Vineme à Toledo, donde me acomodè con mi Señor, à quien he ſervido haſta aora que ſalgo de Toledo con vueſſa merced camino de Soria, y viendome enfrente de la Villa de Ocaña, le requiero à vueſſa merced que tome exemplo en mi ſuceſſo, con que abrirà los ojos, para conocer, que mugeres todas ſon vnas en el ſexto Mandamiento; aunque parecen Angeles, ſon Demonios, que harán vn enredo ſob. e la cabeça

de vn tiñofo, embelecaran al diablo cojuelo, echaran à perder a vn Santo. Al fin, Señor, effo que dizen poraì de fu amor, viue Dios que es engaño, porque en nosotros es apeto, lo que en ellas liviandad; no las creas, Señor, porque las que se entretienen en el galanteo no tratan fino de engañar, y holgarfe; effo te protexto delante de Dios à vista de la gran Villa de Ocaña, donde està la Madre de Dios de los Remedios, ella nos favorezca, y nos dè buen viage.

Acabò Andrès fu oracion consolatoria à tiempo que se acercavan a las puertas de la Villa, con que no hubo mas lugar q̃ para responderle Carlos en breves palabras, dandole à entender la diferencia que auia de muger de obligaciones, a muger que no las tenia, que la por quien se ausentava era de grandes prendas, en quien conoçia voluntada fuerza de experiencia de obligaciones. No quito Andrès paſar por la doctrina de fu Amo, y aſi le respondiò, dicièdo: Señor todas ſon ynas, de laſ al diablo, la experiencia

ſe lo moſtrarà a v. merced, por que ſegun mi mal caletre, yo ſe q̃ ſi v. merced haze mas auſencia q̃ de dos, ò tres meſes (y es mucho) q̃ la tal mi ſeñora buſcarà otro con q̃ conſolar ſu ſolledad. Enfadòſe Carlos del dicho de Andrès (por q̃ verdades fatales amargà) cõ q̃ diò de eſpuelas a la mula, tratandole de loco, ſe entrò en ellagar, dõde a pocas calles entrarõ en la poſada, q̃ era la caſa de vn amigo de ſu tio, q̃ por fertèprano aun no auia ſalido de caſa. Recibiòle cõ todo cariño, y aũq̃ no aguardava tal hueſped, fue facil la prevenciõ, por ſer Ocaña lugar baſtecido, y la caſa era rica. Apenas ſe apeò Carlos, quando tratò de viſitar la Virgen Santiſſima; por q̃ los trabajos, aunq̃ ſeã por culpas, deſpiertã al coraçon mas olvidado de ſu bien. Oyò tres Miſſas, para que diò la limoſna, con q̃ ſin ſer conoçido diò la buelta a ſu poſada, dõde le proceinã ò feſtejar con toda atencion, para q̃ hechaffe de ſi tan profunda, y mortal melancolia; pero fue ocioſa la diligencia, porque los males que maltratan al alma tienen dificultoſa la cura. Eſte

Este deseo de desahogar à Carlos pervalecia en la voluntad de sus huéspedes, pretendiendo detenerle para divertirle, pero no pudieron conseguir con Carlos que se detuviese, con que à las dos de la tarde se despidió de sus huéspedes, dandoles las gracias del hospedage, con que hizo su jornada, sin querer admitir mas descanso del que le permitia su cuidado. Aquella noche la pasó en vn lugarejo, con que al otro dia fue à comer a Guadaxara, donde visitò à vn amigo suyo, con quien se auia criado en Toledo, el qual le hizo grande empeño para que se quedasse en su compañía, pues era bastante la distancia para no ser conocido, y grande la ocasion de poder saber lo que passava en Toledo; pero no fue posible recabar con Carlos se detuviese, dando por razon la obediencia que debia a su Tio, en tiempo que las heridas de sus contrarios estavan de peligro, que como personas de tanta estofa le podian hazer vna mohina, por cuyas causas no admitia el agasajo de la buena voluntad

de su amigo; a quien diò palabra de venirse por alli a la buelta, para estarle en su compañía algunos dias, gozando con mas gasto, que de presente los carinos de su amistad.

Vista la determinacion de Carlos, no quiso el amigo molestarle mas con porrias, con que le dexò hazer su viage, encomendandole le avisasse de su llegada. Prosiguiò Carlos su camino, hasta llegar cerca de la Ciudad de Siguença, donde al tiempo que anoche, en vn pedaço de monte cerrado por todos lados de la espura de robles, al querer atravesar vn valle, los detuvierò doze hombres armados de bocas de fuego, caladas las monteras, amenazàndolos de muerte sino se rendian. Consultada la ocasion con la prudencia, viendo que no servia el valor, donde era evidente la muerte en el empeño, se apeò Carlos, dexando vn bolsò con ducientos escudos metido entre la baqueta de la silla, que por la mucha obscuridad de la noche, lo pudo hazer sin nota. Con este rendimiento los hizieron caminar desviados

del camino mas de media legua àzia vnos pantanos, donde los desvalixaron, hasta dexarlos desnudos, permitiendoles solo los vestidos de camino, lo restante se llevaron. Gozosos con la presa la infame canalla, consultaron entre si lo que se auia de hazer de los despojados, y fue acordado, que los embriessen con vna capa, intimandoles no se levantasen en vna hora, porque a no cumplir con esto, quedava à la vista quien los arcabuzeasse. Obedecieron los dos desgraciados compañeros, hasta que à Carlos le pareció tiempo, aunque Andrès no lo juzgava assi, pues con medrosa voz le dixo à Carlos, sin atreverse à descubrir la cara: Señor, por media hora mas, ò menos aseguremoslo mejor, no se levante vuestra merced, porque esta gente està en su jurisdiccion, donde tienen horca, y cuchillo en las bocas de sus arcabuzes, sin que se lo estorve Rey, ni Roque. Viò Carlos que el mōte estava soslegado, que se trasluzia cō vn rayo de Luna, con que obligo à Andrès à q se levantasè, que lo hizo de

muy mala gana. Hizieron diligencia por las mulas, las quales à poco trecho hallarō, juntamente con los ducientos escudos en el bolso, que no fue poca fortuna, porque lo passaran muy mal en tierra agena sin tener que gastar. Andrès que viò el hallazgo de su amo, se consolò de la perdida de vn vestido, dos camisas, con cinco de à ocho que le llevaron. En gran confusion se vieron los dos caminantes robados, sobre que derrota llevar, porque no sabian à que lado quedava el camino Real, y assi se determinaron seguir el norte de vna luz que divisaban. Era por vltimos de Octubre, la tierra fria, el tiempo aspero, los lodos grandes, los arroyos a cada passo, sin saber senda, ni camino, con solo el consuelo de la luz que atalayavan permanecia el animo de los dos perdidos caminantes, que à pie por no poderse aprovechar de las mulas, procuravan dar alcance al farol, de q iban guiados. Cayendo, y levantand anduvieron distancia de vn legua, hasta que les faltò luz, en quien llevaban puest

el fin de sus esperanças; pero no obstante su falta, no desmayò Carlos, antes cõ muy buena gracia le dixo à Andrès, nuestro norte nos ha faltado, la habilidad serà aora acertar con los Pastores à ojos cerrados, porque la Luna tambien nos quiere dexar. Todo esso, Señor (respondiò Andrès) es muy bueno para quien se vâ à costar en cama blanda, bien cenado, y mejor bebido; pero para quien à esta hora con el rigor de la noche vâ sin senda, ni camino, muerto de hambre, abrasado de sed, saltarle el gobierno, rompersele la aguja de marear, morirsele el Sol, aumentarse la tempestad? Viue Dios que es poco menos que ahorcar à vn Chriſtiano. A este tiempo dieron en vn arroyuelo, que passò Carlos, aunque con trabajo; Andrès, que venia comboyando las mulas, procurò que tomassen el vado q̃ Carlos auia passado; pero no sucediò assi, porque torciendo el camino, dieron en vn pântano tan cenagoso, que no pudieron salir por mas diligencias que se hizieron, con que desesperados de poder sacar

las mulas, viendo que peligrava su vida con el rigor de el hielo de la noche, se determinaron à seguir vna senda, que con el corto reflexo de la Luna les pareciò ser trillada; por la qual caminaron media legua de muy mal camino, y al cabo deloyeronladrar vn perro, cuyo ladrido alentò de manera à Andrès, que à carrera abierta le fue siguiendo hasta dar en lo alto de vn collado con vna hermita, donde estava la fiel centinela. Llegò Andrès à la puerta, la qual por entre sus rendijas le franqueò vn poco de luz, que reconocida por Andrès, llamò à toda prisa, como quien venia huyendo de sus trabajos; tanta fue la bateria que diò, que le respondieron, con que entrò el consuelo en tiempo que tan imposible le juzgava. Abrió el Hermitaño la puerta, aviéndose primero certificado de q̃ era vn perdido caminante el que dava tanta prisa à que le abriessen. Reparò Andrès el venerable aspecto de su milagroso refugio, echòsele à los pies, dandole gracias del consuelo impensado que hallaua

en su Hermita, juntamente cō su Amo, el qual venia subiendo la cuesta, que como menos acostumbrado à semejantes ahogos, se venia poco à poco. Llegò à este tiempo Carlos, saludò al Hermitaño, à quien en breves palabras le contò su desgracia, la qual agenciò en la voluntad del solitario consuelo con muy buenas palabras, llenas de prometidas obras. Entraron en la Hermita, donde sin permitirles mas descanso que el de dar gracias a Dios de la merced que les auia hecho, los sacò de la Hermita en compaña de vn criado que le asistia, que todos juntos bolvieron al arroyo donde dexaron las mulas, las quales con dificultoso trabajo sacaron, que la buena maña con los instrumentos q̄ llevaron lo facilitò de manera, q̄ dentro de dos horas auia buelto à la Hermita, dōde al fuego en buena conversacion del Hermitaño procuraron aliviar las passadas fatigas.

(S)

CAPITULO V.

Dà cuenta el Solitario à Carlos de los raros sucesos de su vida.

ERa el Hermitaño, que ocupava aquella casa de Dios, a demas de ser virtuoso, muy capaz en todo genero de vrbánidad cortesana; bien se conociò en el conocièto que tuvo de Andrés, al qual viendole bolver cada instante la cara à vna, y otra parte sin fosegar, le dixo riendo: Vos mâcebo debeis de tener alguna enfermedad que no os da treguas al fosiago, dezidmelo por vuestra vida, porque los que vivimos en esta soledad nos preciamos de arbolarios, y podrá ser que conozca alguna yerba medicinal, que aplicandoos la os dè salud. Pardiez, Padre mio (respondiò Andrés) bien se yo que su Reverècia me harà merced, pero mi achaque se cura mejor en poblado q̄ en el yermo; pues para que echeis de ver que la mano de Dios à todos se comunica (dixò el Solitario) aguardad; y entrandose

en vn aposentillo que cercano estava à la cocina , sacò vnas morcillas, acompañadas de vn pedazo de solomo, vn pan , vna cestilla con camuesas , diciendo: veis aqui amigo Andrè como curarè yo vuestra enfermedad, veis aqui las yervas medicinales que ay para sanar vuestra dolencia, y mas si Francisco os comunica de vn jarro que alli ay, algo del licor de Baco. Apenas viò Andrè que el Hermitaño le auia conocido su achaque, quando con grande alegría, dixo, muy sabio es su Reverencia, si assi conocieran los medicos los accidentes, no ganaran tanto Sacristanes, y sepultureros: bien aya amen su Essencia, que tan buen ojo tiene, essa es mi enfermedad, venga que yo asarè, y diziendo, y haziendo cogiò el asador, y cò muy buen alic se puso à asar la cena, procurando alegrar la fiesta con vna dozena de xacaras de los Poetas de Toledo: no se lo permitiò el Hermitaño, diziendo, que en la casa de Dios no se debian de consentir cosas, que aun en el rastro eran indecentes: callò Andrè, disculpole Carlos, lo qual fue fa-

cil con el entendido Solitario. Cenaron todos con mucha alegría, solo Carlos con la memoria de Doña Beatriz se añaiga, no obstante como cortesano entendido siguiò la conversacion, porque es descredito del talento faltar à la vrbanidad por empuños de la passion: levantose la mesa, dieron gracias à Dios, y al Hermitaño, por cuyamano fueron socorridos, y como era ya tarde tiempo de descansar, le combidò el Solitario à Carlos con su pobre cama, que era vna tabla aforradacõ vnas pieles, dos fraçadas, cò vn madero por almohada: escusose Carlos, estimando el agasajo, rehusando la comodidad, dixo, que sus penas no le davan lugar al debido descanso de la naturaleza, pues desde que saliò de Toledo no auia pegado à sus ojos el sueño que se le debia: reparò el anciano Hermitaño en los pocos años de Carlos, su buena disposicion, su ajustado juicio, las buenas señas de sus muchas prendas, lo que se mostrava sentido de pasiones doloridas del alma, que considerando todo atentamente del Her-

mitañó, se le vinieron las lagrimas à los ojos, que acompañadas de vn sentidísimo suspiro, le dixo à Carlos estas palabras: Hà hijo, que noble que sois en las penas, afanes, y trabajos de la voluntad viciosa, que principiante en los trabajosos lances del amor mundano, gran lastima os tengo: adviertoos, que si no poneis freno à vuestro liviano antojo, que padecereis lastimosa ruina, aora començais à padezer, porque en la carrera del vicio todos son ahogos, penas, afanes, y trabajos; pero no os quiero aora ahogar mas con la memoria desta verdad; desahogaos hijo, contradme vuestras lastimas, que yo os prometo, como tan experimentado, de procurar vuestro consuelo: Si harè, dixo Carlos; pero aveis me de dar palabra de que os ha de obligar mi sosiego à dezirme la causa de vuestra asistencia en esta soledad, porque me parece serà muy particular, pues vuestro talento no se cubre con esse saco sin causa de notable admiracion. Yo lo prometo (respondiò el Hermitañó) por si acaso escarmentais con los assombros de

mis trabajos, quiera la divina misericordia que la relaciòn de mis naufragios causen en vos dolor, con escarmiento, y en mi verguença, con arrepentimiento. Dezidme vuestras penas, que yo os prometo toda atencion. Hizolo así Carlos, y con la mejor disposicion que pudo le contò en breves razones todo el exceso de su mala fortuna. Consolòle mucho el Siervo de Dios, obligòle a que descansasse, porque èl tenia que cumplir vnas devociones, que a la mañana se podian comunicar mas de espacio. No quiso Carlos embarazar su santo exercicio, con que se despidieron ambos à dos, el Solitario para la oracion, Carlos a la contemplacion de sus trabajos.

Apenas el Alva entre confusas, si alegres luzes diò nuevas del dia, quando salió el Hermitañó à darle los buenos dias a Carlos para cumplirle la palabra que la noche antes le ania dado de comunicarle los trabajosos sucesos de su vida; pero antes que se apartassen de aquel heremitico lugar, quiso que diessen gracias a Dios,

a Dios, pues les dava otro dia para servirle, auendolos el antecedente sacado de los asombros de la muerte: obedeciò Carlos, porque el buen exemplo no ay pecho noble que no arrastie, con que en compaña del Solitario huesped se encomendò a Dios por espacio de media hora, y alcabo della se fueron mano à mano los dos encontrados amigos à vna solana, amparada de vna eminente roca, que hazia oposicion al cierço, para que a sus espaldas se pudiesen gozar los alagucños alientos del Sol, sin los defabridos combites del ayre. No quiso el Hermitaño alargar el deseado plaço a Carlos, con que sin mas exordios, ni preambulos, dixo assi.

Mi Patria es Granada, mis padres nobles, pero menesterosos, criaròme con todo cuidado, y cariño; embiaronme a la escuela, dieronme Maestros que me doctrinassen en todo lo q̃ tocava a mis pocos años, hasta que alargádome en edad creci en mayores empeños de saber. Estudiè con todo cuidado las artes, siendo el primero de mis Condiscipulos en la in-

teligencia de la Filosofia. Tuve mis actos cò el mayor aplauso que se ania visto en aquella escuela: en este credito me sustentè, contra el qual se levantò la embidia de los pretendientes depuestas de la escuela, siendo los mas empeñados en mi despeno, los Maestros, temiendo se levantava de la tierra quienles quitasse su credito. En vn acto que tuve de todas las artes me quisieron atropellar, y como mi Presidente era vn Religioso Augustino, no me permitiò salir de los terminos de la modestia, respondiendo à los argumentos sin hazer cara a la ofensa. No fue bastante esta religiosa traza para que mis emulos dexassen de proseguir en su mal intento. Entre los baldones de que vsava su enfado, era la calumnia de necio, porque con el freno de mi Religioso Presidente no respondia à sus desahogadas defazones. Irriteme como moço, precipiteme como hombre sin experiencia, porque no me pareciò bien la leccion de mi prudente Maestro, con que di traza de sustè, tar otras conclusiones, sin dar

parte desta mi determinacion al que con tanta prudencia religiosa me tenia el freno à mis arrojos. Al fin imprimi mis conclusiones, dediquése las al mayor opuesto mio. Vase poner por cabeça de las Conclusiones, ò con las Armas del à quien se dedican, ò vn gerolífico: y para vengarme de mis emulo, inventè vn Emblema, que fue causa de que saliesse de Granada. Pintava vn prado muy alfombrado de flores, sobre cuyo tapete se reclinauan diversos instrumentos sonoros, harpa, cytara, laud, guitarra, lyra, con otros diversos instrumentos, con que se singulariza la sonora, y dulce armonia. Serviale de Cielo a esta florida amenidad vna densa nube, de cuyo concabo seno se descolgava vn brazo, en cuya mano tenia vn instrumento, q̃ vulgarmente se llama MATRACA, con vna letra, que dezia: CREPITANTE SILENT, que en buen Romance queria dezir, que al disparatado ruido de aquel barbaro instrumento, la sonora, si deleitable armonia de los demas estava en silencio. Sintieron

en el alma mis contrarios la ingeniosa traza con que los motejè de barbaros rudos, que enfadados de mi desahogo, temieron mi determinada lozania, con que dieron traza de echarme de Granada; hablaron à mi padre, vnos le aconsejaron à titulo de amigos, que me embiasse à Salamanca a estudiar Canones, y Leyes, que era lastima que me quedasse en Granada, pudiendo en la Vniversidad de Salamanca ser insigne en mi profesiõ. Otros pronosticandome por mi arrojõ fatales fines, procuraron amedrentar à mis padres, para que me echassen del lugar, porque no me sucediesse vn enfado. Al fin todos hizieron su diligencia, que la lograron en los temores de mis padres. Esto era à principios de Octubre, con que les pareció à mis padres muy conveniente que yo saliesse fuera de Granada a estudiar. Vn primo mio estava para ir aquel año à Salamanca, parecióles a mis padres buena ocasion, con que hizieron la diligencia para acomodarme con el, por tener padres ricos, quando los mio

necesitavan deste socorro. No fue posible ajustarlo con mis tios que me hiziesen este biẽ, con que mis padres se vieron destituidos de poderme apartar de Granada; encomendaronlo à Dios, que no me faltò, que es fiel Padre, pues moviò el coraçon de mi primo à tan noble caridad, que sin que lo entendiesen sus padres, me dixò, que no me desconsolasse, q̃ tratasse de ir a Salamanca, q̃ èl reinava por su cuenta mi gasto, porq̃ le dava gran lastima q̃ vn primo fuyo por falta de tener quien le amparasse, dexava de seguir sus estudios, de q̃ se temian tâ grãdes esperanças. Admiti el agasajo, dãdo gracias à Dios q̃ disponia mi remedio; demanera, q̃ la misma hazienda del avaro remediava mi necesidad, sin que èl entrasse à la parte en el merito. O barbaro, si desgraciado vicio, pues le sucede servir al menesterofo, sin que Dios, ni el mundo se lo agradezca! Empeñaronse mis padres para el viage, con que me dieron algun dinero; aùnq̃ poco, porque la cortedad de su hazienda no se alargava à mas. Hize mi jornada en com-

pañia de mi primo, el qual me sustentò todo el Curso con el luzimiento q̃ promeria su noble natural. Apenas me vi en Salamanca, que entrava en la palestra mas celebre de ciencias à vista de tantos bonetes, y capillas que ilustravan la Escuela, siendo aplaudidos de todo el Orbe: embidiè su sabiduria, con q̃ tratè de prevenirme de estudios para dar alcãçe à tanto magisterio de letras. Mucho haze el apetito en el vicio; pero mucho mas la virtuosa embidia para alargar el passo en la carrera del estudio de las letras. Estudiava de dia, y de noche, con q̃ se me logrò tâbien el trabajo, q̃ aùnq̃ era mi primer año, saquè en publico al fin dèl los frutos de mi cuidadoso estudio, q̃ llevaron los ojos cõ la atenciõ de todos con grande admiraciõ de toda la Escuela. Esto se supo en Granada antes q̃ bolviessimos por Pascua à casa de nuestros padres; y porq̃ mi dicha no fuesse mas q̃ flor sin q̃ llegasse à coger fruto, se le antojò à vn rico Mercader de aquel lugar ilustrar su casa con la nobleza de mis padres, y las buenas es-

peranças de mis letras , con que por el camino que èl se imaginò ganancioso, ocasionò su ruina con mi destruicion. Tenia este Mercader vna hija, à la qual quiso acomodar, para cuyo efecto se valiò de los Cavalleros mandones de aquella Republica, de algunos señores Oydores, que todos hablaron a mi padre, que no se hizo muy de rogar, respecto de su poca hazienda. O pobreza, que de vilezas cometes ! que de ruindades calificas, à fuer de mendigo noble ! Ajustose el contrato con mi padre, à fuerza de dinero, y como si yo fuera esclavo, ó animal irracional, vendieron mi libertad, sin dar parte a mi consentimiento: fue el trueque, que el Mercader diese su hija cargada de riquezas, y mi padre su hijo ligado de obligaciones. Si es dificultoso sustentar vna muger liviana en el yugo de la sujecion del matrimonio ; que dificultad tendrá obligar a la obediencia a vn necia, y pesada muger, cargada de oro, y plata. Esta negociacion estuvo oculta, hasta que yo bolvi de Salamãca con diferentes intentos, que

el que me propuso mi padre, el qual sin tentare el vado de mi voluntad, solo con el fiador del si de su conveniencia, asegurado de mi filial rendimiento, me mandò que me vistiese de corto, porque aquella noche me auia de desposar, porque todo estava prevenido, las amonestaciones, y las galas hechas, que no auia que responder, sino dar gracias a Dios que me dava hazienda, avien dome dado nobleza. Quise le responder, que pensásemos bien lo que auia de ser para toda la vida ; pero ni mi padre me diò lugar, ni yo me atrevi, con que obedeci, sin saber lo que me hazia. Aquella noche nos despolaron con gran fiesta, gusto, y ruidosa celebridad ; solo mi coraçon celebrava exequias, siendo pronóstico de mis futuras desgracias. Hasta aquel punto que nos juntaron en la sala para darnos las manos, no auia yo tenido noticia de mi muger, ni mis ojos la auian visto ; pero así como la vi, se me desmayò el coraçon, con tan gran desaliento, que no sè como no perdi los sentidos, porque aunque Dios es

Autor de todas las cosas, no me pareció à mi en aquella ocasion, que de su mano pudo salir tan monstruoso animal racional, porque corcobada, negra, gorda, legañosa eran las gracias, con que salio en publico aquella rica humanidad. Todo lo qual, ponderado de mi arrebatado juizio, me obligò à pretender hazer fuga de entre toda la nobleza que me acompañava. Reparò mi primo en mi congoja, que conociendo mi pretension, se llegó a mi para persuadirme à que callasse mi desdicha, supuesto q̃ auia llegado à tan gran empeño, que era fuerza callar, ò morir, sin hazer sentimiento, porque ay males, que ni suspirar permiten; tanto me persuadiò, con tan viuas razones me lo dixo, que me obligò à dar la mano en publico, procurando retirar mis sentimientos al barrio de la discreta prudencia, verdugo sangriento de todas mis lastimadas potencias. Acabòse el farao con inmenso gasto de dulces; trataron de que se acostassen los novios, retireme por dar lugar à mi esposa para que con mas desem-

barazo se acostasse, quedando mi coraçon tan medroso, como si le aguardara à ir à pelear à la Libia con vna fiera. Apenas entrè en la cama, quando mi consorte saltò della, que à toda prisa se fue à la de sus padres. Estimè el melindre desayrado, como si fuera fauor, porque ahogado de mi mala suerte, tuve por dicha el desayre, rompiendo en lagrimas de sentimiento delante de vn Santo Christo, à quien pedi con grande ansia socorro para mi mal. Cerrè la puerta, bolvíme à mi lecho, donde continue las horas de la noche en vela, porque la turbacion de mis potencias no me davan lugar para el descanso. Muy fuera de entender mis penas estavan los padres de mi muger, pues juzgaron la fuesse yo à buscar, quando yo estava de parecer de ausentarme del mundo, pero el tiempo les diò à entender mi cuidado, con que à las quatro de la mañana, desesperados de mi poca galanteria, llamaron à mi quarto, que como velaua con mis penas, fue facil oir los golpes para abrir la puerta; rñeronme de

de poco enamorado , calumniando mi tibieza, disculpeme conque no sabia la casa, que siendo de noche, podia ir à parar entre la chusma de sirvientes, conque por no hazer cuento de nobios, me auia quedado sin ir en busca de mi esposa; admitieron la disculpa (que el que la desea, es facil de contentarse) bolvió mi muger a ocupar el talamo mas humana, aunque siempre fiera. Pasóse aquel dia con otros muchos, en que mi esposa mostró otras calidades, que dieron mayor tercedor a mi desazonado gusto. Era de mala condición, no auia criada que la sufriese, ni criado que quisiese asistir en casa dos dias ; ni comia, ni cenava sin voces, sin ruidos, formado pesadumbres con todos: à mi me pedia zelos, de que me aliñava, de q̃ salia de casa, de que comunicava a mi primo con intimidad, de que me baxava a mi quarto a estudiar, que no la asistia al fin su condicion, su neceidad se dieron tan buena maña, y tanta prieda, que obligaron a hazer verdad, lo que a mi pensamiento no auia llegado:

que fue desta manera.

Vivian en frente de mi casa vnospobres casados, con algunos hijos, y mucha neceidad: tenian vna hija de edad de diez y ochos años, de hermosura singular, gentil disposicion, con gallardo entendimiento; y sobre todo, virtud, y recogida: caia su ventana en frente de mi estudio, pero como la vista es el mayor enemigo que tiene el sosiego, el demonio que conoce su fuerza se vale della; viendonos cada dia, se encendió la llama en nuestros coraçones, no obstante por el rezelo de sus padres, y de mi muger no nos atreviamos a comunicarnos de palabra, remitiendonos a la expresiva de la vista; pero como el enemigo andava en el alcance de nuestras almas, velando en la solitud, de como nos auia de enlazar, dispuso como nos viessemos para comunicarnos. Ofreciose que vn dia muy temprano me levantè, ò a estudiar ò a huir del lado de mi mal acondicionada esposa, ò iruido en la calle, assoneme para ver lo que era, al tiempo que do Alguaziles llenayan a la car

cel à los padres de mi vezina, la qualviendo que yo me asomava me dixo, socorranos vuef-
sa merced señor Don Iuan por amor de Dios; atendi à la voz de mi oculto cuidado, con que con facilidad me persuadiò al empeño; llamè à los Alguaziles, que al punto bolvieron, abrí la puerta, entrèlos à todos en mi estudio, preguntè-les la causa de la prision, fue-me respondido, que porque entravan mercaderias de contravando, que tenian orden de la Sala para rondar, y registrar las casas de algunas personas que eran indiciadas, que aquella noche auian hecho la ronda, que al tiempo de recogerse vieron à aquel hombre que se procurava retirar de su pesquisa, que le dexaron ir por dar la buelta à su casa, dõde aunque no hallaron lo que buscavan, sintieron olor de mercaderia de contravando, que esta era la causa de su prision; pero que si gustava, que ellos lo compoundrian de manera que estuvièssè bien à todos, supuesto que nadie lo auia visto. En esto me haràn vuef-
sas mercedes merced (les

respondi) dexen vuef-
sas mercedes los presos que se vayan à sus casas, que aqui nos quedaremos nosotros. Hizieronlo asil los Alguaziles, fueronse los presos, reparti vnos doblones entre aquellos Ministros de justicia, con que se acabò la pesadumbre. A medio dia me dieron las gracias mis vezinos, à quienes admiti cõ todo agrado, ofreciendoles mi casa para todo lo que se les ofrecièssè. Su hija me agradeciò la accion, con que de alli adelante admitiò como agradeci-
dalos descuidos de mis ojos, ò los dissimulados cuidados de mi amorosa passion, q̃ poco à poco, ò mucho à macho se introduxo en nuestras voluntades con imperio tan absoluto, que ya no permitia la ausencia de la comunicacion de los ojos, aunque fuesse por breve rato, con que ya que la cercania no se nos permitia mas que à la vista, se nos pasava el dia en solo mirarnos, de que resultò el incendio de nuestras torpes voluntades, que no parò hasta dar traza como llegassèmos a poseernos, por no viuir en el

sangriento rigor de la esperanza. Mi ordinaria asistencia era en el estudio, que era vn quarto baxo, que siendo Verrano permitia mas desahogo, particularmente las noches, que à titulo de tomar el fresco mi vezina se passaua à la casa de vna amiga, donde la buscava mi cuidado, porque el que vela en su desseo, el coraçon le pronostica aciertos de su pretension. Algunos dias se passaron en este genero de vida, hasta que el fuego de nuestras viciosas voluntades diò en la mina que se ocultava en nuestros coraçones, pues en conformidad de entrambos dimos traza como comunicarnos mas de cerca sin embaraços que lo impidiesen, porque vn apetito torpe no sabe sufrir largas en su anhelo. El modo que eligimos para salir con la descada empresa, fue, que supuesto que auia de bolver a Salamanca à proseguir mis estudios, con cuyo titulo saldria de mi casa, que dando la buelta en la primera jornada, que seria facil bolver à Granada, donde podia robar à mi Dama de su ca-

sa, para passarnos à parte donde viuiessemos con gusto, sin los embarazos de sus padres, y mi muger; facil fue la concordia en el intento, porque à todo se allana vn temerario lascivo, porque no ay dificultad que le embaraçe. Asentada esta determinada locura, tratè de poner todo mi cuidado en facar dinero de mi casa, para cuyo efecto pedi las joyas à mi muger, diziendola, que me las auian pedido para vnas fiestas fuera del lugar. Con mi suegro fingì papeles falsos, trampas, enredos, con tan buen color, que le saquè vn golpe de dinero. En estas agencias se llegó el tiempo de hazer mi jornada, que execute con gran gusto mio, aunque poco de mimu-ger. Caminamos quatro leguas, hasta vn lugarejo, donde comimos, bolvimos à montar, y dando buelta à Granada, donde llegamos ya de noche, apeamonos en casa de vn amigo, que nunca faltan para executar maldades, despèdi al moço que me acompañò, regalele, dile dinero para que luego se fuesse à Sevilla, de

de adonde era. Aquella noche, por ser tarde, no vi à mi Dama, la siguiente si, aunque no la pude hablar mas que brevemente, aplaçandonos para la noche siguiente en casa de vna amiga. O pestilencia de amigas! que de males no ocasionan? que de honras no acaban? Siguiòse al dia la noche, en q̃ acudi al puesto, señalado; y aunq̃ mi Dama no se podia detener mucho, fue el tiempo bastante para que dispusièmos su fuga para de alli à seis dias, tiempo en que sus padres tenian trazada vna fiesta con otros vezinos, con esta disposicion nos retiramos. Pasaronse los dias mas tardos, que nunca para nuestro sentir, llegò al fin la noche tan alegre à nuestro lacivo apetito, quanto infausta para nuestras almas; hallò la ocasion la inconsiderada moça, valiòse della, con que faltò à la casa de sus padres, à su honra, à su comodidad, y al bien de su alma, que à todo esto se negò, dando en nuestras manos, que la estavamos aguardando como el astuto cazador à la inocente avecilla, engañada de el traidor lazo, donde la espera la muerte en prision. Assi sucediò a mi Dama, asustada como inocente, turbada como malhechora cayò en el lazo de mis braços, que sin parar la lleuè à la casa de mi amigo, donde estuvimos retirados quinze dias por desincentir espas, al fin dellos desecho mi amigo de ver mundo à costa de mi locura, se determinò à acompañarnos, dile dinero, con que comprò tres cavallos, y vna noche por desviar noticias hizimos todos tres nuestro viage à la Ciudad de Almeria, donde aportamos con brevedad, y con la misma buscamos embarcacion para pasar à Valencia, la qual hallamos, porque nunca la desgracia se haze mucho de rogar. Dimos velas al viento con prosperidad del temporal; pero al tercero dia de nuestro viage, dimos vista por proa à vna Tartana de Moros, que à voga arrancada nos vino dando caça; turbamonos todos con la vista del enemigo baxel, no obstante el Patron se dispuso à pelear, repartiò las armas, los puestos, requiriò

la poca artilleria que lleuava, dispuso la voga, y con el remo en puño aguardò al enemigo, que juzgando llevarse la presa nos acometiò, dandonos vna carga de mosque-res con artilleria, que aunque poca, y flaca, bastante à barrernar nuestro baxel, que à toda prisa se nos iba à pique, remediòse el daño con la acostumbrada diligencia de la gente de mar. No perdiò nuestro Patron el animo, antes con desahogado valor mandò se correspondièse al enemigo con otra carga, la qual fue dada tan à tiempo, que hizo gran estrago en el contrario, dexandole manco, sin vela, ni remo, muerta mucha gente, sin poder arribar sobre nosotros, que considerado el daño por nuestro Patron, viendo la poca fuerza que tenia pa ala defensa, mandò soltar la vela, y vogar con toda diligencia, con que nos apartamos del enemigo, que no tuvo alientos para seguirnos, que à poder arribar sobre nosotros nos rindiera, porque iba toda la gente medrosa, herida, muchos seis hombres, en-

tre ellos mi amigo, que à mi lado perdiò la vida de vn mosque-tazo, quiera Dios tener misericordia de su alma. Con el viento fresco, y con el cuidado de la voga nos alargamos del enemigo, perdiendole de vista. Curaronse los heridos, echamos à la mar los muertos, que es la sepultura comun de los mareantes: en todo este tiempo mi Dama, que estava debaxo de Escotilla, passava el peligro entretenida con su llanto, hasta que nos vimos fuera de la zozobra, que la dixeron como auian muerto à vno de sus compañeros, con que furiosa de dolor, desalentada del suceso, como loca de su imaginada desdicha, se vino à buscar à su esposo (que este era el titulo q me dava) encontró con algunos del baxel, y como la pena no la dava lugar à la pregunta, sino era à la pesquisa de los ojos (no me hallava, porque me estava curando de vna herida, que me ocasionò vn assillazo) se que-rellava lastimosamente de su desgracia, porque no hallava el cuerpo muerto de su esposo, à todos causava lastima el.

el amargo llanto de mi Dama, hasta que yo lleguè de camara de popa, donde me estavan curando, con que la saquè de aquel ahogo, causandole la alegria de mi vista otro mas apretado con que zozobrò su coraçon en vn desmayo. Desdichada naturaleza, que tan verdugo le es el gusto como el afan! Desmayòse en mis braços, donde la recibí para llevarla à mi quartel, rociela con agua, con que à breve rato despertò de la alegre congoja, muy alterada de que le faltasse el aliento en la possession de su dueño, sobrandola para llorarle muertos; pero consolavase con que el mal no se cree; pero el bien que se halla quando se imaginò perdido, estan efestivo, que violenta como la misma muerte; agradeçi la fineza de la solucion, por pagarla con dadivas lo que la debí en suspiros, abrí las maletas, con que la hize señora de las joyas, de todo el dinero que lleuava, que sería en todo seis mil ducados.

CAPITVLO VI.

Prosigue el Hermitaño hasta dar fin de la historia de su vida.

NO nos olvidava Dios, aunque mi Dama, y yo huíamos de su gracia, tratando de enlaçarnos mas, y mas en nuestra viciosa amistad, siendo ofensa suya. Seguros pensavamos ya que seguíamos la derrota, dando fin à nuestro viaje; pero Dios que no nos olvidava, aunque le ofendíamos, movió vna tempestad à vista de vna Isleta treinta leguas de Valencia; bramava el ayre, bufava el agua, en tiempo que se auia enlutado el Sol con negras nubes, con que se encrepò la marina fiera, amenazando en cada ola vna muerte, y en cada bufido vna horrenda amenaza de el acabar. Fluctuava nuestra naufragante Galeota, ya entre las arenas, ò ya entre los montes de las mas levantadas olas; faltavale el gobierno al Piloto, por no ser posible el manejo

del timon, rompiase el ayre en lastimas, y todo parava en confusion, puestodos asistían al reparo, sin que nadie pudiese, ni supiese gobernar. Cerróse la noche, sacudiendo de sí mas apresurado el dia, obligado de la obscuridad de la tempestuosa tiniebla; doblaronse las congojas, con q̄ crecían las angustias con las voces de los tristes naufragantes, amenazados del rigor del fenecer. Pasóse la noche con ahogos de congojas, en zozobras del temor, hasta mostrarse el dia sañudo, tan contrario nuestro, por tan favorecido de el ayre, que por instantes nos amenazava con la muerte: el arte con la maña juntos con el continuo trabajo, suspendió todo este tiempo la violencia de la borrasca, hasta que enojado el elemento del agua de ver que se sustentava contra sus fuerzas vn derrotado baxel le acometió violento con tan impetuoso impulso, que no fue bastante la diligencia humana desesperada para impedir sin enojos juntos el ayre, y el agua rompieron en vn baxo cerca de vna Isleta el fatigado ba-

xel, que sin vela, ni remo, navegaua al alvedrio del ayre, y de las olas. O locura humana, que fíase su vida de dos contrarios elementos con solo el resguardo de vna tabla! O ambicion temeraria, que por lograr sus ganancias aventura su duracion à la fortuna de vn bayben!

Chocò al fin nuestro baxel contra la espumosa espalda de la Sirte, sacudiendo de sus cabernas todo lo que guardava en sus lenos, con que cada vno de los mareantes por huir del postrer lance del acabar se arrojaron entre las ondas, expuestos al alvedrio de la fortuna; vnos batallando con las aguas fabricavan su sepulcro en las arenas; otros valiendose de vna tabla, procuravã en sus ombros aportar à la orilla; otros fiandose de sus fuerzas se empenavan, que à fuerza de brazo auian de vencer la bravura del salado elemento, todos al fin trabajavan por alargar la vida, como el remedio oportuno se le ofrecia, solo mi dama, y yo aguardavamos la muerte por instantes, sin atrevernos à buscar remedio. te-

merosos de la brabura de las aguas, con que nos estuvimos en el tope de la galeota, que el rigor de la tempestad nos auia dexado de barato, hasta la tarde que se sossegò el ayre, dando lugar la mareta menos violenta à que yo me valiesse de vnos maderos, que ligandolos lo mejor que pude, fabricquè vna peligrosa embarcacion, en la qual mi compañera, y yo maltratados del fusto, y de las aguas, milagrosamente aportamos a tierra, donde hallamos algunos de nuestros compañeros, que los mas auian perecido entre las olas, valiendomas en esta ocasiõ para salvar las vidas, la cobardia prudente, que la temeridad sabia, y arrojada. Consolamonos vnos a otros en nuestra triste tragedia; pero quando juzgamos que teniamos seguras las vidas, por auerlas librado del ahogo de la tempestad, nos vimos cercados de otro, sino mayor naufragio, igual en las afechanças del acabar, porque sino era tan apresurado en la muerte, era mas largo en el tormento, con que era mas sensible por la duracion de la pe-

na. Doze eramos los compañeros que escapamos del rigor de la tempestad, todos desnudos, mal tratados de los embates de la mar, sin tener vna onza de vizcocho, ni otra vianda alguna, con que alimentar los fatigados cuerpos mal tratados de los assombros del morir, solo auia para alimento de todos lo que yo auia podido librar en la peligrosa embarcacion, con que tomè tierra, adivinando nuestra necesidad, que como es maestra nos enseñò a recurrir à la orilla, para recoger algun bastimento del que en las resacas arrojaba la mar; algo se logò con esta diligencia, pero tan mal tratado, que solo nuestra hambre le pudo agradecer por vianda. Gran rato nos estuvimos como pasmados mirando la mar, que por instantes en las resacas arrojaba à la orilla los despojos del perdido baxel: fue Dios servido que en vna gran mareta que se levantò, con que acabò de deshazer el baxel, saliò vna arca, en la qual milagrosamente se hallò vna escopeta corta con vnos frascos llenos de polvora, cosa

que nos alentò mucho à todos, viendo el milagro que Dios obrava para nuestro consuelo, pues auiedo estado el barca todo el dia en el agua no la penetrasse. Grande socorro de la mano de Dios fue este para remediar el frio con la desnudez de todos nosotros. Todo aquel dia nos estuvimos a la lengua del agua, hasta que tomamos consejo de retirar-nos a lo mas oculto de la Isla; lo vno por el abrigo, lo otro por no ser cautivos de los Moros, que ordinariamente continúan aquel parage. Hizimos nuestras barracas en lo alto de vna eminencia, cercadas de altas peñas, que techadas de rama, fueron nuestras acomodadas estancias, encendimos fuego, con que en algo remediamos nuestro desfaliento. En esta misera soledad pasamos veinte y siete dias, acosados de la hambre, de las inclemencias del temporal, con perpetua centinela de noche, y de dia, hasta que vna mañana nos aviso el que estava de posta, como auia aportado à la Isla vn vergantin de Moros, que segun lo que parecia traia po-

ca gente. Con esta nueva nos avisamos vnos à otros, tomamos consejo para obrar con acuerdo, propusieronse las miserias que auíamos padecido en veinte y siete dias, en los quales no auia navegado por aquel parage ninguna vela Christiana, por auer entrado el Invierno aquel año cō gran rigor, que el poco bastimento que auíamos recogido de el naufragio, ya era gastado, el marisco, de que nos podíamos valer, era poco, muy dificultoso de hallar; las frutas silvestres ya no las auia, con que la necesidad era extrema, y nos obligava à tomar resolucion de morir, peleando como buenos por salvar las vidas, ò entregarnos al enemigo, dandonos por esclavos. Consultado el aprieto à vista de la ocasion, todos fuimos de parecer que viessemos lo que obrava el enemigo, que segun lo que viessemos que obrava, tomaríamos resolucion. Hizose así, requerimos las armas, en que hallamos vna escopeta, cinco espadas, vna alabarda, tres dardos, dos bastones largos, que se auian cortado en la Isla, que-

governados de dos valientes moços no eran malas armas. Quiso mi Dama acompañarnos, pero no se lo permitimos, antes se determinò que en cõpañia de vn muchacho de hasta onze años se quedasse retirada, aguardando nuestra buena, ò mala fortuna. Encomendamosnos todos à Dios, y à los Santos de nuestra devocion, y con Dios, y la Virgen en la boca, y en el coraçon caminamos en busca del enemigo, el qual descuidado de lo que le podia suceder auia echado catorze hombres en tierra, que se andavan recreando à la orilla del agua; tenian echado vn cabo del baxel à tierra, el baxel andava rondando la Isla, la demas gente guardava el vergantín. Con este conocimiento llegamos à tiro de mosquete del enemigo, donde bolyimos otra vez à tomar consejo, del qual salió que los seis hombres chocassen con el baxel que se auia desviado, metido en vn codo que hazia al mar, que embistiendole à tiempo, con facilidad se podia tomar, arribando sobre el vergantín, donde con la ayuda de los esclavos, y principalmente de la de Dios se podia esperar vn buen suceso: que los otros seis compañeros aguardassen à ver a quando llegava à abor- dar el vergantín, para dar a vn tiempo sobre los que descuidados estavan en tierra. Con esta determinacion nos dividimos; los seis que fueron contra el baxel, con facilidad lo executaron, porque no auia mas de quatro hombres en él, los quales viendose acometidos tan sin pensar, cruzaron los braços, que amenazados de los vencedores bogaron en el alcance de el vergantín, cuya gente como no tuvo tiempo bastante de prevenirse para la defensa, con la ayuda de los Esclavos fue brevemente rendido. Los que estavan en tierra hizieron mas defensa, porque todos tenian sus alfanques; y aunque la impensada furia de nuestros compañeros los acobardò, no obstante se procuraron defender, tomando por ayuda, y resguardo la espalda de vna peña, sobre la qual mi Dama, con el muchacho, esta-

estavan retirados, y como vieron que los Moros asseguravan las espaldas con la peña, les arrojavan las piedras que mas cercanas hallaron, con que se turbaron, viéndose herir por todos lados, de que resultò, que començaron a flaquear al tiempo que llegó el vergantin ya rendido; tiroles vn balazo, con que se acomodaron a fugetarse a la fortuna, quando nosotros levantadas las manos al Cielo, dimos gracias a Dios de avernos hecho tanta merced, con tan evidente milagro. Maniatamos los prisioneros mientras el vergantin abordava cerca de tierra, para embiar el baxel. A este tiempo llegó mi dama con el muchacho, que no cabian de plazer, con que tratamos luego de viage, fuimos a nuestro alvergue con algunos de los Moros cautivos, para comboyar las reliquias que aviamos librado del naufragio; embarcose con toda diligencia todo, y aquella tarde con corto viento çarpamos, con que dentro de dos dias a la misma hora dimos fondo en el Grao de Valencia.

Apenas dimos fondo, quan-

do llegaron a bordo los Ministros del Rey, à saber donde veniamos, hizimos es relacion de nnestros trabajos, con tan bien afortunado fin. Esta noticia llegó a los Ministros mayores, con que nos dieron licencia para saltar en tierra, que no pudo ser aquella noche, por no aver lugar de desembarcar lo que venia en el vergantin, con q passamos toda aquella noche dando gracias a Dios, que nos auia librado tan milagrosamente de tantos peligros. Al otro dia saltamos en tierra todos, dispusimos de la presa con los demas aderentes, con que cada vno procuro buscar modo de viuir. Mi compañera, y yo tomamos vna posada, donde procuramos descansar algunos dias de las passadas fatigas: vimos las grandezas de Valencia, veneramos sus reliquias, y ya que el ocio nos cansò, tratamos de tomar modo de viuir, porque sin renta, ni oficio, con preterfion de asegurar aquella desdichada vida, era bien pensar como se podia conservar. Comunicuelo con mi dama; pero como las mugeres no saben mas que servir, ò mād-

dar, aconsejòme que sirviessè à algun Cavallero, ò que tratassè cò el dinero que lleuava. No me pareciò digno de mi calidad sugetarme por vnico medio à la seruidumbre; tampoco me incline al trato, porque como no me criè en aquella delicada vinezuela de los Mercaderes, no me ajustè a esta forma de viuir, con que me còsiderè destituido de todo genero de modo para ganar de comer, de que me congojè, porque considerando que el dinero que tenia, sino se acabassè en dos años, al tercero, ò quarto no avria q̃ gastar, y tener que sustentar casa, y muger hermosa, de quien cada dia me hallava mas enamorado, era fuerça pensar como se auia de fundar la permanencia de mi gusto. Consultelo vna, y muchas vezes con mi cuidado, y su imaginacion, hasta que elegì vn medio, que me pareciò mas acertado, que fue, dar grã parte del dinero à vn Mercader, cuyo hijo libertamos en el vergantín, que se me dava por muy amigo, à quien entreguè la cantidad que me pareciò. Para que tratassè con ella, so-

corriendome cò las ganancias de que auia de tener parte por su agencia; el hombre era honrado, y buen Christiano, con que facilmente nos conformamos. Pero no obstante esta traza, y modo de passar la vida, no me pareciò duradera, porque podia faltar el trato perdiendo el caudal, con que me determinè estudiar medicina, que es la ciencia de pobres, que à costa de muchas vidas sustentan la suya, y de su familia. Como yo era eminente Filósofo, facilmente me introduxe à lo especulativo de la ciencia, tratè muy de cerca à mis Maestros, los quales gustavan infinito de comunicarme por hallarme tan capaz en todas las dificultades filosoficas. Con mucha brevedad me hize lugar en la Escuela, probè mis Cursos, gradueme en Artes, y Medicina. En todo este tiempo que gastè en mis estudios, no os quiero cansar en contar los temores, los enfados que tuve por mi Dama, sin ser ella la ocasion, aunque lo causava su hermosura, porque vn señor de aquel Reyno se enamorò con tanta ceguedad de

mi dama, que temi que me quitasse la vida, sabiendo que era yo la causa de la resistencia de mi amiga, con que por esta razon, temiendo la facilidad de las mugeres, sin ellaço del Sacramento del Matrimonio, tratè de mudar de tierra, pasè a Zaragoza, donde en pocos dias me hize lugar con la buena opinion que llevaua de Valencia. Sucediome en este tiempo lo que dirè, con que cobrè mayor opinion: Llegò a esta fazon vn Príncipe de Castilla, al qual con la mudança de ayres, y bastimentos le sobrevino vna calentura maligna, fueron llamados los Medicos de mayor opinion, los quales le curaron con todo cuydado, atencion, y estudio; pero no aliviauan al enfermo, antes cada dia crecian nuevos, y desesperados accidentes; asistiàle a este Cavallero otro muy apasionado mio, el qual viendo quan al fin del acabar estava fuera de toda esperança de vida, le propuso hazerme llamar, porque tenia gran fe en mis estudios, que esperava en Dios que por medio de mi ciencia, y cuydado cobrarìa salud; acotò

el enfermo la proposicion, con que al punto me embiaron a buscar, que andava visitando; dieronme el recado, acabè las visitas de aquel barrio, con que me pasè al otro, donde me aguardaron con gran fe de que le auia de dar salud al enfermo; tomele el pulso, hizele las preguntas ordinarias, reconocì la debilidad del fùgeto, que no estava capaz de evacuacion alguna, senteme muy despacio, atendi a que la calètura era poca, aunque de mala calidad, con que me determinè a obrar con novedad, llegueme al enfermo, animèle con palabras de grande esperança, que es vn cierto genero de medicina, hizele tomar dos vizcochos en vino generoso, fomentele los pullos, con que me despedi, prometiendo bolver antes de recogerme, hizele asì, y reconociendo que el enfermo estava mas alentado, y los pulsos con mas alientos, repeti los fomentos con el vino, y vizcochos hasta el otro dia, que hallando al enfermo otro hombre con mas brios le hize sacar vn poco de sangre en tan buena ocasion, con tan feliz

fortuna que dentro de dos horas se hallò sin calentura. Corrió la voz por la Ciudad, con que cobrè grande opinion el enfermo cobrò perfecta salud, con que ademas de la paga, que fue grande, me obligò con dadas, con promessas à venirme con èl à Madrid, donde sustentè mi casa con gran luzimiento, porque el credito con que entrè era mucho, el que me agenciò mi Amo mayor, con que en pocos dias me hize ligar. Poco mas de cinco años logrò mi Dama esta fortuna, pues de vna aguda enfermedad fue Dios servido acabar con su vida; hizela cõfessar con vn Religioso docto, prudente, porque apenas conocí el peligro, quando le procurè el remedio del alma, que esta es la buena amistad, sollicitar para el amigo los bienes de la gloria. Roguela que dispusiese de mi hazienda à su gusto; pero no quiso sino dexar à mi voluntad el bien que se auia de hazer por su alma. Muriò al fin pesarosa de las ofensas que auia cometido contra Dios; senti amargamente su muerte, porq̃ la queria con

extremo; pero con facilidad me divertì, porque la voluntad viciosa facilmente se olvida de lo amado.

Poco mas de dos meses durò el sentimiento, porq̃ en este tiempo me hablaron en vn casamiento con vna señora de fuera de Madrid, embiaronme el retrato junto cõ la memoria de la hazienda, que todo me pareciò bien, con q̃ arrastrado de mi vicio, sin atèder à mi alma, echando al tranzado mis passados amores, refresquè el gusto con la novedad del deleite. Hizieronse las escrituras, traxeron sus padres à Madrid la novia, salí à recibirla cõ tanto desahogo, como sino estuvièra impedido con mi desgraciado matrimonio; pero q̃ no harà el vil apetito? haze olvidar a Dios q̃ le beneficia, que mucho q̃ lo haga de las criaturas q̃ le molestan? Entre la en casa, dõde nos desposamos *in facie Ecclesie*, aviendonos publicado cõ falsas informaciones, q̃ todo lo haze el dinero en las Cortes de los Reyes. Vivimos cõformes algunos meses hasta q̃ se hizo preñada, q̃ començo à suspirar por sus padres,

y por su tierra; pudieron tanto conmigo sus amores, que me sacò de Madrid, donde vivia con credito, con gusto, con hacienda; pero a que no obligarà vna muger hermosa antojadiza? Al fin salí de Madrid, fui-me a vivir a su lugar de mi nueva muger, donde me diò vna hija tras ella otras dos, de lo qual vivia yo mas enamorado, porque ademas de la voluntad de la madre remanecia la de los hijos. No se acabava mi muger de asegurar de que me auia de quedàr en su lugar, y así me hizo comprar hacienda de raiz, tierras, viñas, arboledas, colmenas, con que totalmente me impossibilitò de bolverme a la Corte; no se me hazia a mi muy dificultosa aquella vida, porque la passava con gran sosiego en el laço vicioso de mi liviandad, que aunque con mala conciencia me fazonava la possession del estrago de mis gustos. Tan olvidado vivia de Dios, que ya tenia hecho habito de vivir en su desgracia, ningun temor me obligava, ninguna exortacion me movia, ni las amenazas de Dios en los casti-

gos de sus criaturas, ni los merecidos rigores de su justicia, ni las penas debidas por mis culpas, ni los castigos que me amenazavan temporales por mis liviandades, à todo me hazia sordo, lisongeado del engañoso alhago de mi vicio; pero si yo me olvidava, la bondad de Dios no se descuidò desta oveja que descarreada de su rebaño pacia espinas, que crudamente me punçavan en los matorrales de los vicios, dexando las flores de la amistad de Dios, que gustosamente me combidavan a su pasto. Embriagado, pues, en mi obscuridad, llegò el tiempo de buscar Predicador para la Quaresma, encomendaronme este cuydado en el Ayuntamiento, fui a Madrid, hize la diligencia entre los Religiosos conocidos, de cuya amistad me preciè siempre, porque con sus burlas enseñan con sus veras mortifican. Elegi vno para que nos predicasse la Quaresma, bien fuera de que mi dicha se auia de asegurar por sus palabras. Llegò el tiempo, vino el Predicador, aposentele en la casa señalada, con que el Miércoles

les de Zeniça diò principio à su trabajo para nuestro bien: fue el sermón de memorias de la muerte, lo que somos, en lo que nos hemos de bolver; la dicha del gozo de la gloria, la infelicidad de la pena del caer de Dios, condenado à la infernal llama; apretò tanto la mano el Religioso Orador en esta materia, que siendo mi corazón vna elada peña, al golpe de eslabon de su voz, gobernada de la divina gracia, sacò tan abundante fuego, que bastò à encender las acabadas pavas de mis sentidos: tal horror cayò sobre mi corazón, tan gran desconuelo, tan temerosa verguença de mirarme à mi mismo, que no sabia que hacerme, pues se me passava el dia con su noche sin cerrar los ojos, rompiendo el corazón en diluvios de lagrimas, fatigado de la consideracion de mis culpas.

Algunos dias tardè en determinarme, porque es dificultosa la determinacion à vista de muger, y hijos, hecho habito al vicio de la liviandad: no obstante la misericordia de Dios hizo su officio, pues a-

tendiendo à mi ansia penitente, obrò como piadoso, repitiendo los golpes de sus auxilios al passo de mi resistencia cobarde; cada dia, cada hora, cada instante me llamava, ya por la consideracion de mis culpas, ya por la enfermedad de mis hijos (que en este tiempo les diò Dios) ya por la voz de mi Predicador, que en el pulpito me doctrinava, en la cõversacion me enseñava, en la calle con su modestia me mortificava, en el Altar con su devocion me enternecia, en todas partes con su religiosa, y observante vida me avergonçava, considerando mis culpas à vista de sus virtudes. O lo que debemos à Dios, que diò gracia à los Santos para que nos dexassen en sus Religiosos hijos vnas copias de su penitencia, modestia, y doctrina con q̃ nos mueven, reducen, ayudan à salir del mal estado de la culpa, para entrar en el dela gracia! Llegò al fin el Viernes de Lazaro, donde mi Predicador pintò vn pecador muerto con el pecado, horrible por la culpa, feo, y torpe por las ofensas cometidas contra Dios, ligado de

pies, y manos con los vicios, embriagados los sentidos con el beñe de las liviandades, todo esto ponderado con su espíritu, y atendido de mi propio conocimiento que el auxilio de Dios me auia dado, pareciome a mi que era yo aquel que el Predicador dezia, que la tierra me arrojaba de si, que el Cielo me amenazava, que hasta los hombres ofendia con mi ediondez, con que huian de mi por no poder sufrirme. Quando en el campo de mi penitente consideracion me vi, amenazado del Cielo, arrojado de la tierra, deshechado de los hombres en medio de mi mayor fatiga, repare, en que Christo nuestro bien llamava a Lazaro, y al imperio de su voz salió del sepulcro, que no bastaron los horrores de la muerte, para impedir la piedad del Redemptor, para que le diese nueva vida; con esta consideracion me alentè, propuse valirme de la ocasion para salir del sepulcro ediondo de mis juizios. Acabose el sermón, acompañe a su casa a mi Redemptor, donde cerrando la puerta me arrojé a

sus pies, pidiendo le rogasse a Dios por mi, para que me diese vn auxilio con que hazer vna confesion general; gozoso, y enternecido el Ministro de Dios en ver el fruto de su trabajo me llevó en los brazos, consolandome con tan buena gracia, que me influyó vn nuevo aliento, para que señalassemos tiempo en que se executasse mi dicha. En este poco tiempo que señalè para confesarme, no os podrè encarecer los embarazos, los tropiezos que me puso el Demonio para impedir mi resolucion, valiose de Doña Elena mi muger, de mis hijos, de mis amigos, de todos echò mano para impedir mi determinacion, no obstante por la misericordia de Dios no le valió a Satanàs su traza, pues en lo que ay de aquel dia al Lunes Santo, ajustè por escrito mis pecados, consultando con mi santo medico las dificultades, hasta que la acabè. En esta sazón fue como mi verdadera muger desesperada de aguardarme, al cabo de algunos años eligió vn Convento por huir del mundo, que tan vilmente la trató:

recibió el habito santo de hermano mio que yo dezia aquel Cherubin Francisco, donde vivia, siendo exemplo de virtud a todas las Religiosas. Esta fue otra aldavada con que el Señor me llamó para salir de la miseria de mis culpas. El Jueves Santo muy de mañana me confesé, aviendo diez y siete años que no lo hazia aderechas, pues cada vez que me llegava a la fuente de la penitencia, me enlodava con nuevo sacrilegio; al fin, lloré mis pecados, confesando mis culpas, llegue dichoso despues de la absolucion a gozar de mi Dios, embozado debaxo de los velos de aquel pan, con que quedé con nuevo aliento para retirarme del mal estado en que vivia.

Mis lagrimas eran tantas, que dieron en que pensar a mi engañada Doña Elena, que cuidadosa de la novedad me preguntó la causa de mi ahogo, cosa que yo descava con todas veras; la respuesta fue darla vna carta, en la qual halló vn engaño con muy buenos colores de verdad, en nombre de vn

hermano mio que yo dezia que tenia me escribiá vna carta, dandome cuenta de la muerte de mi padre, el qual estava preso por los vandos tan viados en aquel Reyno de Valencia (de adonde dezia yo que era natural) vino a acabar su vida en la carcel, donde juntamente dezia mi hermano que quedava temeroso de que le quitassen la vida en publica plaza, porque el Virrey estava muy sangriento contra su causa, con que fino le socorria con dinero, con mi agencia peligraria su vida, con el rigor de justicia: vista por mi Doña Elena la relacion de la fingida carta, alentome a que fuesse a mi tierra, para ayudar a mi hermano, diciendome, que para esta ocasion era la hazienda, que la gastasse, pues ni ella ni mis hijos tenian mas honra que la mia. Con esta buena disposicion tomé mi mula, con vn poco de dinero, que no quise cargar de mas obligaciones, y sin moço que me acompañasse me vine a Madrid, donde vendi la

mula, y en habito de peregrino se concerta mia, en que se di-
hize mi viage à Alcalà de He- ria à mi cuñada, que su ma-
nares, donde visitè a San Die- rido era muerto. Despachè
go, y à los Santos Martyres al moço, el qual se bolviò
Iusto, y Pastor; de alli passè con grandes sospechas de que
à Roma donde venerè las fan- yo era el contenido; porque
tas Reliquias, y me bolvi à aunque auia mudado de ha-
confessar con el Penitencia- bito, de barba, y de color de
rio, recibiendo la absolu- cara, no dexò de maliciar al-
cion. Papal para mi consue- go; todo lo qual se lo dixo
lo, y seguridad de mi con- a Doña Elena, la qual co-
ciencia. Embarquème para mo buscava à su infiel mari-
España, con intento de viuir do, con fazilidad creyò los
vida solitaria; lleguè a Si- sospechosos indicios, con que
guença, donde entendí bus- se resolviò a venir en persona
cavan persona que cuydasse à este cerro, hizolo con toda
de esta Hermita; ofrecime resolucion va mes despues
à los señores de el Cabildo, que avian enterrado à vn pas-
que me nombraron para esta tor en mi Ermita; hablome
assistencia. El Demonio que toda deshecha en lagrimas,
que nunca fosièga del bus- respondila con el coraçon
car modos, y traças para puesto en Dios, con los ojos
nuestra perdicion, diò noti- en vn Santo Christo; dixela,
cia a Doña Elena de mi assis- que yo no era su marido, que
tencia en esta solèdad; escri- mi hermano era muerto; q en
viòme con vn proprio, el qual aquella sepultura estava el def
recibi al pie de aquella roca, engaño de todos, que le enco-
repàrè, en que el sobreescri- mèdassemos à Dios. Doña Ele-
to era para su esposo; que en na era mager de muy buen jui-
su estimacion era yo, con que zio, ò ella me entendió, ò
le dixè al moço, que el dueño Dios se lo inspirò; porque
para quien venia aquel pliego sin responderme mas, que Dios
era muerto, que era mi her- le aya perdonado, se bolviò à
mano; y así que se bolviè su casa, con que me quedè
dan.

Hando gracias a Dios de la merced que me hizo en fofsegar aquella muger. Diez años ha que viuo sin saber de Doña Elena; à mi primo, y amigo he escrito a Granada, avisandole del estado de mi vida, para allegar mi conciencia, y con las diligencias que me avisò que hizo, viuo con fofsiego en este monte, muy gufoso de hallarme fuera de los alborotos de tan mal mundo. Alguna vez voy a Siguença, aunque pocas, pido a fu tiempo por estos lugares, para fustentarme. Efse mozo và cada dia por el fustento ordinario, con que passamos esta vida tan llena de miserias, y trabajos, quiera la divina clemencia que aprovechemos en fu servicio, que ya que nos haze merced de darnos vida, no fea para nuestra condenacion, fino para falfarnos.

Aqui fe levantò el Ermitaño, y con vn efpiritu mas que humano fe bolviò a Carlos, y le dixo: y vos hijo efcarmentad en mi cabeça, porque os amenazan grandes males en vuestro vicioso natural, com-

templad en mi fortuna los varios, y tormentosos accidentes de la liviandad; reparad, en que foy el mas bien libado q ha dexado el embeleco de profano amor; vime con gufios, con hazienda, con mugeres, con hijos; todo tan fazonado a mi apetito, como lo publican tantos años en pecado mortal, sin jamàs hazer pie atras en mi defdicha, hasta que la misericordia de Dios me alumbrò: estas canas, no son años, trabajos son: esta defnudez, no es pobreza, pena de mi culpa es: esta soledad, no fue gufio, castigo de mi pecado fue; al fin todo lo q mirais son milagrosos efefos de la gracia, en pena de mis defahogos, que bolviendoles las espaldas me hize feliz, quedàdo aunq solo, defnudo, pobre, pero en la gracia del Señor que me diò luz para conocer q en peor efado me anian de dexar mis vicios con la defgracia del pecado. Con esto dexò el mortificado Ermitaño fu platica, la qual moviò a Carlos, de manera que le prometìo la enmienda, pero vn mozo es facil en prometer

la enmienda , quanto es perezoso en executar lo prometido. La carrera del Sol iba ya tan alta , que juzgò el Ermitaño se auia llegado la hora de comer, con que se acercaron a la Ermita , donde hallaron a Andrés , y el mozo de la Ermita en sossegada conuersacion; pero como Andres viò a su amo, le dixo: pardiez, señor, quedemonos aqui, metámonos a Ermitaños, descartemos al mundo, dō de no ay mas que vanidad, peligros, embarazos, con desatinadas fatigas ; si el señor padre quiere acá me quedò , à q̄ respondió el Ermitaño : Amigo Andres, en este monte no hallareis lo que en los lugares grandes, que a cada esquina ay vna Ermita , aqui sola esta ay , donde muchas vezes falta la comida, sobrando los afanes , con que entiendo que no gustareis de tan estrecha religion; quiso responder Andrés a tiempo que le atajò el Ermitaño , con tratar de que comiessen su pobre olla, que aquel dia fue de Pasena, pues tenia cezina , tozino, xerça , de lo qual comieron

todos , y dando gracias a Dios , y al Ermitaño, porcu ya mano los alimentò ; como ya era hora de caminar, apartò Carlos al Ermitaño, para pedirle le encomendasse a Dios , en cuyo auxilio fiava todo el buensucesso de su conversion ; ya en este tiempo tenia Andrés aparejado , con que se dispidieron vnòs de otros , que guiados del mozo de la Ermita llegaron Carlos , y Andrés al camino real, que siguieron sin tropiezo alguno, hasta la Ciudad de Soria , con que acabaron su jornada, para comenzar otras de mayores empeños.

CAPITULO VII.

Llega Carlos à Soria , sabe la ingratitud de Doña Beatriz, con que la olvida por otros amores.

SV palabra diò Carlos al Ermitaño de olvidar passados vicios, para reducirse a la virtuosa leccion; en esta conformidad salió de la Ermita , con esta buena determinacion entrò en Soria , con que

no podrá dezir que su mala estrellla le encamina, si la falta de virtud le precipita. Entrò, pues, Carlos en Soria vn dia de mercado, donde reparò (aunque de passo) que a diferentes tropas de Labradores se desocupava la plaça, desconfiosos de bolver al retiro de su Aldea, y porq̃ el que desea aprovechar todo lo còvierte, en ganancia ponderò la prisa de la buelta de aquellos Labradores, juzgãdo, q̃ quizà era ocasionada del rezelo q̃ teniã del pegajoso mal del vicio de la Ciudad: con esto puso termino a la jornada, aportando a casa de vn Cavallero, de los muchos de aquella Antigua Numançia; no hallò al dueño en casa, pero los criados le franquearon vn quarto, observando el orden que les tenia dado Don Francisco su señor, el qual a penas fue avisado de la venida de Carlos, quando con todo cariño, y cortesano trato diò la buelta a su casa, donde hallò a Carlos, a quien tanto deseava agradar, pues podia solicitar la ocasion, para dar a entender no se le olvidavan los beneficios que

avia recibido de su tio, por que vn pecho noble, vive siempre anhelando por pagar obligaciones. Al punto le hizo acoltar, para que descansasse del maltratado del camino, cò que aviendo cenado le diò lugar al descanso. No cumplió Carlos con los buenos propositos que tenia, pues velò toda la noche empleado en la memoria de su ausente Doria Beatriz. O que faciles es el prometer! que dificultoso el olvidar! Obligado del desvelo, se quedò en la cama, hasta muy tarde, tiempo en que se levantò, para q̃ le tomasen las medidas para vn vestido, con que mientras se acabava le visitaron todos los amigos de su huésped, que fue lo mas granado del lugar, cò q̃ en el quarto de Carlos fue aquellos dias la còversaciõ, de q̃ resultò, q̃ lostahures jugaron, y los q̃ tratavã de las letras humanas se procurarõ tẽtar los azeros, aqui entrò Carlos, q̃ como forastero, lo miraron todos como pintava; la primera suerte hablò poco, y a tiẽpo, porq̃ es grã regla de la prudẽcia la moderacion de las armas en los

primeros encuentros, contó algunos chistes de la Corte, adornolos con sentencias, con que dió muestra a aquellos Cavalleros, de q̃ podia hablar en corro con toda aprobacion; à pocos lances se hizo camarada de todos, que esso tienen los pocos años, que facilmente se introducen à la amistad. Entretenido con los divertimientos del lugar, passò algunos dias Carlos, pero siempre congojado, porque le faltava la devida memoria de su dama, por cuyas cartas suspirava; aumentose le la pena con la estafeta, pues juzgando que con ella se acabava el torcedor de vn imaginado olvido, hallò que se aumentava el rigor con la conocida falta de la memoria de Doña Beatriz, quando la de su tio era tan puntual, que no faltava nunca, y en la presente estafeta le alentava a llevar con buen animo los golpes de la fortuna, escarmetando en los sucesos que tocava, pues los heridos no estavan de peligro, y los sanos vivian con mas regozijo de lo que el podia imaginar. Bien pudiera adivinar Carlos la

novedad, à no estartan vendados sus ojos; pero el coraçon noblemente apasionado no se sabe determinar a presumir mal de nadie, no obstante la desconfiança de si mismo le dava mucho que pensar. Aquel dia lo procurò divertir con la estafeta, en la qual escriviò a su tio, y a vn amigo suyo con carta para Doña Beatriz, en que la acusava de remisa en su cuydado, cmbiò a la estafeta, en cuya respuesta aguardò su consuelo. O que de terminos dà a la esperança vn pretendiente como Carlos! Que aunque los divertimientos de los amigos eran grandes, pero no poderosos para facilitarle el alivio de sus penas; porque vna imaginacion de vn bien perdido, no es facil de reducir a que se olvide: en esta desesperacion de sentimiento passò Carlos dos meses asido a la cadena de la angustia, con solo el alivio de la aduladora esperança, hasta que dentro del pliego de su tio recibió vna carta, que dezia asi.

Carta de Doña Beatriz.

Porque no me ponga v.m. en otros mas apretados lances que los passados, le auiso que no se canse en escriuirme, porque no ha de sacar mas que molestarme; suplicole descuide de mi memoria, porque tengo dueño menos espadachin, y mas celador de mi honra que v.m. A quien guarde Dios como desea ella.

Quedò Carlos con tantos desengaños en tan pocos renglones, tan embelesado de la pena, que le obligò a su huesped Don Francisco a alentarle, juzgando ser achaque que le privava los sentidos, pero recobrado Carlos, diò por solution la pesadumbre que auia recibido con el auiso que auia tenido de la muerte de vn amigo muy intimo suyo. Bien entendido el cuidadoso huesped el achaque de Carlos, pero no quitò apurarle, porque reparò que vn ahogo que no le permite a la noticia del amigo, es desfaire de la amistad, si riguroso verdugo del

que le padece, y assi no dandose por entendido, dexò solo a Carlos, para que a solas desahogase su pecho. No se acabava de persuadir Carlos a q era verdad lo que sus ojos examinaron en las pocas letras de la carta de Doña Beatriz, porque como era contra el pundonor de su gusto, no le dava el credito que merecia su letura, buscò otro testigo en la carta de su tío, que confirmó la sentencia de muerte que tenia, diziendo desta manera:

Las heridas de vuestros enemigos tuvieron mas de ruidosas que de peligro, el vuestro me dà cuydado, porque estos Cavalleros lo son tanto que tienen muchas causas porque buscaros, procurad estar con cuydado, porque quien tiene enemigos, y tales, no debe descuidarse. Mi señora Doña Beatriz por poner en paz à sus conatos se desposò dias hà con vn primo suyo, que desde que enuiudò se auia juzgado su esposo, pues auia buido la dispensacion, el hecho ha sido acertado; procurad vos acertar en desengañaros

de que ay mas mugeres en el mundo , y os pòdeis assegurar, de que no os faltará vuestro tio
 etc.

Con esta carta acabò Carlos de persuadirse a que podia ser tan ingrata, como mudable su dama , pues todo lo venerado de fineza, era ficcion de lo imaginado del vicio de su apetito; el tropel de ingratas correspondencias, le diò a entender a Carlos, que la fineza passada de Toledo era liviandad, lisongera, que sus ansias eran falsas, que sus lagrimas en la despedida eran risa, pues a dos meses, poco mas de la falta de su vista eligiò a otro galan por dueño. O que cara se compra la experiencia de vna ingratitud! Pero que barata, si escarmentaramos con ella. Que rigurosas fuertes haze en vn coraçon amante vna no imaginada ingratitud; pero que de dichas se le siguen al que acabada la tempestad del rigor del sentimiento, cobra en bonanza de reditos sosiegos de desengañado. Rendido quedò Carlos al fatal destro-

zo del ahogo, postrados sus sentidos, arruinado su valor, con que desesperado de la pena que le atormentava se saliò al campo a desfogar en suspiros el incendio que atormentava su consideracion amorosa, juzgando que afloxarian el garrote del dolor los repetidos ayres de su respiracion; pero aunque la campaña era apacible no hallava vado al inmenso golfo de sus penas, porque si atendia al rio, se congojava al passo de la mudança de las aguas; si a las flores, se enternecia con su temprana muerte; si a los arboles, se fatigava de verlos desnudados en invierno del ropaje, con que los galanteò la primavera; si a las fuentes, se angustiava de ver que su permanecia era ellanto; si a las aues, se condolia de oirlas quexar en lastimosos arrullos de las astucias del cazador; si a los brutos, se asustava en atender a zelosos mugidos, con que se querellavan de su prenda amada. Solo en las penas hallava algun genero de consuelo, que era ser
 sien,

siempre penas á la resistencia de infortunios. Entre estas congojas , y fatigas , ahogado de la borrasca de pesares , pasó Carlos la tarde , hasta que las sombras precursoras de la noche , á fuerza de las ausencias del Sol , le retiraron á la casa de la conversacion , donde pensó hallar , lo que en la soledad era imposible , y por que la atencion de sus amigos , no se armase de prefunciones , con su silencio ayudó el loable ejercicio de la politica , con algunos discursos varios , hasta que llegó la hora de retirarse á su quarto , donde por no permitir que sus penas saliesen á la plaza del conocimiento de los extraños , se armó de prudente valor , retirando al pecho , lo que no era bien que saliese en publico , pero toda esta prevencion fue muy á costa de su salud , pues sin poder cortar la corriente de la consideracion de la ingratitud de su dama , rebalizó en su pecho el golfo inmenso de sentimientos , hasta que rompiendo los diques á la resistencia , paró en vna peligrósa enfermedad , á la qual atendieron sus huéspedes , con gran cuidado , llamaron los Medicos , que cuydaron de las fatigas del cuerpo , sin prevenir la causa de las angustias del alma , que reconocido por el prudente huésped de Carlos , les advirtió algo , que su malicia pudo alcanzar de los sentimientos del enfermo , con que madaron el modo de la curacion , recetando fomentos cordiales , y ordinarios divertimientos , con que al cabo de dos meses se halló Carlos con disposicion de buscar en la calle los del ahogos juveniles ; jugava la pelota , las armas , los trucos , hazia mal á vn cavallo , salia á cazar de ordinario , con que poco á poco se divertió , olvidando la causa que le molestaba. Sucedióle en vn dia de los que salió Carlos al campo , que su poca atencion al freno de su vicio , le ocasionó vn tropiezo , que como mozo tan

descuidado de si mismo cayó al primer encuentro de las has-
 ras. Auia en aquella Ciudad vn Cavallero, q̃ auia que peina-
 va canas, no acabava de tener-
 las en la devida atencion, pues
 con hijos, y años no auia lo-
 grado el dexar vicios; este
 tal aviendo venido a la Cor-
 te a sus pretensiones, ò a lo-
 grar sus gustos en sus vicios.
 que es lo mas cierto, se ena-
 morò de vna dama cortesana,
 de pocos años, con buena
 cara, y mucha dissolucion; ofre-
 ciósele dar buelta a su casa,
 ò porque auia acabado con
 sus pretensiones, ò porque
 el dinero le auia echo falta
 (que es lo mas natural en
 hombres viciosos), èl no se
 persuadiò poder passar en
 su tierra, sin el alhago de los
 amores de Doña Francis-
 ca (que este era el nombre
 de la dama) à quien solici-
 tò a que dexasse a Madrid,
 para irle en su compania a
 su casa, donde seria seño-
 ra de su hazienda del go-
 vierno de sus hijos, a titu-
 lo de donçella pobre que
 procurava servir para passar
 su vida: (O lo que haze el
 vicio!) facil fue la reduccion
 de la dama, pues no podia
 perder nada en la mercaderia,
 porque todo era ganancia, y
 assi al punto se dispuso para
 acompañar a su galan; bol-
 viò a sus dueños las pocas
 alhajas de su casa, pagando-
 les el alquiler, y con solo vn
 vestido al vso, dos camisas, me-
 dio espejo, vn baúl a medio lle-
 nar de zarandajas de muger
 de su trato, hizo su camino
 acomodandose en vna mula,
 en compania de su Macias, cõ
 el qual entrò en Soria, en su
 casa, a titulo de donçella
 de labor, muger muy hon-
 rada, de grandes prendas, à
 quien la pobreza la obligava
 a servir, y la compasion a
 que la amparasse aquel Ca-
 vallero; con todos estos ti-
 tulos tomò possession de la
 casa, de las llaves, y de todo
 lo que auia, haziendose seño-
 ra de todo, con que cortava
 a su gusto, como si fuera cosa
 propria, de que resultò que
 a pocos dias se pudiesse en
 igual esfera, y aun en mayor q̃
 las hijas de su dueño. No la su-
 friò el coraçõ dexar de vlar de
 sus buenas habilidades, porq̃
 el

el habito del vicio solo con la penitencia se dexa. Paffeava el lugar vn Cauallerito moço, he-cho de alcorça, con visosa lo-Francès, con brio à lo Español; el qual, gobernado de sus pocos años, ò de sus muchos antojos livianos, enamiorava à todas quantas topava. Encontrò con Doña Francisca, a quien embidò de recio con su amor, quando ella le admitiera con menos punto; galanteòla a lo tiernos, arrullòla a lo dulces, miròla a lo chulo, y passicòla a lo temeron, con q̃ a pocos lances del galanteo se hizo gachas la moça por los pedaços de D. Geronimo (q̃ este era el nòbre del galàn) desechando por viejo a su dueño, a quien trocò por los amores del Adonis Soriano, admitiendole dentro de su casa, quebrantando los fueros de la nobleza; pero que no harà vna liviana muger cò vn moço aconsejado do del apetito? Nò se pudo esconder a los ojos de muchos el mal cobro, q̃ ponía Doña Francisca en la casa de su dueño; con que fue fuerça que lo llegasse a entender el pobre canallero, que como fue posirero en las noticias, venian ya tan otras, que no entendió mas, de que Don Geronimo le galanteava a su doncella, con que sin dar queta à nadie, el enamorado viejo le traspuso a Doña Francisca en vna aldea, de que era señor, por apartarla de las ocasiones de la Ciudad.

En este parage estava Doña Francisca, quando Carlos vna mañana se divertia en la caça junto a su mismo lugar, al tiempo que la tal moçuela q̃ ò por divertir solitarias melancolias, ò por tomar el Sol en el campo, se asomò a las Eras del lugar, donde los galgos venian dando alcance a vna liebre, de la qual casi en sus mismas faldas hizieron presa tan gustosa para Carlos, que viendo el ayre, el garvo de la dama, se apeò gozoso del suceso; con que cogiendo la liebre, se la presentò a Doña Francisca, diziendola, que supuestro que los perros avian andado tan galantes, que a su vista auian hecho el teatro de sus victorias, se sirviesse de admitir el despojo que la rendia a sus plantas, juntamente con su persona, tan inuerto a violencias

de sus ojos, como el fugitiuo animal, que la presentaua; admitiò la ofrenda, la liviana, si desvanecida moçuela, no tanto por el agasajo cortesano, como por el, que tan galàn como discreto; entre burlas, y veras la dezia su amor, de que gustò por el breve tiempo que le permitiò la censura del villanage cuydado, que no fue tan poco, que faltasse para enseñarle la casa con vnà ventana que caia a vn pequeño jardin cercado de vnas tapias baxas, por el qual podria la vez que quisiesen comunicarse; con esta conformidad se dividierò los dos, y no sè qual dellos mas picado; lo que se puede entender, es, que cada vno auvo biè que hazer en atarse las heridas, de que se les iba mucha sangre. Retiròse Doña Francisca a su estancia con harta pena, de que se le fuesse tan en breve el paxaro de las manos; pero como el exercicio era de caça en el campo del amor mundano, biè se prometìò que caeria Carlos en la red de sus amores. No estava tan poco afido a la cruel, si pegajosa liga de su vicio, q̃ olvidasse la ocasion presente,

Todo el dia anduvo Carlos en el campo traçando siempre como bolver a ver aquella noche a Doña Francisca; dispusolo de manera, que lo executò fingiendo con los compañeros vn negocio preciso, con q̃ se apartò dellos, diziendoles, que se fuesen poco a poco, q̃ el daria la buelta presto, que los alcançaria. El cuydado le puso diligentes espuelas, con quellegò media hora de noche a la aldea donde viaua Doña Francisca; dexò su cauallo cercano a las tapias del jardin, q̃ con facilidad asaltò por ser baxas; pero al primer encuentro de la conuersacion de su lasciuo antojo, oyò dezir: Tirale, que èl es al punto le tiraron vn arcabuzazo, a cuyo ruidoso exceso se arrojò de la tapia a la calle; donde atendìò que venia gente; fuesse retirando con diligencia, montò en el cauallo al tiempo que le acometieron tres villanos con determinado corage; recibìolos Carlos con la espada en la mano, dando buelta sobre sus contrarios con tan buen animo, cò tanta presteza, que al vno atropellò con el cauallo, y a los dos

hiriò de dos cùchilladas , con que puso pies al cauallo , que alargarienda le bolviò a Soria donde le aguardavan con gran cuidadao ; pero viendole venir sin riesgo , se soslegaron , y por desinentir sospechas fue luego à la casa de la conversacion , dõ de llegò nueva , como viciendo Don Geronimo aquella noche de su aldea , tuvo vna pendencia en el camino , de la qual salió mal herido ; mas como la mala opinion ocasiona sospechas assegurandolas por verdad , al otro dia se dixo , y se certificò en el lugar , que Don Geronimo avia sido a quien avian tirado el arcabuzao en la casa de Doña Francisca , que èl avia herido à los criados , pretendièdo escalar la casa de vn tan gran Canallero como su dueño ; esto assegurò la malicia ayudada de la mala opiniõ de Don Geronimo , con que fue fuerça darse por entendido el enamorado , si vicioso viejo , aguardando à que sanasse Don Geronimo para tomar dèl la satisfacion de su duelo. El des empeño fue en la plaça , salió herido en vna mano Don Geronimo , con que los duelistas

sentenciaron estava irrisefcho el duelo. En este ajustamiento entrò Carlos , que por ser el viejo muy suyo , le diò la mano para todo. De aqui resultò , que Doña Francisca bolvièsse a la Ciudad donde estuvo muy recoleta , hasta que Carlos con la licencia de amigo de su dueño la relaxò de su aueridad , por que como Carlos era tan continuo en su casa , por la estrecha amistad que tenia con su viejo galàn , fue facil travar el empeño , sin notable nota de lo publico. Quien le dixera a Carlos vn año antes , que la voluntad de Doña Beatriz , que tanto le costò , la avia de estragar por vna distraida moçuela ? Quien imaginara , que la fogosa llama del amor de Doña Beatriz se mudara con el ayre de vna honrada desgracia ? Nadie ; pero si el amor passa à vicio , quando se imagina que crece , acava con ruidoso , si repentino accidente.

(***)

CAPITULO VIII.

*Relatanse algunos lances del
empeño de Doña Francisca,
hasta que por el postrero
la dexa Car-
los.*

QVe lo puro fragante de vna rosa ocasiona en la dama antojadiza arrojarse por cogerla? No ay de que admirarse, porque lo fragante puro, aunque insensible incita a poseerlo. Que la flor que guardada de las conchas de las espinas cueste sangre al que gusta de destrozarla del trono de su jurisdiccion, no admira, porque quien pretende con antojos violentos no cuida de la sangre que le cuesta la fazon que ha deseado para poseer. Que obligue a afanados sudores el desasir el oro de los brazos de la tierra, vaya, porque la ambicion siempre trabajó para atesorar. Que el apetito humano se incite del donayre modesto de vna perfecta hermosura! Quié se maravilla a lo mundano?

Pero quien no se asombra reparando en vn racional picado de presuncion, que sin ser rosa vna liviana moçuela se desacredita por comunicarla; sin ser flor se desangra la honra por cogerla; sin ser oro, afana por poseerla; sin ser honesta hermosura se embriaga, de manera, que la estima por rosa, que la coge por flor, que la busca por oro, que la ronda por dama, siendo asi, que ni es rosa, ni flor, ni oro, ni dama, porque no tiene de rosas mas que el mentido color, no siendo flor, y no tiene de dama mas que el averfelo llamando.

Que los estremos de galan vicioso de Carlos, se empleara en la pretension de Doña Beatriz, que la vida fuera poco en su estimacion para sacrificarla alas otras de su gusto vaya; porque lo razonable, aun para Dios tiene alguna disculpa; pero que por vna mugercilla liviana, sin honra, sin prendas, sin buena opinion, aventure la vida, malvate su credito, ultrage el padre donador? O es linage de locura, vna total desesperacion de

arre

arrojo vicioso ; pues sin ser cara. Diole a entender su da-
vanidad que le despené , se ma que gustaria de vn poco de
exponer a perder lo precioso arroz con leche , el qual con
de la opinion que es la hon- gran puntualidad procuró
ra. Carlos que se hiziesse en vn

Muchos fueron los lances Convento de Religiosas , con
en que pudo escarmentar Car- que con todo asseo se le remi-
los ; pero el vicio le tenia tan tió con vn criado , á titulo de
ageno de la razon , que aunque que iba para el dueño de la
las experiencias se atropella- casa , por si acaso tropezasse
van vnas a otras , por darle a con él ; recibió Doña Francis-
entender su despeno , su apeti- ca el agasajo , acompañado de
to vicioso que cegava a su vo- vna dezima , despidió el cria-
luntad , no acabava de rendir- do , trasladó la dezima de le-
se a los preceptos del entendi- tra agena , y con la persona que
miento , para que conociesse su la servia de tercero en la co-
mal empleo. Entre la chusma rrespondencia de Don Luis ,
de la baraja de dançantes de se le remitió con los versos ,
la escuela de Doña Francisca , haziendo fineza de su infan-
avia vno , á quien ella favore- mia , dando por dueño del cū-
cia con mas secreto , que aun- plimiento de su antojo la atē-
que eran muchos los pena- cion de Don Geronimo , que
dos , tenia tan buena habilidad era el galan con quien trazó el
Doña Francisca , que siendo primer galanteo , por cuya cau-
tantos los que pellizcavan la sa la retiraron al Aldea. Feste-
rosca , ninguno se encontró ja- jò Don Luis la fineza , con que
más con otro , con que Carlos sin reparar en lo que hazia , de-
(a su parecer) vivia muy segu- xó sobre vn bufete la porcela-
ro de la voluntad de su dama , na , al tiempo que passava por
pero porque no se fuesse ala- la calle Carlos con otro ami-
bando , de que era solo el co- go ; Don Luis se asomó a la
rrespondido , le dió su livian- ventaria , siendo fuerza el salu-
dad en el juego de su vicio- darlos , y como estava satisfe-
con los ochos , y nueves en la- cho del favor de su dama , re-

bentava de harto, por cuya causa llamó à los dos amigos para que gustassen de aquella sazonada vianda; mirò Carlos la porcelana, que aunque le pareció que era la misma con que auia regalado à su dama Doña Francisca, no obstante no se persuadió à la verdad, porque el empeño del vicio hasta del conocimiento natural priva. Comió Carlos con su amigo del regalo, pero con algun escrúpulo zeloso, que por apurarle le dió tormento de preguntas à Don Luis, à quien fue menester poca tortura para trocar en quartos de publicidad lo que auia recibido en plata del se-

creto; à la primer pregunta sacò la Dezima escrita de mano de vna hija del dueño de Doña Francisca, con grandes misterios, preñezes, y visages revelò el secreto, aunque callò la persona; dixo, que vna persona de gran calidad le auia favorecido con la fazon con que otro galà la auia regalado, que leyessen la Dezima, porque era de buen gusto; temò Carlos el papel, y sin saber lo que se hazia le leyò, que fue harto, segun era su turbacion. Oigamosle aora mientras le lee, mas turbado de la Dezima, que confuso de la letra.

*A-ór à, Señora, quien crea,
que ha salido tu cariño
de las mantillas de niño
si assi la leche desea;
pero aunque gigante sea
tu amor, mi atencion preuiene,
que obedecerte conuiene,
pues aunque te sepa mal,
diràs de regalo tal,
con lindo arroz se nos viene.*

Acabò Carlos de leer la Dezima, que festejó con grande ri-

sa, porque nadie entendiessè que era el el autor della, no quiso apro-

apretar à Don Luis para que le dixesse quien era la Dama que le avia regalado con tanta fineza, porque harto claro se conocia que era Doña Francisca; no obstante la rabia de Carlos solemnizó el regalo, y por divertir el tiempo se salieron todos tres àzia los portales de el collado, cada uno con diferente capricho de sentimiento, porque Don Luis reventava de favorecido, el amigo anhelava por saber el sujeto de el empleo, Carlos rabiava de que durasse tanto el dia, pues pensava con la noche vengarse de D. Fráncisca, pero como el tiempo corre llegó la hora en q̃, el caduco dueño de D. Fráncisca salió a conversaciõ, con q̃ tuvo Carlos lugar de entraren su casa, dõde hallò à su dama con gran desahogo, sin temor alguno de su mal proceder; porque es credito muy antiguo de la maldad la dissimulacion en el agravio: Preguntòla Carlos, si la avia sabido bien el cumplimiento de su antejo; pero ella como tan sagaz, respondió, que no lo avia gustado, porque avia regalado a vna amiga con la saçon de sus aten-

ciones; al punto entendió Doña Francisca el enfado de su galán, con q̃ puso todo cuidado en disuadirle de su enojo, para lo qual se valió del carriño hechicero cõ alhago; preguntòle que le molestava, pues tan a secas tratava sus caricias; pero como la voluntad ofendida no sabe dissimular, rompiò la nube de el silencio pretendiendo anegar en desazones à la que le avia ofendido tan vivamente en el gusto, que reconocido de Doña Francisca temió el desayre de Carlos, q̃ rematava con ausentarse de su vista; asíole de la capa, atravesòse en la puerta, cõ que no le dexò salir; forcejava Carlos; pero D. Francisca le dixo, no se avia de ir, sin q̃ primero la oyese su descargo; y como la voluntad de qualquier razõ se paga, se determinò Carlos a oir a la que entre lagrimas, y sollozos le dezia, q̃ era vn mal Cavallero, ingrato a tan arrojada voluntad como la suya, que se lucia poco la noble sangre heredada de sus padres, pues con indiscreta presumpcion infamava a vna muger desgraciada, por pobre, affligida, por amante, desacr ditada por amor,

que para que se certificase de la verdad a que le obligaban sus sentimientos indiscretos, atendiese à sus tan verdaderas, como rendidas razones, porque Don Luis hablava con vna amiga suya, a la qual avia regalado con el agassajo que le avia hecho, remitiendola la dezima con lo demàs, para que atendiese a la fineza que usava con ella, pues lo que mi galàn (à quien queria masque à mi alma) me embiava con esso mismo sin pellizcarlo la servia; este es mi delito; claro està que no ay otra cosa, porque si Don Luis fuera regalado de mi parte, y no de la amiga, era fuerza que la dezima fuese la misma, ò traslada de mi letra, con papel de la propia; pero no siendo así, bien reconocida està la falsedad de la calumnia; si la amiga le quiso picar a Don Luis con aquella areta, no era bien que teniendo la culpa pagase yo la pena; con estas razones enlazò lagrimas, sollozos, ansias, juramentos, caricias, suplicas, cariños con que Carlos, que era el ofendido, rendido al

golpe de simuladas satisfacciones, la pidió perdon de su enojo, dando por razon, que zelos tambien fundados, no eran culpables.

Muy alegre quedò la raymada moçuela, viendo el rendimiento de Carlos, con que ya le tenia deslumbrado, mas fúgeto à sus alhagos, los quales bolvió à repetir para asegurar mas la voluntad de su galàn, el qual solenizò las pazes con nuevos rendimientos, formando question de que era desgracia de la muger que perdía el gusto de sus empeños, por vnos falsos, aunque bien fundados zelos. En esta conversacion les cogió el aviso, de que era ya hora de que su propio dueño viniese a su casa, con que se apartaron los dos amantes, Carlos à rumiar la dicha de la solución de sus zelos, Don Francisco à dar gracias à su buena habilidad, de que la avia sacado del empeño; de que podemos sacar que es desgracia de la bondad el ser siempre engañada. No lo entendió así Carlos, antes se persuadió à que era pagado en mo-

reda corriente de buenavoluntad, pero no le durò mucho la satisfacion de su gusto, pues no le conservò el contento cabales veinte y quatro horas. Encontròse al otro dia cò vn amigo, el qual le aplacò para despues de comer, porque necesitava de su lado para vn negocio de mucha importancia, que le aguardasse en la puente junto a san Agustin. Con este cuydado, en acabado de comer Carlos, se fue passeando a la puente, donde aguardò à Don Antonio. (que este era su nombre) pero antes que llegasse oyò Carlos ruido fuera de la puente, donde se acercò por saber la causa de tanto alboroto, hallò a vn criado de Doña Francisca, que procurava maltratar à vna mugercilla, la qual se deshazia a gritos, llegó Carlos, moderò al criado el qual le contò, como àquella mala muger avia sido tercera de su moça para que le encor nudasse, que botava a Christo, que si su merced no llegara, la avia de hazer echar la hiel por la boca, porque era vna hechicera alcagueta. En este tiempo assomò Don Antonio, que

viendole la mala hembra, le uantò el bramo, pidiendo vengança del lacayo: quiso saber Don Antonio el suceso, con que fue fuerça, que Carlos le le contasse; pero antes hizo señas al lacayo para que se retirasse, como lo hizo en el Convento de san Agustin de adonde se escapò. Corrido quedó Don Antonio, sabiendo que el lacayo era su competidor en el gusto, por cuya causa le quiso buscar para romperle la cabeza: detuvole Carlos, previniéndole que era ido, q con la pesquisa se alborotaria el varrio, con que se varajaria la ocasion que buscava, y a la mala hembra le avia dicho a Don Antonio, como en su casa estavan las mugeres que buscava a las quales avia venido siguièdo el lacayo, el qual porque no le avia dexado entrar a donde estavan aquellas señoras, la avia dado de puntillazos, con que avia juntado gente, que dièssela buelta porque se flosségasse el varrio. Aunque corrido Don Antonio, tratò de dar satisfacion a Carlos, a quien dixo: Yo os he traído aqui para que me guardéis las espaldas de

dos hombres, que esta muger me ha dicho que la siguen, que segun lo que ha pasado, juzgo, q̄ el vno deue de ser este lacayo; el otro será su semejante, de q̄ estoy corrido, y casi determinado a darla de bofetadas. No me parece q̄ teneis razon (respondió Carlos) porq̄ el gusto es libre; cō que al lacayo la pudo parecer biē aquella muger, y antojarsele a ella a vn lacayo, y aun ciento, en q̄ no tiene culpa, antes se la deue alabar, q̄ teniendo gusto lacail, le descartò por subir a la esfera de señora; quadròle a D. Antonio el cōsejo, con q̄ por hazer tiempo dieron la buelta a vna ermita, q̄ se llama san Iuan de Due-ro, de adonde viēdo sossegado el varrio, bolvieron a casa de aquella infame muger, donde al tiempo de querer entrar, fallieron de rondon dos mugeres tapadas, con tanta resoluciō de escaparse, q̄ por mas que las intentò D. Antonio, no fue posible el detenerlas. Biē conociò Carlos, q̄ eran D. Francisca con su criada; pero no quiso darse por entendido por no hazer duelo del caso, q̄ con la publicidad no era facil de ajustar; siguiò a D. Antonio, q̄ las iba dando al-

cance, el qual sin mas tormento q̄ vna pregunta cōfessò ser D. Francisca con su criada; sintiòlo Carlos como poco versado en semejantes lides, però desimulò, porq̄ es credito del juyzio el ocultar vna pena. Al subir àzia la plaza se le cayò a D. Francisca vna liga, cuya falta no sintiò con la fatiga q̄ iba, quando el cuydado de Carlos le hizo dueño del despojo q̄ dexò el enemigo que huía; pidiòle D. Antonio la prenda, a q̄ respondió Carlos, q̄ a èl le cabia la liga, quando el paxaro le tocava a D. Antonio. Muy apretada se vio la infiel moçuela, viēdo q̄ la seguiria los passos, cō q̄ determinò seguir el camino de la plaza, dōde hallò al Corregidor, al qual le dixo, q̄ la importava la vida cō la hōra, en q̄ no la siguiesen Carlos, y D. Antonio, los quales conociēdo el empeño en q̄ los ponía D. Francisca cō el Corregidor, se detuvieron cō èl, sin darse por entédidos, cō q̄ el Corregidor no tuvo q̄ mandarles, ni ellos el empeño de no obedecerle. Traspuò la mañosa moçuela la calle, cō q̄ a pocos passos se hallò en su casa, dōde al pūto reconociò la falta de la liga que se le avia caído, pre-

preguntòla a la criada, si la avia visto, la qual respondiò, que le pareció aver visto a Carlos baxarse a coger de el suelo vna cosa verde; con este testigo se diò por condenada en su delito la viciosa mugercilla; però como la sagacidad acompaña de ordinario la promptitud de el femineo sexo, no perdiò Doña Francisca el animo, antes con prompta sollicitud embiò a la criada por tafetan de el mismo color, con que con vna puntas que tenia como las otras, dentro de dos horas se hallò con ligas bastantes a ligar a otro menos experto que Carlos; el qual rumiando sus pesares, gustò todo el dia en las conversaciones de amigos, hasta que la noche le retirò a su casa, donde al querer entrar en su quarto se le fueron los pies, con que fue fuerça hazer el reparo con las manos, accidente que se las maltratò. El mal suceso de aquella tarde tenia a D. Francisca puesta en cuydado de espíara Carlos, de quien supo al punto la caída, con que valiendose de la ocasion, le em-

biò vn azafate de dulces, con vn vidrio de agua de olor, quatro barros, y las ligas, con vn papel, en que con maña industriosa le dava a entender recibiesse las ligas para vendarse las manos: no quiso Carlos passar la treta sin dar señas de la falsedad, y así la bolviò las ligas, respondiendola en el mismo estilo, dandola a entender, que no auia mas liga que su voluntad, la qual sollicitava bolviessen a su dueño, para que con perfecta salud las pudiesse gozar en mas amoroso laço.

Este achaque le durò a Carlos algunos dias, en los quales divertia el medroso escrupulo de Doña Francisca con papeles, para que se asegurasse de que no era entendido su mal trato; pero el sentimiento de Carlos velava por coger a Doña Francisca en ellaço; lance que no alcançò la presumida maña de la moçuela, la qual, pues, asegurada de su presumpcion se dexò arrastrar de su vicioso trato, sin consideracion de que era conocido su maltermino; con todo dissimulo aguardava

Carlos el lance, juzgando (y aposentillo, donde reconoció bien) que la reclusion que tenía en su casa por causa de su achaque, avia de ocasionar en Doña Francisca seguridad de su embuelta para lograr su viciosa torpeza, que la sacó de su casa para la de aquella vil tercera, que viviamas allá de la puente, de que fue anidado Carlos, el qual reconociendo el empeño, sin mas consideracion se fue derecho a casa de aquella mala mugercilla, tercera del demonio, la qual como vió que Carlos se entraba en su casa sin el beneplácito de su voluntad, le defendia la entrada, diciendole, que no entrasse en su casa, que no la descreditasse, que haria malas aventuras avia pasado por los hijos de vezino del lugar, sin que hubiese vno que la hubiese amparado, que a no ser su dinero hubiera padecido su honra en poder de justicia, que se fuese con Dios, que no allorotasse el varrio; esto lo dezia a grandes gritos, de que no hizo caso Carlos, con que sin embaraçarlo el ahullido de sus voces, se entró hasta la puerta de vn mal

Muy ahogada de pesares quedó la viciosa moçuela viéndose cogida en el mal acento, maltratada de palabras, ultrajada de obras, todo incentivos para que su vil pecho propusiese vengarse de Carlos hasta quitarle la vida; para cuya execucion trató su mal intento con vn lacayo de su casa (con quien tambien se pellizcava) con el qual ajustó que le quitasse la vida a Carlos, fuese como fuese, que le daria trecientos escudos, con vn cauallito con que passarse a Aagon sacó el picaro el concierto, con que tra-

tratò de espiar a Carlos para quitarle la vida con toda seguridad; algunos dias se passò, hasta que vna noche viniendo Carlos de rezar a la Virgè del Espino, trahia vn libro en las manos, que pondesembaraçarse para tomar el rosario, le atò de las correas en la petrina; baxava Carlos azia la puente por vn malcamino pedregoso, venia rezando, quando reparò, que le seguia vn hombre a passo largo, que al emparejar con èl le tirò vna estocada milagrosa, à que hizo venturoso reparo el libro que llevaba asido de la petrina; desembolviose Carlos, y a pocos lances hirió a su contrario con tan biẽ afortunada execucion, que cayò rendido a sus pies pidiendo confesion. Como era el lugar tan apartado de el bullicio de la gente, tuvo tiempo Carlos para hazerle rendir la espada, y reconocer al que le quiso quitar la vida, que milagrosamente Dios le auia guardado, conociò que era el lacayo de Doña Francisca, al qual procurò alentar, para que ayudado de sus alientos se fuesse à curar del alma, y cuerpo; esforçose el pobre herido, con que con el arrimo de Carlos pudo llegar a casa de vn Cirujano; en el camino, sin mas tormento que su aficcion, le declaró el lacayo, como su ama Doña Francisca avia sido la causa de su loco atrevimiento, que no contenta con sus vicios, vengativa, y sangrienta, le auia obligado con regalos, con cariños, con dinero, a que le quitasse la vida; para cuya execucion, avia muchos dias que le andava espiano, hasta que hallò aquella ocasion, de la qual, por justo castigo de Dios, salia tan mal herido, que segun se sentia, juzgava era llegado el fin de su vida, por cuya causa hazia aquella declaracion, la qual haria ante vn Escrivano, si Dios le dava vida. No permitió Carlos que passasse adelante con su determinacion el pobre herido, à quien pidió ocultasse el delito; porque de su publicidad no se seguia mas que infamar à vna muger que estava en buena opinion; tambien lo supo disponer Carlos, tantas razones le diò, que le obligò al herido à darle palabra de callar.

En esto llegaron a casa de vn Barbero donde le tomaron la sangre; de alli le llevaron a casa de su amo, el qual le preguntò, que quien le avia herido? a que respondió, que tres hombres le avian acometido entre las cercas que baxan de la Virgen del Espino al rio, que procurò retirarse; pero que no pudo, que le dieron aquellas heridas al tiempo que llegó Carlos; a quien devia la vida, porque con su socorro se retiraron sus enemigos; con esto suizo a su amo; pero no lo quedó Doña Francisca, porque como era delincuente, qualquiera sombra la amenaçava sangrienta; y assi, apenas salió su amo de casa, quando baxò al aposento del lacayo, el qual con voz funesta, y dolorida le contó todo el suceso, añadiendo el afearle su tan ingrata, como infame pretension, contra

vn Cavallero tan honrado, que pudiendo quitarle la vida con tanta razon, no lo hizo, que pudiendo vengarse de su infame proceder, la perdonò generoso, obligandole a que no hablase palabra, acciones todas que obligavan a que como Christiana entendida le pesasse de su malvado intento, procurando servir a tan noble Cavallero. Aqui remató el pobre doliente su platica, con la qual quedó Doña Francisca como fuera de si, viendo quan ayroso avia salido Carlos de aquel lance, en el qual hallandola tan culpada, la perdonò su nobleza generosa; embaraçada se vio la astuta moçuela, considerando la publicidad de su infamia, perdonada tan noblemente; y como el femineo discurso trabaxa con presteza en encubrir sus faltas, procurò Doña Francisca dorar las suyas con este breve papel.

Negaros, Carlos, mi delito, fuera mayor agraviò; confesarlo, es vergonçoso espectáculo, que quien se viò querida confiese que ingratamente es culpada, suplicoos, que me sirva la confuscion del castigo, para que por lo menos me juzgueis vuestra, aunque vos no seais mio, con que me servirá de gustosa pena, conocer por dueño a quien venero obligada, y rendida.

Recibió Carlos el papel, en el qual conoció la malicia de su dueño, con que se determinó a responder, porq̃ no entendiese que auia obrado en el la treta del rendi-

miento (gran torcedor para vn noble) y porque entendiese la menospreciava escribió esta dezima de chança en desquite de su mal trato.

Con el passado suceso

*he llegado à discurrir,
que el amor ha de morir,
aunque duro como un hueso;
murió el mio de un exceso,
de que ay mucho que admirar,
que assi viniese à acabar,
quien con pildoras curado
purgado de resfriado
no muriese de purgar.*

En el alma sintió Doña Francisca el defaire, tanto por la perdida de Carlos, como por los temores que la quedavan de que se quiesse vengar su ofendido amante; consolavase con que era noble, pero como conocia su ingratitud culpada no se assegurava, pero como la voluntad viciosa faltandole el vicio, todo lo convierte en odio, aunque experimente la nobleza del perdon, se revistió en vengativo encono,

quando el Cielo dispuso que se ausentase Carlos, quizás porque la auia perdonado su infame proceder, ó porque con nuevas experiencias, aunque rigurosas medicinas sanasse de la peligrosa enfermedad del vicio del amor.

(?)

CAPITULO VIII.

*Salc Carlos de Soria , llega a
Agreda , de adonde dà buelta
à Vizcaya , y Navarra , dase
cuenta de los lances
de su jornada.*

DE la salada espuma del Oceano, se levanta aquella montuosa linea, madre de tantas eminencias, y collados, à quien vulgarmente llaman Pirineo : Este tal corcovo de la tierra, prolongado piramide de España, es arbitro juez entre dos jurisdicciones, dividiendo con toscas peñas, y peñasco la linea las Lises flores de Francia, de los Leones, y Castillos de España. Bruto parto, ò rama adusta deste promontorio, es aquel eminente collado, de que tantas memorias tuyas ocupan las antiguas tablas de los siglos *Moncayo*, que yà por la fertilidad de sus valles, yà por la dulçura de sus aguas, yà por la fragancia de sus flores, yà por la amenidad de sus cerros, yà por la fecundidad de sus pastos, ò yà por

la celebre morada que en él tuvo aquella stuto ladron Caco, tan celebrado por sus hurtos, de quien acaso pudo hurtar el nombre, ò quizás por las sangrientas, y ruidosas batallas, que en el teatro de sus faldas diò la valiente ofladia de la gentilidad briosa, se eterniza en la memoria de los siglos; pero no contenta su fortuna con tantos aplausos de victoriosas edades, le labrò la dicha a lo moderno de la ley de gracia, corona ilustre de gloria mas que humana, pues en lo alto de su erguida frente se edificò vn Templo a la Aurora de la gracia Maria, que por singular honor, y lauro se apellida nuestra Señora de Moncayo, donde permanece atalaya de sus dichas, laurel de sus glorias, corona de sus mayores felicidades.

A las vertientes de las frescas aguas desta elevada eminencia de Moncayo, està situada vna Villa, antiguo Solar de la Romana nobleza, moderno assiento de la calidad Española, pues dentro de la capacidad de sus muros alberga antiguos Solares de muy

muy ilustres cavalleros, como el mundo lo publica, siendo notorio por las hazañas de sus nobles hijos a las mas remotas naciones, esta es *Agred*, cuya devocion, cō catolica fè de sus vezinos se venera en la celebridad de la fiesta de Corpus, con magnificas expensas, alargando a mas dias la festividad, por renovar la memoria del milagro de la Virgen de Yanguas, que siglos ha obrò, haziendose inmovil contra la humana fuerça, para que se reconociese el protervo coraçon de vn sequaz Mahometano, que en odio de nuestra santa Fè menospreciava la fiesta; quebrantandola continuamente. A esta catolica pompa de la Fè, donde con triunfos humanos se celebrava los del Cielo; fue convocado el afecto Christiano de los circunvezinos lugares, y entre los demas Cavalleros le cupo a Carlos con sus amigos dexar a Soria, ò movido de la celebridad festiva, ò por apartarse de Doña Francisca, la qual picada de los desayres de Carlos, buscava con sangriento anhelo la vengança del descarte. Fueron todos hospedados en la casa de vn Cavallero, que los regalò con toda ostentacion: celebraronse las fiestas con comedias que representò Sanchez el divino, con su compaña. Huvo toros, en los quales se ofreciò vn empeno, con vn Cavallero forastero, que al tiempo que le maltratava una fiera, llegò Carlos tan dichoso, que de vna herida le hizo albruto rendir la vida a los filos de su espada; fue muy celebrada la accion del brio de Carlos, por ser el forastero Cavallero amigo, y Carlos dueño de la buena suerte, con la qual obligò al forastero, à que le pagasse en gràcias de agradecido atenciones de valiente, aquella misma noche le buscò para darle las gràcias del socorro, por cuyo beneficio le ofreciò su persona con su espada; quedaron por esta causa grandes camaradas, y amigos, tanto que no se hallava Don Alonso (que este era su nombre) sin Carlos, y como vivian tan enlazados en la nueva amistad se comunicaron sus sentimientos, diòle cuenta Carlos de su tragedia, con que obli-

obligò a Don Alonso a que le hiziesse relacion de los empeños del naufragio de su amor, que sin buscar mas rodeos, dixo así el angustiado Cavallero.

Mi patria es Zaragoza, mis padres nobles, y ricos, con que digò harto para creer que me criaron con toda puliccia, y regalo; he tenido vna hermana, en cuya compañía me críe, juntamente con vna prima nuestra, que corrimos parejas en amor, con voluntad de hermanos; crecimos todos en pueriles cariños, hasta que en la edad juvenil me enlazò el amor con las prendas de mi prima: reconocieron mis padres la conveniencia que tenia en el lazo del matrimonio con mi prima, que sabida su voluntad, trataron de embiar por la dispensacion para vnirnos en el suave jugo del matrimonio. En este parage estava mi fortuna assegurada de la cariñosa correspondencia de mi prima, quando el Demonio, que cuida siempre de embarazar la paz santa, incitó a vn Cavallero del lugar al galanteo de mi esperada es-

posa, para cuyo efecto hizo grandes diligencias, hasta pedirle a mis padres, que como entendian su voluntad le respondieron que estava para mi la prenda, con que no auia lugar su pretension. No perdió el animo Don Ioseph con la respuesta, antes picado de la espuela del imposible, se determinò a mayores sollicitudes; el medio de la maña le pareció mas eficaz, ya que el de la suerte le despintava su pretension: rondò la calle, cecchè criados, inventò ardidess, hasta dar con vno, con que pùso en contingencia mi honra, mi vida, y mi gusto; ganò a vna criada confidente de mi prima, con tan irreparable lazo, que solo Dios pudo remediar su tratazo. Pidiò Don Ioseph a la infiel sirviente vn papel de la letra, confirma de mi prima, que fue facil el conseguirlo, porque era ordinario escribir a vna tia nuestra, que estava en vn Convento, con que haziendo perdidizo vn papel, fue fuerça escribir otros: así se hizo, recibió Don Ioseph la prenda, sin voluntad de su dueño, con cuyo material

rial tratò de falsear la firma con la letra , para que con fementido instrumento la executasse por esposa. El dinero todo lo vende, los ingenios traviesòs de los hombres todo lo allanan, con que se executò el intento , con tanta propiedad que nadie que la viesse , y conociesse la letra de mi prima dudara de que era suya letra, y firma. Apenas se viò Don Joseph dueño del engañoso papel , quando tratò de hazer gran ruido con su galanteo, siendo su intento embarazar de manera mi casamiento, que de necesidad hórada le diessen a mi prima por esposa. Como las publicidades de Don Joseph fueron tan ruidosas, fue fuerça que mis padres le bolverien a desengañar, de que porfiava en valde, sin permitirle a q̃ me diesse por entendido, por no embarazar con el duelo , lo que la prudencia obediente ajustava; pero quando juzgaron mis padres que con el desengaño se apartasse del intento Don Joseph, le hallaron tan empeñado en proseguir su pretension , como le asegurava el instru-

mento del ardidoso papel de mi prima ; confusos quedaron mis padres con la cedula que les mostrò Don Joseph, con que fue fuerça ceder del derecho de mi desposorio, asegurandole que nunca fue su intento forçar la voluntad de su sobrina, porque siempre auian juzgado era gusto suyo, particular el matrimonio de su primo , pero que a vista de la experiencia de aquella cedula se desengañavã de su imaginada presuncion, assi le suplicavan que aguardasse a que bolverien de fuera mi prima con mi hermana, que estavan en casa de vna tia suya , con que supuesto que era gusto suyo se efectuaria luego. Esta cession fue al anochecer , en sazón que vino a assistir a mi padre vn señor Regente del Consejo, à quien le dixo mi padre, sea v.m. muy bien venido , que le estimo este favor , con toda exageracion , para que v.m. sea testigo de que no es mi intento violentar la libertad de mi sobrina ; contòse mi padre el caso , aprobò el Regente la determinacion : No quisiere

Don

Don Ioseph que se tomasse en su presencia tan de veras la averiguacion de su falsedad, y así quiso irse, pero no se lo permitieron mi padre, ni el señor Regente, con que le fue fuerza a guardar a que viniese mi prima, que a breve rato llegó de la visita, y antes que se quitasse el manto, la habló mi padre, querellandose de su engañada imaginacion, pues juzgava que por su respeto la queria violentar su voluntad, y así para que todos entendiesen que su intento no era mas que darla gusto, la sacava delante del señor Regente, para que pues su voluntad era la que explicava aquel papel, reconociendolo se executasse su gusto. Oyó mi prima a mi padre, vió la cedula que le mostró con gran cautela el Regente, à que con gran valor, prudencia, y dissimulo, respondió, que era verdad ser aquella su letra, pero que no la auia formado ella, porque siendo en la voluntad esposa de su primo Don Alonso, ni cabia en su amor, ni en su honor, el obrar con tan vil termino, pero que dexado aquello aparte, queria saber quien era el que hazia presentacion de la cedula, para darle la entender quan engañado pretendia con tan infiel instrumento: viendo el Regente la confianza con que mi prima hablava, asió del brazo a Don Ioseph, diciendole: veis aqui, señora, à quien vos negais por esposo, siendo así que presenta por testigo esta cedula: no lo auia acabado de pronunciar el Regente, quando mi prima asiendo la muleta de mi padre, dixo, miente Don Ioseph como infame Cavallero, y para que otra vez no se atreva à mugeres como yo, le señalo por atrevido, y dióle con la muleta, procurando retirarse, à tiempo que Don Ioseph solicitava el alcance, que no consiguió, por causa del Regente, y de mi padre, que aunque impedido, bastó para embarazar à Don Ioseph, que viendose cargado del duelo, se procuró desahogar con mi padre, à quien señaló en la cara con la mano, con que se salió à su paecer muy ayroso, pero cuydo de apersebirse, sacandola es-

pada para la defensa, de que necesitava, viendose acometido de dos criados que tratan de vengar la ofensa de su amo; à este tiempo llegué yo, que sin saber el empeño detuve los azeros de los criados, eon que di lugar a Don Ioseph para que se retirase. Avíaronme como mi padre era el ofendido, con que seguí a mi enemigo, à quien di alcance, obligandole a que tratasse de su defensa, porque le acometia mi corage, deseando lavar con su sangre la mancha, con que avia aseado la cara de mi hōra; procurò defenderse con valor, pero no pudo prevalecer contra mi justicia, dile vna estocada, obligandole a caer en tierra, pidiendo confessiō, que reconocido de mi piedad Christiana, le llevé a un Convento, donde recibí los Sacramentos, declarando ante un Eserivano todo lo referido: hizome llamar para pedirme perdon, de que resultò en mi coraçon harta congoja, por que vno es la Ley de Dios, que nos manda no mataràs, y otro es la ley del mundo, que se ha introdazido en los pe-

chos de los hombres, que no miran a Dios; alfin Don Ioseph acabò su vida a manos de mi dichoso azero, y ome asenté de Zaragoza, por dexar que desfogasse el rigor de la justicia, con el enojo de los parientes de Don Ioseph que Dios aya; heame venido a Castilla, donde procurare pasar mientras durare esta borrasca, la qual con vuestra amistad me assegurò parará en bonança, eon q̃ me doy por bien afortunado en mis desgracias; correspondíole Carlos a su cortès exageracion, pagandole en rendimientos, lo que le ofrecia en vrbanidades eortefanasas. *Los* Algunos dias fueron los que asistieron en aquella Villa, entretenidos con la alegre vrbanidad de sus nobles vezinos, que a todas horas procuravan festejar a los forasteros, hasta que fue ayisado Don Alonso, como se dezia que los parientes de Don Ioseph tratan de salir a vengar su duelo ocasionado de la muerte de Don Ioseph, que aunque bien merecida las leyes del Demonio no se fundavan en razōn.

Con esta noticia le pareció a Don Alonso que era prudente diligencia el asentarse, por no aumentar nuevo encono a la desgracia pasada, con que imposibilitava la razon del matrimonio de su prima, que tanto el deseava. Consultó su determinacion con Carlos, que la aprobó, ofreciendose a acompañarle en su peregrinacion, yá que no tenia ocasion de embarazo, de que le dió las gracias Don Alonso, aceptando la palabra, con que trataron de prevenirse para el viage, que como no era mas que auer, y ser vistos, fácil fue la prevencion; llevaron consigo a Andres, con otro criado de Don Alonso, con que a últimos de Junio salieron de Agreda para Logroño, donde se apearon sin averles sucedido azar en el camino, pero apenas auian llegado a la posada, quando llegó la justicia, que sin alguna averiguacion, echó mano de Andres, á quien con gran ruido del Pueblo le llevaron a la carcel, aprovechandole poco su desahogo, pues iba diziendo a voces, miren, señores, que yerran el golpe,

porque juró a Dios que ha mas de diez años que no hago porque me prendan con este ruido, juró a Dios que espantan la caza, yo soy Andrés, Roy Montañés honrado, criado de mi amo Carlos, vamos a ver mundo, y a que vean estas personazas de importancia, y nada desto es delito, para que me lleven tan de tiopel; pero aunque mas dixo no le aprovechó para que le dexassen de embarcar en la carcel, donde le acomodaron en vn calabozo, con dos pares de grillos puesto a buen recado. Muy cuidadosos quedaron Carlos, y Don Alonso con la prision de Andrés, para cuya soltura le fueron a casa del Corregidor, para informarle de como era su criado, que auia diez años que servia en su casa, y dos que andava a su lado sin apartarse, de todo esto le informaron al Corregidor, suplicandole le diese noticia de la causa de su prision, porque segun entendia era engaño, juzgando ser otro; sonrióse el Corregidor oyendo el informe que le hizo Carlos, á quien respondió, que el estava bien infor-

mado de que el delinquente era su criado, porq̃ desde Soria le venia siguiẽdo persona que le conocia cõ vna requisitoria para prenderle donde hallasse mejor disposicion; en Agreda no pudo, porq̃ vuestras mercedes eran alli poderosos, con que sabiendo que venian a esta Ciudad, se adelantò para hazer la diligencia que està hecha. El negocio no es de cuydado, con que vuestra merced puede estar sin èl; la honra de vna doncella que servia a vn Cavallero anciano de la Ciudad de Soria, con casarse con ella, acabamos con el pleyto, con que paga lo que debe, y vuestras mercedes saldràn deste embarazo. Con esta noticia q̃ les diò el Corregidor, suspẽdieron las diligencias hasta hablar cõ Andres, para cuyo efecto le suplicarõ al Corregidor les diese licencia para informarse del preso, q̃ segun su dicho vèdrian a la tarde a ver el expediẽte q̃ se podia tomar en aquel embarazo. El Corregidor mandò a vn Alguazil q̃ los acompañasse hasta la carcel, cõ orden al Alcayde, para q̃ comunicassen al preso aquellos

Cavalleros; despidierõse del Corregidor, fueron a la carcel, dõde hallaron a Andres cantando xacaras, muy sin enfado alguno, aunque enjaulado en vn calabozo, hizieronle subir arriba; preguntaronle si debia la honra a alguna muger, respondiò, que en su vida se auia metido en puntos de honra. Hizieronle otra pregunta: si en Soria auia tenido comunicacion illicita con alguna moçuela? Respondiò, que èl no tratava de acreditarse de Santo, que al presente entendia no estava en disposicion de confesarse para hazer memoria de sus pecados, porq̃ era largo de contar, siẽdo tantos los de gorronas, q̃ no le hallava guarismo. Pues amigo (le dixo Carlos) la causa de tu prisiõ es la deuda de la hõra de vna dõzella, miralo biẽ, si la debes, pagala, dándole la mano de marido, cõ q̃ cùpliràs cõ Dios, y cõ tu conciencia; pero sino lo debes, ten paciẽcia, q̃ aqui estamos para defenderte. Quedò Andres atolodrado, oyẽdo à su amo el delito que le acumulavàs; pero buuelto en sí, sepuso derodillas

en vn escalon del calabozo, con las manos puestas, con voz lamentable les suplicò le amparassen, para que no lastasse lo que èl no auia comido, ni bebido, que era maldad insolente de alguna gorrana Soriana, que perdida por sus pedazos, ò rabiosa de que se auia ausentado, inventava aquella infamia: porque si aquello se podia conocer por algun modo, èl se sujetava a que hiziesse en èl cata, y cala, con que a fuerça de experiencias visibiles, ò tratables, podria satisfacer a la justicia, probando como nunci a la tomado la mano a cosa que fuesse doncella, porque su passo auia sido siempre llano, sin tropiezo, porque las escogia Gallegas, que traian el testimonio de que no eran doncellas, desde el padron de Ferro; fueron tantas las locuras que ensartò, que le dexaron; de buelta vntaron las manos al Alcayde, con que le sacò del calabozo, aliviandole de grillos. Con esta confesion de Andrès, procuraron ver la requisitoria, en la qual vieron que la que pedia su doncellez,

era la criada de Doña Francisca, que en Soria diò tan mal pago a Carlos. Avisaronsele a Andrès, el qual declarò como èl no era comprehendido en aquel caso, sino vn lacayo de casa de Doña Francisca, que se llamava Andrès Ruiz, el qual sabia èl muy bien era amartelado del ama, y de la criada, la vna por su dinero, la otra por su gracia. Visto por Carlos, y Don Alonso la declaracion de Andrès, lo advirtieron al Corregidor, el qual respondió, que no era juez de aquella causa, que en Soria se aia de litigar, con que se determinaron a hazer vn proprio con la declaracion autentica de Andrès, sin tomar en la boca a Doña Francisca, que fue cuydado de la atencion noble de Carlos, el qual con caritas para los amigos lo remitiò con el proprio a Soria, donde los apasionados de Carlos hizieron la diligencia, de que resultò hallar ser verdad la declaracion de Andrès: no obstante la bellaca de la moçuela, viendo que se le auia escapado el lacayo, quiso retener al q̄ tenia asido, pe-

pero entrò su amo de por medio, con algunos de a ocho, con que declaró no ser Andrés Roy el deudor de su hōra, sino Andrés Ruiz, con lo qual se diò despacho para Logroño, para que saliesse libre de la carcel Andrés Roy, el qual al cabo de quinze dias de prision, salio a acompañar en la jornada a su amo, à quien pidió con gran fuerça le hiziesse merced de hazerle vna Iacara, en que publicasse al mundo su desgracia, que èl prometia no cantar otra en su vida, en memoria de su prision, y soltura. No quiso Carlos que dexasse Andrés de tener en cóplas tan lastimoso caso, con que aquella noche en breve rato le compuso la Iacara figuiente.

Andresillo el Montañés,
en la carcel de Logroño,
aherrojado està dos vezes
por sus yerros, ò por otros.

Si ète el chulo con mil ansias
que por descoler el forro
le hagan pagar las hechuras
del sayo que rompiò otro.

Querellase de Zamora,
de que calumnie aquel Dolfo,

que no salio por la puerta,
sino por postigo roto.

Con Alfonso estaua mal
aquel Rey tan manirroto,
que asintio ser horadado
del capricho de vn Rey Moro.

Quexese de la justicia,
que hurtandola miel el osso,
le quiera à èl castigar,
por retoçar con el corcho.

La doncellez de vna puente
alaba por varios modos,
que aunq mas Tarquino el rio
sin romper quedan sus ojos.

Si de aquesta salgo libre
(dize el Montañés quexoso)
aunque me brinde vna flor,
dar à la respuesta vn tronco.

Pienso huir de los jardines,
de los prados, de los setos,
porque à mi no me acumulen
de sus flores los destroços.

Gran gusto le diò à Andrés la Iacara que compuso Carlos; tanto fue, que ni de dia, ni de noche los dexava foflegar, porque como era Iacara, con la libertad fuera de las molestias dela carcel, à todas horas renovava la

memoria de el go-
zo de la tol-
tura.

CAPITULO X.

*Prosiguen los sucesos de la
jornada de Car-
los.*

Como se acabò el pleyto de Andrés , trataron los dos amigos de hazer su viage ya que en Logroño no auia q hazer , pues en los dias que auian estado en aquella Ciudad la auian passeado harto, con que se entretuvieron en ver, y ser vistos, ordinario trabajo de la ociosidad con pocos años de edad. Llegò al fin la hora en que montar para hazer jornada , en la qual tomó Dñ Alonso à Andres por su cuenta , dandole vaya por el suceso de su prision defendiase Andres con su inocencia; pero no le valia, con que para rebatir los golpes de la mofa, procurava abroquelarse con decirle à Don Alfonso, que no tirasse piedras al texado del vecino, quien tenia el sayo de vidro, pues antes de casarle estuvo ya bolteado de los cuernos de vn

toro , que à no ser su amor tan de los del duelo, acabara la bizarria Aragonesa de mal de cornada, que se fuesse poco à poco, que aunque tenia harta correa, era mucho apretar, no obstante D. Alonso le apretava, con que vnas vezes se enfadava Andrés , otras respondia, con que se pasó con alegria el camino , hasta llegar à la Ciudad de Victoria, cabeza de la Provincia de Alaba, donde apenas se apearon, quando entrò la justicia à reconocer que gente era la que auia llegado , que certificandose ser de Castilla , y la detrota que llenava , se bolviò ofreciendose con toda corteſia a disponer, que si necesitavan de algo , se dispondria con todo cuidado , que por que no tuiessen por desatencion la pesquisa , les dieron satisfucion , diziendo , que era ley inviolable de aquella Ciudad, tan cercana à la raya de Francia , el reconocer los pasajeros , lo qual en los pocos dias que alli estuviessen reconocieran la ley de aquella bien concertada Republica. Estimaron Don

Alon-

Alonso, y Carlos el agasajo de vuestra merced, pagados de cortesano, con que los fueron acompañando hasta la plaza, donde se quedaron aquellos ministros de justicia, que dieron lugar a nuestros pasajeros, para entrarse en vna cercana Iglesia, para ir a oir Missa, assi se hizo, donde al entrar a tomar agua bendita le salió al encuentro vn Religioso, que los saludò con toda vrbánidad, preguntandoles si acaso era alguno dellos vn Cavallero que se llamava Carlos, con quien necesitava de hablar, respondiò Carlos; yo soy la persona a quiè vuestra Paternidad busca, aqui me tiene para mandarme con seguridad, de que le obedecerè, à que el Religioso dixo: pues siendo assi, con licencia de esse Cavallero nos podemos apartar àzia aquella Capilla que està sola. Apartaronse los dos, y como el Religioso se viò a solas con Carlos, le dixo: vuestra merced, señor Carlos, necesita para la seguridad de su vida de salirse al punto del lugar, porque a noche me avisaron de como tres hombres venian en el alcance de vuestra merced, pagados de vna persona para quitarle la vida, porque la auia ofendido: vno dellos, que es el que me diò el aviso, dize, que le estava obligado a vuestra merced, que solo por ver si le podia valer a vuestra merced admitiò la compania de los dos, vuestra merced logre el aviso, salgase del lugar, apartese de la ocasion, que estimarè evitarle este peligro, ya que no puedo acompañarle para la defensa, agradecciò Carlos el aviso, con que se despidiò con toda veneracion del Religioso. Oyeron todos Missa, con que hasta que salieron a la calle no se atreviò Don Alonso a preguntar que negocio de tanta importancia era el que le auia comunicado aquel Religioso, respondiòle Carlos, que era vn aviso de que tres hombres le buscavan para quitarle la vida, que aquel Religioso le aconsejaba se ausentase, pues no conocia al enemigo, que aunque era cierto que le buscavan, no sabia quien era, con que tenia por mejor consejo apartarse del empe-

ño, que le auia prometido echassen voz de que avian de hazerlo assi, porque no de estanalli algunos dias, que conociendo quien le busca, al amanecer saliesse con tova, en qualquiera parte tenia da comodidad a parar al luel mismo peligro, que assi se gar mascercano, donde podeterminava estar en Victo- dian aguardar dos dias, porria aquel dia, y otros si fuer- ver, quien eran sus enemisen necessarios, procurando gos; rehusò Calos la exconocer los que le buscavan cucion del consejo, parecon tan mala intencion, que ciendole a su inconsideraandando con aviso seria posdo brio que era fuga, lo que sible tener alguna luz de era prudencia varonil, pesus enemigos: oyò Don ro Don Alonso apretò a Alonso la determinacion de Carlos de manera, que le Carlos, y como menos apaf- obligò a rendirse a su dictafionado, le respondiò, que men. Aquella tarde salie- no le parecia bien su dic- ron al lugar con toda pre- tamen, porque no cono- vencion, al otro dia faci- ciendo a quien le seguia los lieron de Victoria, pero al passos, ni era cordura, ni tiempo de atravesar vna ca- valentia aguardar en vn lu- lle para salir del lugar, co- gar grande a vn enemigo, lumbrò Andres a vn hom- disimulado, que en vn lu- bre, que se le procurò re- gar pequeño se sabia en vn tirar, pero no fue tan a instante los forasteros que tiempo que dexasse Andrés auia, los quales conoci- de no conocerle, pero como dos se podia obrar con iba de prisa, no se lo dixo acertado consejo, sin per- a su amo, no obstante en sa- der punto al pundonor, que liendo a campaña, que viò su parecer era que al pun- que se comengava conver- to saliesse de Victoria, pe- facion, dixo, pudiese, se- ro, pues el Sol era tan gran- ñores, que la prisa que trae- de, que aquel dia se estu- mos huyendo de quien no viesse en Victoria, que conocemos, ha librado a aquel

aquel picaron de mi nombre, por quien me tuvieron en Logroño en la carcel, de que yo le envanastasse en vn calabozo en Victoria; viue el señor de Pinto que a no venir con el Iudio en el cuerpo, que èl me la pagara. Detuvo Carlos la mula, advirtiendolo que Andrés dezia, conociendo era el lacayo de Doña Francisca el que con otros dos le seguian los passos, porque el aviso fue que era vengança de vna muger, siendo el que dava el aviso el obligado, con que sacava por consecuencia que Doña Francisca era la vil rabiosa vengativa, que tomava por instrumento al lacayo, à quien pudiendo en Soria quitarle la vida, le dexò de lastima, todo este discurso bien fundado le obligò a Carlos a tratar de bolver a Victoria, pues (a su parecer) conocia quienes eran sus enemigos, à que se opuso Don Alonso, diciendo, estos hombres nos siguen, pues mejor será aguardarlos en campaña, que buscarlos en donde no sabemos la casa donde viven ni sus nombres, solo la conjetura nos dà essas noticias, sigamos nuestro viage, donde en el primer lugar los aguardaremos, hasta que caigan en la red; esta determinacion se tomò a pesar de Carlos, prosiguiendo su camino hasta el primer lugar, donde se detuvieron ocho dias, sin que en ellos tuviesse noticia, ni sospecha de que passasse persona, de que se pudiesse imaginar tal intento, con que Don Alonso obligò a Carlos a que siguiesse su viage, ya que no auia de quien poderse recelar; harto contra su dictamen condescendiò Carlos con Don Alonso, por parecerle que era cobardia, pero al fin huvo de seguir el consejo de su amigo, que estava menos apasionado. Anduvieron sus jornadas hasta llegar a la Villa de Durango, que fue a las tres de la mañana, donde Don Alonso (que siempre se iba burlando con Andres) le dijo: oyes Andres, en este lugar no ay ninguno que

aya nacido Christiano , por-
que dicen que solo los Mon-
tañeses tienen esse privile-
gio , porque nacen desde el
vientre de sus madres , bauti-
zados con vino aguada : An-
drès que la mucha conversa-
cion con Don Alonso le auia
hecho facilitar , le respondiò ,
en mi tierra , señor , nadie
bebìò jamàs agua , son muy
Christianos viejos , baudi-
zanos con agua , como
lo manda la Santa Madre
Iglesia Catolica , esso se
debe de vsar en Aragon ,
porque en la Montaña no ay
Indios , à este tiempo se
llegò a el Don Alonso , y le
dio vn pescozon , diziendo ,
rente hermano Andrès , que
mientes , que si fueras bau-
tizado con agua , y no en vi-
no aguada , como los de
tu tierra , tu , y ellos , tu-
vieras cogote , como toda
la gente honrada tiene ; con
esto dio de espuelas Don
Alonso a la mula , procu-
rando apartarse de Andres
que le seguia por enmedio
del lugar , diziendo a gran-
des voces , aguardad , her-
mano Alonso , que yo os pa-

garè la caridad , hermano
Alonso , aguardad , que yo
os pagarè la caridad , esto era
a gritos en medio del lugar ,
donde yà los vezinos esta-
van trabajando en las Ofici-
nas de Bulcano , y como oye-
ron las voces de Andrès , se
assomaron a las puertas , don-
de percibieron lo que iba
diziendo alto , y de buen son :
Andrès , que sin reparar en que
podia ser inocencia lo que
su sentimiento juzgava pesa-
dumbre , se encendieron en co-
lera , que en medio Basquen-
ce con algo mal Castellano
rompieron en asfentosas pa-
labras , quando para las obras
les ministrò el furor las ar-
mas de su oficio , arrojando-
le los martillòs , las tenazas
embueltos con tantas can-
tidades de piedras , que pen-
saron todos perder las vi-
das en la furia de los vezinos
de Durango ; las mulas
las sacaron del peligro , que
a todo correr no pararon
hasta salir al campo , donde
reconociendo que auia ces-
sado la furia del pedris-
co , se preguntavan unos
a otros la causa de aquel

suceso, ninguno lo supo entender, solo sabian que salieron de el combate muy bien descalabrados de la borrarasca furia de los de Durango; cada vno se procurò atar las heridas, sin de ar el passo que llevavan, por llegar donde curassen sus ayes; con harto trabajo llegaron à vna caseria, dos leguas de Durango, donde hallaron a vn Cavallero anciano del Abito de Santiago, el qual como los viò descalabrados, y aporrreados, los hizo apeaar, mandando à sus criados cuydassen de las mulas, mientras se aderezava el almuerço; hizo baxar vino con que se labaron los chichones, reconocieronse los rasguños, con que cada vno supo lo que avia sacado de la refriega, que visto por el Cavallero, les preguntò la causa de aquel mal trato; la respuesta fue, contarle todo el suceso, que escuchado de el Cavallero, les dixo: Den vuestras mercedes, gracias à Dios, que los librò las vidas de este tumulto, que ni yo estava seguro aqui, porque los amparo à

vuestras mercedes. Sepan vuestras mercedes, que el averles nombrado al hermano Alonso, y su caridad, es su mayor enfado que se les puede dezir à los de Durango, porque ha algunos años que vino aqui vn mal hombre en habito de hermitaño, que se llamava hermano Alonso, el qual engañò a vnas pobres mugeres, reduciendolas a vn lascivo vicio con maliciosa maña; quando las iba a ver a sus casas, era con achaque de pedir caridad para el hermano Alonso; supolo el Santo Tribunal, hechò mano de algunas personas, las quales castigò, con que si en nombrando en este lugar hermano Alonso, ò caridad, le succederà vn enfado; vuestras mercedes obraron sin malicia, con que Dios los librò de peligro tan manifesto, que fue gran merced de su divina misericordia. Querian Carlos, y Don Alonso pasar à Bilbao, pero no lo permitió el Cavallero, antes los hizo acostar para que descansassen de la mala noche, y mientras flossagaron em-
biò

biò por vn Cirujano que los sangrò, y curò, con que en quatro dias estuvieron buenos para irse à Bilbao, acompañados su bienhechor, a quien rindieron las gracias del hospedage, quedando reconocidos al beneficio recibido. En Bilbao con los deliciosos regalos del lugar, olvidaron el maltrato de Durágo, solo cuydaron de ver, y ser vistos; fueron à Portugalete, entraron en vn navio, vieron la mar tan hermosa de marinas selvas, gustaron de los entretenimientos de la ría, donde passaron gran parte del Verano; al cabo se determinaron ver à san Sebastian, como lo executaron, donde estuvieron el tiempo suficiente para ver el lugar, el muelle, Santelmo, Renteria, los passages, donde las mugeres usan el oficio de barqueros; pero viendo, que ya allí no tenian mas que ver, se determinaron passar à Pamplona para ver aquella ilustrissima Ciudad, Cabeça, y Corte del Reyno de Navarra, para donde hizieron su viage, en el qual, cerca de la cuesta de san Adrian, tan celebrada por su aspereça, los detuvo el

passo entre vnas peñas el sentimiento de vnas querellosas voces, à cuyo socorro les movió la caridad briosa, procurando cada vno por su senda, encontrar con el necesitado; el qual era vn hombre passado de penetrantes heridas, que sintiendo el socorro, avivò la voz, pidiendo los Sacramentos; hallavanse solos nuestros pasajeros, sin medios para lo que pedia, y así por estar el lugar cerca, como pudieron, y supieron, le tomaron la sangre a las heridas, montandole en vna mula con Andrés a las ancas, con que le llevaron al lugar: jo, donde el Cura le administrò los Sacramentos, de q̄ dieron muchas gracias à Dios. En este estado se hallava el herido, y nuestros pasajeros, quando entrò la justicia de el lugar para tomar su declaracion, la qual el hizo en la forma siguiente. Confessò llamarse Andrés Ruiz, que era criado de vn Cavallero de la Ciudad de Soria, en cuya casa tratò amores con vna criada suya, à quien diò palabra de casamiento, juzgándolo ser doncella, que por hallar no serlo dexò de cumplir su palabra,

bra, que vna dama de su señor, que governava la casa, le perfundió con dadas, a que quitasse la vida à vn Cavallero de aquel lugar, à quien Dios librò milagrosamente varias vezes, y en particular en vna ocasion, aviendole tirado vna estocada, le salvò Dios con tanta seguridad, que ruvo tiempo de sacar la espada, cò que le diò vna cuchillada, que le derribò en tierra, donde pudo quitarle la vida sin embaraço; pero que anduvo tan cauallero, que no solo no le ofendió, sino que le ayudò à levantarse, con cuyo arrimo llegó à casa de vn Cirujano donde se curò, lo qual no hizo su ama de la venenosa llaga del odio que tenia contra aquel Cavallero, el qual se ausentò, en cuyo alcance le embió su ama con dos pagados asesinos, para que en la ocasiõ que se pudiesse le quitassemos la vida. Esta derrota seguí llevado del agradecimiento, por si acaso le podia valer, para que no peligrasse su vida. En victoria le avisè con vn Religioso. lo qual sospecharon mis camaradas, à quien engañè, diziendole siguièssimos à Pamplo-

na, donde hemo estado hasta dos dias ha, desesperados de hallarle; tuvimos noticia que estava en San Sebastian, con que salimos en su busca. Mis compañeros siempre juzgavan que yo le avia avisado, dixeronmelo con algun enfado viniendo en su busca; enfademe con ellos, desmentilos, por cuya causa sacaron las espadas, y me han dexado por muerto, que como eran dos, ha sido harra dicha mia dexarme convidado, para que recibiesse los Sacramentos, que à la piedad de estos Cavalleros devo esta dicha, la qual espero en su divina misericordia, que se lo ha de pagar, con darles buena muerte; aqui le faltaron las fuerças, y con ellas la vida. Supo luego Carlos lo que avia declarado, con que movido de su noble piedad, le hizo enterrar a su costa, dandose tan buena maña, que rompiò la declaracion, que vn noble pecho, ni aun memorias de vna ingrata correspondencia, quiere que vivan, aunque se oculte su noble trato.

* * *

CAPITULO XI.

Entra Carlos en Pamplona; lo que le sucede hasta salir de la Ciudad.

Que es ver à la prudente sabia abejuela al romper del Alba, dar las ordenes para que sus vassallos salgan à forragear las campañas? Apenas se publica el vando en voz de leve susurro, quando los obedientes jornaleros buelan en aladas tropas para dar buelta à los montes mas vezinos, à los prados mas cercanos, à los valles mas amenos, donde aqui pellizcan la rosa, alli pican del clavel, acá muerden la retama, allà punçan la mosquera, con q̃cō cada flor hazen el plato al gusto con diferencia de fragrantes sazones, nuevo manjar al apetito, particular alimento de regalo, de que hartas y de dulces suavidades, buelven à la hora señalada à su Corte cargadas de los viveres de flores, que à fuerça de el calor de su trabajo convierten en melosa, si dulce suavidad. Bien aya, amén, tal ambicion de novedades,

pues la variedad de el gusto engendra vn todo de admirables deleytes; pero, ò infiel, y barbaro el del hombre, que qual venenosa araña, alimentada de flores, fomentada de dulçuras, convierta en veneno lo que fue triaca; trueca entosfigo, lo que fue amparo de el coraçon, estraga en muerte lo que fue alimento de la vida, cuidando de vitales novedades, por reducir las à fatales angustias de la muerte.

No ay mayor demonstraciō desta breve moralidad, que lo que le sucede a estos Cavalleros moços, pues aviendo dado buelta à la Rioja, à casi toda Vizcaya, con cuyas Republicas podian aprender virtud exemplar de vida cortesana, santidad, que no solo no tomaron nada de sus exēplares virtudes, sino que se estragaron mas con la variedad de politicas; vivo exemplar del vicioso, seguro despertador del q̃ dormido pretende sacudir de si el letargo de sus vicios.

Conestatan desaprovechada jornada se apearon en la Corte de Navarra, en la Ciudad

dad de Pamplona, ilustre en el mundo por la nobleza de sus Ciudadanos ; terror al Francès por la fortaleza de sus muros ; defensa de toda España, por lo inexpugnable de su castillo , donde apenas huvieron entrado en la posada, quando repararon que passavan por la calle vnos soldados, losquales acompañavan vn venerable Cavallero , el qual atendiendo a los forasteros, reconociò à Carlos , à quien con los brazos abiertos diò la bienvenida, queixandose cortesfanamente, de que se huviesse apeado en otra parte que en su casa, sièdo tan suya en su voluntad como la de su tío, a quien tenia tantas obligaciones, como publicava el puesto que tenia a fuerça de su amparo. Embaraçado se viò Carlos entre la queixa del venerable Cavallero, que era el Castellano del castillo ; pero con la presteza de moço, procurò satisfacer, diziendo, que a asistencia à aquel Cavallero amigo suyo, le avia descaminado de su casa, que assi, que le permitiesse la urbanidad debida à vn amigo,

camarada. No le valiò a Carlos la disculpa , antes le picò màs al Castellano en el duelo, pues amorosamente enojado, le dixo: Mayor queixa tengo aora de vuestra merced, señor Carlos, pues me dà a entender, que mi casa no puede suplir faltas de vna posada; vuestras mercedes se han de servir de venirse conmigo, aceptando mi buena volùtad, todo el tiempo que aqui estuvieren. Pareciòle a Carlos poco urbana cortedad la resistencia del agassajo ; y assi mandò à los criados, que cargassen con las maletas, y siguiesen el orden que les diese el Castellano , el qual mandò a vn criado , que los comboyasse al castillo , donde todos fueron regalados todo el tiempo que alli estuvieron , con voluntad desseoosa de satisfacer obligaciones. Sossegaron aquella noche, previniendo salir al siguiente dia a gozar de la grandeza de aqu ella ilustre Ciudad : vieron la Iglesia Mayor servida de Canonicos Reglares de san Agustín; atendieron a la autoridad magestuosa de su Real Còsejo,

vieron may despacio el castillo con la muralla, que cerca toda la Ciudad, que es nueva maravilla del mundo: no olvidaron el lugar de Sanlucña, donde Andrés, con gran sosiego preguntò por la casa de Don Gayferos, y Melisendra, que tan gran memoria avian dexado de sus amores en el mundo, fuele respondiendo, q̃ de las casas, y de el lugar solo vna torre avia dexado el tiempo por seña memorable de su mucha antigüedad; al fin no hubo recreacion que fuesse particular, que no gozasen de su vista en los dias que estuvieron en la Ciudad; pero en vno dellos les sucedió vn embarço, que fue, aviendose salido al campo, al tiempo de recogerse cerca de las oraciones (porque en aquella Ciudad se cierran las puertas, que se haze guardia como si estuvieran à vista del enemigo) vieron venir à buen passo a vna muger tapada, que careanòse con ellos, les dixo entré turbada, y medrosa, que la favoreciesen de la justicia, que movida de sus enemigos, le seguian los passos, procurando atropellar

su inocencia. No supo dezir mas la angustiada dama, por que el ahogo la cortò el hilo de las razones; pero pocas avian menester los dos amigos para obligarse al empeño de favorecer a vna affligida muger, con el sobreescrito de buétalles; al punto la respondieron, que podia proseguir su viage con toda seguridad al castillo, donde los podia aguardar por si necesitava de mas socorro; agradeciò la dama con mudas señas el amparo, que suele ser mas eloquente vna seña, que la lengua; pero los passos de la justicia no le dieron mas lugar, con que acelerò el suyo, dexàdo a sus dos auxiliadores, à que detuviessen a tres Aguaziles, que la venian dando alcance, el qual embarazaron Carlos, y Don Alonso que se pusieron delante para detenerlos; pero no fue posible por cortesia, con que se valieron de sus espadas, procurando tener a raya aquellos Ministros; los quales viendo la imposibilidad de su pretension, se ayudaron de las voces, pidiendo favor à la justicia, que reconocido por los dos amigos, procuraron
aca-

acabar de presto con el empeño, apretando de manera a los Alguaziles, que los hizieron dexar la calle, que reconocido de Carlos, y Don Alonso, se retiraron al castillo, donde hallaron la afligida dama, que los aguardava con harto cuydado del Castellano, à quien contaron Carlos, y Don Alonso el suceso; a que respondió el Castellano, que no les diessse cuydado, porque estando en el castillo no avia que temer; a demás que no siendo conocidos, ni sucedido muerte, todo se haria noche, porque vn rasguño mas, ò menos en vn Alguazil, con medicina de plata se curava; cenarò con mucho gusto, aviéndose retirado a dentro la dama, donde estuvo con la gēte del Castellano, hasta que se levantò la mesa, que la hizieron salir para saber la causa; porque la dava alcance la justicia con tanto empeño: sentòse en vn taburete, desembrazò la nube de su manto, que ocultava (al parecer de todos) vna singular hermosura; pero en gran rato no pudo hablar impedida del ahogo de las lagrimas, y sollozos, que pusieron

freno à su lengua, si hermosa van mas su cara con roxos matizes de congojass, porque lagrimas en la belleza, son esmalte del oro de lo hermoso; no obstante puso termino al ahogo, con el premio de poder contar sus trabajos, que es singular alivio de la pena el poder hazer relacion de sus naufragios.

Yo señores, (dixo la angustiada dama) soy vna desgraciada muger, nacida (al parecer) para ser baldon de la fortuna, blanco de los azares, y estremo de todo genero de desdichas. Mis padres juzgo que fueron de Cerdeña; porque solo conocia vna que se dezia mi madre, à quien recibia siempre sujeciones de hija, aunque mi espiritu me dize aver tenido diferente origen de lo que diò à entender aquella que me criò, la qual (segun he entendido) se ausentò de Cerdeña, porque la sucediò mal cierto embeleco de hechizos. Traxeròme a Madrid de pocos años con razonable hermosura; creci en dias, juntamente con aumento del buen parecer, con que passè la inocencia de mi

niñez. No olvido la que conocí por madre, con aver mudado de tierra; el trato por el que la obligò á salir huyendo de Cerdeña, pues si en mi tierra era dada à supersticiones magicas; en Madrid no se vaciava la casa de mugerzillas, q̃ buscavan remedio de enamorar (como si estuviera en manos de las criaturas rendir las voluntades à que Dios ha dexado libres.) En estas visiones necias pasè hasta los quinze años, poco mas, quando (ò señores, que dolor me causa hazer memoria del principio de mi mala fortuna!) se ofreció el lance en que se encadenaron à porfia mis desgracias. Saliamos mi madre, y yo de la Iglesia del Carmen, vna mañana de mucha nieve, por cuya causa nos detuvimos en la Iglesia, hasta muy tarde, por si acaso alguna amiga nos combidava con el coche; pero no hubo ninguna que lo quisiese hazer, ò por no poder, ò por que semejante gente como mi madre, nunca la amistad corre en lo publico, solo se conoce en la ocasion, que juzgan que la han menester. Al fin nos de-

terminamos à vadear la calle, à tiempo que nos salió al encuentro vn Cauallerito moço, con el Abito de Alcántara en los pechos; el qual toda la mañana no se avia alexado de mi vista; el qual vièdo que acometiamos el passo de la calle, dixo à mi madre todo hecho vn almirar: Como, si señora, permite vueſſa merced, que esta niña pise tanta nieve, deviendo ir en el carro del Sol? A que respondiò mi madre: Que la causa era, que aquel dia no avia aparecido la carroça del Sol, ni coche cortesano de Madrid, para que me comboyasse; à lo qual respondiò Don Alvaro (que este era su nombre) mucha dicha es la mia, pues quando todos faltan al rayar de la buena fortuna, solo yo me hallo a punto para servir a vueſſa merced; ài està el coche, mi señora, sirvase vueſſa merced dèl, de mi, que nunca mas feliz, que en saçon en que pueda ser cochero de la carroça en quien se ha de depositar la hermosa llama q̃ me ha abrafado el alma. Venga el coche, dixo mi madre, dexemonos de llamas, que no las

las entendemos; arrimò el coche el cochero, entramos en él, pluguiera à Dios que fuera mi sepultura, con que evitara tantas desdichas como se me han seguido de aquel lance: llegamos à casa; agradecemos al cochero la galanteria de su amo, el qual desde aquel dia, fue sombra de mi calle, girasol de mi ventana, ordinario asistente de todas mis acciones, las quales (segun su sentir) le obligaron tanto, que se determinò à hablar à mi madre, pretendiendo que fuese su dama; respondiòle mi madre, que su hija era doncella honrada, que aunque pobre, no admitia visitas sin el pretexto de matrimonio, con que la entrada de su casa no era tratable sin la bendicion de la Iglesia. Don Alvaro, como moço enamorado, respondiò, que su voluntad estava tan fina, que no se le haria dificultoso el casarse conmigo; pero que deseava verme con mas cercania, para encenderse mas en la hoguera del amor. No quiso mi madre alargar mas el plaço de el sufrimiento de Don Alvaro, y así le sossegò,

prometiendole ser su agente; pero siempre con el presupuesto, de q̄ avia de ser para darme la mano de esposo, cõ que se haria todo à su gusto: con este ajuste se despidieron Dõ Alvaro, y mi madre, la qual hizo luego diligencia por saber quien era Don Alvaro; certificòse, de que era vn Cavallero de seis mil ducados de renta, siendo su calidad de lo mejor de España. Con esta cierta noticia diò la buelta à casa, donde sin quitarse el manto, me diò cuenta de la pretension de D. Alvaro, à quien yo, aunque retirada, aviá mirado con atencion, que como esta engendra novedades de voluntad, mi cuydado avia formado en el gusto su imagen, no para quererle, dezia mi engaño, sino para divertirme, formava mi disculpa. O que mal hazela que consulta con su voluntad aciertos de la razon! Repondile à mi madre, tan obediente, como vergonçosa; no obstante la propuse las dificultades de el matrimonio, con vn tan illustre Cavallero, con vna muger tan humilde como yo;

todo lo qual no la hizo em-
 baraço a mi madre, antes me
 respondió, que la dexasse,
 que ella me assegurava el
 buen suceso de todo. Con
 esto se alentò mi desmaya-
 da passion, encendiòse ma-
 yor llama en mi simulado ca-
 riño con el soplo de la pos-
 sibilidad de poseer à Don
 Alvaro, el qual no se des-
 cuydò en hazerse encontra-
 dizo con mi madre, que tam-
 bien buscava lo mismo, fe-
 tejando el encuentro, dan-
 dole los buenos dias a Don
 Alvaro, el qual bolvió à re-
 perir en amoroso ardor; pe-
 ro hallò por respuesta en mi
 madre el presupuesto matri-
 monio, que dificultò algo
 Don Alvaro, à que mi ma-
 dre le dixo: Sepa vuestra mer-
 ced, que por servirle lo he
 comunicado con mi hija, la
 qual es tan zelosa de su hon-
 ra, que me respondió con
 toda resolución, que prime-
 ro perderà la vida que la
 honra, que no la hablasse
 mas en esta materia, porque
 lo sentirà mucho. Esta fue la
 respuesta de mi madre; pero
 adelantòse más diciendole,

que para que reconociesse lo
 que le estimava le queria
 dar vn gusto, que era dezir
 à su hija, que estava mala,
 con que à titulo de mi acha-
 que le podrà vuestra merced
 tomar para entrar en mi ca-
 sa, donde podrà vuestra mer-
 ced ver à Laureana, y aun
 dezirla algo de su voluntad,
 que el oïdo de vna muger
 suele ocasionar grandes no-
 vedades. Festejó Don Alva-
 ro con los brazos, juntamente
 con vna sortija, la traça que
 le dava para verme, cò que se
 despidieron las dos; D. Alva-
 ro à pensar en el dia siguien-
 te, y mi madre à prevenir-
 me para que me aliñasse
 (que la mas hermosa bien
 prendida, siempre pareceme-
 jor) industriame de fístos,
 diòme licion de medrosa, en-
 señòme à retirarme con cari-
 ño, con que con todas estas
 liciones, junto con la que
 mi simulada voluntad me dic-
 tava, aguardè la noche si-
 guiente à mi Don Alvaro, el
 qual apenas faltò el dia, quan-
 do à titulo de la enferme-
 dad de mi madre, se entrò
 en casa, donde luego topò
 con-

Conmigo, a su parecer muy descuydada; pero a la verdad muy prevenida; pues como he dicho, así lo tenía traçado mi madre. Háblome muy tierno, que no todos los amantes pierden la ocasión de turbados; dixome su amor, exageróme su voluntad, declaróme todo su cuydado, a tiempo que usando yo de mi prevenido estudio, le dije toda asustada: Como, señor, se atreve vuestra merced a entrar en una casa tan honrada, arriesgando el crédito de una pobre doncella? vuestra merced se retire, que no es de muy amante pretender quitar con la publicidad, lo que rehusa dar por amor; si busca a mi madre, su merced se levantará, para que allá fuera pueda vuestra merced hablar con su merced, que aquí no se lo permitirá mi pundonor. Con esta tan justa, como resuelta plática, se acordó Don Alvaro pero mi madre, temiendo con su retiro se barajasse mi pretension, le llamó desde la alcoba, donde enfermava de astucia maliciosa, riñóme muy a lo de madre, tratandome de impertinente, con que Don Alvaro se alentó de manera, que pasó adelante: hizo la visita a mi madre, que pretendia darle a entender el desseo de darle gusto, siendo cautela de su pretension; procure retirarme con modestia cortesana, despidiendome con la postrer lición, de lo que ya el cariño me dictava, diciendole, que perdonasse la acedia de mi resolución, pues conocia lo quebradizo de la opinion, que a no ser así, siempre su persona se haria lugar en todo tiempo. Con esto Don Alvaro tomó alas para volverla a proponer a mi madre lo de dama, lo qual le fue aseado por mi madre, repitiendole lo de la honra, con el agrio, de que si así no le estava bien, que le hiziesse merced de olvidar su casa con su calle: turbóse Don Alvaro con la cretada despedida, con que bolvió pies atrás, diciendo,

que el amor que me tenia à todole obligava; pero que vn pariente de quien dependia en herencia de gran parte de hazienda; era gran impedimento para el matrimonio, que lo permitiesen galanteo, que el dava palabra de matrimonio. Esto no, mi señor Don Alvaro, dixo mi madre, mi hija, aunque pobre, a nadie devenada, si a vueſſa merced le eſtà bien darle la mano de eſpoſo, quedará en caſa, y ſino, no le quite vueſſa merced lo que no la quiere dar, y amigos como antes, y mas ſi pudiéremos. Y porque vueſſa merced entienda, que no quedo deſafabrida, le quiero regalar con vn poco de dulce, que me embió vna amiga; comele vueſſa merced, hágale buena pro, como yo le deſeo. Admitió D. Alvaro el agaſajo, y porquẽ ſe hazia tarde, ſe fue ſin permitir mi madre, que le bolviéſſe a ver. Aquella noche me dixo mi madre, que eſperança en Dios que avia de ſer mi marido. Don Alvaro, el qual el dia ſiguiente, apenas avia rayado el

Sol, quando ſe entrò en mi caſa buscando à mi madre, con vn notable deſaſoſiego; mi madre le ſaliò al encuentro, preguntandole, que venida era aquella tan deſatinada, ſin reparo del deſcredito de ſu caſa? a que reſpondió Don Alvaro: Madre mia, eſto es querer, diſpongalo vueſſa merced como quiſiere, ſea de manera, que viva yo en poſſeſſion de Laureana, porque eſtál el fuego de mi amor, que me privara de la vida, à no aſſegurarme la eſperança la buena fortuna de mi pretenſion. No ſe deſcuidava mi madre; pero como ya le tenia aſido, le bolvió a dezir, que lo miráſſe bien, porque aunque ſu hija era doncella honrada, tambien era pobre, de linage no conocido, partiadas todas, que ſe devia conſultar con la raxon, à todo lo qual reſpondió Don Alvaro, que el ſe caſava por amor, el qual no averigna realidades mas que las que fueron poderofas para rendir toda ſu voluntad,

tad, la qual le dava voz, porque se detenia vn instante en dar la mano con el alma, y la vida à Laureana. No obstante estas finezas de Don Alvaro, no permitiò mi madre, que asistièsse en casa, hasta que nos desposamos, aviendo precedido las amonestaciones, las quales se hizieron en vna semana, en la qual hubo dos dias de fiesta, con que nos dimos las manos con mucho gusto mio, y de Don Alvaro, el qual al otro dia me lleuò à san Blas, donde nos velamos, assegurando, con la bendicion de la Iglesia, conveniencias de el matrimonial amor, con que vivimos algunos meses, encubriendo siempre Don Alvaro el casamiento à los suyos; porque dezia, que si lo supièsse su tio, perderia con su gracia mucha hacienda. Passava yo con alegria esta vida, porque amar con correspondencia, es toda la felicidad que se puede dar en lo humano; hasta que vna noche, ya que nos auíamos recogido, me dixo Don Alvaro, que su tio ha-

zia gran diligencia para aclarar la noticia de nuestro matrimonio; de que resultaria gran embaraço, con perdida de mucha hacienda: que para deslumbrarle le parecia acertado hazer vn viage, con el qual cessarian las pesquisas del pariente. El cariño de muger propia, con accidentes de enamorada de mi esposo, me tenia rendida à su voluntad, con que me rendi à su dictamen; pero con condicion, que le avia de acompañar, porque no estava tan poco amartelada, que pudièsse sufrir su ausencia. No le pareciò à Don Alvaro bien mi proposicion, la qual nacia mas del amor que le tenia, que de alguna sospecha temerosa que podia tener de su resfrio; valiòse de alhagos, embueltos en promessas, de la seguridad de su amor, con que rindiò la fuerça de mi amorosa pretension. Quien ama señores, es facil de padecer engaño, el qual por mi desgracia he experimentado, pues me ha puesto en el potro de tan inmenos trabajos. Al otro dia al amanecer se ausentò de

mis brazos, con que se me des-
apareció la luz de mi alegría,
siguiendome tempestad de-
hecha de desgracias. Su via-
ge, me dixo, era à Toledo,
donde si hallasse disposicion
para ello me llevaria; pero mi
coraçon, como tan leal, no le
dió credito, porque adivinó
mis amarguras; buenos testi-
gos fueron mis ojos, ventanas
del alma, que anegados en
amargas lagrimas solemniza-
ron las exequias de mi perdi-
do honor; en los adivinados
bajos de mis futuras trage-
dias. Aquí pasó fin Laureana
con vn desmayo à su lastimosa
narracion. A NOCI È ÓI, ruy

CAPITULO XII.

*Prosigue Laureana los traba-
jos de su vida.*

LAslimados estavan todos
de ver el ahogo, en que la
avia puesto la memoria de sus
penas à Laureana, pues bastó
à privarla de sus lastimados
sentidos, que socorridos de

los socorros de vn poco de
agua bolvierón en sí, dando lu-
gar à Laureana, à que profi-
guiesse en la narracion tragi-
ca de sus pocos años. O quien
pudiera, señores (prosiguió)
contaros mis afanes con la vi-
veza con que la memoria me
las representa à mi alma, no
con la torpeza de mi lengua,
que borra los colores de la
angustia, para que compade-
cidos noblemente, me ampa-
rassedes, fijando el arco de
vuestra piedad en la rueda de
mi mala fortuna, con que de-
teniéndos sus precipitados bué-
los, parara ya mi desgracia,
dando principio à mi sosie-
go; pero para que me canso
en implorar vuestro auxilio,
si reconozco, que aunq. vues-
tros pechos son noblemente
ilustrados de la caridad; mi
desgracia es tan firme, que à
pesar de vuestro compassivo
valor, permanece en el golfo
de mis mayores ahogos, que
no ay mayor infelizidad, que
peligrar en brazos del mismo
socorro. Desta calidad han si-
do todas mis fatigas; y porque
las atendais à cada vna de por
sí en la tabla de mis miserias

(si es que se pueden relatar) buelvo a proseguir diziendo: como Don Alvaro se retirò de mi con el achaque de su jornada à Tolèdo, que crei como novel amante, aunque la senti como leal adivino de los azahares del amor; no obstante con el alivio de la engañosa esperança me alentè, con q̃ me entretuve algunos dias entre la çoçobra de aguardar a vn bien perdido, hasta que vna noche que asistia à mi ventana, rezando mis devociones, oí que me dezian: *Huye Laureana, que la justicia te busca.* No apercibi las razones, con que me di à imaginar si era ilusion fantastica de mi melancolico humor: pero el cuydado me hizo reparar, en que se acercava vna persona, la qual me bolviò à repetir cò toda claridad lo mismo. En la voz me pareciò à Don Alvaro à quien llamè, à cuyo reclamo se acercò mas para decirme, cò la voz turbada: *Huye, esposamia, porque nuestros enemigos te amenazan de afrentosa muerte: tanto, que por no acelerar la execucion de la amenaza: no entro*

à gozar del amoroso laço de tus braços; queda con Dios, que te guarde para que gozes de mi amor sin çoçobras, satisfecho de que le avia arèdido, se retirò: quise dar voces, viendo que mi esposo se ausentava; pero el susto me detuvo: procurè seguirle, pero embaraçome el femenil asco de las faldas, con que quando lleguè al umbral de la puerta, ni Don Alvaro parecia, ni mi aliento estava en el tado de poder passar adelante: con cuya congoxa se me siguiò vn desmayo, à tie mpo que llegò mi madre con vna criada, que sin sentirlo me llevaron a mi quarto, donde al cabo de vna hora despertè del congoxoso letargo, rompiendo en llanto, con que tuvo lugar mi madre para preguntarme la causa de mi ahogo, la qual le dixe, haziendola saber todo lo que me avia sucedido con Don Alvaro, que aunque la amenaçava rigores, no se turbò, antes con animo varonil dispuso al punto la fuga de su casa; embiò a la criada fuera de casa con ocupacion precisa de quedarle fue-

ra aquella noche, ella tambien salio diziendo, que bolvia luego, mandandome que fuese recogiendo mis joyas, y lo mas bien parado de casa, mientras dava la vuelta, que no fue muy presto; porque segun me dixo, fue al rastro, de donde traxo ocho ganapanes, que en breve espacio traspasaron las alhajas de casa en la de vna amiga, que vivia al barrio de san Andrés, con que pagados bien los ganapanes, nosotros tomamos otro rumbo, yendo a parar junto à las Maavillas, de manera, que à las doze de la noche nos hallamos fuera del contorno del Carmen, à distancia tan larga, con que nos dimos por seguras de la pesquisa de la justicia. Toda aquella noche no fosegamos; mi madre con el cuidado del peligro, yo cõ la pena de la ausencia de mi esposo, à quien echavala culpa de mis peras, por ser el el principio de mis desgracias. Amaneciò Dios, con que mi madre, como quien estava tambien en los puntos, hizo, que la persona, en cuya casa estavamos, se passasse por la calle

donde viviamos, para averiguar, si acaso nos buscavan, ò si se hazia alguna diligencia en nuestra busca. Llegò la madrugada à la calle, donde viò gran alboroto de justicia; llegòse à un corro de gente, à quie preguntò la causa de aquel bullicio: fue la respondido, que por orden del Presidente de Castilla avia ido un Alcalde de Corte à hazer vna prision de dos mugeres, que eran madre, y hija, pero quando llegò ya se aviã huido. Cõ esta cierta noticia quito mi madre buscara Don Alvaro, por si acaso èl la stimado de nuestro trabajo, dava modo de componerlos; salia mi madre muy rapada, mudado el habito, con todo genero de dissimulo, porque no la conociesse; pero nada bastò à divertir el cuydado de la justicia, que asiendo la, la llevò, a la carcel de Corte. Avisaronme de la prision de mi madre, con que temiendo no me sucediesse lo mismo, ò por la mucha diligencia de la justicia, ò por la cõfession de mi madre, me deterrmè, con toda resolucion, à poner tierra en medio; para lo qual me val-

híde vn santo Religioso de el Colegio de Doña Maria de Aragón, cō quien me confesè, dandole noticia de mis penas, de mi intèto, el qual aprobò, aconsejandome, que luego me apartasse veinte, ò treinta leguas de la Corte, mientras passava el primer rigor de la justicia. Cō este buen consejo me resolví a depositar en el lo mas de mis alhajas, reservando joyas, dñero, con que con su bendicion me sali de Madrid, haziendo mi viage à Barcelona, en compania de vnas criadas, que passavan à Italia en servicio de el señor Conde de Monterrey, que iba por Virrey de Napoles, con que fin con toda seguridad fortuna que debí à mi Padre Confessor, que fue efecto de su agente caridad. El que à Barcelona, donde hallé carta de mi Confessor, en que me avisava, de como mi madre estava condenada à tormento por el dicho de vna criada, q̄ declaró aver visto à mi madre hazer grandes invenciones supersticiosas, en particular en vn poco de conserva que dieron à Don Alvaro, el qual

no parecia, porque segun se dezia, avia passado à Italia, que me aconsejava no me quedasse en España, que ya que llevava buena compania, passasse à Italia, donde Dios, como à inocente, me favorecería, que él haria vender las alhajas, con que socorreria a mi madre, y me remitiria lo que restasse. Admiti el consejo, con que me acomodé à la sombra de las criadas de el Virrey, con quien passè à Napoles, con las descomodidades de la mar, sirviendo de criada de las que lo eran de la Virreyna mi señora, al fin aportamos à Napoles tras tantos trabajos de mar, y tierra, donde se me siguiò el cuydado de passar mi vida con honra, con estimacion, para lo qual me procuré introducir en el servicio de aquel Principe, que me fue facil, viendo mi señora la Condesa mi poca edad, mi razonable cara, con el continuo resguardo de mi estimacion, que presentado todo en el tribunal de su gran clemencia, fue muy facil el assentar

la asistencia del servicio de su casa, donde passè tres años con varios afanes de miserias ferviles, sin dar à entender à nadie mis desgracias. En todo este tiempo no tuve noticia de mi esposo, de mi madre si, que por orden de mi Confessor supe como avia muerto del tormento, donde confesò raras maldades; la mayor fue aver declarado, que no era yo su hija, sino de vna señora de gran calidad, de la Isla de Cerdeña, à quien avia escrito todo el suceso de mi casamiento, que por no maltratar el credito de vna tan principal señora no lo publicava, que esperava en Dios, que con las diligencias que dexava hechas, me buscaria mi madre. Con estas buenas noticias me aliviè algo de mis ahogos; aunque senti amargamente su muerte, porque me avia criado, sin aver conocido otra madre. Remitiòme mi Confessor lo restante que avia quedado de las alhajas de mi casa, con que me reparè, tomando nuevo aliento para buscara mi esposo: hize nuevas diligencias, pero como D. Alvaro se avia

mudado el nombre, no era facil hallar noticias suyas: no obstante di buelta à toda Italia, hasta que aportè a Genova, con intento de passar à España. En toda esta peregrinacion no os digo las fatigas, afanes, y trabajos que passè, por no cansaros, alargando mi relacion; solo os sè dezir, que he avido menester mucho de Dios, porque tan largo viage, vna muger de buena cara, con la compañía sola de vna tanta muger, que me acompañò de lastima, todo fuè tropiezos, embarazos, que solo Dios los pudo componer. Al fin aguarde en Genova ocasion para embarcarme, y mientras que se hazia tiempo, sollicitava con oraciones, y plegarias, me amparasse Dios, dandome sosiego en mis tribulaciones; no me olvidava el Señor, pues estando vn dia en vna Iglesia junto a la marina, sollicitando el auxilio divino à que me favoreciesse, reparè, en que entravan en la Iglesia soldados Españoles muy galanes, bolvi los ojos à mirar los, por si acaso venia entre ellos mi esposo; dixome lo el coraçõ con tantas

veras, que segura del hallazgo entresaque à mi esposo con la vista entre la soldadesca tropa turbada le festejó el alma, pero medrosa se retirò à pesar de los arrojos de la voluntad, cubri con el debil cenital del mato la cara, para que por entre sus celages alentase con la vista de sinayos de el coraçon. No fue mucho el espacio que permaneciò el embeleso de mi dicha, pues no hizo mas Don Alvaro, que hazer breve oracion, y dar vna buelta al Templo para mirar el edificio, con que se salió de la Iglesia; donde quedè sola, aunque acompañada de mil imaginaciones de conja, temiendo à mi esposo, que tanto me avia costado su hallazgo, que aunque estava inocente en el delito que confesò la que murió; con todo rezelava la furia soldadesca, con empeños de la imaginada culpa, por la qual, sin reparar en mi inocencia, me podia atropellar por delincuente; bolvíme à Dios de quien me vino el animo para hazer llamar à vn Religioso Español, que aguardava tambien viage pa-

ra España, à quien supliqué me confesasse, y debaxo de el sigilo del Sacramento, le contè mis desgracias, pidiendole consejo en la tribulacion presente; dixome, que su dictamèn era, que mientras no supiesse del color que estava Don Alvaro, era de parecer, que me rezelasse dèl, que èl, si yo gustava, le buscara, y veria el tèmple que tenia, con que podria tomar resolucion; pareciòmè bien el consejo, con que le supliqué le buscase luego; por que no se embarcasse, y se perdiesse la ocasion. Al punto salió el Santo Religioso, el qual por las señas que le di, y por algunas noticias que èl tenia, le diò alcance aquella misma mañana; apartòle de los camaradas para con toda claridad encaminarle al buen fin de mi deseo: y despues de averle exortado por mayor al cumplimiento de Christiano Cavallero, remarcò con dezirle, como yo estava en Napoles, aviendole buscado por toda Italia, à costa de infinitos trabajos, tan firme en la voluntad, como segura en la honra; prendas todas, que se devian

pagar con toda fineza, sin que hiziesse oposicion la calumnia de la que suponía ser mi madre, pues ya avia confesado su maldad con mi inocencia, con que por Christiano, por Cavallero, por Dios, por el mundo, me devia toda buena acogida, y amparo. Con esto cesó el Religioso, dando lugar à que le respondiesse Don Alvaro, que fue como mi mala fortuna lo traça siempre. Negarle à vuestra Paternidad (dixo Don Alvaro) todas estas obligaciones, q̃ por Christiano Cavallero racional, tengo à Laureana, fuera, ò poca atencion à su respeto, ò demasiado encono en su imaginado delito, de que la quiero rãto, y mas que el primer dia, tampoco lo puedo negar; pero de que no la està bien, de que yo la dè alcãce, està vuestra Paternidad cierto, porque la nobleza de mi sangre me lo aconseja, à tiempo que el pñdonor de Cavallero me lo dicta: si tuvo, ò no culpa, Dios lo sabe, yo lo pago; la voluntad que yo la tengo intercede en el tribunal de mi corage, à que no la busque para la san-

grienta vengança; vuestra Paternidad la aconseje, que no parezca en mi presencia, por que temo, que guiado de mi duelo, se enfangnẽte mi azeiro en su vida, aunque mas la apadrine mi amor, que serà lo mismo, q̃ darme à mi la muerte: y asì, para que la necesidad no la detenga à mis ojos, obligando à mi pñdonor à derramar su sangre à las aras del oraculo de mi honra; vuestra Paternidad la dè este bolsillo, en que vãn mil escudos, encargandola, que pues dize que ama, haga esta fineza de ausentarse por quẽ ama, que si Dios la viere inocente, el bolverà estos ahogos en bien de entrambos. No pudo proseguir mas Don Alvaro, porque las lagrimas le atajaron las palabras, con que se despidió del Religioso, que al punto me diò la respuesta, la qual aguardava yo con el alma en los ojos, que à pocas palabras dieron vista al vagio en que naufragava el vagel de mi mala suerte. Animòme el santo Sacerdote à llevar el peso de lance tan amargo; entregòme el bolsillo con los mil escudos,

dos, con que pensada bien la derrota que avia de tomar, me anime à embarcarme en vna nao Flamenca, que venia a España, con la qual venia vn Cavallero Navarro con su muger, donde imaginava poder aclarar la certeza de quien era mis padres; porque como la que me criò no lo declaró, aunque en Cerdeña, y Sicilia se avia hecho diligencia, no pude descubrir nada, con que me persuadi, que entre las amigas, y conocidas de la que me criò, seria posible dar alcãce a alguna verdadera noticia. Al otro dia me embarquè, y sali del puerto con buen temporal, aunque escaso, con el qual navegamos prosperamente tres dias; pero al quarto nos amanecieron por proa tres velas, que a todo trapo se vinieron a nosotros: el Capitan conociò ser navios de Moros, con que sin dexar su derrota, se dispusò à pelear, q̃ presto le fue fuerça valerse de la buena, y bien jugada artilleria que llevava, con la qual, llegando a tiro de cañon, les diò vna cargata tan a tiempo, que el vn na-

vio se iba a pique, con que los otros dos procuraron apartarse, dexandonos seguir nuestro viage, que fue sin mas acaer que lo dicho, que para el pecho de vna muger no fue pequeño. Aportamos a San Sebastian, donde saltè en tierra; despedime de mi Patron, saqué la ropa, con la qual me vine à Pamplona, en compaña del Cavallero, y su muger, a cuyo amparo venia; busqué la persona, que era mi y de la q̃ me criò; ha dos meses que vivo sola, y desesperada.

Esta tarde me alarguè à casa de vna amiga, donde apenas lleguè, quando la justicia diò sobre mi, sin saber porquè, fue Dios servido, q̃ estava cerrada la puerta, con que mientras la abrieron me escapè por la puerta falsa; pero no tan oculta, q̃ me dexassen de sètir para dar alcance a mi fuga, q̃ a no encontràr a v. mrs. oy acabara mi vida, y mi honra. Esta es mi trabajosa vida, señores; estos, en suma, mis trabajos; estas mis miserias, que bastan para obligar a vuestros corazones, que como nobles, como pios, como de Cavalleros

tan ilustres se muevan a ampararme, favoreciendo a vna desgraciada muger, a vna infeliz criatura, que combatida de infortunios, llega à vuestros pies por cobrar alientos, para lograr en ellos nueva fortuna.

Con esto acabò Laureana su historia, dando principio à nuevo mar de lagrimas, que fueron tan poderosas, q̃ obligaron a los circunstantes à acópañarla con ternura. Trataron luego de su sosiego, porque no se les fuesse el tiempo solo en muestras de favorecerlas los forasteros quisierò ser los primeros en su amparo; pero el Castellano la tomò por su cuenta, dando porrazon el estar en su casa, cò que podian descuidar Carlos, y Don Alonso, tratando solo de sus conveniencias. Quedò asientado, que el Castellano asegurasse a Laureana, que fue facil, porque fue yerro de los Ministros la diligencia que se hizo, y que dentro de tres, ò quatro dias, saliesse Carlos, y Don Alonso de Pamploña con todo secreto, por si acaso le avian hecho alguna cau-

sa de resistencia, la qual pareció al otro dia en manos de vn Escrivano, al qual ablandò el Castellano con vnos doblones, contentando a los Alguaziles con otros, con que la causa se rompiò; Carlos, y Don Alonso hizieron su viage, sin que se les pudiesse temer tropiezo alguno en todo Navarra.

CAPITULO XIII.

Salen Carlos, à proseguir su viage, llega à vn lugar cerca de la raya de Castilla, donde le festejan vna noche.

BVela la mariposa, hermosa de colores de la primavera, aviendose esmerado la naturaleza en su dibuxo, quando el arte de embidia la adula, à imitacion del oro que la luce. Tornos dà a vna luz, con varios rumbos, ya la pellizca, ya la haze sombra, ya la lisonjea, ya la ronda, ya la bate las alas, ya a toda prisa se le acerca, pero quando mas oficiosa en su cariño, procura beber la luz, ò llevarsela en el pico;

pico; muere abrasada en brazos de la llama, pierde la vida a manos de la luz apetecida, acava el viuir a fuerça del calor, porque anhe lava, ò infeliz abecilla! ò mal afortunado galanteo! t. iste fin! corta dicha! amarga pena! infausta fuertel!

Como en espejo sin adulacion alguna, si Carlos se mirava en este tan manual, como vulgar exēplo, se huviera retratado tan al vivo, que le juzgara, ò que vivian la verdad profetica en su dibuxo, ò que era verdadera copia de lo que le avia de suceder, pues salio de Pamplona, aviendole dado buelta a la Rioja, Vizcaya, y Navarra, para venir a precipitarse en el empeño mas peligroso, que experimentò en la variedad de los lances trabajosos de su vida. Círculos hizo a la tierra, para ir a parar en su ruina: bueltas diò a aquella parte de España para engolfarse en el prozeloso mar del vicio, que le puso en riesgo de perder la vida, la honra, el alma, que es lo mas precioso.

Salio, pues, Carlos de aque-

lla insigne Ciudad, en compañía de su amigo Don Alonso, que le dava mucha prisa, por que llegasse a tiempo de poder asistir a la fiesta de la Natividad de la Virgen, que se celebrava con general concurso de los tres Reynos confinantes, Castilla, Navarra, y Aragón, en la Ermita de la celebrada eminencia de Moncayo, dõde le avian avisado, que avia de ir una persona, encuyamano estava mucha parte del buen suceso de su negocio. Despidieronse de Don Juan el Castellano del Castillo, dandole las gracias de el buen hospedage que les avia hecho; encomendaronle a Laureana, de la qual con muchas lagrimas suyas, y sentimiento proprio, se desasieron, prometiendola hazer todo el esfuerzo para sacarla del empeño de sus trabajos. Concluida esta cession a veinte y nueve de Agosto, dia de la Degollacion de san Juan Bautista, llegaron a la venta de las campanas, de adonde, sin detenerse, por sus jornadas vinieron a aportar al amanecer a los confines de Navarra, a un

lugar apacible, fresco, y regado, en el qual, como avia dos noches que no dormian, trataron de descansar, viendo que les sobraba tiempo para ir à Moncayo, donde se determinaron à embiar à vn criado à saber si avia llegado el tal personage, con orden, que los avisasse en Agreda, donde los hallaria. Con esta disposicion descansaron hasta medio dia, que Andrés les sirvió la comida, con que repossaron vn rato; pero como el calor era grande, no pudieron soslegar, con que se levantaron, entreteniendo el tiempo mientras se quebrantava el rigor de el Sol, en disponer el modo que se avia de tener en el negocio de Don Alonso, el qual consultaron entre si có todo cuidado, que vna dificultad tratada con maduro juicio, deseoso de acertar, se puede asegurar antes de el suceso el desempeño. Visto ya, y considerado el medio que se auia de tomar, se resolvieron à salir al lugar, supuesto que sobraba tiempo; llegaron à la plaça, donde encontraron al Medico del lugar, que era vn

insigne Filosofo, que vivia por conveniencia propria, en el lugar en aquel tiempo, el qual, como criado en las Escuelas, apenas vió los forasteros, quando los saludó con agasajo, y como tan cercanos à Agreda, al punto los conoció. A esta sazón llegaron otros Cavalleros de el lugar, que como tan conocidos, festejaron a los reciénvenidos; y para que entendiesen, que no era menor la corteſania de Navarra, que la de Castilla con los forasteros, los convidaron à cenar à casa de vno dellos, donde los querian entretener, con vn gracejo de vn negro, que todos los años solemnizava la fiesta de san Roque, con vn momo particular; pero q̄ aquel año les avia caído tan en gusto, que juzgavan suplir las faltas de la cena, que à ser dia de fiesta, les representaran vn auto, có que el lugar avia alegrado la fiesta de su Patron; pero que los Representantes estavan en el campo, que solo el negro podía hazer sus habilidades. Estimaron Carlos, y Don Alonso, el agasajo, y por no parecer

cer vnaños aceptaron el com-
bire, dexandose llevar de vn
Cavallero a su casa, donde los
regalaron, como si fuera de
pensado el combire; pero don-
de ay gana, y con que como
sea en poblado, todo se halla.
Levantaron las mesas, sahe-
ronse a otra sala, donde cada
vno tomó su asiento, descan-
do nuestros forasteros la fies-
ta, por ver lo que tanto cele-
bravan los naturales. Para dar
principio al festejo, tomó vno
de los circunstantes la guita-
rra, que sin templar, ni ser ro-
gado, con buena voz, y mejor
ayre, cantó este Romance.

D*El Tajo á la verde margē,
se quexa el pastor Anfriso,
que por ser el rio Tajo
se destajó para oirle.*

*Corre presurosa el agua,
temiendo, que sus suspiros
desbagan gulfos de perlas
en tempestades de vidrios.*

*Gime la voz en el ayre,
porque se ve de él herido
que es a gote de los vientos
vn accento repetido.*

*Tristes Endechas las aues
lamentan en su conflicto,
que tambien saben los brutos
sentir los males vezinos.*

*El ladrido de los perros
es vn gemidor ahullido,
que no quiso su lealtad
perdonalle por gemido.*

*Hasta vn escollo eminente
se ve llorar bilo á bilo,
que ay penas de calidad,
que harán llorar a los riscos.*

Todos celebraron el Ro-
mance con el donayre del que
le cantó, que con melodia cor-
tesana dió principio a la cele-
bridad del festejo. En esta ocu-
pacion los cogió la vision de
vn Negro, pequeño de cuer-
po, vestido á la usança de su
Pais, con vna toca de red, que
desde la frente le cubria las
espaldas, entretexida de plu-
mas de papagayo, verdes, ama-
rillas, y coloradas; vnos faldo-
nes de la misma tela le cubrián
desde la cintura hasta la rodi-
lla; vna aljava con flechas ter-
ciada al cuerpo, vn arco con
su flecha; todo el cuerpo, que
se divisava, que era pechos,
braços, y piernas, pintado á tre-
chos de almagre. Cō este dis-
fraz entrò el Negro dando gran-
des saltos, silvos, castañetadas
cō la boca, tā disformes q̃ me-
tierian miedo al q̃ no conocie-

ra elmomo; paròse en medio
de la sala, tras aver hecho sus
entradas, y salidas con el ar-
co, y la flecha, haziendo ya q̃
acometia, òya que se retirava,
con que fòssegandòse vn poco
de los saltos que avia dado, hi-
zo esta graciosa relacion.

Y A jabè que samo nengro,
mas nègro sà muy hōrada,
descendencia de Faetonta,
hijo del Sor abrasada.

Por linea reta venimo
del hūma, madre murata,
que vesida manta nengro,
mo dexo cara risnada.

Tenè la pelo torsida,
como baycto frisada,
dienta branca, ojos linda,
la labio tura encarnada.

Gente sà neta del Sor,
bisnieto de lo luz crara,
tataranieto der juego,
sà rinage autorisada.

De eya veni mucha Reya
amparradora Monarca,
mucha Capitana, Alferas,
Sargenta, Cuba esquadra.

Toda sà gente de ben,
fino que disc canaya,
que lo nengro non sà gente,
que sà perro que lo ladra.

Es vn gran vellacuria,
sìdà lo Nengro d'acaya,

lo ladra, como si Nengro
fora perro, ò fora garga.

Si vā por carne argun dia,
desi, carnifero mara,
to, to, perrio, to, to,
dà la guesa descarnada.

Si se enoja lo Nengria
la dexi, Nengro, diabra,
querè tu tambe falà
en roda de gente branca?

Sufri mucho, mi jeñore,
Carreitorrenda passada,
jugà con la Nengro al toro,
daca el maço, dacà el maça.

Por aquesto mara vida,
toro Nengro angustiada,
mo prometemo deuoto,
amparà de Roco santa.

Que sà santa cōtra el pesse
santa de perrio hūrada,
santa linda peregrino,
que trae bon carrbaça.

Aquessa nocha, siore
fassemo fessa sonada,
ay churumias, pandero,
castanetos, y sornajas.

Veni lo nengria toro,
que aūque Nengro, linda cara,
y aunq̃ en noche su hermosura,
sabe mostrar luz crara.

Eya, sargan lo primia,
mana Fransisquiya crara,
sali fasamo lo fesa,
baylemo, baylemo mana.

Aqui

Aquí acabò el Negro su relacion, con que la risa de todos, que hasta este tiempo estuvo represada, salió de la prision del silencio, con tan descompassado alboroto, que en gran rato no se pudo fofegar al auditorio, porque el modo de la representacion de el Negro, los acentos graciosos de la lengua, la confiança con que los hizo reir a todos, era de grandissimo gusto. En esta alegre confusion estava la sala, quando se aparecieron en ella quatro moças con sus máscarallas, representando el linage de los Negros, que festejavan a san Roque, que con el repique de las castañetas, al discante de vna guitarra, cantaron, y baylaron estas coplas, con mucha graciosidad.

Todos. *Lo perria de san Roque*
he, he, he,

que no nació en Casia,
sino en noso san Thomé.

Negra. *Amiga Negra,*
veni besaremo

la nosa perria,

que tè Roca al pe,

he, he, he, &c.

Negra. *En fesa de Roca.*

turo baylaremos,

con que haremos extremo
de deuota fce,

he, he, he, &c.

Negra. *Demos al perrio*

confessa, y con grado,

la ossa de pauo

para que comè,

he, he, he, &c.

Negra. *Francisca morena*

bayla aqui, flores

por ganar perdones

donde y tanto, que,

he, he, he, &c.

Roca peregrina,

taro aqui baylamo,

con que asseguramo

nos, bagais merced,

he, he, he, &c.

Amiga, *solguemo,*

y fesa fesimo,

porque no digamo,

que sabujame,

he, he, he, &c.

Fue tambien governado el bayle, y cantado con tanta gracia, que a todos diò particular gusto, pues aunque los del lugar le avian visto otras vezes, no obstante lo festejaron, como si fuera nuevo jamas visto, ni representado. Bien pensariò todos, que avia acabado ya el Negro con sus

gracias ; pero viendo que los demás dançantes, aunque se retiraron, se quedava el Negro solo , dando gran prisa à que le tocasen la guitarra a su modo , se detuvieron suspensos, atendiendo à que decia el Negro, que queria cantar, y baylar , solo por alegrar los forasteros con tres coplas que le aviã sobrado de aquel año para el siguiente. Sosegossse el auditorio, con que el Negro con gran confianza al dilcante de la guitarra, q̃ correspondida de su movimiẽto, cantò, y baylò estas coplas.

Zambambu morinico de Congo,

Zambambu,
que galanc me pongo,
zambambu.

Mañana sa fesa

de fior san Roque,
no sabè que haga,
fino que le toque
dansa de Perú,

zambambu morinico, &c.

Lo camiso branca,

filo corpo negra,
aunque ser persona
teme la perrera,
que sa Bersebu,
zambambu, &c.

To sudà ya tinta

como la tintera

del fior san Marco,

con que no quisiera

manchar el lau,

zambambu, &c.

Fueron tantos los visages , los meneos con q̃ el Negro cantò, y baylò estas coplas, que à todos los sacò del barrio de la alegría, compuesta a la plaça de la desbaratada risa ; regalaronle los forasteros, particularmente D. Alonto, q̃ le prometìò que si Dios le sacava con bien de sus trabajos , le avia de dar libertad palabra, con que el Negro con saltos, y brincos por darle gusto pagò; pero viẽdo el dueño de casa, q̃ era tarde, q̃ los forasteros aviã de caminar, se levantò de su asiento , con q̃ tuvo fin la fiesta, la qual en agradecimientos corteses pagaron los dos amigos, los quales acompañados de aquellos Cavalleros llegaron a la posada donde se quedaron, oyendo a Andrès remedar al negro, que no fue menor entretenimiento; pareciòles muy à tiempo de caminar, con que montaron a cavallo, y con toda comodidad

con

con la frescura de la mañana por entre vnas huertas, salieron de el lugar, de el qual al de Agreda se pusieron en pocas horas, donde sus amigos los aguardavan.

CAPITULO XIV.

Llega Carlos à Moncayo, lo que le sucede hasta llegar à Zaragoza, donde dà principio à su mayor empeño.

EL cuydado del buen despacho de Don Alonso le facò a Carlos de entre lo gustoso del trato de sus amigos, para ir a Moncayo, para dõde salió de Agreda vna mañana de las alegres de aquel Pais, à siete de Setiembre, que corresponde en Castilla la nueva, al mes de Abril, pues en flores, en frescura de el ayre, en amenidad de los prados, en el dulce canto de las aves, en la alegría de la florida campaña, no solo en verde, si fragante promessa, sino en suave deleyte de possession, porque el mes de Setiembre es en aquel pais Abril en flores, Setiembre en frutos. Abril, en verdosa pompa de esperanças; Se-

tiembre, en sazonzados esquilmos de el Agosto. Por entre esta deleytosa amenidad caminava Carlos, contemplando la armoniosa consonancia, con que el poder de Dios sustenta el vniverso para la apetecible conservacion de la vida de el hombre, pues en la corta distancia de dos leguas, todo era variedad de gustos, en flores, en frutos, en cristalinas fuentes, que corriendo presurosas, fructificavan, divertian, alegravan, y obligavan a que reparasse al natural menos atento. Llegò, pues, Carlos al lugarejo de Vozmediano, donde festeò, porque convenia llegar de noche a Moncayo, y porque deseava ver la celebrada fuente, madre de el Rio Vozmediano, que nace tan padre, siendo hijo, que à distancia de cinco, ò seis passos dà agua bastante para moler quatro piedras de vn molino, y a menos de ducientos passos sustenta vnas herrerias. Naze este Rio en cuna tan somera de la tierra, que sin tener recuesto alguno, hiérve a borbollones

en la llanura del prado, de manera, que no parece que viene arrojada por manantial, que se vierte, sino que la abundancia le obliga à que se descuelgue à la madre por donde sigue su curso con tan alentados brios, que à pocos lancès es mar, si començò fuente, si prosiguiò rio.

Muy atento considerò Carlos las circunstancias del nacimiento de tan poderoso rio, hasta que fue hora de caminar, lo qual hizo montando à cavallo, en compaña de Andrés, con que en breve rato se pusieron al pie del recuesto de la Hermita, de adonde oyeron el ruido de la gente, que con bayles, con juegos diferentes celebravan la Natividad de la Virgen Santissima; y aunque la noche era obscura, a falta de la Luna, eran tantas las luces, los fuegos que avia en el terrero de la Santa Casa, que alumbravan como si fuera dia à los caminantes, que ya en este tiempo era grande el concurso de gente que sabia, guiada de la luz grande de las luminarias, y fuegos. Con brevedad, nuestros

dos caminantes, tras pusieron lo agrio de la colina, hasta dar de cara con la plaça de la Hermita, donde estava vn bien fortificado castillo, à que pusieron fuego, que les sirviò de lucido, si ruidoso entretenimientos el qual acabado, tratò Carlos al punto de ir en busca de Don Joseph, que era vn Cavallero anciano de grandes prendas, recién casado con vna señora noble, hermosa, y niña, calidades todas para empleadas en menos años de lo que tenia Don Joseph, que no creia tenia mas edad que la que le informavan sus apetitosos brios; hallòle Carlos que bolvia con su reciente esposa de ver los fuegos, y por no perder la ocasion, procurò Carlos la primer atencion cortesana, acompañando a la mal empleada juventud; no se lo permitió su anciano esposo, pero como era corto el viage, tuvo Carlos lugar de llegar hasta la puerta de su posada, donde se quedò, dilorando para el siguiente dia el primer punto de su preterfiso, de que recelava el mal suceso, por que segun las señas que pudo

penetrar en los primeros lances el duelo de aquella tierra, se estendia mas allà de los barrios de la muerte, porque los parientes del difunto quedaban substituyendo su vida para vengar el agravio. No flaqueó Carlos con las malas nuevas que le dava el semblante del duelista juez, antes se empeñó con mayor conato para la revista, entendiendo, que es de sabios el mudar dictamen, quando es de sapientísimos Christianos el saber perdonar; despidióse de Don Ioseph, diciendole, que mas despacio le buscara al otro dia, en el qual se esmeraron las galas, las hermosuras, los lozanos brios de las tres Naciones, Aragõ, Castilla, y Navarra, que a competencia se emulavan unas à otras. Huvo Misa, y Sermon, contan gran regozijo de los coraçones Catolicos, q̃ tuvo el Demonio envidia del, el qual mostrò por la tarde, incitando, ò ya con el ardor del vino (comùn achaque de plebeyosviles) ò ya con la loca emulacion de las Naciones pretendientes, ambiciosas de llevarse la palma en todo

genero de agilidad, y valentia, à dos moçuelos revoltosos, que los traia de manga el Demonio para hazerla de desdichas contra los hombres; estos viendose maltratar en el juego de la esgrima de dos diestros en la espada, se determinaron a vengarla afrenta, que su loca fantasia suponía, como si fuera delito saber mas de la espada, en tiempo que es uso el saber menos de todo: amotinóse el vno, con que dexò la espada negra, para vengarse con la blanca; tratò de hazer locuras, que ayudadas de otros de su nacion, crecieron a tanta altura, que se temiò grande estrago tras la muerte de los alborotadores, porque se armaron las tres naciones, como si estuvieran en campaña rafa, a vista del enemigo: fue Dios servido, por medio de la Virgen su Madre, a quien festejavan los Catolicos coraçones de todos, que no pàsse à mas rotura, q̃ al castigo merecido de aquellos perturbadores de la paz santa, con que se celebrava el dia del Nacimiento de su Madre Santíssima.

En el tiempo en que se trabò la pendencia, estava Carlos con el anciano Don Ioseph, solicitando hallar modo como componer el duelo de D. Alonso, para acabar de sossegar aquellos dos calificados linages. Passeavanse ambos a dos apartados del concurso, à la sombra que hazia la misma Hermita, muy fuera de imaginar lo que luego sucediò; pero a pocas bueltas de el paseo, oyeron grande ruido de voces, de golpes de armas, que los obligò à procurar saber la causa de tan ruidoso alboroto; pero antes de dar buelta a la Hermita, vieron venir a vn brioso moço retirante de vna gavilla de moços, q le teniã mal herido, y aun acofado de muerte, congojado se viò Carlos sin armas a vista de tan gran sospecheria; pero como a la nobleza del animo valeroso nunca le faltan brios, aunque la falten las armas, echò mano de vn desgajado tronco de vn arbol, que estava arrimado a las paredes de la Hermita (que suele ser ordinaria colgadura de la monjaña) con que blandiendole

a dos manos, enfrenò la furia de aquella agavillada canalla, dando lugar al pobre Cavallero, à que cobrase aliento, que venia fatigado, con que tambien se logrà el valor de sus amigos con el cuydado de la justicia, que vnida la virtud, se desvniò la maldad que trataba de destruir la paz santa de aquel dia. Con este tan valiente, como dichoso accidente, se començò a tomar forma en todo con tan buena fortuna, que en menos de dos horas se sossegò el tumulto; huyeron los delinquentes, murieron los reboltosos, los pacíficos bien intencionados, por medio de su valor, bolvieron à gozar de la paz, dando gracias à Dios, y a su Madre Santissima, de la merced que les avia hecho, retiraron al Cavallero, que estava herido, a la posada de Don Ioseph, de quien era sobrino, y hermano de Don Ioseph, à quien quitò la vida Don Alonso, el amigo de Carlos; curaronle de tres heridas que le auian dando, con que

que trataron de dar orden como llevarle a Tarazona, para cuidar de su vida con mas asistencia, y regalo, porque aquella estancia era vn monte, la comodidad como de montaña el vagaje, que avian traído mulas; Don Iayme estava muy desangrado; las heridas eran, al parecer, de cuydado, que todo era de congoja para Don Ioseph su tio; pero a todos estos ahogos quiso Carlos dar remedio, ofreciendose a traer litera con que llevar a Don Iayme a Tarazona, para que de alli, si pareciesse a los Cirujanos, passasse a Zaragoza. No puso dilacion alguna en executar lo que avia prometido, pues con Andres, en breves horas se puso en Agreda, de adonde despachò a Tarazona a prevenir posada en la casa de vn amigo; mientras tanto llegò Carlos a Moncayo a las dos de la noche, con vna litera, que era de vn Cavallero de Agreda, con que al punto salieron para Tarazona, Don Iayme muy bien acomodado en la

litera, los demas en mulas, que a corto passo llegaron a las seis de la mañana a la casa de el amigo, donde los comboyò Andres, que los aguardò a la entrada de el lugar. No quisiera Don Ioseph obligarse con tanta demasia; pero viendo que era fuerça, por ser forasteros, y estar en vna posada, las quales en España, en ningun tiempo son buenas, quanto y mas en Setiembre, diò lugar, por persuasion de su muger, a que admitiesse el agasajo de Carlos, a quien mirava ya con mascuidado que el ordinario. Acostòse Don Iayme, vinieron los Cirujanos, que no quisieron curarle hasta las veinte y quatro horas; pero a la hora señalada lo hizieron, declarando no ser de tanto peligro las heridas, cò que todos se alegraron, y en particular Carlos, por el valor q̃ viò en D. Iayme, y juntamente porq̃ juzgava, q̃ con su salud conseguiria su pretension; al fin, dentro de veinte dias le asseguraron los cirujanos, q̃ podia caminar; assi se hizo, en la misma litera.

conque Carlos le avia traído de Moncayo, que por orden de Don Alonso la bolvieron à remitir, que con buen viage llegó Don Iayme à Zaragoza en compañía de Don Ioseph, su muger, y Carlos, que los acompañò hasta su casa, donde Don Ioseph, y Don Iayme le regalaron, y festejaron, procurando pagar con estas atenciones, las que tuvo Carlos en todo el suceso pasado, particularmente Don Iayme, que como mas obligado estava reconocido como noble, y como tal deseava satisfacer: sacabale a passear à orillas de el rio Ebro; llevavale a los entretenimientos, à las Torres, que es lo mismo que en Castilla casas de Campo, en Toledo Cigarrales, en Granada Carmenes, y en Portugal Quintas; al fin, a todo lo que avia en el lugar que fuese de gusto, le llevaba.

Vn dia destes, que estavan solos orillas de Ebro, le dixo Don Iayme a Carlos: Amigo, ya entenderéis de mi nobleza quan reconocido estarè à lo que os devo, suplicoos, que me trateis como à vuestro deu

dor, sin que aya entre los dos cumplimientos, sino buena voluntad, sin afeytes de cortesana política; porque a mi me està tambien vuestra amistad, que en mi estimacion, la tengo por grangeria. No deseava Carlos mas que este lance, para hazer las amistades entre Don Iayme, y Don Alonso, conque valiendose de la ocasion, le dixo: Mi jornada a Mòcayo (amigo Don Iayme) fue solo a vuscaros a vos, y à vuestro tio Don Ioseph, para comunicaros vn negocio, que à todos nos està bien, à vos, y à vuestro linage, por el fòsiego que conseguís a mi, por el buen logro de mi amistad: hasta agora no os he dicho nada, porque aguardava este lance; agora lo hago con toda còfiança, de que conseguirè mi pretension; en vuestra mano està, mirad si os lo puedo suplicar, porque me pesara hazer empeño con mis amigos, para salir desayrado en el suceso. Reventando estava Don Iayme por dezirle a Carlos, que dispusiese a su gusto todo lo q̃ estava en su mano; pero atendióle con todo cuidado, hasta que

que acabò, à que respondió Don Iayme: Amigo, si pudiera tener queixa de quien tan obligado me tiene, ninguna mayor que la que podia tener de vos, pues aveis alargado el plaço al tiempo, pudiendo acortarlo, insinuandome vuestro gusto; pero pues lo aveis callado, vuestra será la culpa, quando es mia la pena. Vna sola cosa podia exceptuar de la concession general, que es la de la honra, la qual fio tanto de vos, como de mi propios; y así podreis disponer, sin genero de duda, que fereis obedecido. Estimò mucho Carlos el cortesano empeño, con que sin mas preambulos le dixo, como era amigo de Don Alonso, por cuya amistad estava obligado a solicitar su folsiego; porque el enfado avia sido muy honrado, en el qual no avia duelos; pero si quedava algo de purgar, no era de Cavalleros satisfacerse por mano de la justicia, sino por la propia espada para cuyo ajuste estava Don Alonso prompto, como Cavallero, si fuesse necessario, à salir à campaña; pero como la

causa no era de duelo, sino de composicion, como personas de juyzio, verdaderos Catolicos, que a esto era a lo que venia, con determinacion de no salir de Zaragoza sin acabar de ajustar estas amistades, que le suplicava, que pues era la parte como hermano de Don Ioseph el difunto, dispusiesse la materia de manera que estuviessse bien à todos. Con gran atencion estuvo Don Iayme a todo lo que le propuso Carlos, que visto que parava en hazer amistades con Don Alonso, se fue à el con los brazos abiertos, diziendo: Solo vos, amigo, podeis darme tantas vezes la vida, con que me vengo a persuadir, que solo vos fereis poderoso para conseguirlo que tanto deseo. Y porque conozeais mi fortuna, hagoos saber que solo vivo de la asperança, de que podrè alçar vn favor de la hermana de Don Alonso, esso es lo que deseo, esso es lo que pretendo; pero a todo se opone vna hermana mia, que es la que impide el buen suceso de nuestra pretension, esta lo barraja todo, esta hermana, ami-

go Carlos, es la que impide mi bien, la qual turba mi sosiego, la que embaraça mi dichas al fin, la que dificulta todo el buen suceso que deseamos. Es vana, aunque entendida; es cortesana, aunque vengativa, con que obliga à todo el linage à que le haga guerra à Don Alonso, con que me tienen sin salud, sin gusto, sin sosiego; mirad vos, amigo, si os atreveis con tan poderoso enemigo, que lo que toca de mi parte aqui me tenéis para obedeceros.

Suspenso quedò Carlos cò la respuesta de Don Iayme, porque aunque podia festejar la seguridad de tenerle de su parte, la oposicion del coraçon vengativo de vna muger le pudo zozobrar el gusto. Mas quisiera (dize Carlos) pelcar con vna fiera sangrienta, que con vna muger airada, y vengativa; pero siendo entendida, bien me prometò buen suceso en toda nuestra pretension, porque el entendimiento claro sosiega la borrasca mas deshecha, que levàtò la vanidad en el golfo de la passion vengativa. Donde

vive esta vuestra hermana, D. Iayme? que no se que me ha dado, que me parece, que con el favor de Dios, he de conseguir, q̃ esta señora sea nuestra agente en esta causa; vamos a hablarla, donde vereis como Dios me ha traído a Zaragoza para meter en paz estos dos linages, tan sin razon encontrados. Pues vamos (dixò D. Iayme) que yo os mostrarè la casa, sin que me vea, porque me tiene por sospechoso.

Llegò Carlos al umbral de la casa; llamò, respòdieronle, preguntò por la señora Doña Ines, a quien suplicava le diese licencia para besarla la mano; mandaronle que entrasse en vna sala, donde se hallò con vna dama viuda, moça, hermosa, cortesana, con mas punta de vanidad entendida, que de necia presumpcion. No le pareció à Carlos tan cruel el enemigo en la relación de Don Iayme, como a vista de su hermana Doña Ines, porque vna hermosura turba; no obstante se armò de confianza, porque es gran principio de la fortuna la buena espe-

ran.

rança del despacho. Propuso su pretension, previniendo a Doña Inès de Angel de paz, en cuya mano estava el sosiego de aquellos dos nobles linages, asegurandola, que Don Alonso la tomava por su amparo, aunque no le escrivia, por parecerle que la cobardia se graduava de benemerita, à vista de sugetos mayores, que estava tan a su obediencia, q̃ postrado a sus pies se remetìò a su voluntad, para que dispusiesse de su persona, lo que mas conviniesse a su gusto, que si gustava de q̃ viniesse a Zaragoza, à entregarle se a la justicia, empenava su palabra de obedecerle. Aquì acabò Carlos el memorial de su pretension, dizièdo a D. Inès, q̃ no se preciasse de fiera en el rigor, ya q̃ su vista lo era cò los hòbres, q̃ dexasse lo sangrièto, para lo barbaro, pues el Cielo la graduava de vengadora, que fuesse paloma de segura esperanza de la paz, espíritu de amistad, suave medio, por dòde se còsigniesse la dicha del sosiego. Supo Carlos disponer tan biè el gusto de la hermosa dama, que consiguió de presen-

te tan buenas esperanças del buen suceso, como asegurarle Doña Inès el buen despacho, dando su palabra, de q̃ consultaria la materia cò su linage, q̃ ò podria poco, ò antes de veinte dias se avià de sossegar el encono de las dos parietas, con q̃ D. Alonso gozaria de la possession de su prima, y porq̃ se asegurasse mas Carlos de su palabra, se la dava, de q̃ el siguiente dia iria a visitar a D. Ana, porq̃ todo se devia a su buena disposicion, q̃ cò tal medianero tendria paz las mas barbaras naciones. Con esto se despidieron, Carlos muy agradecido a la galanteria, con que le tratò Doña Ines.

Al pũto q̃ saliò Carlos de casa de D. Inès, encòtrò cò D. Iayme, q̃ le aguardava con hartos temores de q̃ su hermana se negasse a la agècia de su anhelo; pero envièdo a Carlos, se imaginò dichoso, porq̃ el pretendiète, hasta en los semblates asegurado, ò no, el buen, ò mal fin de su pretension: còtòle Carlos lo q̃ le aya pasado con su hermana, con que era fuerza el no detenerle, por ir a casa de Don Alonso a avisar a Doña

Ana , para que ganasse por la mano gozar de la ocasion, para ver a su Dama , en compañía de su amigo; pero no se lo permitió Carlos , porque no fuese accidente , que pusiese en contingencia la buena fazon , en que estava su negocio: no replicò Don Iayme, con que se despidieron los dos , Don Iayme , à contemplar en las buenas esperanças de la possession de su Dama, Carlos à disponer a Doña Ana , para la visita de Doña Inès , que no fue tan facil, porque no se acabò de determinar, hasta consultarlo cò los suyos , porque en este Reyno, hasta las mugeres se goviernan por las leyes del duelo. A todos les pareciò, que encaminava Carlos felizmente su negocio, con que se dispuso que las dos primas, à titulo de que venían de la Virgen del Pilar, visitassen a Doña Inès, la qual se obligò tanto de la cortesia, que en pocos dias despacharon por Don Alonso , el qual perdonado ya de la parte , fue facil alcançar el perdón del Virrey , con el qual entrò en Zaragoza; pero antes

que se casasse con su prima, se ajustaron las bodas de Don Iayme con su hermana , con que se confirmaron las pazes, las bodas se celebraron , con gran regozijo, con farao publico , donde Carlos diò principio al empeño mayor de su vida, la qual pudo perder con harta desgracia. Carcose en el farao con Doña Antonia, muger del anciano Don Ioseph , y como los pocos años en braços de vna senectud, en breves dias conocen la diferencia de los climas , resfriase el calor del matrimonio , padeciendo achaque peligroso el primer carño de las bodas. Doña Antonia era niña de diez y siete años , con prendas de asco, y hermosura; Don Ioseph passava de sesenta y tres años, que aunque la cñeta del climaterico passado assegurava por algun tiempo su vida , su nevada cabeça , à fuerça de tantos Inviernos, la desposseia a su esposa de las fazones de casada; al fin las estrellas de Carlos , y Doña Antonia confrontaron , con que a pocos lancès se encendió fogosa llama , del vicioso

amor en sus dos coraçones. Los primeros lances, fueron cercanias continuas de la visita, fuerte, si executivo cañon, para dar bateria a la fuerza de la voluntad; los segundos esfuerzos deste amor, fueron repetidas visitas, en dulce conversacion; si la vista hiere, las palabras matan, con que en breves dias se hallò Carlos en possession de Dña. Antonia. O hipocrita passion de la voluntad! con que facilidad se introduce, que blandamente embriaga, que facilmente se empeña, que dificultad no allana, que tropiezos no desvia; y al fin, que duro natural no aprisiona.

CAPITULO XV.

Sigue Carlos el empeño, hasta la permission del premio.

COn las promesas de la esperanza vana, se enamora el pecho mas brioso de las plumas, y de las galas soldadescas; ambicioso de lauros de la honra, pretende, à fuerza de sus brios, alcanzar los

boltarios aplausos de fortuna. Dexa los paternales alhagos de su casa, y patria, por la palestra campal del enemigo; sus amigos caros dexa, su regalo, y sosiego, sin permitir embarazos al belico ardor que le empeña. A largas jornadas dà alcance a su compaña, que ya le aguarda, haciendo valiente cara al enemigo; sigue la marcha con juvenil orgullo, hasta que en campo rato, tremolan las enemigas vanderas, apellidando alegres empeños de los horrores de Marte. No le turba la fangrienta amenaza que le aguarda; no le haze cegar a su coraje, el horroroso espectáculo de las armas, à todo ofrece el pecho por conseguir el premio, laureado del valor. Presenta el General la batalla al enemigo: las cajas, clarines, y trompetas hazen señal para entrar en la batalla; relinchan los cavallos, irritados del belico estruendo: bufa el valor, reconociendo que ha llegado el lance de esgrimir el azero en partida campaña, cuerpo a cuerpo: brama el aire, açotado la furia de las valas: salen las

mangas de la infanteria, guardadas de las tropas de caballos: danse la carga con destreza, ò rabia: turbase el Sol, à oposiciones de las nubes del humo, y polvo: ròpe la cavalleria la contraria hueste: resisten los infantes có suspicacias el tropel de cavallos, enemigos: suena la voz de la victoria alegre: retirase el mas valiente, buelve la espalda el cobarde: gime el herido, pelea con la muerte el quasi yá difunto, siente el prisionero, quando el vencedor canta la gloria del dichoso encuentro. Preguntemosle al valor racional, mas sin segundo: si era esto lo que imaginava de la guerra en su patrio suelo? Si algun dia en su idea formò el violento destrozo de vna vala, el granizo sangriento de pelotas, el sangriento estrago del azero, y nos responderà: que no, porque el valor no discurre, pues las experiencias enseñan. O mundo loco! ò vicio del amor! embeleso de los hombres, que siendo tus fazones vna guerra viua, ay quien cifra tus laureles, ay quien los ronde; pero

que no harà vn vicioso, picado del aspid, que llaman voluntad?

Veamoslo en Carlos, el qual aquella noche de su mala estrella, donde se festejaron con alegre sarao las bodas de Don Jayme, y Don Alonso le cupo (como forastero, que tanta parte avia tenido en el bué suceso de las amistades de aquellos ran encontrados linages) el lugar entre los parientes mas cercanos; y como Doña Antonia, siendo muger de Don Joseph, era la mas allegada, juntandosele el ser madrina, fue la que se sentò junto a Carlos. ò porque acaso sucediò assi, ò porque alguno dellos picado de la vista, quiso remitir à experiencias mas cercanas, el veneno de los ojos. Juntos, pues, se hallaron los dos, que se conformaron tan de golpe, que parece que sus dos coraçones, ò siempre se comunicaron por estrellas, ò nunca dexaron de ser vno, por conformes; con que sin caer en el crimen de ser facil Doña Antonia, pudo arrojarle, sin dar largas al empeño, en el qual quedaron con-

conformes en buscar la ocasion, para lograrla con menos publicidad, y mientras llegava este dia, se comunicaron por los ojos todo lo que pudo permitir el publico festejo. Passavase la noche, sin que los dos amantes hiziesen papel particular en el alegre aplauso de las bodas, cosa q̃ podia ocasionar reparo; pero como avia tantos asistentes al gusto del sarao, hubo lugar para q̃ Carlos, y D. Antonia se comunicassen los coraçones, sin nota de la malicia popular, pero reparado Carlos, en q̃ para adelante podia ocasionar sospecha, viêdo q̃ D. Inès, hermana de D. Iayme, y grande amiga de D. Antonia, dançava sola, se le yâtò a acôpañarla en el corro, q̃ juntos cõ gala, y donayre sazonarõ el gusto del auditorio; sentose la dama, en cuyo lugar entrò D. Antonia, por estrenar la gallarda a compàs de su galan; al qual sacò del empeño D. Alôso, q̃ aviendo dançado corto espacio con D. Antonia, le sustituyò su esposa, que en compaña de su hermana, y de D. Iayme formarõ vn gustoso cõbate entre los quatro, de

vn torneo, el qual dançaron con tan gran compàs, compostera, y destreza, que admirarõ gustosamente a los circunstantes, con que se diò fin por aquella noche al sarao; siguieronse otras ocho, en que Carlos acabò de amartelar a su dama, con que ambos a dos se olvidaron ya del temor de la publicidad de sus amores, tanto, que a ser mas largo el festejo, dieran mucho que notar a los mirones; pero como se diò fin al aplauso festivo de las bodas, feneciò la dulce conversacion de los dos amantes. Bien conocieron los dos la dificultad que avia de tener para comunicarse, porque la vejez de D. Ioseph velava como zelosa de si misma, y aunque no asistia en el quarto de Doña Antonia los criados, que todos estavan a su devocion, no permitia su vigilancia vn rato de desahogo. Don Ioseph, fino era a medio dia à la mesa, no comunicava a su esposa, que de buena gana lo escuchara Doña Antonia, porque toda comida era gruñida, dando ordenes como encerrar mas

a su esposa, porque como se veía con catarro eterno, asma perdurable, sueño a todas horas, orina a cada paso, con braguero a todos lados, la muger moça, y de buen gusto, temia no relaxarse los fueros santos del matrimonio; pero, ò engañó de la vez jez de crepita! pues este mismo cuydado vigilante, la obligò a su esposa a romper la rienda del precepto, buscando traza, ò modo, como entrar en su casa a su querido Carlos. No fue fácil hallir medio, porque aunque los dos interessados le buscaban, la vigilancia de Don Joseph, con el fiel cuydado de sus criados, no permitian el acierto de su pretension, porque ni aun para consultarlo avia lugar, porque las visitas eran publicas, y pocas los papeles raros, aunque de parte de Doña Antonia avia algunos, por aver facilidad de asomarse a vna ventana, por donde le dexava caer al tiempo que passava Carlos. Sustentose este loco amor vicioso, en las vassias de vn temeroso apetito, seis meses de

duracion, afiançado en las venideras possessions. La ronda era ordinaria en Carlos, su cuydado no perdía la ocasion, la diligencia, no se suspendia, con que sin desmayarse la atencion vivian los dos amantes alentados de vna poca esperança, en quien assegura el amor sus mayores intereses; buena fiança para afiançar la possession, sino mejor seguridad para arrojar se a navegar el golfo de dificultades, de los empeños de vn amor vicioso; pero todo lo vence la voluntad, todo lo rinde la tenacidad industriosa de vn empeñado vicio.

No los engañó su esperança, aunque puede llamarse engañó todo lo que promete, porque aunque se efetuè lo esperado, es con tantas zozobras, y torturas, que no es lo prometido, sino lo no esperado, porque es el mas amargo gusto que pudo inventar la tirania, pero la ceguedad del vicio lo fazona, pues con industrioso cuydado, dà ajustadas trazas, aunque peligrosas, para llegar al deseado termino, a que anhela.

Asi le sucediò a D. Antonia, la qual reparò en vn quarto baxo de su casa, donde avia vna rexa muy hermosa, lunq̃a feada con la maleza de los temporales, con que dava a entender el poco cuydado que della se tenia; preguntò a vna criada, quien habitava aquel quarto, que con tanto defaliño le tratava? fuele respondi-do, que nadie, porque era vn quarto baxo, en q̃ solia assis-tir D. Joseph su marido, pero que la falta de salud, con la so-bra de achaques, le obligaron a olvidar le, por hazer su habi-tacion, por mas sana en el quarto alto: no es bueno (di-xo D. Antonia) que sea yo la señora de casa, y que me aya puesto mi fortuna en tal esta-do, que no sepa donde vino, ni aya reparado en si ay otros quartos en esta habitacion, que puede ser que aya al-guna alhaja en aquel quar-to, de que poder echar ma-no para el adorno, ò servi-cio de mi casa, dad acà la llave, que me pienso entre-tener en esto oy, ya que mi ha-do me ha destinado a tan tris-te vida. El ama, en cuya aten-cion assegurava el viejo Don Joseph toda su confianza, re-husò el entregarla llave, con que obligò al empeño a Doña Antonia, en quien vivian an-helos delogar su esperança, cuyo dichoso efecto colum-brava; enfadose la dama de lo terrible, obligandola al ama a que le diese la llave, q̃ viédo-la en su poder, con determina-cion colerica, dexò los chapi-nes, procurando baxar al quar-to por la escalera principal, fuele advertido por vna cria-da, que por vn aposento muy cercano al de su quarto, se podia baxar, lo qual puso en execucion, baxando por la secreta escalera, hasta llegar al quarto baxo, donde repa-rò mas aliño del que prome-tia habitacion, tan olvida-da, porque estava todo ador-nado de pinturas, escrito-rios, bufetes, sillas, todo tan rico, que quedò, sino ad-mirada, confusa; pero aten-diendo mas su cuydado, ha-llò vn velon muy limpio, con prevencion de azeyte, que publicava no ser a pue-lla alhaja de olvido; sacola desta confusion vn catre de

granadillo, con su cama alhajada de muy blanca ropa, con que su prudente malicia se aseguró de todo, sin hazer movimiento ruidoso, porque reparò, como discreta, que en materias tan agrias, el alboroto es causa de grandes males; callò la malicia bien fundada, determinando el remedio, sin que se publicasse el delito: hizo a la criada, que la acompañò, que llamasse al ama, mientras se entretenia en mirar todo el quarto: subió la doncella, y Doña Antonia, abrió la ventana de la calle, à tiempo que acaso passava Carlos (que no siempre anda avara la fortuna con los amantes) dixole la astuta dama, que aquel portillo avia hallado en su casa, que ella le avisaria el dia que la suerte permitiesse el comunicarse, de mas cerca, que se retirasse presto, no le viesien las criadas, q̃ por instantes aguardavan: obedeciò Carlos, à tiempo que bolvió la doncella muy alborotada, diciendo, que el ama estava tomando el manto para irse, à cuyo

reclamo subió en su alcance la astuta dama, con tanta prissa, que la detuvo, obligandola a q̃ baxasse al quarto baxo, y a la doncella q̃ cerresse las puertas, porque no comunicasse con las demas lo sucedido; obedeciò la doncella, porque tambien tenia parte en el delito, gustò de que su señora lo ocultasse. Como Doña Antonia se viò cerradas las puertas, consola el ama, y la doncella, procurò reprimir su enojo, por dar a entender al ama su delito, como requeria el caso; afeò el atrevimiento, confundiendola con la verdad averiguada, arguyola de infame, ingrata, à la confianza que su dueño avia hecho de su persona; tan eficazes fueron las palabras, con que la reprehendiò, que la desdichada muger rompiò en un vergonçoso llanto, echandose a los pies de su ama, pidiendo perdon de su ingrata correspondencia: menos era menester, para q̃ la atenta dama, procurasse su còsuelo, como luego se viò, porq̃ cò grã blãdura la dixo, q̃ no se admirava de flaquezas de mugeres, pero que

que la dixesse la verdad, para que segun ella se pudiesse el remedio conveniente. En pocas palabras (dixo el ama) podrè dezir a vueſſa merced, mi infame maldad. Vn hombre, ſeñora, me galáteò, para casarse conmigo, como lo hizo ſeis meſes ha, pero por no perder la comodidad de ſu caſa de vueſſa merced, no lo he publicado; como me vi caſada, le he dado lugar à que todas las noches entre à verme por medio de la rexa deſte quarto, eſte ha ſido mi delito, eſta mi poca fidelidad, eſta mi deſgraciada culpa; la qual ha llegado a ſu tribunal de vueſſa merced, de que no me eſpanto, porque el pecado trae conſigo la publicidad con la pena: de lo q̃ me querello, es, q̃ por eſtorvar otro galanteo a eſta moça, ſe lo aya dicho a vueſſa merced, con que me ha deſhonrado, deſacreditádome con la demonſtraciõ de mi poca fidelidad, con q̃ ha ocasionado el quedar en deſgracia de mi ſeñora, deſto eſtarè ſiẽpre ſentida deſta mala hẽbra. A que terminò con lagrimas, con ſuſpiros, dando lugar a la

doncella, à que con maldiciones, con juramentos negaſſe la calumnia, con que el ama la aculava. Muy ahogada de embarazos ſe viò la diſcreta dama, con las dos criadas, à quien procurò ſoſſegar, porque nunca la podia eſtar bien, ni a ſu honra, ni a ſu pretension que ſe ſupieſſe eſte caſo, porque en Don Joſeph le avia de cauſar ſoſpechoſo cuydado el eſcalamiẽto de ſu caſa, con que era fuerça andar ſiempre en centinela de ſu hõra, ſin dar lugar al buen principio, que ſe diviſava, para conſeguir el fruto deſeado de los dos amantes; al ſin la prudencia indiſtroyoſa de Doña Antonia allanò las dificultades que ſe opuſieron a ſu deſeada pretension, ſoſſegò a las dos culpadas contendoras, q̃ deſfogavan ſu rabia, con lagrimas de los ojos. Viendo la diſcreta dama, q̃ la tempeſtad del encuentro de las dos criadas, avia terminado en llanto, que eſe efecto ordinario del femineo coraje, las dixo: ya aveis amigas que la aſſiſtencia en mi caſa, no eſ factible, porque yo ſoy moça, vosotras livianas

atrevidas, y lo que vosotras infielmente villanas aveis pecado, no es biẽ que mi opiniõ lo pague, la vuestra queda por mi cuenta, procurando con mi esposo os favorezca, sin q̃ nadie pueda calumniar vuestro credito, porque à mi pecho solo fiarè este suceso; lo que os pido, es, que ya que yo cõ tanta atencion miro por vuestro pundonor, callando vuestra alevosia, no la descubrais vos, con publicar vuestra deshonra, dentro de quatro, ò seis dias se lo dire à mi esposo: en este tiempo tratarè de buscar personas, que me asistan con mas verdad; pero vos las aveis de calificar à vuestro amo, que no quiero yo que juzgue Don Joseph que sea le de mi cuydado esta prevencion. No supo el ama como agradecer a su seõora la merced que la hazia, sino echandose a sus pies, para besárselos, q̃ vn delito, no solo perdonado, sino bautizado con el color de honrosa determinacion, mas es que perdonar, porque es cautivar con honra al reconocido delincuente. Acabada esta accion,

mandò Doña Antonia al ama, y a la doncella, que se fuesen a hazer sus hazierdas, por disimular con las demas criadas.

En estos dias, q̃ tomò de termino, hizo D. Antonia elecciõ de la persona, en q̃ pudiese depositar la seguridad del secreto de sus amores, eligiò vna muger mayor, que su amiga D. Ines, hermana de Don Iayme, la avia propuesto en otra ocasion, en la qual no se hallò, porque Don Joseph se avia empeñado, por la q̃ estava en casa, y salia della, por lo sucedido, con que no hubo lugar; pero ahora sin sacar la cara conseguia lo que antes deseava, porque el cuydado discreto no pierde el lance que se le ofrece. Avisò a Doña Inès, de quien tuvo respuesta, de que vendria la persona, en quien tenia puesto los ojos a servir la con mucho gusto. Con este aviso dispuso al ama, para que supiesse a quien avia de apoyar, y por quien se avia de empeñar con su amo, para que quedasse en casa por su ausencia; con mucho gusto lo assegurò el ama, prome-

tiendose tras su delito, buena fortuna en todo, como su señora lo disponia, con que apenas llegó de fuera Don Ioseph, quando su esposa, con simulada retorica, la hizo saber, como vn hombre honrado se queria casar con el ama, que lo tuviesse por bien, acreditado su buen intento con ayudarla, para poner su casa, porque era credito de todos la comodidad que sus criadas conseguian a su sombra, que ya que por su cuenta quedava el alajarla con algunos trastos de casa, quedasse por la de Don Ioseph el socorrerla con algun dinero, para dar principio al trato de como avia de buscar su vida. No admitió Don Ioseph con mucho gusto la platica del casamiento; pero viendo que Doña Antonia le rogava, que el ama con lisongeras sumisiones la obligava, vino en ello, con condicion, que dexasse antes de irse, quié sustituyesse su cuydado, porque el estava tan pagado de su atencion, que no viviera satisfecho, sin el apoyo

de la seguridad de su ama. O lo que puede la lisonja! que de engaños forja la adulation, que de seguridades falsas grangea vna astuta malicia! no se descuidò el ama en la respuesta (como quien tanto le importava) dandole a entender al pobre Cavallero, como el amor que tenia a su casa, jùto con la obligacion a sus dueños, la sacavan con el alma en los ojos, desecha en lagrimas; pero que la conveniencia era grande, la qual la obligava a salir de casa, pero siempre rendida al gusto de sus señores, a quien tanto debía, cuya obligacion reconocia con todo rendimiento, y así que no era ella muger que se huviesse de ir, sin primero dexar persona a su satisfacion, que descuidasse su merced, que ella dexaria quien la hiziesse muchas ventajas en la asistencia, aunque no en la buena voluntad. Muy satisfecho quedò el buen Cavallero de la verdad de su ama, con el alegato que le hizo, mandola que le dixesse a su novio que le viesse, porque queria saber su empleo, para conocerle. O

esto se fue el ama a su señora Doña Antonia, para que embiasse por la persona, de que gustava para su servicio; no se avia descuydado Doña Antonia, pues tenia aviso de de Doña Inès, que vendria al punto, que la avisassen, y como el ama deseava salir de casa en paz, y Doña Antonia echarla con gracia, facilmente se conformaron, avisando a la prevenida criada, la qual fue tan puntual al reclamo, que aquella misma tarde vino con su hija, para concordarse con el ama, y con Doña Antonia, que aguardavan a que viniessse Don Ioseph, para que se quedassen madre, y hija en su servicio; poco fue el tiempo que aguardaron, pues a breve rato avisò vn paje, que su señor estava ya en casa. No quiso el ama perder tiempo, con que tomando de la mano a la reciénvenida criada, se presentó ante el inocente Cavallero, à quien con lagrimas mezcladas con fúneustos ademanes, hijos al parecer de su sentimiento, pues

con medias palabras, interrumpidas de sollozos, le dixo, como aquella era la persona de toda su satisfacion, à quien abonava con harta embidia fuya, pues quando hazia ausencia de su casa, se quedava ella en su lugar; pero muy satisfecha, de que cumpliria con el empeño, en que la quedava, porque era persona de quien tenia gran experiencia de su proceder, por aver sido amigas del alma muchos años. Satisfecho quedò el buen Don Ioseph, con la nueva criada, por la relacion de la antigua, y mas viendo que su muger no avia intervenido en ello, porque solo ella la apoyava, porque dezia, que era su conocida antigua la criada, de quien tantos años avia sido servido (y a su parecer) con tanta lealtad, por lo qual mandò fuessse por su ropa, para que se quedasse en casa, porque antes que saliesse la vna criada, quedasse induciada la otra.

El coraçon femineo, si se estraga con el vicio, es padre de toda simulacion, y como Doña Antonia desca-

va asegurar el suceso de su vicioso amor; dió traça como su zeloso esposo quedasse sin sospecha de la criada, que nuevamente recibia, que entrava con su gusto, para que sin reparo de su esposo fuese toda su confidencia. Fue el ardid como de muger, que se sabe enojar quando sientelo contrario: que xòse criminalmente à su esposo, de que siendo ella la que avia de vivir expuesta al cuydado, ò desatencion de aquella muger, era tan desgraciada, que sin darla alguna noticia hazia èl la eleccion de la que la avia de servir, cosa q̃ no se podia tolerar, pues en aquella casa era solo dueño en la apariencia, sin permitirle algun vicio de la administracion; fue tanto lo que se embrabeciò Doña Antonia, que le obligò à Don Joseph à acallarla con prudentes alhagos; pero no fueron tan poderosos como la razon prometia, con que se obligò à valerse de mas apretada diligencia; así iòla de la mano, entròla dentro de su quarto, donde abrió vn escrito-

torio, de el qual sacò algunos diges, acompañando los de los diamantes, y de el oro de vna joya, con que amansò la fingida, aunque ruidesa colera de su muger. O desgraciada inocencia, que suele pagar à peso de oro su deshonra! Al sosiego de Doña Antonia se siguiò su ausencia, que no dura mas la asistencia de vna voluntad simulada, que el tiempo en que se entabla la maraña. Tenia ya escrito vn papel à su Don Carlos, para que à las onze de la noche se acercasse à la ventana del quarto baxo; con este ansioso cuydado se asomava por instantes à la rexa, hasta que passò Carlos, à cuya vista dexò caer el papel, que recibió, que sin detenerse partió como el mas veloz animal, que alcanzò à ver el premio en el termino de su carrera; así Carlos, deseoso de alcançar el premio de sus amorosos anhelos, no parò hasta su quarto, donde rompiò la nema del papel, y vió que dezia así:

El cuydado, Carlos mío, ha llegado à purar los últimos lances del deseo, con que me determino à no perder la ocasion que me ha grangeado la sollicitud de mi fina voluntad; esta es la noche tan deseada de mi afecto, si el vuestro està del mismo parecer: en la reja os aguardo à las onze, dende me hallareis como siempre.

Vuestra.

No supo Carlos como apresurar los passos al dia para q̃ llegasse la obscuratiniebla de la noche, a cuya sombra avia de gozar de los alhagos de su dama, sino con introducirse à poeta mendigon, que pedia al Sol en el Soneto siguiente, que se ausentasse, por dar lugar a la noche a que cubriese la tierra con su vistoso manto.

O Dorica Deidad! tus esplendores
 Acclera con passo mas violento,
 Y pues menos te pica mi ardimiento
 Espuelas pueden darte mis ardores.
 Quando à Dafne seguiste los rigores,
 Alas te diò el amor, impulso el viento,
 Pues por què ha de poder su esquivo aliento
 Mo verte mas que à grados superiores?
 Pisaràs las Estrellas diligente
 Si en mas alta Deidad triunfos procuras,
 La mitad del laurel te toca en suerte:
 Embidia de los rayos de tu frente
 Corre por las flamantes espesuras,
 Que en que tu viuas mucho, està mi muerte.

En esta ocupacion pasó reenterminos, sinperdidos, Carlos lo restante del dia, el peligrosos.

Talle sucedió a Carlos, pues a fuerza de su galanteo, obligada Doña Antonia de su amor, agenció el logro de sus anhelos en la sazón de vna deseada noche, como si fuera dia en que no pudieran tropezar con la desgracia. Con la prevencion que hizo Doña Antonia se aseguró de los temores que la pudiera dar la atencion de su esposo, a quien persuadió con lastimosos ademanes, que adolecía de congojosos dolores; recetòla el buen Cavallero sosiego, porque la halló alterado el pulso, que tanto zozobra vn es-

CAPITULO XVI.

Prosigue el primer encuentro del mayor empeno.

Aunque en los principios la fortuna prometa con aciertos, felices fines en su curso, no obstante no se puede prometer la seguridad de la dicha; en que començo a comunicarse favorable, porque vn accidente de vn acaso, basta a barajar la fortuna de tal modo, que comenzando feliz, prosigue tãazarosa, que la po-

perado gusto, como los agrios de vna pena. Admitió la dama la receta, como quien la deseava. Retiròse Don Joseph ordenando que cuydassen las criadas del silencio, para que no inquietassen a su dueño; para cuyo cumplimiento mandò cerrar las puertas, disponiendo, que solo Alvarez, que era la nueva ama, sabidora y de la enfermedad de Doña Antonia, la asistiese. Con esta disposicion se retirò a su

quar-

quarto Don Ioseph, dexando solas a las traidoras confidentes de su honra. Hasta las onze de la noche velaron juntas, pensando como dar fin a tan peligroso, aunque deseado lance: no se descuydò Carlos, que tan puntual, como cuidadoso aguardava la seña del relox, que siendo atendida de la veladora dama, diò orden a Alvarez, para que cuydasse de la gente del quarto, con que tomò Doña Antonia vna luz, y sin temer los assombros de la soledad (porque es muy valiente el amor) se baxò al quarto, por vna escusada escalera, donde ocultando la luz, se assomò a la ventana, à cuya rexa hallò puntual a su amante Carlos, que aguardava los amorosos excessos de su dama; la qual conjeturando por la sombra ser Carlos, la centinela de su gusto, le ceceò su alhago, à cuyo amante arrullo correspondiò Carlos, à pesar de turbaciones noveles, con que luchava el alma: acercòse a la rexa, en cuyo claro reconociò a su dueño, que cobarde, fino pèsaroso del arrojò regateava medroso los

devidos cariños a su amante, que aunque turbado, supò obligar con ansias, que ablandaron los horrorosos rezelos de la dama, la qual picada de su cobardia, aviendole franqueado los primeros lances del cariño, le permitiò los vltimos anhelos del amor vicioso, mostrole el costado de la rexa, por donde se comunicava más facil la entrada, à que Carlos, sin dar lugar al arrepitimièto, se procurò introducir en el quarto; pero las armas, se lo impidieron, de tal suerte, que se viò oprimido entre dos rexas, sin que le permitieffen la entrada, ò la salida: forcejava Carlos, por desahisarse de la nueva prision, à tiempo que sintiò passos en la calle, con que hizo todo el esfuerzo possible, por desembarazarse, pero fue en vano, que reparado del que passava por la calle, sin darle lugar a Carlos para la defensa, le diò dos estocadas, tan a su salvo, que bien le pudo juzgar yà por muertos la colera agitada de la maldad enemiga, abrió camino a Carlos, para que saliese de aquella nunca imaginada pri-

prision, à tiempo que no contento su enemigo con los executados golpes , pretendia acabarle con el tercero; pero el valor con la destreza de Carlos, no le dieron lugar a la execucion, pues apenas se viò libre de la carcel, de dos rejas, rebatiò la espada de su contrario, à quien a pocos lances de su retirada le diò dos heridas peligrosas, tanto, que le obligaron a pedir confesion a grandes voces: esto sucedio ya fuera de la calle, porque de industria se fue retirando Carlos, hasta salir del puesto de la casa de su dama, la qual asustada del primer lance azaroso de su viciosa voluntad , cerrò la ventana , sin atreverse a aguardar a su amante , ò ya de turbada, ò de medrosa , ò juzgando que avia muerto a manos de su enemigo , con que se determinò a bolver a su quarto , donde llegó bañada en lagrimas , ahogado el coracon en ansias, lastimada el alma de corgoja: sintiò Alvarez la buelta de su dueño, salió a recibir, y como la viò con señas de mor-

tales congojas , la preguntò la causa de su angustia; pero como la turbacion de la pena no dava lugar a la respuesta, imaginò Alvarez vn gran mal en su señora, la qual atropellada de razones bien sentidas, puso en terminos mortales sus alientos , dexò caer la luz. la angustiada dama, y con mortal desmayo se dexò caer en los braços del ama, la qual como pudo la echò sobre la cama , donde la rociò con agna , con cuyo refrigerio despertò del pesado letargo de la pena, alcabo de gran rato , dando vn suspiro pregonero del verdugo , que ahogava su coracon: llegose Alvarez a su señora , preguntole la causa de su afan, y no supo dezir mas la condolidada dama , que avian muerto a su amante Carlos , con que bolviò a repetir el desmayo: no se turbò el ama en este lance , porque era muger de juicio , aunque lo aplicava mal ; al punto desnudò a su señora , procurando se hallasse en la cama: quando saliesse de aque-

aquella congoja , y por si acaso el cuydado le hiziesse madrugara su amo, no hallasse indicios de su afrenta, con que turbar el sosiego del secreto, con que todo se pódria de peor calidad, porque asegurada esta partida, el tiempo curaria lo demas. Con esta prudente disposicion aguardò la discreta criada el fin del desmayo de Doña Antonia, la quala fuerça de diligencias de Alvarez, despertò del pesado parasismo, y lo que hasta aquel punto avia sido ahogo del coraçon, se mudò en llanto, soltando los diques de la mar de su congoja, con que anegaron el campo de sus mejillas, con inundaciones de lagrimas. Ay ama (dezia) que he perdido en vn instante mi honor, mi vida, mi gusto, mi amante Carlos, que si èl no huviera muerto, nada importara de lo dicho! O mal logrado amor! ò mal feliz voluntad! ò desgraciado ca iño! ò mal afortunado amante! infansto hado! estrella triste! fatal cometa de fortuna! Quien (dime ama) puede vivir acosada de tantas penas? A que criatura le ha su-

cedido tal desgracia! Ahora no me admiro de aquellos fabulosos arroyos de los amantes, que elegian la muerte por sus manos, movidos, ò incitados de fatales presagios de sus amores: yo levi yo (Alvarez) por mis ojos pasar el pecho, por dos vezes, sin poderse defender de la aleva, si traydora mano de su enemigo, yo le vi a mi querido Carlos barallar con las ansias postreras de la vida, con tan estremado valor, que a pesar de los embargos de la muerte, se arrojò sobre su contrario: claro està, que ya seria sin fuerças para defenderse, porque segun mi triste imaginacion me avisa, à larga distancia, me parece que oï pedir confesion, y mi mala suerte me asegura ser mi amante el herido, quando por nuestro desgraciado hado nos puede juzgar el mundo à ambos por muertos: esta es ama mi desgracia, esta es la causa de mi mayor ahogo, quitadme la vida, que os lo estimarè, porque vida sin mi Don Carlos, mas es muerte prolongada, que duracion de vida, para apetecer: las lagrimas embuel-

buestras con follozos, dieron
fin a la lastimosa queixa de la
ansiosa dama, à quien procu-
rò Alvarez consolar, dizien-
dola, que la noche era madre
de fantasmas, que procurasse
sossègar, que esperaba en Dios
que venido el dia, se avia de
bolver todo en alegria, por-
que segun su mal juizio,
Carlos venia armado, porque
à seme jantes lances, no viene
vn hombre sin prevenciõ muy
conocida; el ruido en la calle
fue tan corto, que no lo aper-
cibiò, con estar contoda atẽ-
cion: circunstancias que asse-
guravan el buen suceso; pero
que quando fuesse malo, no la
estava bien à su seõora darle
por entendida, porque prime-
ro era la opinion de su honra,
la qual peligrava si los criados
de casa rastreassen algo de su
achaque, porque eran enemi-
gos domesticos, de cuyas len-
guas dependia toda su repu-
tacion, que tuviesse buen ani-
mo, procurando encomendar-
lo à Dios, y à la Virgen de las
Angustias, que venido el dia,
se aclararia todo, saliendo de
aquella angustiada confusiõ.
Con este breve consuelo que-

dò Doña Antonia mas alen-
tada, para aguardar el buen su-
ceso en la temida desgracia
de su amor, para cuyo logro
se estuvieron las dos, dando
trazas, como saber lo sucedi-
do, sin que se entendiesse, que
era cuidadosa diligencia; fue-
ron varios los dictamenes,
hasta que se conformaron, en
que con el dia se abria ca-
mino, para que sin nota tu-
viesse noticia de lo que de-
seava n.

Muy congojosa fue con
sus assombros esta noche para
Doña Antonia, aunque no
menos atribulada para Car-
los, porque ademàs del peli-
groso lance, en que su vida es-
tuvo arriesgada, su discurso le
acõsava con sangrientos gol-
pes, sin acabar de dar vado à
sus imaginaciones: en el des-
graciado suceso de aquella
noche, le ocasionava el temor
de su mala fortuna, à imagi-
nar, que podia su dama ser
traidora, pues cerrò la venta-
na, viendole sangrientamente
acometido de su enemigo, el
qual, ò podia ser su galan, ò su
pariente; si era su galan, le to-
cava al pundonor; si su parie-

te le obligava a mantener el empeño por su credito.

En este chaos de congojos, confusiones, le tenia aprisionado su discurso a Carlos, adelantandole mas el suceso de su enemigo, que viendose tan mal herido, era fuerza de declarar el lance sucedido, que todo militava contra los dos amantes. Tocayale a Doña Antonia, en descredito de su lealtad, por imaginada autora de aquel suceso: contra Carlos era la mayor bateria, porque por todos lados era sangrienta la causa, por zelos, por empeño del duelo; no obstante toda esta tropellia de discursos, aviendose desnudado, y viendo que la prevencion de vn buen jaco le librò de la muerte, porque requiriendo la venturosa defensa, hallò estar desgobernada por dos partes, por cuya causa diò gracias a Dios, que le librò de tan gran peligro, donde pudo acabar con su vida, como imaginava le avia sucedido a su contrario, el qual el rigor de dos heridas que le diò, le obligò a pedir confession. En estos, y

otros discursos enfadosos pasó Carlos lo restante de la noche, hasta que llegó el día, con el qual se aclararon las tristes sombras de aquella noche: vistiose Carlos, por salir a Misa a la Virgen del Pilar, donde se encontró con el buen Cavallero Don Joseph, marido de Doña Antonia, que iba a hazer que le dixesen vnas Misas por la salud de su esposa; saludaronse ambos dos, Don Joseph se le querrellò mucho de su retiro, pues eran raras las vezes que le avia visto despues que estava en Zaragoza, que él como viejo no le podia dar vn alcance, y Carlos como moço podia sin trabajo verle, pero que la mocedad no se acordava de amigos viejos, pues el día, y la noche, todo era poco para gozar de sus entretenimientos; pero que ya que le avia cogido, que no le avia de valer el sagrado, porque le avia de llevar a su casa, aunque era tiempo en que Doña Antonia estava achacosa, pero que con su conversacion entretenida, divertiria a su esposa de su gran tristeza, admirándose

rio Carlos el convite, si bien con algun recelo de que fuese maña maliciosa del inocente Cavallero. A este tiempo se llegaron tambien a la conversion Don Jayme con Don Alonso, que venian a Missa, de quien se quexò tambien el anciano Don Joseph, porque no le tratavan, à que respondieron ser recien casados, con pocos años, con mucha conformidad en sus matrimonios; la Missa que salió partió la contienda, pero acabada les rogò Don Joseph a todos, que le hiziesen merced en su casa, por estar enferma Doña Antonia, todo lo qual se dava la mano, con diferentes discursos, que hazia Carlos, porque le propuso la imaginacion ser misteriosa la junta de parientes, no obstante se determinò à seguirlos, porque el valor no teme la amenaza de el discurso, sino los escrúpulos del credito.

Mientras Don Joseph estuvo en Missa, tuvo Doña Antonia otro susto bastante à aumentarle sus penas, que fue que el marido de el ama que salió de casa, sentido de

que su muger se desacomodasse por causa (à su parecer) de la doncella que avia quedado sirviendo; rondava la calle, imaginando hallar al galàn de la criada, de quien se quexava su muger para resistir con el; y como la noche antes viò à Carlos, que se procurava introducir al quarto baxo de la casa de sus amos, juzgò ser el que buscava, y juntamente vengarse de el à su salvo; pero succidiòle muy al contrario de lo que le pintò su imaginacion vengativa, pues en lugar de el galàn que buscava, hallò à Carlos prevenido de armas, con que resistiò la alevosia de sus dos estocadas, y desembaraçado de la rexa, le diò dos peligrosas heridas, que reconocidas de su muger, se vino à casa de D. Antonia, donde entrò pidiendo justicia contra la doncella, cuyo galà (dezia) avia herido a su marido. Justicia pido, señora, contra esta mala hembra dezia la taimada ama. Como Doña Antonia estava afligida con los temores de la noche passada,

ausentose de la querella del ama, sin que su turbacion diesse lugar al discurso, para atender a la luz que le iba dando el tiempo, de que no era tanto el mal, como el que su fatal presuncion temia, no obstante se armò de paciencia, por fosegar al alma, porq̃ no alborotasse la casa: acariciò la cõagrado, llorò igualmente su desgracia, cõ q̃ la rindiò al fosiiego preguntola como fue el caso, respondiòla el ama, q̃ declarava su marido, q̃ el galan de la doncella de casa, con otros dos valientes, le avian herido, que ella no sabia otra cosa, a que respondiòla afligida D. Antonia: pues amiga sepase cõ verdad el delinquente que puede ser, no tenga culpa mi doncella, porq̃ es mucha passion el culparla, sin mas testigos que los apasionados, yo os prometo de cuidar de la cura, y regalo de vuestro marido, pero aveisime de hazer gusto de fosegaros, porque no entienda D. Joseph q̃ se turba su casa, por causa tan inorme, que su puesto q̃ en el lance que a vos os importò, fui yo la causa de q̃ se ocultasse, sin que nadie lo

entendiesse, callad vos ahora en el presente, procurado saberla verdad, para q̃ se remedie, pero sino quereis moderaros, os juro por vida de D. Joseph, de hazer q̃ os tapen la boca, de manera, que no sepais hablar otra vez en vuestra vida, pues siendo muger, a quien se ha hecho el beneficio de recatar vuestra deshonra de los ojos del mudo, soistã ruin muger, q̃ sin conocimieto cierto de la verdad, atropellais la honra de vna doncella, que viue en vna casa, donde vos aveis comido el pan. En esta batalla estavan el ama, y D. Antonia, quando llegò Alvarez muy alegre, diciendo, alientese v.m. señora, que ha venido mi señor D. Joseph muy cõtento, de q̃ ha hecho dezir las Missas a la Virgen del Pilar, tan seguro de q̃ le ha de dar a v.m. salud, q̃ para festejarla, trae consigo a su sobrino D. Iayme, al señor D. Alonso, con otro Cavallero, para darlos chocolate, y como le he dicho que està v.m. mucho mejor, los hacõbidado a comer, con razon, porque su salud de v.m. es muy digna de estimar, alegrese v.m. que

aunque la noche fue tã molesta, el dia, sea Dios vendido (como la dixè a v.m.) nos assegura bonança. El cuydado q̃ D. Antonia tenia del suceso de la noche passada, la hizo atêder a lo que Alvarez la dixè, preguntandola, quien es el q̃ acompaña a Don Iayme, y D. Alonso, porq̃ si es persona estraña, se à necessaria mas prevècion. No me parece, respondiò Alvarez, q̃ es persona de cumplimiêto, porq̃ segun he reparado, se traen rodos como hermanos, llamale (Dios me lo acuerde con bien) Carlos, si, Carlos, debe de ser pariente, ò amigo intimo. Cõ esta deseada noticia, diò D. Antonia a su coraçon mil parabienes, q̃ tan congojado estava hecho a pesares, tanto, que apenas la dava credito; no obstante como felicidad apetecida, sino biêlograda por los resabios de la incredulidad, se cõformò cõ darle credito, por dar vn rato de descanso al coraçõ maltratado cõ temerosas angustias, las quales, trocadas en risueño sosiego, diò D. Antonia orden al ama, para la comida de los huéspedes, no obstante la zozobra que tenia

por no acabar de enterarse del suceso de aquella noche, pero como estava cierta, de q̃ Carlos viuia, atropellò suspensiones medrosas, à fuerça de seguridades de la vida de su amante. En medio desta suspensõ de armas, de temores, para assegurar las pazes de rezelos, entrò D. Joseph, su esposo, à saber como la iba previniêdola, como su sobrino D. Iayme, acõpañado de Carlos, y D. Alonso, la queriã hazer vna visita, mientras se aderezava la comida. Aqui fue donde Doña Antonia acabò de echar las tinieblas de temores a cintarazos de la luz de verdad tan deseada. Entren en hora buena, respondiò Doña Antonia con el coraçon en los labios hechos risa: como mas de casa Don Iayme hizo guia a los demas, los quales haziendo chança, la dixerõ, que su enfermedad era dolencia de melindre, que se levantasse, por que venian defatigados a jugar al hombre aquella tarde, la qual seria muy pesada, sino la viessem con probables señas de su salud, que tãto deseavã. Rogoselo D. Joseph tambiẽ, cõ

que protestando la fuerza D. Antonia se dexò vencer, alegando del derecho que tenia, à q̃ la festejasen, pues su achaque era melancolia ocasionada de la soledad q̃ padecia, cõ q̃ por divertirse, y por obligarlosa q̃ no fuesse solo aquel dia, el q̃ viniesse a su casa, sacaria fuerças de flaqueza para vestirse, prometierõ todos de visitarlas, con q̃ la dexaron vestir. Retirarõse al quarto de D. Ioseph, donde se tratò de las heridas q̃ la noche passada avian dado a vn valiente del, sin saberse el que le avia señalado, aunque el herido declarava en su confession, que le avian acometido tres hombres, que en los primeros lances, procuraron despachar con el, pero que al ruido de pedir confession le dexaron; Carlos, que era el que solo podia hablar en la materia, respondió, bien tarde passè yo a noche por la otra calle, donde dizen que sucediò el caso, pero ni vi, ni oï nada, mas de vn instante a otro sucede. Son picaros que vnos a otros se muerden, à título de guapos temerones. En esto dieron las dos, hora en que sacaron la comida, à la qual acompaño D. Antonia, porque le hiziesse buen provecho a Carlos; venia tan hermosa, tan alegre, tan placentera, que a todos enamorò, con particularidad a D. Ioseph por esposa, quãto a Carlos por galan; entro diziendo, q̃ lo que le tocava a su parte, ya auia cumplido, q̃ assi devian cumplir todos, pues los venia a acompañar en la mesa, segura de q̃ la comida no los hiziesse mal, pues era sin prevencion como a personas tan de casa. Confazon, y gusto comieron todos; los dos recién casados regalaron a sus mugeres con los platos particulares que se sirvieron, solo Carlos no tuvo con quien cumplir, sino con su dama que le hazia el plato, tanto con la vianda, como con el coraçon que se le assomava a los ojos, cõ que en fazones de muestras de voluntad dos almas conformes se regalavan. Acabose la comida, à que se siguiò tomar Don Iayme la guitarra, que sin melindre, ni aguardar a que le rogassen con dulce voz, y mejor gracia cantò este romance.

A Chaquesiente Fenisa,
causados de cierto mal,
que desmaya en dulce cielo
rayos, Soles de cristal.

El Mayo de sus mexillas
pompa fue vn tiempo, mas ya
de la Primavera, apenas
no se ve mas que el Azar.

El campo de su bellez,
es desmayo de deidad,
sombra del Sol, que caduca
en su esfera de cristal.

Cielo parece Fenisa;
pero cielo en tempestad,
que raya entre obscuras sôbras
santelmos de claridad.

Negros cercos à sus soles
les puso el dolor fatal,
porque no se assombren ellos
sin sombras de calidad.

Buelue Fenisa en Abriles
la inuerniza en enfermedad,
y flores, y rosas brota
el campo de su beldad.

Con lindo gusto cātò D. Iay-
me el Romano, el qual todos
celebraron, viendo q̄ le cantò
con armonia, trayendolo tan
à tiempo del achaque de Do-
ña Antonia, la qual porque no
se perdiessè tiempo, hizo q̄ fa-
cassen raypes, para que todos
quat o se entretuviesse: por-

que lo licito del juego es vir-
tud, quando el ser tahur es in-
fame vicio. Retiròse D. Anto-
nia, prometièdo bolver al pũ-
to, que despachasse al ama an-
tigua, la qual dexò à su mari-
do mal herido, por grangear
con su ama algo, à titulo, o cõ
ocasion del enfado de la cria-
da, su señora la diò vn doblon
de à quatro, con quela embiò
contenta, prometiendola he-
char de casa à su contendora;
con esto se fue el ama muy
contenta, y Doña Antonia
se bolviò al juego à tiempo,
que se le auia hecho hombre
Carlos, jugaron vna carta, à
que atravesaron la malilla, à
que saliò Doña Antonia, di-
ziendo, bravo apregon de es-
pada señor Don Carlos, à que
respondiò Carlos, matando
conda espadilla, nada impor-
tò el aprietò mi señora, por-
que traigo vn colete de prue-
ba, y con esta espada mato al
contrario, con que me llevarè
la polla; muy bien entendiò
Doña Antonia à Carlos, pues
le respondiò, si la polla tu-
viera disculso, mientras no le
juzgara à v. merced aforrado
de colete, con la matadora

espada en brava afliccion se veria, no dudo dello, dixo Carlos, pero ello sucede assi, con que me prometo, no solo ganar en esta ocasion, sino en otra con mas triunfos. Quien tiene tan buen coracon, dixo la dama, digno es de ganarlo todo. En el juego passaron lo restante de la tarde, con parte de la noche, que por no molestar a Don Joseph, levantaron la tabla, con que cada vno se fue a su casa, Carlos acompaño a Don Alonso, en cuya casa vivia Doña Antonia, le dió a entender como pudo, que era bien dexar soslegar el ruido, porque el tiempo da lugar a todo, con que se le desvanecieron a Carlos sus imaginaciones, a que se le siguió el descanso, en descuerto del mal dia con la noche que tuvo, aguardando fazon para conseguir el premio de sus trabajos.

(?)

CAPITULO XVII.

Prosigue el suceso del empeño, hasta ausentarse de Zaragoza.

Es alfombra apacible de vn escollo, el florido tapete de vn verde prado, para cuya guarda (quizás lo dispuso el natural acaso) vna ferrania de eminentes rocas, a quien preside vn descollado risco, tan essento del parentesco de las peñas, que se desdénia del terrestre suelo, porque se halla de la region primera coronado; en cuya altiva frente hizo su nido la Reyna de las aves, vna Aguila Real, aliñada de pluma, rifo el copete, el pico corvo, la girra corta, el ala larga, con que en pielagos del ayre, vela de pluma, remos de navajas, buela, corre, cortando con suma ligereza las encrespadas ondas que se le oponen del fuerte vacan, en tempestad deshecha. Esta, pues, viuierte corona de los vientos, animada garçota de los ayres, bandera viua del vario elemento, enamorada de sus

sus tiernos pollos, procura, à fuerça del ala, garra, y pico, aviuar los pueñles alientos de su vida; pero el cazador astuto, o embidioso de su volante imperio, o pretendiente de mayor gloria, en el acertado triunfo de su muerte, la haze punteria con el ardiente rayo de vna vala, à tiempo que la altanera ave hizo otra punta, con que dexò burlada la assechanga del cazador tirano, dexandole por señas de su errado tiro, los remates de las plumas de vna ala, que sin hazerla falta volò yfana a fu fuerte nido. Mas ay! que, ò por su demasiado aliento, ò por el amor de sus infantiles pollos, ò por el natural desprecio del peligro, olvida la amenaza ierosa de la muerte, no haze caso del horrible asombro de aquel trueno, conociendo la falta de sus perdidas plumas, en la assechanga del cazador sangriento, pues no teme naufragar en el mismo encuentro, donde perdió las puntas de sus alas, golosa del pasto, enviada en el raynete de aquel cebo, ò enamorada de sus tiernos pollos, ni teme la muerte, ni le dà horror la assechanga enemiga, porque el vicio con el amor, olvida todo peligro. O ave misteriosa, que con tu olvido nos enseñas la locura del vicioso, pues olvidado del peligro, donde le amenazò la muerte, embriagado de su gusto, buelve, y repite la asistencia, sin temer el horror de la amenaza! O loco vicio! ò barbaro perseverar del loco amante! ni el azar que le sucediò le asusta, ni le zocabran las señas del peligro.

No es pequeña prueba desta moralidad, la sollicitud de Carlos en su empleo, la perseverancia de Doña Antonia en sus amores, pues aunque el justo pasado les turbò los alientos, no fue poderoso abaxar sus animos, pues despreciaron el rayo, por no aver sentido mas que el relampago con el trueno. Passada la tempestad de los azares que trae consigo el vicio, diò tiza Doña Antonia, por assegurar mas su partido, de componer el duelo del herido, con el inocente moçuelo, à quien acomulavan las heridas, el qual,

aunq̃ no avia sido el agressor, gustava de q̃ corriessẽ assi la opiniõ, porq̃ la vanidad de valiere en la cõpetencia se ilustra. Porq̃ ay hõbres q̃ se sustentã de la opiniõ, sin aver visto la cara al enemigo. Hablò D. Antonia a D. Iayme, cotõle el cuydado amoroso de su dõcella, encargole el secreto con la cõposiciõ del duelo, la qual se hizo cõ toda solemnidad, tomãdoles las manos D. Iayme, quedãdo D. Antonia a la satisfaciõ de la cura del herido, al amparo del sano para su boda, cõ la antigua criada de casa, con veneplacito de Don Joseph, que los favoreciò en todo lo que le tocò, con que se casaron, quedando D. Antonia sin la zoçobra de enemigos caseros, con que la viciosa volũtad de los dos amantes, diò velas al apetito, para q̃ navegasse en el golfo de singulto, hasta llegar al puerto deseado, sin vltimo de su viciosavolũtad. Avisò a Carlos la incõsiderada dama, para q̃ la noche siguiente viniesse a lograr en sus brazos, lo q̃ el fusto pasado les robẽ; no se descuydò Carlos, antes como quiẽrãto lo desca-

va, fue tã puntual a la rexa, cõmo su dama en franquearle el passo. Recibiole turbada, de gustosa, asustada de amãte, aũq̃ medrosa, de q̃ se le baraxasse la fazon cõ otro azar que se pareciesse al pasado, no fue asis, porq̃ no sõ tã iguales los tropezos, aunq̃ la causa sea vnã; fue pũtual cẽtinela Alvarez, q̃ velava en la seguridad del empleo, pero no se necesitò del cuydado, porq̃a D. Iosep sus años cõ sus achaques le echavã grillos los criados, el cãfancio del dia le ocasionò el descuydo en la noche, la qual lograron los dos amantes, en premio de su vicioso amor.

Viuio assi este amor, reciproco vn año, sin cõsiderable tropiezo, hasta q̃, ò porq̃ se cãsò la fortuna en ampararle, ò porq̃ el vicio (como suele) quiso barrajar tã igual, si amãte correspondencia, ò porq̃ el amor no puede estar sin las zoçobras de las penas, ò porq̃ Dios (q̃ es lo cierto) quiso poner termino a sus ofensas; llegò al fin el tiẽpo en q̃ se comẽçò a turbarla serenidad de las fazones, trocãdose en borrafcotas olas de tormenta. La causa fue vna cõdiciõ

aspera, cō su pūta de zelos, esta era la de D. Inès, hermana de D. Iayme, aquella viuda con quie concluyò Carlos el buen despacho del negocio de D. Alóso. Esta tal señora, era muy del alma de D. Antonia, y como en las mugeres vnas con otras el seciere no se recata, porq̃ ni aũ el q̃ le toca a la hōra labé ocultar, no supo D. Antonia recatalle de D. Inès, aũq̃ no la revelò todo el empeño, pero expressola el caudal de su carino, q̃ le parecia biē Carlos, q̃ era correspōdida cō tā igual cōformidad, q̃ se pagavan los dos. Reconociò D. Inès flaqueza en sí, con q̃ procurò recatar la vista comunicada, por que no entrasse por estos dos portillos la passion violenta, à rendir la flaca plaça de su voluntad; que aunque en embierta, avia q̃ la maltratava mucho tiempo, con q̃ mientras no se manifestó con el yerro de los zelos, no se entendió lo mortal de su achaque, pero (ò rabiosa passion) apenas entendió de boca de su amiga D. Antonia, como Carlos la correspondia amante, quando llevada del espíritu rabioso

de los zelos, diò traza como saliesse de Zaragoza Carlos. Valiose D. Inès para la execucion deste rigor de su hermano D. Iayme, de su tio Don Ioseph, embiolos a llamar, à quienes dixo, que avia dos años q̃ Carlos estava en Zaragoza, estimado de todos, por su cortefano trato, venerado de D. Alonso, y D. Iayme, por aver ajustado los encuentros de sus linages, reduziendo las enconadas voluntades, à pacifera conformidad del matrimonio. En todo este tiempo ha viuido Carlos en nuestras casas, como hijo, ò hermano de todos. En casa de D. Alonso ha viuido, en la mia ha entrado a todas horas, en las de vuestras mercedes de ordinario, con q̃ no será mucho, ni nuevo, q̃ el mordaz Pueblo aya murmurado la asistencia deste moço en nuestras casas; la mia es mas ocasionada a qualquier mordacidad, por causa de ser sola, viuda, y no de mala cara; hamelo advertido mi Confessor, que me acredita peligra, que mi honra se atropella, q̃ vna muger como yo, qualquier nota le toca

my en el alma, vueſſas mercedes lo remedien, pues ſon Cavalleros, à quien les toca el amparaime; ſi quiera por miuge ſola; y ſi acaſo no ſe determinan, ò por razon de eſtado, del que diran, ò por amiſtad mal regida, diganme lo, que yo ſabrè como he de ſalir del ahogo. Reſpondiò Don Joſeph, como mas anciano, no le parezca a vueſſa merced, ſobrina, que es tan facil la execucion de lo que pretende, pues Don Alonſo es mas que hermano de Carlos, Don Iayme; y las eſpoſas de los dos, le veneran como a padre; èl es vn Cavallero, à quiè devemos el ſoſiego de los animos, la quietud de nueſtras caſas, la ſeguridad de las vidas, y haziendas, dezirle que ſe vaya, no parece razon, porque el proponerlelo, es infamia, obligarle a ello, ruindad, dezirle la cauſa, es locura, con que no hallo modo como ajuſtar la pretencion de vueſſa merced: mi parecer, es que lo penſemos bien, demos cuenta de todo a Don Alonſo, para que nos juntemos otro dia, en el qual ſe puede

tomar el mejor medio. Con eſta determinacion ſe ſalieron Don Joſeph y Don Iayme de caſa de Doña Inès, la qual como ſu rabia tenia tramado el lance, apenas los viò bolver las eſpaldas, quando tomò el manto, y ſe ſaliò con vna criada en buſca de Carlos, que fue facil encontrarle, aguardandole cerca de la caſa de Don Alonſo, donde avia de venir a comer, como ſucedio, que abrevè raò le dio alcançe el cuydado de Doña Inès, la qual deſde vn portalle cecèò, à cuyo reclamo ſe llegò Carlos a ſaberlo que mandava, reſpondiòle Doña Inès, tan turbada, como medroſa (porque nunca la niadad dexa de turbar al coraçon, aunque ſea mas arrojado.) Señor Carlos, eſtimad el aviſo, por ſer de quien os tiene en el alma, pagadla con quererla, olvidando a quien pretende acabar con vueſtra vida, con que la mia ſenecerà en vueſtros rieſgos. Dios os guarde, para que me guardéis el ſecreto, y por que algun dia conozcais a quien os aviſa, temiendo el fin de ſu vida en vueſtra muerte, tomad eſ-

ta media sortija, y quedaos haziendome gusto (por ser el primero que os suplico) de no seguirme, porque no ay para qué, pues en el coraçon os llevo gravado. Apartose Doña Inès, como pajaró que le sueltan de la prision de la jaula, dexando a Carlos, que ò ya por cortesía, ò ya por turbacion, no supo dar vn passo para seguirla, solo supo obedecer, prosiguiendo su camino a casa, porque siendo tarde no entrasse en cuydado. Don Alonso.

Como Doña Inès tenia ya vrdida la tela en su juizio, al punto que llegó a casa, embió a Doña Antonia, avisandola, como iba luego a verla, y a Don Joseph avia dicho a su muger el lance que les avia passado con Doña Inès, con que quando llegó ya Doña Antonia, estava prevenida de gusto, agnardando a su amiga Doña Inès, por saber la novedad que la avia obligado a dizele a Don Joseph, y Don Laysme, como convenia que saliesse Carlos de Zaragoza. Vino Doña Inès, à quien Doña Antonia con el alma en los

labios, la preguntò qual era la causa, de que tratava con tanto empeño de echar del lugar a Carlos, siendo assi, que los niños publicavan a voces, su modestia, su cortesía, prendas conq Carlos se enoblecía, siendo en toda la Ciudad de grande estimacion. Las entradas de sus casas, eran tan pocas, que nadie las podia exlumnar, la causa porque asistia en Zaragoza, todos la sabian, olgandose de que assi fuesse, de que todos le davan las gracias, de que huviesse puesto en paz los ruidosos tumultos de los dos encontrados linages. Segun esto, que nadie lo puede negar, quien puede murmurar su asistencia? si todos le alaban de cortès, de bien hablado, de amigo de sus amigos, y salir tu aora con essa nueva opinion, no se que te diga, amiga, solo procuro suspender el juizio, por saber de ti la causa de tan gran novedad. Atenta estuvo Doña Inès a la sentida pregunta de su amiga Doña Antonia, y como deieava embarazar el empleo de la inocente dama, la atendió con cuydado, por

refi-

responderla a todo. Fue la respuesta vn bien trazado engaño, porque la malicia aprénde todas ciencias, por salir con el empeño que pretende. Ay amiga (la dixo Doña Inés, assiendola de las manos a Doña Antonia) lo que me cuestas de sustos, mi Confessor (que congoja!) me ha dicho como es publico en el lugar tu empleo con Carlos. Quien lo ha derramado ha sido vna mugercilla, que pierde el juicio por él, porque viendole que no haze caso de su amor, le amenaza de muerte, y a ti con deshonra: yo querida mia, viendo el peligro de tu credito, con el riesgo de la vida de Carlos, he tomado este medio, diziendo, à mi tio, y hermano, que procuren echarle de aqui, para dar lugar a que cure el tiempo con su ausencia el rabioso amor desta mu-

gercilla, que arruina tu honra, amenazando su vida de Carlos. A toda esta fantástica platica estuvo la inocente Doña Antonia, creyendo que eran afectos de la amistad de Doña Inés, que zelava con todas veras su reputacion, con que creyendo que era assi, le diò las gracias. Embarazada se viò la pobre dama, con el impensado destrozo de su gusto, en que se arriesgava su honra, con la vida de su amante Carlos, y por assegurarle, pidiò a su amiga Doña Inés se encargasse de remitirle vn papel, para avisarle del peligro, en que estava su credito con su vida, que fue facil de acabar con D. Inés, porq̃ el dese o de lo gran vna vengança, se allana a toda mala fortuna. Entregola D. Antonia el papel, q̃ en breves palabras le avisava del suceso, como se verá en él.

El tiempo es todo borrascofo, el viento de la fortuna contrario à vuestra vida, guardadla con ausentaros, y creed al piloto que os guia, que es quien mas os estima.

No quiso Doña Antonia alargar mas la pluma, o ya por no dar nada a Doña Inés, o ya

porque si le abriessse el papel, no hallasse en él mas testigos que los de vna cortesana volun-

luntad. Abreviò Doña Inès la visita, por averiguar con mayor claridad sus mortales zelos; entrò en su casa con el mal rabioso de sus zelos, abrió el papel, donde, aunque no avia mas que señas de buena voluntad, fueron incentivos, con que encendió en su pecho mayor llama de enojosa, y ya contra los dos amantes. Remitiò el papel à Carlos, que le recibió muy en breve; porque el pesár buela quando el bien es mas tarde. Hallòse Carlos embarracado con el papel de su dama, aviendo precedido el aviso aquella mañana, con el misterioso señuelo de la media forija de Doña Inès; no obstante procurò à fuerça de el discurso rastrear la senda por donde corria su mala fortuna; pero como el ayre de la borrasca amenazava desgraciado naufragio al animado baxel de su amorosa voluntad, no tuvo lugar el discurso para conseguir su pretension; porque impensados accidentes marean al mas experto Piloto en el gobierno; pero aunque la turbacion le

embargava en las prisiones de considerados temores; no faltò Carlos a la obligacion del cariño, pues no quiso determinarfe, sin que passasse su determinacion por el registro de su dama, para cuyo efecto aquella noche con mas prevencion de armas que otra, se fue à ver à D. Antonia, a quié hallò a la vètana del quarto, cuidadosa de su querido Carlos, temiendo era tan corta su fortuna, que no la permitiria el despedirse de su amante, si bien diera por escusada la fineza por el peligro que tenia de la vida de Carlos; pero todas estas fantasías se acabaron con la presencia de su amante, a quien introduxo en su quarto cò harta çoçobra de su mala estrella. Apenas los dos amantes se vieron sin mas testigos que sus ansias, quando sus dos coraçones desfojaron por las sendas de sus ojos, lastimosos conceptos de triste llanto. Sossegose el turbio de cògojas, a q̃ se siguiò el mayor ahogo, procurando D. Antonia persuadir a Carlos q̃ se ausentasse, porq̃ corria riesgo su vida. Contòle lo q̃ D. Inès le

avia dicho la consulta q̄ avia
tenido con su marido, y Don
Iayme apoyando su amistad;
pues procurava que se ausen-
tasse Carlos por algun tiem-
po, porque no peligrasse su
credito con su vida. No se al-
trevió Carlos à dezirla a Do-
ña Antonia el lance de la me-
dia fortija, porque aunque no
entendia el misterio, temia
causar lastimoso destroço en
el pecho de su dama, la qual
con cariños, con lagrimas, cō
amorosas ansias persuadia a
Carlos a que saliesse de Zara-
goza desterrado por infeliz,
sin mas prevencion, que mon-
taren vn cavallo, y sin despe-
dirse de sus amigos hazer su
viage a Madrid, donde podia
estar, hasta que el tiempo rom-
piesse la niebla de peligros, al-
clarando la luz de mejor for-
tuna. En este empeño los ha-
llò la Aurora à los dos aman-
tes, tiempo en que se avian de
apartar, con que se renovò el
dolor, se repitiò la angustia, se
doblò la pena, contrarios que
procuravan çoçobrar el baxel
de la prudencia, que anhelava
por salir del baxio que le ame-
nazava con la luz del dia. Pe-

ro, ò rigor de la prudencia, q̄
obligò à Carlos a romper por
medio del cariño, porque no
peligrasse el credito de su da-
ma en la plaça de la publici-
dad! Retiròse Carlos, dexan-
do a su dueño sin esperança
de bolverle a ver, porque rui-
ba tanto vna ausencia, que
hasta de la esperança le despo-
ja à vn coraçon amante.

Llegò Carlos a su casa, dō
de dispuso, q̄ Andrès enfilasse
dos cavallos, dandole a enten-
der, que le importava llegar
presto a Madrid. De buena ga-
na vino en ello Andrès, porq̄
mejor le sabian los vinos de
Castilla (aunque dava al dia-
blo lostaberneros de Madrid)
que los de Aragon, con que
con toda brevedad dispuso
con mucho gusto lo que su
amo le mandava, y mas en
aquella fazon, que estava de
ganancia de treinta de a ocho.
Mientras Andrès disponia su-
biò Carlos a despedirse de
Don Alonso, y Doña Ana, los
quales viendole de camin o a
aquella hora se asustaron, à
que Carlos satisfizo con res-
ponder que le era forçoso lle-
gar a Madrid; pero no obstan-

te esta respuesta, Don Alonso, y su muger quedaron suspensos, porque ya sabian el lance de Doña Ines, y no eran de parecer que saliese Carlos de Zaragoza, porque era calumniar su amistad, por solo el disque de vna muger disparatada; de todo esto en breves palabras le hizieron relacion a Carlos, que sin darse por entendido, respondió, que a el le importava hallarse presto en Madrid, que le diessen licencia, que le disculpassen con los amigos. No se atrevieron Don Alonso, y su muger a replicar a la determinacion de Carlos, con que sin mas replicas le dieron los brazos de verdadera amistad, encomendandoles avissase de su llegada con seguridad. Hecha esta diligencia salió Carlos de casa, haziendo su viage por la calle de su dama, la qual le aguardava en la verana; porque el amor por lo que tiene de hechizero, se precia de adivino; miraronse los dos tan tiernamente suspensos, que a poder dar voces la honra, se desahogava el dolor en publicos sentimientos, pero la corta distancia de la calle,

no permitió mas que el dulce relampago del rayo violento de su vista, con que traspuso Carlos el corto termino de la calle, de la qual se apartò con vn suspiro. D. Antonia se retirò a su quarto ahogada de ansias del cordel de la ausècia de su amante, pagando con lagrimas la falta de su querido Carlos; pero obstante se previno de cuidado para sobre llevar con publica prudencia el tropel de tantas penas; porque la prevencion, ayudada de el valor, allana los mayores imposibles. Carlos, acompañado de sus ansias, siguiò su camino hasta llegar à Agreda, sin permitir le desahogasse Andrès con sus locuras; porque quando el pecho se oprime de cosas, no admite ordinarios desahogos. Detuvo se en Agreda tres dias, por llevar compañía hasta Madrid. Hizo su camino por Soria, donde se detuvieron algunos dias, en los quales la antigua Doña Francisca, no olvidada de su lasciva voluntad, le rondò los vmbrales del apetito; pero como Carlos llevaba el alma embaraçada con la ausencia senti-

da de su dama , menospreciò los engañosos cuydados de su alagüeña enemiga. Llegòse el tiempo de salir de Soria, con q̃ consiguiéron su viage hasta llegar a Madrid, sin que en el viage les sucediesse novedad alguna , solo la triste suspenscion de Carlos les diò harto en que entèder a sus amigos, pero como los males del alma no se curan sino es con medicina superior, no se atrevierõ a procurar su sanidad con exteriores medicamentos ; porque es sabia prudencia en el amigo no procurar saber mas de lo que le dicen. Llegaron al fin, à Madrid, apearonse en la casa del tío de Carlos, que ya sabia que venian, recibìolos como obligado, festejòlos como Cavallero, admitiendo entre sus braços a su sobrino Carlos, repitiendo con su visitalos antiguos cariños, tan de padre, que en la presente

ocasion no sabia el venerable Prebendado como festejarla prenda, que tantos años avia que faltava de su vista: Lo mismo le sucediò a Carlos, que aunque acosado de sus penas, solemnizò con lagrimas alegres la presencia de su tío, aunque, a mi vèr, no supo el co- raçon qual era la causa de su llanto, si la memoria tierna de su ausente dama, ò si la gustosa alegria de hallarse en la casa de su deudo, todo deviò de ser, porque en dos empeños tan forçosos a todo hizieron cara las tiernas lagrimas de Carlos, el qual passava con toda caricia en casa de su deudo; pero como la memoria de vn bien ausente, era fatal garrro te para vn amante, las delicias paternas se le olvidavan, viviendo en el tormento de sus anias, que por dárlass mas vida, las dibujò con la pluma en estas tres Octavas.

Acabasele el dia à los mortales,

vistiendose la tierra de la noche,

alivios persuadiendo à tantos males

en el dulce regazo de su coche:

à dormidos pastores, y zagales,

hasta

*hasta que el Sol sus luzes desabroche,
solo mi pecho vela en sus enojos
por arrojar diluvios à mis ojos.*

*Llora el dia, emboçado en arreboles,
la ausencia que haze el Sol con sus desmayos,
vierte el Aurora perlas sobre flores,
porque sepan de lagrimas ensayos:
gime el ave del Alua à los atnores,
porque ofuscan del Sol, sombras los rayos,
y yo lloro una ausencia, y zelos, tanto,
que acabarè la vida con mi llanto.*

*Riese el Alua de ver la sombra fria,
huyendo de los rayos luminosos,
que à luzes bellas dà favor al dia:
alegranse los prados y à vistosos,
vistiendo se los campos de alegria
con adornos del Sol, giros hermesos,
solo yo lloro en lagrimas deshecho,
zelos, y amor venenas de mi pecho,*

Este era su desahogo de Carlos, ò salirse al campo à publicar sus penas à los arboles, à las plantas, à las peñas, à las flores, y à las fuentes, que como insensibles, parece que atienden a las quejas, sin barrajar las ansias amorosas de el pecho afligido de vn amante.

CAPITVLO XVIII.

*Buelve Carlos à Zaragoza,
donde su dama procura
quitarle la vida.*

CON gemidos, si arrullos lastimosos, se quexa el ave de su mala suerte, pues avien-dola juntado en dulce talamo

la fortuna de el amor mas alagüeño, por dar muestras de su fuerte brazo, vn labrador en la çò vna piedra en vna onda, que sacudida del cañamo torcido, consegura, si fuerte punteria, le derribò el nido bien compuesto, cò cuyo golpe espació al viento plumas, barro, pajuelas, solidos materiales del edificio, que fuera corta perdida, si con el destroço de la facil cuña no se ahuyentara el timido galàn de su còsorte, dexando triste, sola, y afligida à su amã e ave, sin nido, sin galàn, y sin sus hijos. Lastimoso espectaculo de dueños, pues apenas supieron del talamo los gustos, quando su mala estrella los condenò à rigores de la ausencia! Dura pena, triste afan, infausto llanto! Ogemidora ave, que en muerto arrullò publicas el ansia de tu pecho! O paxaro doliente fugitivo, q̃ en tragicos reclamos dizes tu congoja! O desgraciado animal, que con funesto canto das à entèder afanes de tu vida, zoçobrada de congojas de vna ausencia! Pero si el ave gime, si el paxaro folloza, si el animal llora con

triste canto, la pena de vna ausencia; que mucho que vn racional, que entienda lo q̃ pierde, gima, llore, y se quexe en el potro fatal de estar ausente.

Embarcado Carlos en el baxel de su memoria con su ausente prenda, fluuava en el golfo de congojas cò la tempestad de ausencia, sin dexarle ver tierra de còsuelo, ni luz alguna de esperança de mejor fortuna. Afsi nauegava à arbol seco, temiendo a cada passo peligrar en zoçobras temerolas, hasta que en el correo le socorriò su dama con vna carta, que fue arco de serenidad, si el iris de amor se cree, cò que sino se mitigò de toda la tormèta, se soslegò el rigor de la amenaza del naufragio. Con este amoroso còsuelo de sus ansias se saliò Carlos àzia la casa del Campo, à contemplar en la carta de su dama, en que no leyò tantas letras, como derramò lagrimas, venerando sus luzes el papel en que firmava ser suya.

En este indirecto embelecado estava Carlos, quando se llegó a el vn medio estudianron cò cara de Filosofo, gesto metafísico

físico, el sombrero caído de faldas, mal aliñado el cuello, sotana larga, con manteo, q̄ olía el tiempo del dafuvo, el qual aviendo atendido à los gestos con que Carlos se arrebatava de su imaginacion, le dixo así: Rato ha que os estoy mirando enagenado de vuestro mismo ser racional, de que me ha causado gran dolor, por q̄ cōsiderara vn Cavallero, como vos, de tan buen arte, todo embelesado en su imaginativa, segun las señas a q̄ he atendido, es cierto, que puede mas en vos vna passion amorosa, q̄ el entendimiento de que Dios os ha dotado. Llevado de mi natural compasivo, os suplico deis treguas à la voluntad, porque a no ser así, faltareis à la razon, con que acabareis la vida. Desahogaos, señor, q̄ no ha de ser tan poderosa la pena de vna ausencia, que os prive de la comunicacion de los hombres; recobraos de tan violenta passion, q̄ puede ser (segun congeturo) que si alargarades la vista al lastimoso fin de vuestra voluntad, la olvidarades mas que de passo. Atento estuvo Carlos al ra-

zonamiento del Magico estudianton, porque como atendió à que le avia leído su passion en el sobreescrito del semblante, no se atrevió a barajarle el discurlo, antes viendo que terminava, le respondió cō toda el alma en los labios, confessando toda la verdad de su ahogo, pero disculpando su passion; porque nunca acabava de conocer el que ama viciosamente lo mal que haze en amar. Si vueſſa merced como ha reconocido mi passion (respondió Carlos) huviera comunicado la causa de tanto amor, facilmente me disculpara; pero como solo regula por mayor, no puede sentenciar justificadamente. Yo amo, yo quiero, yo adoro à vna dama con prendas tan relevantes, que la razon mas religiosa, no se admirará que la quiera con exceso, viuo ausente, siento la pena, turba me el no verla; con que le he dicho à vueſſa merced la causa, por medio de las señas del dolor. En pocas palabras, aũ que bien sentidas (dixo el estudianton) me ha dicho vueſſa merced su sentimiento, que aun-

que lo avia conocido , ya por la experiencia estudiantia que tengo, por cuya causa me he condolido de vuestra merced, viéndole tan apasionado, que dà de mano à la razon, porque pervalezca la voluntad, manejando impenosa las potencias del alma, sin rendirte à lo mejor; esto es lo que me entenece, porque es materia muy de llorar, que mande la voluntad en causas de el entender. Vuestra merced se modere, y creame que le està bien, porque segun mi conoeimiento de experimentada ciencia, à vuestra merced le amenaza fatal ruina, si prosigue en el empeño. Carlos, que nunca temió su coraçon peligros de fortuna, quanto y mas amenazas de vna estrella, y estas anunciadas por vn mal trapo, ò peor, fatiro atorrado en bayeta; pero en esta ocasion le turbò lo particular del adivino, con que se bolviò impaciente à el, diciéndole: Vuestra merced, es acaso mal profeta, ò peor anunciador, que tan malas nuevas me dà de la perpetuidad del empleo de mi voluntad? Pues adviértale, que si en lo demás

acierta como en esto, bié puede aprender a otro oficio, por que mi dama es noble, entèdida, y amante con estremo, y de todo tiene hecho bastantes pruebas en favor de mi cariño, con que se desbarata toda la maquina de su juizio. En verdad, señor mio (respondió el Magico) que si por solo necia, infame, ò ingrata avia la muger de ocasionar desdichas, muchas se evitaban; pero bolvamos los ojos a la rueda de los siglos, donde veremos como la necesidad del hendi-do, es mucho mas q. necesidad. El desàhogo de la nobleza, es infamia, en modo superlativo; la crueldad del mas fino amante, es vengança tan sangrienta, que no parece poder ser imaginada, con que no es prueba la vuestra para contravenir al Astro, que os amenaza. El quitar la ocasion, es buẽ modo de desmentir a la estrella, porque el ser, ò no ser en vn futuro contingente, lo encamina à ser verdadero, ò falso la voluntad que se le carga, ò no; pero no arguyamos en vna verdad tan asentada, tratemos solo de el remedio, que es olvidar.

Harta fuerza le hizieron las verdaderas razones de el Magico à Carlos; pero como su voluntad estava alimentada con razones de buena correspondencia; parecióle à Carlos que repetia en duracion para eterna, con que no fue posible divertirle de su correspondencia; antes viendo que se preciava Leonardo (que este era su nombre del Estudianton) de la magia, juzgando, que su vida se mantenia de la vista de su dama, se determinò à probar si era verdad algo de lo que se dezia desta supersticiosa ciencia, para cuyo efecto le pidióse fiasse de su nobleza, favoreciendole con su sabiduria en la presente ocasion; a que satisfaria muy conforme al gusto que le haria en mostrarle a su dama, porque juzgava que su vista mitigaria el dolor de ausencia tan penosa. No se hizo muy de rogar Leonardo, pues al primer embite de Carlos quiso todo el resto, y para acreditar mas su sabiduria, le pidió a Carlos la mano, assegurando, que en sus rayas, junto con la fisono-

mia de la cara, conoceria todos los sucesos de su vida, como si la cara, ò la mano fueran donde Dios escrivía los acaos de la vida, permitiendo su conocimiento a vn hombre que tenia hecho pacto con el Demonio. Quedò Carlos con algunas cosas, que le dixo Leonardo, tan satisfecho de el buen hallazgo de aquel dia, que le combidò a que habitasse en vn quarto de su casa. En paga de este agasajo le contò Leonardo lo particular de su vida; señalò por su patria Grecia, su estudio en Bolonia, su habitacion en todo el Orbe; aplaudiò su ciencia por no ser publica su enseñanza, pues en grutas, ò ocultas cuevas, avia Maestros que la enseñavan, porque no se perdiessse en el mundo tan gran tesoro de ciencia. Con esta conversacion llegaron à la Puerta Cerrada, donde Leonardo tenia su habitacion, mas parecida a calabozo de delinquentes, ò caberna del infierno, que habitable estancia de hombre redimido con la sangre de Christo.

Entrò Leonardo en su lobre-ga habitacion, de adonde en-
ombros de vn esportillero sa-
cò vnos libros, acompañados
de algunos papeles. Pagò Car-
los al dueño de la infernal es-
tancialo que se devia de po-
sada, con que se fueron a ca-
sa, de donde le dispuso quar-
to à parte, en que habitò todo
el tiépo q̄ estuvo en Madrid.

Tan alegre estava Carlos,
como si huviera encōtrado al
Angel de su guarda en forma
humana, para que le amparasse
en los riesgos desta mortal ca-
rrera. No faltava de su quarto
à ninguna hora de el dia, por
consultar cō el imaginado An-
gel sus tristezas. Pero que de
ellos ay que nos parecen An-
geles deluz, siendo en las ti-
nieblas de sus vicios Demo-
nios! Vn dia en q̄ à Carlos le
apretò mas la locura de su pas-
sion, pareciendole que tenia
en casa todo su remedio, se de-
terminò a persuadir à Leonar-
do à q̄ vsasse de su diabolica
ciencia, para q̄ viesse à Doña
Antonia, aunque estava en Za-
ragoza; porque no le parecia
posible poder passar su ausen-
cia sin su vista, pues avia seis

meses que vivia tan mortal en
sus ansias, tan vivo en las pe-
nas, que acabava su aliéto por
instantes, cobrando vida para
ser nuevamente atormétado,
con que se cōfessava sin valor,
tanto, que a no mostrarle a su
dama a fuerça de su ciencias
necessitava por conservar la
vida, bolver a Zaragoza, don-
de podia acabar de vna vez
con la vida, que le ocasionava
tantas muertes. Arqueò las ce-
jas el hechizero, baxò los
ojos a la tierra, y tras el diver-
timiento de breve suspensiõ,
le preguntò a Carlos, si tenia
alguna prenda de lienço que
huviesse llegado a cara, ma-
nos, ò parte del cuerpo de su
dama, a que respondiò Carlos,
que vn pañuelo tenia alli; to-
mòle el diabolico racional,
prometiéndole, de que al otro
dia le daria gusto en su pre-
tension, porque era bastante
alhaja el pañuelo para q̄ obra-
se su ciencia, como si fuera de
ciencia para executar tan gran-
maldad la materia de vn len-
guelo. Passò Carlos aquel dia
con su noche desassossegado
con la esperança prometida,
hasta que llegó el termino
es-

esperado, q̄ fue el dia figuiente a la Oracion, que baxò al quarto de su mal amigo, el qual no le quiso maltratar mas que el tiempo que avia aguardado, entregòle el pañuelo, advirtiendole, que con el limpiasse la luna de el espejo que tenia en su quarto, donde veria à su dama en el estado que estava à aquella hora. Partiò Carlos, como a quien le iba la vida en gozar de la vista de su amada prenda, subió al quarto tan temerario, como interpuesto à las intercadencias de sus alientos. Limpiò el espejo con el lienço, y apenas diò la mano al adulator cristal, quando (ò diabolico engaño!) se le representò à la vista su dama en vna cama de granadillo, guarnecida de bronce, colgada de damasco, con flores de oro, recostada la mexilla sobre vna mano, terciado el cabello, vèdada la frente con vn liston negro, descubrió vn brazo del justillo blanco con flores negras, toda suspensa en tristezas, desmayada de congojas, turbado el color, desquaderado el aliento, y al fin en-

lutada en assombros de profunda melancolia. Considerò Carlos el vivo retrato dolorido de su dama, a cuya vista, sin poder mas su valor, espumaron los ojos en tiernas lagrimas, ahagos tristes de el coraçon. Quiso hablarla, y no supo, porque el pismo de la voluntad lo que primero embarga es la lengua; no obstante no sabia apartarse de su vista, porque el amor, aun entre las tristes sombras del engaño, apetece verdaderos cariños de la vida. En esta turbada suspensió permanecia Carlos, embebido todo el coraçon en su vista, hasta que llegó Leonardo, que cortò las lineas de lo representado, dando con el lienço otra mano al espejo, cò que borrò las diabolicas especies delisonge o cristal. Quedò Carlos turbado, impaciente, disgustado, tanto, q̄ el gusto de ver a su dama, se le convirtió en rabiosa pena. O que ajustados desearan los hõbres, si supierã los fines de su deseo! Procurò Leonardo fosegarle, divirtiendole de los fantasticos assombros, que le duraron muchos dias, en los quales re-

cibió cartas de su dama, que se quexava del rigor de su ausencia. Tratavale de cobarde, poco amante, pues permitia tanto ahogo, a quien sabia, que le amava con ternura. Recibió tambien algunas cartas de la simulada Doña Inès, de letra ajena, en que le galanteava con cariño, afreandole el rigor del maltrato, que dezia usava Doña Antonia, à quien atribuía la causa de su retiro. Obligavale con cariñosas demostraciones de su voluntad, à que dexasse la afsistencia de Doña Antonia, que bolviessè a Zaragoza, donde hallaria, en quien le estimava, amor, verdad, y lealtad, que abriessè los ojos, y veria como quien le escribía le ama a, al passo que Doña Antonia le ofendia; que si quisiessè responder, fuesse a la persona que le señalava, que si fuesse tambien afortunada, que quisiessè pagar su verdadero amor, fuesse el mismo el que llevassè la respuesta, a quien aguardava su cariño, mas fielmente amante, que la ingrata Doña Antonia, que tan infiel lograba sus atenciones.

Bateria fue esta tan violenta contra la seguridad de Carlos, que con las balas rigurosas de los zelos, desbarató la fuerte muralla de el sosiego de Carlos, que ya dudoso de la lealtad de su dama, discurria (turbado) sobre quien podia ser la dama que le avisava la poca lealtad de Doña Antonia. Muchos fueron sus discursos; pero todos errados, porque en la batalla de los zelos, no ay Capitan, por mas diestro que sea, que dè el punto fixo à la vitoria. En el ahogo mayor de diferencias, se bolvió Carlos a su adivino Leonardo, para que con su diabolica ciencia le sacasse de este aprieto, respondiòle, que levantaria figura, como de hecho lo hizo, para dèzirle, como la que le abisava de el mal termino de Doña Antonia era vna viuda moça que frisava en parentesco con su dama; con que Carlos se persuadiò à que Doña Inès era la que tramava esta enredada, si maliciosa tela, con que no se diò por entendido, ni quiso

so responder a sus avisos, solo tratò de satisfacer à su dama, pidiendola licencia para romper su mandato, trocando a Madrid por Zaragoza, donde con su fineza amanfaria la braveza de su enojo, pues su ausencia no era tanto por asegurar su vida, quanto por su mandato, afiangado en los temores de que podia hajar su credito, que si le relaxava la obligacion de obediente, executaria su deseada determinaciõ, porq̃ esta va expuesto a qualquier lãce de fortuna, por solo darla a conocer la seguridad de su afecto.

Activo fuego fue esta carta para Doña Antonia, para incitar a su amorosa passion, à que respõdiessè à Carlos, q̃ si amava como la dezia, era mucho su sufrimiẽto aguar dar a mas lances, pues la experiencia le enseñava sus penas con las q̃ afirmava q̃ padecia. No estava Carlos para discutir con la prudencia q̃ devia, pues estava apasionado amante: bien se viò en el afecto, pues apenas supo la queixa de su dama, quando sin embarazarle los peligros que le

amenazavan, tratò de la jornada: comunicò su determinacion con su confidente Leonardo, el qual le rechazò el intento, però no pudo acabar con Carlos que dexasse la jornada por mas razones que le diò; no obstãte quiso q̃ le acompañase, dispuso que se quedase Andres en Madrid, para q̃ recibiesse las cartas, cõ orden de remitirlas, à quien se le avisasse. Despidiòle de su tío, perviniendo que no se publicasse, q̃ su jornada era a Zaragoza, sino a los montes de Toledo, con que recibiendo su bendiciõ del anciano Preven dado, se puso en camino en compaña de su confidente Leonardo. Durò la jornada dos dias mas q̃ lo q̃ se suele de ordinario, por caminar por diferentes trochas, huyendo del camino Real, por no ser conocidos en jornada, en q̃ se podia imaginar tan gran peligro; al fin aportaron de noche a Zaragoza, donde Leonardo llevò a la posada las mulas; mientras Carlos diò buelta a la calle de su dama, que hallò ocupada con quatro embozados, que le dièron harta mohina hasta

hasta el Alva, que se retiraron todos; pero pesafoso de no averlos reconocido, picado de sus zelos, aunque el secreto de sus amores le mantuvo prudente; comunicò con Leonardo su enfado, diziendole, que segun la seña, era verdad lo que Doña Inès le avisava, y assi que la noche siguiente estava determinado a romper con todo, porque sus zelos no davan lugar a tanto sufrimiento, aunque fuesse prudencia el callar. Entendida, por Leonardo, la zelosa determinacion de Carlos, procurò apartarle de su intento, persuadiendole podia ser el galanteo de aquellos quatro embozados, con otra dama, y juzgando fuesse con Doña Antonia, no era cobardia retirarse, quando se conocia la ventaja del contrario, con que era el peligro evidente, en que no interessava mas que perderse, que se sossegasse, y diessse lugar al tiempo, que él le prometia de averiguarlo con todo secreto, que avisaria de su llegada a Doña Antonia, que si fuesse conveniente introducirle en su

quarto, sin impedimento alguno, que lo fiasse de su cuidado, que él procuraria ajustarlo sin ruido. Pareciole bien a Carlos la proposicion de Leonardo, con que al punto salió a tratar del ajuste del negocio.

El aviso de la mala correspondencia de Doña Antonia, que D. Inès le avia dado, le tenia inquieto a Carlos, y assi al punto que salió Leonardo, tratò Carlos de buscar la persona, que Doña Inès le avisava que viesse si bolviessse a Zaragoza; encontró en barrio apartado con la casa, donde topò con una muger, à quien diò las señas, que reconocidas de la persona, le dixo, q se aguardasse, porque iba a avisar a su señora Doña Inès. Iba Carlos tan desfigurado, que era imposible conocerle, porque llevaba cabellera postiza, vn parche en vn ojo, la barba crecida, salpicada la cara de lunares, con que nadie le podia conocer. Con harta confussion quedò Carlos mientras la muger fue a dar aviso de su llegada a Doña Inès, de quien Carlos no

acabava de persuadirse, que era la que le avisava, y menos que fuesse la que le escrivia, solicitando su amistad; alfin, en esta tropellia de confusion le cogió la buelta de la muger, que le dixo, que aguardasse vn rato; porque ya su señora venia, hizola Carlos algunas preguntas, pero a ninguna saliò, porque estava indistriadada de Doña Inès, que la enseñò a callar.

Ya serian las diez del dia, quando llegò Doña Inès toda rebuelta en vn manto de anaficore, muy fatigada del cansancio del camino, y como Carlos estava retirado en otro aposento, entrò Doña Inès preguntando por èl, fuele respondido, que estava mas adentro, à donde entrò diziendo: bueno es señor Carlos tener amigos, en la Corte de v.m. gracias a Dios, y a mi buena voluntad que le ha dado vista para conocer la ofensa que le han hecho a su buen proceder, aqui me tiene, sin rebozos con toda verdad, amante, pues desde el dia que le vi, hizo mi voluntad empleo de su persona, yo soy la que le di a v.m.

la media fortija, con el aviso de su mal pagada correspondencia, yo soy la que le escrivo tantas vezes a Madrid, sin merecer respuesta, yo la que ahora vengo aqui, atropellando mi punto, solo para llevarle a mi casa, donde no ay mas que yo, que soy de v.m. Admirado estava Carlos de ver a Doña Inès, vna muger de tanto punto, tan vana, tan presumida, tan rendida, y tan otra, que apenas la conocia. Segun el aprieto del lance, natural, cosa era que Carlos correspondiesse con fineza a vna voluntad tan acendrada, como la de Doña Inès, que atropellava por el punto del pundonor, que junto con la vanidad de su dueño, parecia caso imposible. No obstante como Doña Antonia era el dueño de su voluntad, y contra su procederno avia mas testigo que Doña Inès, que ya estava tachado por apasionado, no se persuadia Carlos, à que Doña Antonia huviesse delinquido contra su cariño, porque no es facil culpar lo que se quiere, sino preceden evidentes las ofensas. No sabia Carlos

los como averse con Doña Inès sin culpar a Doña Antonia, porque justificar por delito el que no consta de mas que por vna relacion de testigo apasionado, es desear que aya culpa para obrar ingratamente, no pagar avisos de vna voluntad conocida, que importan al credito, y al gusto, por solo el discurso apasionado del cariño, es infame correspondencia. Carlos adorava a Doña Antonia; devia ser agradecido a Doña Inès; desestimar su voluntad con menosprecio, era infamia; no corresponder a su dama, sin mas fundamento que lo dicho, era mal termino; desengañar a Doña Inès, poca prudencia, olvidar a su dama, no lo permitia su voluntad; con que se viò Carlos tan fatigado, que no sabia dar vado a tanta inundacion de dificultades; no obstante procurò dar vn corte a todo, diziendola a Doña Inès, como èl era desgraciado en todo, pues pudiendo aver hecho eleccion de su persona, la avia hecho, de quien no solo no pagava su voluntad, sino (que segun su infor-

me) le ofendia ingrata, trato tan infame, à que por su pundonor no avia dado credito, hasta que se le assegurava con tantas veras, pero que no obstante que conocia la ingrata correspondencia de Doña Antonia, no se atrevia a corresponderla con las veras que devia, porque no era facil introducir en la monarquia de la voluntad vn amor niño, donde reynava vn gigante afecto, con que tomava por partido el huir de los hombres por infeliz, asegurandola, que aquèlla noche saldria de Zaragoza, para no bolver mas a sus ojos, que era lo que mas sentia, no poder pagar la voluntad que le mostrava, que le perdonasse la ingratitude que devia hazerlo, porque para no corresponderla con fineza, no era bien admitirle por galan, mejor era perdonarle por desgraciado. Turbada se viò Doña Inès con la determinacion de Carlos, à quien quiso obligar con rogadores de lagrimas; pero como Carlos avia hecho empeño, tuvo mal despacho D. Inès, la qual viendo el pundonor de

Carlos q̄ se defendia con razón que la obligava, procurò sanear su credito, empeñando a Carlos en el feçieto deste lance, que aunque viesse a Doña Antonia no le diessse noticia del, q̄ con esto quedaria satisfecha, Carlos le jurò de no descubrir el lance a nadie, aunque le importasse la vida. En este desempeño se estuvieron los dos lo mas del dia, culpàdo su mala fortuna, que tan contraria se les mostrava, hasta que llegó la noche, en q̄ bolviendo Carlos a repetir su palabra, se retirò a su posada, donde hallò muy cuydado de su persona a Leonardo, el qual assi como viò a Carlos, le puso en las manos vn papel de Doña Antonia, en q̄ le dezia, que aunque arriesgasse su credito la viesse luego, q̄ tédria dispuesta su casa, de manera que nadie le viesse. Feçejò Carlos su dicha, porque no son siempre tan necios los zelos, que descarten la buena fortuna, por el aparéte dello. Contò Carlos a Leonardo el lance que le avia passado con Doña Ines (encubriendo le la persona) dixole como

le avia dado palabra de irse de Zaragoza, sin que nadie entendiesse el suceso. Advirtiole tambien las presunciones tan aparentes que tenia de la infidelidad de Doña Antonia, que junto con la veleidad de ser muger, bien se podia temer la avia estragado a su amor el veneno de vna ausencia, pero que como su voluntad era tan estremada, no acabava de dar credito a los avisos de la pretendiente dama, porque juzgava era todo embidiosa rabia de sus amores, que le hazia relacion de todo, para que le aconsejasse, como amigo sabio: ya sabe v.m. (respondiò Leonardo) que ha sido esta jornada còtra mi parecer, pero empeñados ya, no es de Cavalleros dexar de ir aver a su dama, la qual, segun el semblante q̄ me ha mostrado, no es posible q̄ aya engaño en su coraçon, intrepido arrojò, si de su verdadera voluntad, v.m. la vea, procurando con maña sacar la verdad, que esta no se oculta, por mas que la reboze la malicia, la experiencia en el lance le enseñara a v.m. como

fecha de aver en todo. Con esta resolucion salieron ambos a dos de la posada, en busca de la casa de Doña Antonia, la qual recibió a su Don Carlos con mas amorosa inocencia, que vengativa cautela, despidieron a Leonardo, con orden de que dentro de dos dias viniesse a buscar a Alvarez, à titulo de pariente, con la qual le avisarian lo que conviniesse.

Obedeció Leonardo, dexando a Carlos tan picado de los amores de Doña Antonia, como olvidado de los zelos que Doña Inès le avia ocasionado; retirado quedó Carlos en el quarto, por donde comunicò la primera vez a Doña Antonia, la qual como se viò en possession de su amante, le diò cuenta como Doña Inès la avia asegurado de que se correspondia con otra dama en Zaragoza, para cuyo enlace buscava modo, como descartarse de su correspondencia. Bienconoció Carlos el enredo de Doña Inès, con que podia salir del empeño de su palabra, pero no quiso, porq̃ vn honrado no

admite explicaciones al empeño de su palabra. Asegurò Carlos a su dama, que todo era falso, pidiola que no diese oídos a Doña Inès, porque segun lo que se sacava de lo que avia obrado en aquel lance, no era segura su amistad, que no la diese noticia de que estava en su casa, porque temia otro lance mas pesado que alli le tenia, con que se asegurava de la verdad de su cariño. No quiso Carlos dar a entender a su dama el infame trato de su amiga Doña Inès, porque la vengança es de cobardes, quando el perdonar es de entendidos. O que dello ha menester vn pecho noble, para cumplir con el duelo del que diran! El termino de los dias se llegó, en que acabò Doña Antonia con Carlos, que se quedasse oculto en su casa el tiempo que huviesse de estar en Zaragoza, con que se aseguraron los dos amantes, de que sus zelos avian sido juguetes del amor, con que sazonaván la possession. Pero quien no repara en la locura del vicio que asegura el sosiego, à vista del mayor peligro

gro, Carlos en vna prision gustosa, Doña Antonia en vn riesgo tan notorio apetecido. Bolvió Leonardo el día señalado, en que hallò vn papel de Carlos, que le dezia su determinacion, fiado en la seguridad del cariño de su dama, con que se bolvió a su posada, dexando a los dos amantes en dulce, si amigable prision, en la qual passavan su vida contentos con su fortuna, encargando siempre Carlota Doña Antonia el secreto para con Doña Inès, porque aunque dezia era su amiga del alma, ya sabia que era muy zelosa de la casa de Don Ioseph, como lo auia mostrado en la ocasion passada para echarle de Zaragoza. Encargaron tambien el secreto à Alvarez, porque era antigua confidente de Doña Inès; con todo este cuidado vivierò seguros Carlos con su dama seis meses en este genero de vida; pero siempre asustados de la cercania de Don Ioseph, y Doña Inès (pero que gusto ay sin zozobra!) hasta que causada ya la fortuna de consentir sazones al vicio, les pagó por

junto en pesares, los gustos que cō tantas zozobras auian gozado.

Nunca el secreto durò mucho en el pecho de animos serviles, por mas obligados que se sientan, porque quien no sabe que es honra, no sabe conservar el secreto que haja la hõra. Muy prevenida estava Alvarez de Doña Antonia, para que no vaciasse en la calle su credito; pero aunque mas la beneficiò, no tuvo calor su estomago para digerir el secreto, con que lo revelò à Doña Inès, la qual apenas entendió el empeño de Carlos, quando imaginò zelosa, que la auia revelado su liviandad, suponiendo, que entre amantes no ay secreto, y mas el q̃ conduce à assegurar la fineza de la voluntad. Assegurando Doña Inès esta zelosa imaginacion, se determinò à tomar vengança, aunque arriesgasse la honra de su tío Dõ Ioseph, para cuyo efecto se fue à casa de Doña Antonia, à quiẽ afeò la temeridad de ocultar en casa à vn tan ruin hombre como Carlos, el qual publicava su deshõra por medio de vna da-

dama que tenia en Zaragoza, à quien asistia vn estudian-
ton, que era el que todo lo
mullia; remató su braveza,
con que no avia de salir de
alli, sin que Carlos saliese de
su casa. Turbada quedó la
inocente Doña Antonia con
el arroyo de Doña Inès, no
obstante tratò de sossegarla,
que fue imposible, porque
el empeño con que Doña
Inès obrava era de indomable
resolucion; las voces con que
se explicava podian ser escan-
dalo, y mas en sazón que era
ya hora de que Don Ioseph
diesse la buelta a su casa, que
todo, considerado de la afli-
gida Doña Antonia, se deter-
minò a obligar a su amante
Carlos, à que dexasse su dulce
reclusion, y saliese de su casa;
consequiolo a fuerça de lagri-
mas, causadas tanto de ver que
le apartavan el alma, divi-
diendo la de Carlos, como de
que fuesse la causa la violen-
cia de vnos zelos. Saliò al fin
Carlos, pero antes que se reti-
rassse, le dixo a Doña Inès, que
atendiesse al credito de Doña
Antonia, que antes pagasse su
vida, su enojo, que no su da-

ma, que bien sabia su merced
que en Zaragoza no avia mu-
ger a quien hiziesse cara, con
que era sobrado el rigor, pues
su atencion no se lo merecia,
pues callava la causa de su
enojo, que no fiasse tanto de
su palabra, porque podia juz-
gar que sus temeridades im-
prudentes le desobligavan
del empeño. Aqui fue donde
Doña Inès se precipitó, te-
miendo, que si le dava mas lu-
gar a Carlos, publicaria a vo-
zes cara a cara su liviano ter-
mino, con que temerosa de
que sucediesse así, apretò de-
manera, que sin oir a Carlos
le pusieron en la calle, que-
dando entrambas a dos damas
batallando, si bien con armas
desiguales, Doña Antonia con
inocencia medrosa, y Doña
Inès con temeraria malicia,
tanto, que por acabar con la
afligida Doña Antonia la afli-
siò de las manos, bañandose-
las con lagrimas de su corage,
y la dixo: venguemonos ami-
ga deste nuestro enemigo,
tambien a mi me ha engaña-
do, yo soy la infeliz burlada, a
mi me ha galanteado con to-
da asistència, mira sus pape-
les

les llenos de fementidos engaños (estos eran vnos papeles que Carlos le avia escrito a Doña Antonia, y se los avia cogido Alvarez ppra darlos à Dona Inès) ves aqui media fortija, hermana de otra media que nuestro enemigo tienes; lee estas letras, que te explicarè, en que veràs la maldad deste fementido; y si tienes, acafo, la otra media, que bien puede ser (porque el es tan infame, que te la avrà dado por fineza) juntalas, donde veràs mi verdad gravada en sus letras. Levantòse Doña Antonia picada de tan aparentes razones, acordandose, que tenia vn bolsico que avia quitado a Carlos, donde le parecia estava la otra media fortija, que hallò donde pensava, que junta cõ la otra media fortija, dezia: *Tu Inès, Carlos.* Bastò esta aparente prueba, para que Doña Antonia descartasse el cariño de su viciosa voluntad, por la rigurosa vengança que su enojo prometia. Lagrimas tier- nas le costò el empeño; de corage serian ya, porque suele el coraçon tambien prestar pa-

ra la vengança el language de el cariño. Consultaron, al fin, las dos el duelo de su ofensa, que resolvió su enojo en quitar la vida a Carlos. O infame rigor de dos amantes pechos! ò crueldad horrible de dos vengativos coraçones!

Turbado de el suceso, sin aliento con la pena, llegó Carlos a la posada donde hallò a Leonardo, a quien diò noticia de su ahogo: Leonardo le aconsejó que saliesse al punto de Zaragoza, porque le amenazava el infeliz estrago de su vida, que el mas prudente consejo era huir el golpe de vna muger poderosa despreciada. Bueno era el consejo; pero no le admitió Carlos, dando por razon, que el retirarse era confessarse culpado, en ocasion, que su voluntad estava obligada a la devida correspondencia de su dama, a quien no avia de faltar, aunque le costasse la vida, porque mas honroso era morir en el empeño, que faltar a su obligacion, aunque se arriesgasse la vida, que lo que convenia

era, que llevasse vn papel a Doña Antonia, para que estuviessse segura, de que no la avia de faltar en todo trance. Llevò Leonardo el papel, à que respondió Doña Antonia de palabra, que le importava su credito, que Carlos pareciesse en publico en Zaragoza. Con esta respuesta, que era causa de mayor empeño, se fue Carlos a casa de Don Alonso, donde le festejaron él, y su muger con sumo gusto. Hizieron que viniesse Leonardo, el qual, a título de confidente de Carlos, le acomodaron en casa. Al otro dia salió Carlos al lugar, en compañía de Don Alonso, y de Don Iayme, fueron a Missa al Pilar, donde se llegó vna muger tapada, la qual le dixo: *El guardar la vida con maña, es el acertado valor, porque con la vida se vence, lo que con la muerte se acaba.* Bastante aviso fue este para que Carlos cesasse de su empeño; pero hizo donayre de todo, contandoselo a Leonardo por gracia; pero Leonardo, que mirava la materia sin passion, le amonestò se

valiesse de el aviso; pero no apronechò con el capricho de Carlos, el qual continuava escriuir à su dama, assegurando la fidelidad de su amor, que era correspondido de Doña Antonia con fingidas demonstraciones de voluntad, que duraron algunos dias, en que ajustaron las dos vengativas damas, Doña Antonia, y Doña Inès, de despojar de la vida à Carlos, con la violencia de vn mortal veneno. La traza fue, que Don Ioseph combidasse à Don Alonso, à Don Iayme, y a Carlos a comer: executòse así, admitiendo el agasajo, pareciendole à Carlos, que era disposicion de Doña Antonia para el sosiego de su amoroso vicio. El dia señalado, passando Carlos con sus amigos por la calle de el Cofre, oyò de ziz à grandes voces: *Adonde váis hombre, deciente, mira que váis al degolladero.* Bien reparò en el dicho, pero no hizo caso del, antes siguiò su camino con sus amigos hasta la casa de Don Ioseph, donde en plato se-

ñalado le combidò Donia Antonia con su muerte, sien- do el instrumento vn violen- to veneno. Apenas probò Carlos el mortal alimento, quando conociò por expe- riencia las veras de su des- gracia; pidiò licencia a sus amigos para retirarse, como lo hizo, con gran priesta. Lle- gò a casa, donde hallò a Leo- nardo, a quien diò noticia de los ahogos que le mole- stavan; recetòle Leonardo vn poco de azeyte, que bebido cayò Carlos en tierra, ex- pressando era llegado el fin de su vida, pues las señas del humor que arrojaba, pro- nosticava su temprana muer- te. Pidiò confesion, la qual fue tan turbada, que des- pues no se acordava de auer- la hecho: exemplar digno de temer para que no nos halle desprevenidos. Fueron lla- mados a toda priesta los Me- dicos, à quien Carlos ya con mas sentidos declarò lo que juzgava prudentemente de su enfermedad, encargando el secreto; atencion de el lasti- mado Carlos, porque no pe-

ligrase el credito de su ho- micida. Curaronle los Medi- cos con todo cuydado; pero aunque la aplicacion de la medicina fue acertada, la venenosa causa fue mas po- derosa. Tullòse el desgra- ciado mancebo, pagando en lastimosa congoja, lo que le asseguraron confianças. Vn año estuvo en Zaragoza en el brete de vna cama, sin mas esperança de la vida que la que le pudo dar lo robusto de su mocedad: y aunque su vida era vna prolongada muer- te, no acabaván sus enemi- gas de contentarse con esta muerte, pues por diversas vezes trataron de despojar- le de vida tan lastimosa, a titulo de cortésana atencion le regalaron con vnos enve- nados dulces, que a des- cuydarse Leonardo consigaie- ran su pretension. Aconseja- ron los Medicos a Carlos, que se fuesse a su natural, por- que todo lo que avia alcan- çado su ciencia, avian execu- tado, sin que consiguiesse la salud que deseavan. Pareciò- le bien a Carlos este consejo,

con que se determinò a venirse a Madrid a casa de su tío; pero antes de hazer la jornada, ayudado de vna muleta, y de Leonardo, visitò a Don Ioseph, y a Doña Antonia, por desvanecer alguna presumpcion, de que auia sido Doña Antonia su homicida. La noche antes que se huyo de ir, le suplicò a Don Alonso, que le acompañasse hasta Agreda, por que iba solo, y enfermo. Como Don Alonso le queria, como verdadero amigo, avisò a Don Iayme, que juntos, sin mas prevencion que sus criados, acompañaron a Carlos hasta Agreda, que iba acomodado en vna litera, que acaso huyo de retorno para Madrid. Dos leguas de Zaragoza les salieron al camino seis enmascarados, que reconociendola guarda que llevaba el enfermo, se retiraron, dexando passar la tropa, cosa que sintieron agriamente las vengativas damas, que auian dispuesto, que ya que el veneno no pudo acabar con

Carlos, acabasse con su vida a balazos en el camino. No quiso Dios que assi fuesse, pues los que venian pagados para executar la maldad, no se atrevieron viendo la escolta que llevaba, con que llegaron a Agreda sin considerable tropieço, donde Don Alonso, y Don Iayme se quedaron, atendiendo a que iban a Madrid vnos amigos, en cuya compañía iba con toda seguridad Carlos, el qual se despidió de Don Alonso, y Don Iayme con gran ternura, juzgando que era el vltimo abraço de la vida, porque iba tal, que pensava eran pocos los dias de su vida. No fue menor el sentimiento de los dos amigos, viendo tan lastimoso a Carlos, el qual, sin otro azar, llegó a Madrid a casa de su tío.

(***)

* * * * *
* * * * *
* * * * *

CAPITULO XIX.

*Sana Carlos de su achaque;
buelve à los montes donde se
crió, entra en Toledo, donde
le sucede un azar.*

SI el facineroso temiera la justicia, y si el delinquente se acordara del castigo, y si el mal hechor reparara en el mal que le amenaza, y al fin si el vicioso pecador reconociera el paradero de sus culpas, ni el vicio se entronizará, ni el pecado permanecerá, ni la culpa llegará a presumir duración estable, porque la justicia amedrenta, el rigor acobarda, la amenaza del castigo desmaya. O hombres olvidados de la pena, ò viciosos, faltos de memoria de la amenaza del castigo! ò amantes ciegos privados del conocimiento de desgraciados fines! que rumbo es el que seguís, embarcados en el baxel del licencioso apetito, navegando el proceloso golfo desta vida, sin timon, sin gobierno, trabajando por perderos en el escollo, donde han acabado tantos en desdichado naufragio?

Bien se conoce esta verdad.

en una tabla de la experiencia de Carlos, que asido al potro de una cama, con las crueles ligaduras de un mortal achaque, postrado el valor de sus bríos a la violencia lastimosa de dolores, rendido su corage al fatal verdugo de un veneno, ultrajadas sus fuerzas a las perfidas zozobras de una cōgojosa enfermedad le fatigarō los efectos de sus vicios por dos años, en q̃ la cōtinuacion de congojas pudo acabar con la enmienda su viciosa passion; pero no fue así, como lo veremos en los sucesos restantes de su vida, hasta q̃ Dios fue servido, por medio de grandes trabajos, de reducirle al conocimiento de sus culpas. Dos años (buelvo a dezir) fueron los que fatigaron a Carlos los rigurosos efectos del veneno, con q̃ las dos damas en Zaragoza pretendieron vengar sus zelos, despojando violentamente de la vida a Carlos, el qual fatigado de ahogos, permaneciò doliète, hasta q̃ un valiente padre de la medicina, de aquellos tiempos, asistiète en Madrid, le diò la vida con la aplicacion de no vñados

medicamentos, con que cobró salud; pero no la logró en es- carmiētos, pues apenas se vió libre de la congojosa enfer- medad, quando trató de bol- ver a Zaragoza para acabar con su vida, pues bolvia à renovar las heridas de los ze- los de Doña Inès, y Doña Antonia, a quien con su pre- sencia incitava à nuevo sen- timiento; no lo permitió Dios que así fuese, pues barajó el intento de Carlos con la prision de Leonardo, el qual se avia buuelto a Zara- goça à persuasion de Carlos; pero temiendo noticia el San- to Tribunal de su mala vida, echò mano del, retirándole à una carcel, donde acabò con su vida.

Esta fue la causa porque no siguió su dictamen desa- tinado Carlos, con que asis- tió por algunos meses en Ma- drid; pero cansado del modo de viuir cortesano, dió buel- ta à los montes de Toledo, donde gozó los primeros aliē- tos de su vida, y donde en este tiempo trató de lograrla en compañía de sus verdade- ros amigos por espacio de vn

año, exercitandose en la ca- ça, ya rondando el monte con sus camaradas, ò ya solo fatigando la selva, dando al- cance al corço fugitivo, habi- tador de la espesura mas ocul- ta. Los dias de fiesta passava en el lugar, ò saltado por apuesta, ò tirado a la barra, cō los labra- dores, exercicio virtuoso de va- liētes, aunq̃ cansado. Los dias de trabajo que no eran de ca- za, se apartava à los lugares comarcanos a tratar con los amigos, seguro de que sus obras eran hijas de sus leales coraçones. En todo este tiem- po no salió de los terminos de los montes, sin que permiti- esse su doliente, si escarnē- tada memoria, la comunica- cion de la Ciudad de To- ledo, hasta que vn día de nues- tra Señora de Agosto, en el qual todo el Reyno se convo- ca para celebrar la Assump- cion de la Virgen en su san- ta Iglesia, le obligaron à en- trar en la Ciudad, en la qual fue festejado de sus amigos, como à recién venido de tan- tos años de ausencia, con que cada vno de por sí, y to- dos juntos celebraron su ve- ni-

nida con virbanas aclamaciones. Asistió Carlos con devoto afecto en la procesion, en que aquel dia sale la Imagen de la Virgen de el Sagrario, quizás pagando en gracias favores no merecidos, por la intercesion de tan Soberana Señora. Muy conforme se hallava Carlos con el nuevo modo de su vida; pero ni sus años prometian permanecer en su determinacion, ni su espiritu alegre assegurava duracion en el empeño. Aquel dia acaso dió buelta a las naves de el Templo, donde en devota confusion de asistencia, se esmerava lo rico, en competencia de el aliño de las damas de Toledo. Entre la confusa turba de hermosuras Toledanas, se encontró el incauto Carlos con los ojos de la antigua Doña Beatriz, principio de sus trabajos, ocasionados de su necia correspondencia; hallóla en habito de viuda, que segun supo de sus amigos, no le duró el matrimonio mas de dos años: desgracia merecida a ingratitude tan notoria; pero como el cariño renace como el Fenix,

porque lo que bien se quiso, cobra vida de entre las cenizas muertas del olvido. No se atrevió Carlos a hazer experiencias del valor, repitiendo nuevos golpes de la vista, por no caer en despeño en el peligro de vnos ojos, por quien vntiempo vivia. Retiróse Carlos temeroso, porque algo, quando no todo, escarmientan los trabajos a los apasionados del vicio. No fue así en Doña Beatriz, la qual, como mugervelcidosa, se le olvidaron las ofensas que avia hecho a Carlos, quedando solo en la memoria las fazones con que la hazia de los passados carinos, formado su amor propio quexa de Carlos, cō q quando se devió reconocer ingrata, cargó a su galán la partida de poco amante. O descomocimiento infame, que forma materia de cargo ageno, lo que devia avergonçarse siendo proprio!

Aunque se acabò el cōcurso de aquel dia, no feneciò en Doña Beatriz el imprudente enfado de que Carlos no la asistiese atento, porq el mayor disgusto del ingrato, es el

prudente acuerdo de no hazer caso de sus malos terminos. Esta fue la razon, porq̃ Carlos procurava barajar los encuētros, q̃ le podian empeñar en hablar à D. Beatriz, tanto, que sus amigos le tachavan de impertinente; pero como no entendian la causa, se les podia perdonar. Estos temores de Carlos parece q̃ con su retiro ocasionava a D. Beatriz, à q̃ asistiēse à todos los concursos, por si acaso topava ocasiō en que despicarse; pero como Carlos temia prudētēmente, adiuvava el intento de la ingrata dama, con que con su retiro frustrava sus intentos; pero como la diligēcia es madre del hallazgo pretēdido, siendo los concursos muchos à q̃ los amigos de Carlos le llevaban, fue fuerza encontrar el dia de san Bartolomē con lance à q̃ no se pudo negar, porq̃ es festividad q̃ se celebra en la Vega à la vocacion del Tēplo de los Religiosos de san Frācisco de Paula, q̃ siendo en Agosto, à titulo de tomar el fresco, se dice q̃ se vā à ganar el Jubileo. El Sol se avia ausentado quando Carlos con sus amigos, ba-

xaron en vn coche à gozar de la frescura del ayre, refrigerado del rio. Dexaron el passeio de las celebradas azudas, pero no alexarse de la vega, donde cōcurria lo luzido de Toledo. Hizieron su viage àzia el rio, arrimados à las rāpias del santo Christo. Iba Carlos alegrissimo, gozando de la viueza de chistis, q̃ las damas, q̃ tan celebradas son en España por sus repentinos donayres, dezian; pero aunq̃ via la armonia de gustosos juguetes q̃ aplaudian sus camaradas, no obstante cō melancolia modestia, atendia sin cuidado à todo, llevandole mas la cōversacion de sus amigos, q̃ el gustoso desenfado de el femineo rebozo; pero como todas le conociā, todas, como à reciēvenido, le procuravan pellizcar el gusto, à q̃ Carlos respōdia de passo, sin dar lugar a segundō lace. Asirodo el coche hasta llegar a las orillas del rio, dōde parò debaxo de unos arboles, q̃ al movimiento del ayre fresco, comunicavan deleytosa su estācia, à q̃ se llegaron dos mugeres rapadas cō los mātos, q̃ se sentaron al pie de vno de aquellos arboles,

les, haziendo frète al estrivo dō iba Carlos, à quiē procurarō obligar à q̄ travasē conversacion; pero como el gusto es el que haze el plato, y no la vianda; por mas q̄ le dixerō, no le sacarō mas razones, q̄ las medidas a la vrbanidad corte sana, de q̄ enfadadas las del embozo, se llegarō al coche, preguntando si venia Carlos à Toledo à pretender la plaza de Maestro de Ceremonias de la santa Iglesia; porq̄ segū venia de ministro ajustado a terminos legales de mudas ceremonias, parecia era esta su pretensiō, q̄ si asì era, se explicasse, porque tenian gran valimiento con el señor Arçobispo, cō q̄ facilmente se llevaria la plaza. Picose Carlos, de q̄ le tachassen de encogido (O q̄ de males causi esta vrbanidad defahogada!) con q̄ las respondiò en terminos prohibidos, à quiē trata de apartarse de el vicio. Mis señoras (las dixo) a vn forastero, q̄ ha años q̄ està ausente, se le olvida el language de la tierra, cō q̄ a trueque de no errar torpe, tēgo por mejor el dar à entēder q̄ soy mudo; pero si por ajustado les parezco mal, crean q̄ les devo parecer

bien, porq̄ a vista de la valentia de sus garvos, estoy de parecer, q̄ serè gran pecador, cō q̄ si alguna de vuestras mercedes me quiere, para q̄ la sirva, aquí me tiene muy fuyo. Apenas acabò Carlos con su cortesana adulacion, quādo la vna de las dos reboçadas dixo: Mi compañera me està haziendo señas para que os diga que os apeeis, porq̄ os quiere hablar al alma. Bien conociò Carlos, q̄ se devia recelar de aquel cuidado, y asì respondiò con el, diziendo, q̄ bien podia hablar en publico, porq̄ todos aquellos cavalleros cō quiē venia, eran amigos de quien se podia fiar todo; pero quisiera materia de mas espacio, q̄ le dixessen su casa, q̄ el empeñava su palabra de ir el dia q̄ le señalassen. Esto no (respōdio la dama) bien sēyo q̄ no cūplireis, porq̄ venis de otro parecer del q̄ fuisteis. No harè (dixo Carlos) q̄ estos señores quedará por mi. Ya he dicho (repietió la embozada) que venis de otro parecer, con que importandonos el hablaros, no será bien q̄ perdamos la ocasion que hemos buscado. Apeaos, que nos importa comu-

nicaron vn negocio. Viendo Carlos el aprieto del empeño, pretendió barajar el lance, reduziendolo a chança; pero no le valió, porque los amigos le obligaron a que se apartasse con Doña Beatriz, que rebozada, porque no la conociesse, no quiso hablar palabra, pero viendose ya en la estacada, en lugar apartado de la gente, en el silencio de la noche, no quiso perder el lance por el menoscabo de cobarde, sino tratar de vencer, ò darse por olvidada de Carlos.

No presumais (dixo Doña Beatriz) Carlos, que esta acciõ, por lo que tiene de buscada, que tiene mucho de liniana, sino estimadla por preciosa, por lo que tiene de particular en la fineza, porque buscar vna muger à vn hombre no es mucho, porque de finezas se alimenta el amor; pero buscar vna muger como yo tan leal, à vn hombre como vos tan infiel, tan ingrato, tan vil, tan cobarde, que dexò à su dama cercada de sus enemigos, embuelta en llanto, amenazada de muerte, no puede ser li-

niandad, sino fineza; no veleidad, sino amor, y al fin no tiene sombras de ficcion, sino vuezas de voluntad. Vuestros desayres, ò por mejor dezir, grosserias, que en estos dias aueis obrado conmigo, bien pudieran resfriar el ardor de mi antiguo carino; pero no solo no lo entibiarõ, sino que encendieron mayor llama de la que ocultaua la fria ceniza de la ausencia, con que es obligacion vuestra estimar esta fineza, al passo de vuestra ingratitud, premiando esta constante voluntad, coronada de mi persequado carino al passo de los años de vuestra infame correspondencia. No permanezca, no, en la villania del oluido vuestra obligacion, à luzes de mi ruego; crezca en vos la llama, pues os comunico la materia, que en mi està tan dispuesta; pero si os queréis mostrar villano, sin dar vn aliento de vida à mi consuelo; sabed, que toda soy fuego, que incitado del ayre de mis ansias, leuantaré tal incendio, que acabe con vuestra vida; y si mi llanto amoroso no pudiere anegar vuestra ingra-

ritud, podrán acabar con mi vida en ardientes incendios de voluntad.

Con esta falsa, si bien al parecer bien sentida querella, cesó Doña Beatriz su queja, à tiempo que Carlos suspenso de su determinada ofiada, no sabia como responderla con la decencia devida, pero animado de la razon, acompañado de la verdad, la respondió en esta forma, con mas sentimiento, que palabras.

Si las experiencias no me hubieran hecho maestro en el conocimiento de las engañosas trazas de lo ingrato, fácil fuera, mi señora, aver caido esta noche en el tropiezo de vuestro fingido llanto; pero la experiencia de vuestro ingrato proceder me ha abierto los ojos, para que no caiga en el peligroso lance de creerlos, quando à vuestra correspondencia deno el conocimiento de la senda, por adonde he podido olvidaros. Si à vos os dà el conocimiento de mi buen trato aliento para obligarme, à mi vuestro ingrato termino me dà valor para dexiros que busqueis amor menos espada-

chin, con calidades de mas necio, porque ni he olvidado el valor que heredè de mis padres, ni menos he perdido el conocimiento de vuestra ingrata voluntad, con que en breues palabras os he dicho la verdad de vuestro amor, con algo del sentimiento con que os he oido hasta aora.

Quiso Carlos bolver la espalda, y dexarla (porque vna ingratitud haze villano al mas cortès) pero reparò, que ò la rabia, ò la vergonçosa cõgoja, ò la inventiva de vna muger pretendiente la avia ocasionado vn desmayo, llamò la criada, la qual con vn breve rocio del agua la hizo cobrar su aliento, retirando el llanto, que diò à entender con ansiosos suspiros. Retiròse Carlos, temiendo la asistencia de la peligrosa bateria, rezelandose, mas de si lastimado, que combatido de su dama, pretendiente de su correspondencia; porque no ay mayor enemigo que vn pecho tierno, quando le combaten memorias de vn amor antiguo. Entrò Carlos en el coche, donde le aguardavan sus ami-

gos para darle bexamen, ò brega por averse estado con vna dama; que le buscava en tan larga conversacion, siendo, que desde que avia venido a Toledo, no permitia tan gran desahogo, porque hazia alarde de recoleto. A que respondió Carlos con jocosó desbarazo, diziendo, q̃ no se admirassen, porq̃ por forastero, ò ya por Aldeano, q̃ era fruta nueva, que podia ser apetecida de alguna golosa Toledana, ordinario agasajo de la fortuna, que al que menos lo agencia, le regala; con esta chança llegaron a la posada de la cárcel de Corte, donde se quedó Carlos, rumiando cuidadoso el lance que con Doña Beatriz le avia sucedido, porque se debe cuidar, y aún temer de vna muger despreciada, porque engendra rayos para abortar en monstruosas venganças.

Algunos dias, despues deste lance, se detuvo Carlos en la Ciudad, sin dar cuenta a sus amigos de lo que le avia sucedido con Doña Beatriz, porque el silencio en los encuentros del mar de la fortuna,

es el timon de la seguridad en el naufragio. Despaçò lo mas aprisa que pudo, con que se bolvió a su primitivo Solar; pero no pudo lograr su intento, porque vn amigo suyo, à quien en Toledo tenia obligacion, no permitió que gozasse el descanso de la Aldea, puesle escribió con todo aprieto, que viniese luego, porque le importava su crédito, à que fue fuerza dar buelta a Toledo Carlos, donde con la mano que tenia en la Ciudad, procurò ajustar lo que venia, que no fue tan facil, que dexasse de detenerse muchos dias, en los quales peligrava su vida por la sangrienta assechança del corage de Doña Beatriz, la qual con empeño vengativo hazia toda diligencia por derramar la sangre con la vida de su antiguo galan, para cuya execucion se valió de vn asesino, obligandole al delito con trecientos reales de a ocho de prendas, siendo seiscientos los que prometia, à quien le diessse la muerte a Carlos, el qual no se descuidava, pues sabiamuy bien que

la vengança de vna muger despreciada es tan cierta como la misma muerte, buena experiencia tenia en si mesmo con Doña Inès en Zaragoza, no obstante era fuerça acudir al empeño de su amistad, por quien los pechos nobles menosprecian peligros; pero en medio del que Carlos temia de la asfechança de Doña Beatriz, velava sobre su vida con cuydado; pero no fuera bastante a librarle, si Dios no le socorriera por medio del mismo asfesino, el qual picado de hombre agradecido, a la buena diligencia de Carlos, que a costa de su dinero, y agencia, le auia sacado en vna ocasion de la carcel, quiso Dios que en esta ocasion se le antojasse pagarle la obligacion que le tenia, con avisarle el empeño del mal coraçon de Doña Beatriz, que porque le quitasse la vida le auia dado en prendas de seiscientos, trecientos reales de a ocho, agradecioselo Carlos, admirado de que se hallasse en el pecho

de vn ruin hombre, la nobleza de agradecido, quando en el coraçon de su dama noble,preciada de amante, viaua el odio tan sangriento, que olvidava todo lo que le podia embarazar para la vengança: trataron entre los dos la traza que se podia dar, para que se entretuviesse a Doña Beatriz con buen modo, hasta que diesse lugar el negocio en que estava para ausentarse de Toledo, con que se enfriaria el corage vengativo de Doña Beatriz. En este estado quedò la seguridad de la vida de Carlos; pero estava tan mal afiançado como en la constancia de vn vil hombre, y en la dilacion de vna muger vengativa. No obstante fue fuerça asistir Carlos algunos dias en Toledo, en los quales sucediò, que por indicios de vna muerte echò mano la justicia del asfesino, à quien Doña Beatriz tenia pagado parte del precio que tenia prometido, porque le quitassen la vida a Carlos; los indicios eran grandes, la opinion de hombre ruin

era mayor, con que le pusieron a question de tormento, en el qual confesò lo hecho, y por hazer. Entre los delitos que confesò, fue aver recibido de Doña Beatriz trecientos reales de a ocho, en prendas de los seiscientos, porque le quitasse la vida à Carlos, que no tuvo efecto, porque le tenia obligaciones à Carlos, a quien avisò la intencion de la vengativa dama. El Corregidor viendolo que resultava de la confesion del delinquente, embiò a llamar a Carlos para prevenirle de cuydado de las asechanças de su enemiga. Bien podian hazerla vna causa muy enfadosa; pero la prudencia del Corregidor, cò la nobleza de Carlos, ajustaron, que no se hablasse en ello. Al asesino le ajusticiaron, el Corregidor diò traça como entendiesse Doña Beatriz, como ante la justicia estava comprobada su intenció vengativa, para que vnavez conocida, se retirasse del sangriento intento; pero era tal su vengativo corage, que a un que el aviso del Corregidor obligava a ceder de su ingrato

enojo, no se retirò de su pretensió, antes agenciò nuevos medios para acabar con la vida de Carlos. El de que hechò mano fue de vna mala muger, a quien el demonio traía engañada, assegurandola, q con el pacto de su infame amistad le obedecerian los elementos, con que seria venerada de los hombres. Esta vil criatura, infame alhaja de lo racional, tomò por su cuenta dar muerte à Carlos, hizose en contradizco con el, en fazon, que con otros amigos salia por el puente de san Martin àzia el Convento de los Capuchinos. Trabajò conversacion, à que se siguiò la peticion de merèdar, contentaronla con vn poco de dulce, que acaço vno de ellos llevaba en los bolsillos, a que en retorno, la vil muger, les diò vnos clavos de alcorça, haziendo grãde fuerça, a que los comiesse Carlos, el qual, como andava con cuydado, respondiò, que aquel regalo no era para golosina, sino para guardarlo por favor, arrimandole al pecho, donde se conservauan los alhagos del cariño. Con esto se dividieron, que:

quedando Carlos persuadiendo a sus amigos a que echasen a mal aquellas alcorças, porque el dueño no era conocido, que vn manto solia cubrir en poblado fieras sangrientas del campo; llo así se hizo, pero a costa de vna vaya que le dieron a Carlos, mostrándole de medroso, a que respondia, que él, como acuchillado, prevenia los lances a los que no sabian: no le valió a Carlos la solución, porque como moços, sin experiencia, no le dexaron de apretar, hasta que llegó la hora de irse cada vno para su casa. En la suya halló Carlos carta de su tío; en que le mandava que procurasse abreviar, porque le avia menester en Madrid; harto lo deseava Carlos, pero no fue posible en aquellos ocho dias, en que acabó de dar final negocio de su amigo, con que a toda prisa mandó a Andrés que le hiziese la maleta, púsole Andrés por execucion, pero al tiempo de alçar de sobre vn bufete vn poco de ropa, halló vn papel doblado, preguntó a su amo, si era cosa que importa-

ua; no se acordava Carlos que aquel papel era el donde avia embuelto los clavos de alcorça, con que los avian regalado las tapadas, y así le dixo a Andrés: veamos que cosa es, alcançole Andrés, abrio le Carlos, y halló, que todos los clavos se avian convertido en horribles gusanos, cubiertos de pelo todo el lomo. Quedó Carlos asombrado, dando gracias a Dios de las mercedes que le avia hechos, y porque no le sucediese algun azar a alguno de sus amigos, los fue a buscar para que escarmentassen con la experiencia milagrosa, hallolos en la Iglesia Mayor, preguntárle, quando era la jornada, respondió Carlos, que ya huviera sido, sino necesitara de hablarlos. Paraquè, preguntárle respondió Carlos, para mostraros este papel con estos horribles gusanos: he aqui amigos en lo que se ha buuelto la mercaderia de los clavos de alcorça, que el otro día feriamos junto a los Capuchinos, si alguno de vuestras mercedes ha sido goloso, mire por si, que le importa. Vno dellos sa-

cò del bolsillo vn papel, diciẽdo, los mios aqui estàn, q̃ desembolviendole hallarõ las mismas sabandijas; la propria diligencia hizieron los demas en sus casafas, y todos reconocieron, que a no ser la experiencia de Carlos, huvieran peligrado sus vidas, por cuya causa, abiosos, procuraron saber quien podia ser dueño de tan gran maldad, pero como el manto con cuydado, es mas obscuro ceño que el de vna densa nube, que aborta rayos, no pudieron dar alcance al autora de tan gran delito; solo Carlos, como tenia tantos fundamentos, pudo conocer el arco de adonde se disparò la flecha, para cuyo reparo procurò poner tierra en medio; porque vn enemigo cobarde con entrañas de vengança, no ay fuerça para vencerle, como dexarle.

Vinose Carlos a Madrid, donde fue bien recibido de su tio, el qual le mandò que asistiessse al pleyto de vn preso algo pariente suyo, que estava preso en la carcel de Corte, por indicios de vna muerte, con bastante prueba de vna

resistencia, con que no tuvo Carlos lugar de descansar, pero al noble coraçon bien hechor, el hazer bien es descanso. Al punto se fue Carlos a la carcel, donde se informò del preso, ajustandose a la verdad del hecho, porque aunque esta se aya de ocultar, es bien saberla, para encaminarla defensa, la qual previniendo al Procurador, al Escrivano, con medicinales confortativos del Potosi, con que se hazen milagros en lo criminal, se puso el pleyto de mejor color, assegurando la esperança del buen sucesso. Con esta diligencia diò buelta a la carcel, donde hallò a Don Antonio (que este era el nombre del pariente) en compaña de vn guapo, con calidades de inocente, aunque en possesion de valerosos brios, adornavase de sombrero, color de perla, vestido de color, balona caída, colector lar go, cabos pagizos, çapatos azabalados, algo cargado de espaldas, con vigote que le hablava al oido, vn par de grillos le aprisionava, y la cara toda bañada en sangre, oca-

ñonado de muy gentiles aruños con que le avia señalado. A este tal tagarote de lo bravo, le procurava domesticar D. Antonio, tratando de suavizar ciertas puñadas, que en tropa de aquellos aruños le avia comunicado vn cuñado suyo, el qual sin averle escrito, ni avisado, de q̃ le queria hazer merced, le cogió de repente, con q̃ le puso de aquel modo, porque como el estava preso cō los grillos, y el cuñado (aunq̃ detenido en la carcel) sin ellos, pudo a su salvo maltratarle. Como la sangre dava señas del mal trato, y los aruños mortificavā la cara del valiēte, estava furioso; pero la discreciō de D. Antonio, reconociendo el sugeto, dispuso la materia de modo, q̃ el tal temerō se diō por satisfecho, porq̃ le dixerō, q̃ su cuñado tenia señalado los dedos de su mano por dos, ò tres partes en su cara, con q̃ se sosegò el duelo, porq̃ los aruños (dezian) eran heridas de mugercilla rabiosa, q̃ a traicion se vale de las armas de sus vñas: y aunq̃ iba, y bolvia con el puño cerrado; pero todo ello no obligava al

duelo a vn hombre entēdido, y de valor. Bastantes fuerō estas razones para solegar la colera del valiente melenudo, el qual se labò la cara con vino, à buelta de las tripas con biscochos, con q̃ por entōces se acabò el enojo, aunq̃ para en futuro le amenazò de muerte. Aunq̃ Carlos atendió al horrible aspecto del valiēte, no sabia el caso, y así procurò, q̃ D. Antonio se lo dixesse; hizo lo D. Antonio, procurando minorar el disgusto, por no avivar el duelo; pero no le pareció al bravo bien la narraciō de D. Antonio, con q̃ porquē no quedasse (a su parecer) algun imaginado escrúpulo del duelo, rompiò por todo, diciendo:

Vē mi amo, como nunca ha passeado el arrenal de Sevilla, ni cursado el corral de los naranjos, dōde se lee Catedra de duelo; aunq̃ tiene valor, no acaba de dar el pūto al enfado, y así, porq̃ estos cavalleros no queden con escrúpulo, lo dirē en dos palabras. Vaya, pues, dixerō todos. Mi cuñado (profigiò el temeron) me diò con puño cerrado; llenēle la cara

de dedos cō mi mano pecado-
ra; este es el caso, en q̄ no he-
mos de hablar mas. Todos al
punto le conocieron al hōbre
por su laconica relacion; por
cuya causa Carlos, como curio-
so imaginativo, quiso saber
por q̄ estava enjaulado aquel
inocēte bruto; determinōse à
preguntarle la causa de su pri-
sion, para cuyo efecto, sin cō-
sultarlo, le encarō afable con
media risa, diciendole: los tra-
bajos, señor, son muy amar-
gos, pero sabrosos, quando se
haze memoria dellos, despues
que passan, y nunca dà Dios
grandes afanes, sino es a cora-
çones q̄ los puedē llevar; v. m.
mi amo, le cōsidero con gesto
de aver sobrellevado pesados
golpes de fortuna, con q̄ lle-
go à discursir, que le ha dado
Dios a v. m. valor para q̄ con-
brioto desahogo aya podido
vēcer lo agrio de la desgracia;
suplicōle, q̄ sino lo ha por eno-
jo, nos haga gusto de cōtarnos
algo de lo mucho de lo esca-
bioso q̄ la fortuna comunica à
los hōbres de valor, para que
nōs consolemos en nuestras
desgracias, considerando el
brioso aliento q̄ v. m. ha teni-

do en el discurso de su traba-
josa vida. A todo esto estuvo
el bravo reparado en la perso-
na de Carlos, en la qual hallò
buen arte con modestia, q̄ to-
dos los circunstantes se con-
formavan con su gusto, con q̄
se obligò a condescender con
su pretension; pero a este tiem-
po llegò la comida, con q̄ no
pudo satisfacer el deseo de
los camaradas; pero prometì
hazer a la tarde larga relacion
de su mala fortuna; quiso se-
ir, pero no le dexaron, cō que
se quedò a comer, donde le
dexaremos.

CAPITULO XX.

*Dà cuenta el bravo de los va-
rios accidentes de su vida.*

Levantōse la mesa, dieron
agua manos, fueronse los
criados a comer, con q̄ queda-
rō solos los tres, D. Antonio,
Carlos, y el valenton mondā-
dose los dientes, q̄ es el postre
de mas largo entretenimiēto
q̄ se ha inventado. Acudieron
los que estavan combidados, q̄
reconocido por el bravo, tras
levantar se el vigote, igualan-
dose en la silla, dixo así:

No quisiera molestar a vues-
tras mercedes por largo, con q̄

con

con brevedad darè passo a todos los accidentes de mi vida, deteniéndome solo en lo esencial. Mi patria es Gibráleon, mis padres pobres ; pero honrados. Mi padre fue gran soldado, pero loco; mi madre hermosa; pero necia; pasó triste vida con la locura de mi padre, q̄ tocava en demasia de zelosa. Fuymos quatro hermanos, pero solo yo valí, a quié dexò mi padre por su muerte, de veinte años ; el viage a la otra vida de mi padre, fue muy apresurado, q̄ vna bala gruesa del enemigo le llevó en vn galeon del Rey, con q̄ no nos pudo dexar caudal con q̄ pasar la vida, conforme a la vanidad de su deseo. Con la muerte de mi padre quedè solo, cargado de obligaciones, sin saber como dar abasto à mi casa, con q̄ tomè por expediente vender las pocas alhajas q̄ tenia, y transplantarme en Sevilla, dõde caí la sombra de vn amigo de mi padre pudiesse grãgear el sustento de mi madre, y hermanas. Como lo pensè, así lo puse por obra ; pero vime en Sevilla en grande aprieto, por q̄ aunque en el gran charco de los pezes campan, no ob-

stante, como era bozal campador, no podia dar vn passo, y mas faltandome al mejor tiempo la persona, en quien tenia afiançado mi amparo; pero aũ q̄ me vi en el golfo de mayores dificultades, no desmayò mi coraçon, antes a fuerça del valor heredado de mi padre, determinè no darme por vencido, con q̄ sièdo mi valor la alhaja, q̄ solo me avia quedado, me valí della, desesperado de poder hallar otro camino decente por donde alcançar mi pretension. Todo mi manejo de grangeria era en este tièpo entre los bravos del arenal, y puerta de Triana; pero como de aqui no se sacava mas q̄ comer, no me aficiòne à la mercaderia, con q̄ trate de rondar los ministros mayores de la Aduana, cõ quien me procurè introducir, por si acaso podia valer por mi pluma; pero fue en valde, por q̄ donde no ay favor, nĩ potencia, la diligencia no se logra. En esta suspension de fortuna estava mi cuydado, quando vn dia, que lleguè a la Aduana, reparè, en q̄ vn Capitán, al parecer, muy preciado de valiente, atropellava de palabra a vn ministro del Rey, de

venerables canas; entrème de por medio, procurand , moderar al Capitán, pero no fue posible; porq̃ como llevana quatro camaradas de respeto, juzgò que todos se agallinarian; dexò la pendencia de el vicio por travarla conmigo, que no deseava otra cosa, pues sin aguardar a segundo lance; arranquè la espada a tiempo q̃ me acometieron todos cinco; pero con muy buen ayre cogi la punta de vno de mis cótrarios, y sin permitirle reparo, le descalabrè con cinco puntos; ya en este tiempo la justicia, ayudada de las guardas de la Aduana, usava de su jurisdiccion, asiendo a vnos, y ahuyenando à otros. Y como conocieron, q̃ yo hazia las partes del ministro del Rey, defendiendole de aquella tropa, aunq̃ el vno estava herido de mi mano, le llevaron à la carcel en compaña del Capitan, dexandome a mi en la Aduana, donde mi venerable ministro del Rey me diò las gracias de su defensa, ofreciendose me, y aun pidiendome quisièsse asistirle en su ministerio, q̃ el me prometia de disponerlo de manera, que se lograsse su buena voluntad de

hazermè merced. No deseava yo otra cosa, cò que admiti el embite, echando todo el resto, ofreciendo servir al Rey con toda fidelidad. Cò mi apacible respuesta quedò mi venerable ministro muy alegre, satisfecho de q̃ me quedava à servir; pero si el quedò satisfecho, yo pagado, pues dètro de quatro dias me vi con vn honrado oficio en la Aduana, no sin embidia de muchos q̃ avian servido; pero no cò tanta fortuna como yo, q̃ al punto tomè posesion, que como se supo luego mi fortuna, me ròdaron la puerta los valientes, de manera, q̃ no hubo crudo, temeron, que dexasse de visitarme, dandome todos la norabuena del oficio, embuelta con el buen sucesso de las cuchilladas, admiti a todos con toda vrbanidad, y còrtesia, procurando mostrarme mas humilde, quando me alababan de valiente, porque mas hablan las obras, que las palabras.

Con esto cobrè opinion de valiente; y de cortès, por cuya causa quisieron embaynar mi voluntad las marcas de la Ciudad; muchas dellas vinieron a

la Aduana a hazerme cocos: pero como yo no tratava de más que de mi ministerio, no hazia caso, con que se dieron al diablo, el qual no dormia, pues me tentò con vna moçuela de buê arte, q̃ cada dia me hazia el brindis en la plaça con su fruta; no me parecia a mi mal el ogeo, pero acobardavanme mi poco caudal, junto cō mis obligaciones, porq̃ a quien estas no rindē, ò es loco, ò no es hórado. Divertia el intēto con la chāça, dissimulava el ahogo cō la risa, hasta que viendo la moçuela el poco caso q̃ yo hazia de su garvo, tratò de obligarme con mas claridad, pues tan mal la iba con lo oculto; agradecila el defahogo, pagādola en la misma moneda tan clara, como la verdad q̃ la dixē, manifestandola mi obligaciō, que cargava sobre los cuidados de mi cuidadosa agēcia. Picosē la agri dulce moçuela, y como si fueramuy grāde, aseō mi cortedad en el tribunal de su amor: pues amor mio (me respōdiò cō imperio) pēlava vueñarced q̃ le buscava por rico? pues engañase, por q̃ le advierto q̃ vale mi tienda

con mi cara, mas de lo q̃ pēta, q̃ aquērer yo poner en precio el gusto de la persona, muchos ay en gradas, con muchos mil ducados, q̃ se tuvierā por muy dichosos, q̃ admitiessē yo sus doblas de dos caras, por esta q̃ v.m. aqui vè entre el manoseo de la fruta; no mi señor, no le quiero para q̃ gaste su haziēda cōmigo, quierole para servirle, que a ley de muger de buen gusto, q̃ me trae a mal traer esta alma pecadora, trabucado el gusto, y bazucado el coraçō. Alēto me el defahogo de la moçuela, cō q̃ al punto nos dimos el *fi* de la volūtad, con el *no sē que* del amor. Retireme por entonces, por no dar q̃ dezir a la malicia, y juntamente por acudir a mi exercicio. Supela casa de mis amores, fruta nueva de huesso dulce, buquelael en cerrādola noche; hallela tā biē prevenida, como el cuydado de su dueño lo auia trazado: viuia con su madre vieja, y ciega sera casada con vn hombre de mar de la carrera de Indias, q̃ auia seis años, que ligado del amor de vna mula, se detenia en Cartagena. Socorria todos los

años en los Galeones à su muger, porque se olvidasse de executarle por la buelta; pero mi Iuana (que esta era su gracia) no cuydava de quererle de zelos, porque no la hazia falta, pues estava en vn lugar, que abundava de marineros de el mar de amor, que macean las velas del gusto a mejor rumbo, que en el Cabo de buena Esperança; vno de ellos fuy yo para su vicioso empleo, afinandose tanto con el trato, que ya aquello no parecia amor, sino locura, pues por darme gusto, parece que olvidava el gobierno de su trato. Toda su atencion era el lucimiento de mi persona, el regalo de mi casa; y lo peor de el caso era, que sin que yo lo entendiese, asistia al abasto insaciable de la golosina de mis hermanas, que fueron sanguijuelas de su dinero, polillas de su caudal, y estrago de su hazienda. Como Iuana no me decia nada, mis hermanas todo lo ocultavan, algo que alcançava a ver, juzgava que era muchacherria; pero la experiencia, que es gran mae-

tra, me mostrò, que como Iuana vivia enamorada, no reparava en la estafa de mis hermanas, y menos, en que faltandolas el pecho, avian de llorar por el, procurando que no les faltasse el pasto, que si este fenecia, formarian tales embustes, que acabarian con la vida de los dos, assi fue ello, pues llegando yo a entender los excesivos gastos que hazia Iuana con mis hermanas, procurè poner remedio en ello, aseando a mis hermanas la amistad con la frutera mi amiga; y a Iuana la obligue con la amigable razon, à que no diese que dezir con la asistencia de mi casa. Duramente lo llevaron mis hermanas; pero la vanidad las hizo callar. Iuana, como el gasto era excesivo, aunque repugnò al principio, diòse por obligada a mi atencion, con que se ajustò la materia, con pesar de mis hermanas, aunque en lo publico satisfechas.

En esta altura me via regalado de las finezas de Iuana, con la propiedad de las conveniencias de mi oficio.

causas todas para ser embi-
diado de todos los bravos,
aunque ninguno dellos se atre-
via à hazer cara al empleo de
mi gusto. Assi passè algun ti-
po, hasta que vno dellos, ò
por mas atrevido, ò porque
hallò mas lugar en el agrado
de Iuana, a escusasmias la ga-
lanteava, de que ella no pare-
ce que gustava poco de ver-
se røndar del, a quien todos
rendian la espada por valien-
te. Mis hermanas, como las fal-
tava la asistencia de Iuana,
rabiavan (a titulo de zelotas
Christianas) por alborotar el
boliche de nuestra amistad;
pero no acabaua de dar en la
conjuntura, hallaronla por el
acaso que dirè.

Avia en la plaça vna ten-
dera de especeria, que se
burlava conmigo todas las ve-
zes que por alli passava, aunque
se picava de el gusto con vn
bravo, temeron de la manga
ancha, el pado de torrear, con
mashierro de guarnicion que
vna herreria en Vizcaya, el
qual diò en zelar a su daifa,
de mi parla, por cuya causa la
diò vn dia no sè què tornisco-
nes, con que al otro dia que

por alli passè, me dixo la tal
cominera: En verdad, mi Rey,
que ya me questa caro su con-
versacion de vuestra merced,
con que parece que quiere
ter algo, pues entra con san-
gre: mi cuyo me hà visto par-
lar con vuestra merced, de que
resultò, que yendo al puesto
senalado de nuestro gusto, me
barajò la cara a bofetadas con
el cuerpo a puntapiés: ofensa,
que a parecerle yo biè a vues-
tra merced, vengara mi agra-
vio, aporreando a este picaro
gallina fantaron, que solo tie-
ne manos còtra vna debil mu-
ger cortadas se las vea yo en
la plaça de San Francisco, ta-
caño, ruin. Las lagrimas rema-
taron la deprecacion de la
especiera, que ponderado de
mi tierno coraçon, la procurè
còsolar, assegurandola de vè-
gar su duelo; pero que advir-
tiesse, que no le conocia, que
me le diese la conocer, q̃ veria
como quedava satisfecha: No
ferà vuestra merced hòbre (es-
pondiò la cominera) sino An-
gel de mi guarda, q̃ anyenra
de mi alma al demonio; ven-
dame vuestra merced de elle
picaño gallinazo, y hagalo

que quisiere de mi, y de mi ha-
zienda; oy pásò por aqui muy
guapo, y me dixo: Oye ella,
señora, como quien se le olvi-
da de ir al puesto esta tarde, q̃
por vida desta cara de Abin-
darraez, q̃ fino vâ, que lo pa-
gue todo junto. Temole, por-
que es vn defalmado, con que
serà fuerça ir; pero si vuèssa
merced quiere verle para vè-
garme; en Cal de Cocheròs
tengo vna amiga, donde nos
vemos; à las tres en punto sal-
drè de aquí, con que podrá
v.m. seguirme; y por mi quen-
ta quedará el darle a conocer
à v.m. este vergante; aunque
yo no pretendia empenarme;
como la especiera moria por
venigarfe, fue tanto lo que me
supo dezir, q̃ fue fuerça darla
palabra de que iria; porq̃ vna
muger de buena cara, aunque
sea humilde, tiene imperio so-
bre todo.

Aparième del puesto, fui-
me a despachar a mi oficio, de
adonde salí à las dos; comi de
prioua, prevenime de vn cole-
to (porq̃ no fiarse de si solo, es
grã cordura) con q̃ salí en bus-
ca de mi cominera; q̃ el demo-
nio, q̃ no duerme, me la depa-

rò en el portal de su casa; po-
niendose el manto, la qual assi
como me viò pùtial, partiò de
carrera, en cuyo alcance fui
hasta llegar a la señalada casa.
Aguardeme en vna esquina;
por si acalo avia llegado el te-
meron; pero sacome de cuyda-
do la dueña de la casa, q̃ salí ò
a hazerme vna seña, assegurar-
dome, q̃ estava dentro; cò que
viendome ya obligado al em-
peño, me entrè de ròdon en el
puesto, donde hallè al bravo
galàn de su dai fa, la qual za-
hareña, ò disgustada, divertia
cò de sayres los alhagos. Aquí
entrè yo, q̃ sin aguardar a lan-
ces de palabras, arranque de la
tizona, diziendole, q̃ li era pa-
ra ello, q̃ tomasse la suya, porq̃
supièsse, como avia de obrar,
y no braveasse tanto con vna
pobre muger, cò quien yo no
tenia mas que vna chança; de
aquí avia resultado, el que por
sola esta causa la huviesse mal-
tratado. Nò me respondió pa-
labra; vile medroso, q̃ aunque
tenia la espada al lado, no hi-
zo movimiento, con q̃ me en-
fadè de ver vn valiente me le-
mudo; cargado de hierro
viejo sin atreverse à defender
su

su empeño; levante la espada, con q̄ le di quatro cintarazos por aquella cabeça, q̄ le hizierō despertar del medroso pafmo, y apretando a correr a carrera abierta, q̄ aora pienso q̄ corre. Esta faccion se hizo sin ruido, porque èl no chistò, ni ellas dieron voces; lo q̄ èl hizo, fue correr, bien mortificado de los latigazos, y mi cominera que dò muy vfana, aq̄ temerosa, de q̄ bolvielle a tomar satisfacion; pero yo la aseguré de q̄ no tenia q̄ temer, porq̄ era muy de la vādera de la paz, sin querer embarazar en peligro de la guerra. Satisfecha de su seguridad cō mis razones, tratò de q̄ nó me fuese, combidandome a mercedar, con lo q̄ estava dispuesto para regalar a su bravo galān, q̄ encuriò la bola. Procurè escusarme cō el empeño de mi Luana, junto con la ocupacion de mi asistēcia en la Aduana; pero no fue admitida la disculpas, con q̄ fue fuerza el gustar de todo el matalotage, perdiendo solo a vn jarrol de media arroba de vino del puerro de Santa Maria, por q̄ hasta aquel tiēpo nunca le avia hecho la

venia al Dios Baco. Solemnizose la fiesta a todo ruedo, hasta q̄ la noche nos obligò a salir de la estacada. Acòpa nē la cominera hasta su posada, de la qual di buelta a la mia, donde me aguardavan mi madre, y hermanas muy afustadas, de q̄ las avia dicho vn amigo mio estudiante, que vn bravo de la puerta de Macarena le avia dicho, q̄ avia tenido vn encuentro, q̄ juzgava me dexaria mal herido. Reime de el modo de zureir la cobardia. Dexè a mi gente, puseme a mirar vnos papeles; pero apenas tomè la pluma, quando llamaron a la puerta; hize que abriesen; subió mi amigo el estudiante, acompañado de vn Alguazil, q̄ era nuestro camarada. Contaronme como Iuan Sanchez Moreno, se avia alabado, de q̄ me dexava herido, con q̄ fue fuerza darles satisfaciō, relatandoles todo el successo. Riōse mucho del caso mi Licēcia-do, que se preciava de poeta, hizo vn soneto de bñ gusto, para que se publicasse por Sevilla. Es muy particular, y por esso le ebtome de a la memoria. Oigāle vueſſas mercedes,

O linax de valient, gente maldit,

Que aborrez la luz, y puer abiert,

Y Sol con la noche en lo encubiert

Relumbr, con el espad en lo escondit,

Diz à la gent, que todo es valentit,

Y que la mala lengue nunca aciert:

Pero un valient, de ver llegò à la puert,

Dende con la moquel està à la brit,

Tiròle un ladrillat el matalot,

Acudiendole apris con un moquet,

Y si el vezin no acudid, allí le mat,

Sacò el valient con sangr todo el cogot,

Y apretant las plant del solet

No la pudo decir, à Diu quedat.

El gusto del soneto se viò con gran solemnidad, hizierse muchos traslados para echállos por Sevilla; el caso se hizo tan publico, que el tal valiente Juan Sanchez Moreno, temeroso de mis mannos, ò avergonçado de su gallineria, no se atrevia a parecer, buscandò algun buen medio para vengarse, con que saliese del duelo.

Mis hermanas, como les faltava el pasto de Iuana, al punto que supieron el lance se fueron a su casa, donde la pin-

taron vna amistad hecha, y derecha, con la cominera, juntando à esto la compassiõ, que la tenian de ver el mal pago que yo la dava a sus finezas: Iuana, que queria de volantad, sin entendimiento, sin reparar en lo que podia resultar, se fue a la tienda de la especeria, a quien a puñadas, à aruños, à bocados, la puso como a vna desdichada, sin dexarla pelo en la cabeça, que no la arrácase. Llenòla de los nombres de las Pascuas, sin perdonarla el mas vil vocablo con

con que desfoga la colera de la plaça. Estarobuelta andava en casa de mi especiera, à tiempo que yo venia a saber como la auia ido aquella noche: oí el ruido de los muchachos, en consonancia de las voces de los apaciguadores, considerè el embarazo, y retirarme, porque no ay mayor cordura que el huir de la colera de vna muger. Procurè informarme de la pendencia, que fue facil, por relacion de vn amigo mio, que asistió a todo el duelo de Iuana, à la qual fui aquella noche a ver, como lo acostumbra las mas; hallèla furiosa, quise meterla a rañar, pero hurtela el cuerpo, procurando entrarla por camino; asseguèla, de que no la auia hecho ofensa a su voluntad, porque al caso vino rodado, sin genero de cuydado: dixela, de manera mi sentir, que se satisfizo, parando en lagrimas toda la tempestad de truenos, hizela mil alagos, con que quedò mas amartellada que antes.

En este tiempo, como la cominera auia salido de la refriega tan maltratada, como

muger alfin, deseava la vengança, para cuyo efecto se dexò arrullar de Iuan Sanchez Moreno; hizole cara, aunque con aruños, aporreada, llorole vn poco, ò de rabia, ò de dolor, con que los dos se conformaron en tratar de la vengança de su afrenta, para cuya execucion dexaron pasar algunos dias, en los quales Iuan Sanchez Moreno se conchavò con otros dos temerones (gente que solo tratan deste ministerio, que agavillados matan; pero en hallando resistencia huyen) los quales en anocheciendo vn dia se pusieron en vna esquina de la calle de mi Iuana, por donde era fuerça que yo passàsse para entrar en su casa; aquel dia se me antojò ir averla antes de anohecer, y como su intento era començar por mi, para acabar en Iuana, no se les logrò el intento, pues supieron de vn criado, como yo estava dentro, con que se determinaron començar por Iuana, para que saliendo yo a la defensa acubassén con su pretension: llamaron a grandes golpes a la puerta, acudio Iuana,

la qual fue tan dichosa, que aunque la tiraron vn redondo mazo de uinta, no la alcançò a hajarla, solo de resulta la manchò algo; el espanto de vna muger, es muy natural, siguiendo a el el alarido de la voz, que fue el de Iuana, diciendo: que me han muerto, à cuyo clamor sali con vna alabarda, que acafo encontre, y aunque me procuraron detener, no lo permitiò mi corage; sali a la calle, donde encontrè con tres Sansones, pretendientes de quitarme la vida, pero salioles mal la pretension, porque como la alabarda es arma mas larga que la espada, la qual con las fuerças que yo tenia, sabia jugar con destreza, al primer encuentro, avièndolos cogido en anchura, pidió el vno confession, à cuyo clamor se procuravan retirar los dos que quedaron, pero mi enfado no les diò lugar que fuesse a passos contados, que atendido de su cobardia, soltaron las espadas, y broqueles, con que trataron de escaparse por pies, seguilos vn buen trecho; pero reparando que era locura, porque al

enemigo que huye, la puente de plata; di buelta a casa de Iuana, à quien hallè rebuelta con vn Alguazil, que la queria llevar a la carcel, y como yo no venia para sufrir supercherias de vn Alguazilillo de basura, cogile de vn braço, y encerrole en vn aposento, cerrè la puerta de la calle, escapè por vna puerta falsa a Iuana, para que se retirasse en casa de vna amiga suya, mientras se disponia de lo que auia en casa, que a fuerça de mi diligencia, en menos de vna hora se despojò de todo, sin que quedasse cosa que valiesse vn cornado. Ocupado andava yo en el despojo, quando adverti que llamaban a grandes golpes, reconocí que era la justicia, con que por la puerta falsa me retirè con todo cuydado a la casa donde se retirò Iuana; y juzgando que no estavamos seguros, mudè de hito, fuimonos a casa de vn Alguazil muy mio, que vivia àzia la parte de la heria: la justicia viendo que no le franqueavan las puertas, las rompiò; pero quando pensaron los ministros hallar donde hin

car la vña, reconocieron el despojo de todo, que por la puerta falsa lo auian escapado. Todo lo que fue oro, y plata, entre Iuana, y yo lo retiramos, lo demas que se pudo comboyar, se entrò en vna Iglesia de vna Parroquia, que estava al lado, con que todo quedò a buen recado. No obstante aquella misma noche se disputo con vn Escriuano la materia, de manera, que aunque la justicia supiese donde estava, no podria hazer mella en ello. Toda aquella noche se pasó en asegurar la hazienda, avisando a los mas amigos, para que averiguassen como auian quedado los bravos, de los quales se supo aquella noche que el vno (que era Iuan Sanchez Moreno) estava mortal, dados los Sacramentos; los otros no se sabia quienes eran, aunque se alucinava; pero al otro dia se supo, que Iuan Sanchez auia muerto, que la justicia auia preso a vn compañero suyo, que llamavan el Chato, el qual declaró ser yo el agresor. Con esta declaracion se hizieron

grandes diligencias por pesarme, pero todas en valde, porque estava a buen recado,

Resfriose el ardor de la justicia, con que pude caminar de noche, aunque con harto riesgo; pero el desseo de la libertad, atropellava por todo. Como no auia parte, y la justicia se auia ya informado del hecho, no estava tan criminal cò conmigo, con que di forma de que vna persona de gran autoridad informasse la verdad del suceso al Asistente, de q̄ resultò el folsiego del rigor, dádolo lugar al descargo. En la sumaria huvo muchos testigos q̄ dixeron la verdad; pero el Escriuano no era afecto, con q̄ mi justicia se anublava. Hizose diligencia para q̄ los criados dixessen su dicho, q̄ con algunos vezinos honrados se puso forma en el descargo: profuguiose la causa, la qual dentro de seis meses diò de si lo que auia de dar, informaronse los Iuezes, y con su parecer me presentè en la carcel, donde me tuvieron dos meses, y como no auia parte, por que el muerto era soltero, sin

padre, ni madre, probòse la invasión que hizieron los tres en la casa de Luana, a quien tiraron vn redomazo, que mi salida no fue sino por defender mi vida, de que los tres me querian despojar. Con este descargo, y la buena diligencia de mis amigos, y con vntar el carro de los ministros, me echaron los señores. Luczes la puerta fuera, con vn año de destierro, a voluntad de la Sala; con que mi Luana bolvió con mucha honra a su trato, y nosotros podremos descansar para passar adelante con lo que falta de la relación.

CAPITULO XXI.

Prosigue el brauto con la relación de su vida.

EN este trabajo (prosiguió el valiente) me socorrió con gran fineza vn sobrino de aquel ministro de el Rey, que me amparò al principio que entrè en Sevilla, padre de este bendito mi cuñado jo. Era vn Cavallero muy gallardo, gran Poeta, discreto, galán, valiente, prendas todas que su hijo

ha olvidado. Aviamme cobrado gran afición, por el buen suceso que ambos a dos tuvimos en vn desafio; en que salimos heridos; pero dexando a los contrarios tan mal tratados, que los ayudamos a llegar a vn Convento a solicitar los Sacramentos. No murieron, con que resultò de la pendencia gran amistad entre todos. Esta fue, pues, la causa, por que el padre de mi cuñado me amparò, con que criò en mi vn esclavo; que como tal le servi, procurando pagar, en reconocimientos honrados, la deuda de mayor atención. No me aprovechò poco este mi debido proceder; pues fue causa de que bolvièssse a encajilliar en la Adiana con mi oficio, a fuerça de las diligencias del padre de mi cuñado; porque los nobles pechos se obligan de solo el reconocimiento de la deuda, esta será eterna en mi memoria, aunque me veo mal tratado de su hijo; pero yo hago lo que debo que es lo que me toca. Boly a mi oficio (como he dicho) en que pasè dos años con todo sosiego, regalado de la

amorosa asistencia de mi Luana, hasta que vna mala hembra de Triana, con quien tuve algunos embaraços de passo por variar el gusto, dió en que me avia de apartar del empeño de Luana, valiòse de vnos ministros de justicia, que por hazer causas que les valgan dinero, sueñan delitos, hizieronme vna causa de amancebamiento, fueron testigos mis hermanas, ofendidas de que no les valia como al principio mi galanteo; quisièròme prender, resistime, y aun los descalabrè, con que fue fuerza poner tierra en medio. Vineme à Madrid, donde me sustentè de el nombre de travieso, comiendo en tinelos de señores, a titulo de guapo de mala fortuna. El padre de mi cuñado, a quien yo debí tanto, riñò en esta ocasió con su tío, por cuya causa se saliò de su casa; valiòse de la mia, donde asistiò con su hijo, hasta que le diò el mal de la muerte. Curaronle con grande asistencia mi madre, y hermanas, como si fuera su hijo; al fin murió, dexandome en paga de el servicio que le hizieron mi madre, y her-

manas; esta buena alhaja de su hijo, que se casò por amores con mi hermana la mayor, avisaronme de el casamiento, de que me alegrè ir finito, con q olvide el enfado que tenia cò mi madre, y hermanas, a quien avisè, como tenia comodidad en Madrid para passar decentemente, que era vna comission de Millones que me avia hecho merced vn señor de el Consejo de Hazienda, que si gustavan de venirse a Madrid, que las embiaria dinero para el viage. Quando llegò esta carta à Sevilla, ya mi madre avia muerto, con que mi cuñado viédose sin padre, echado de la gracia de su tío, que que estava tan airado contra el, que podia temer vn mal suceso de su vida, con que se determinò a venir a Madrid con su muger, y sus dos cuñadas, mis hermanas, fundando su esperança de mejor fortuna, en vna prima suya, hija de vna hermana de su padre; avisòme para que le remitiesse dinero, embiele el que pude, bastante para el viage, y aun para vna gala para entrar en Madrid, todo conforme a mi pos-

posibilidad; pero respondióme mi hermana, que la socorriese con mas largueza, porque no se compadecia ser muger de vn tal Cavallero como su marido, hermana de vn Administrador de Millones, para entrar en Madrid con vna ropa de bayeta: que esso no podia ser, porque era razon, que entrasse en tierra no conocida con habito, conforme a su calidad. Con esta vana resolución de mi hermana, fue fuerza empeñarme para embiarla mas dinero, cō que se alhajasse de ropa de seda, capotillos, y otras zarandajas, hijas de la locura de mis hermanas. Avisaronme el dia que salian de Sevilla, para que las saliesse à recibir; hizelo assi, juzgando topalas en Toledo, ò en Morra; pero no fue assi, porque me alarguè hasta cerca de la Mébrilla; donde al tiempo que lleguè, vi que mi cuñado huia de vn mal trapo de vn estudiante, que le pretendia maltratar; apceme, arranque la espada, ladeeme con mi cuñado, el qual reconociendo la defensa, se alborotò tan vilmente, que no cabiamos en el campo con

èl; salió el ventero, que junto con la demás gente que avia en la venta, nos pusieron en paz.

Entrè en la venta, donde quise saber de mis hermanas la causa de aquel desinan, hallélas cada vna por su parte todas arañadas las caras, rotas lastocas, al fin hechas vn arapo, preguntélas el caso; pero ninguna me respondió a proposito, aunque todas lloraban sin èl; quise saberlo de mi cuñado; pero vn buen varon, que acaso se hallò en la venta, el qual viuia de alli dos leguas, en vna Hermita, me dixo: Vuestra merced no cuide de saber la causa del enfado, porque es cosa ridicula, y noterà bien, que vn hombre como v. merced se embirace en vna materia como esta. No, hermano, le respondi, yo lo he defa-ber, y le doy palabra de no enfadarme; pues oiga vuestra merced, me dixo el buen hombre, porque esta es la verdad, y sacandome de la mano fuera de la venta, me dixo: Aqui llegò este coche avrà dos horas, dō- de venian esos dos Cavalleros cō essas señoras, que traian vn

niño en los brazos ; apearonse en esse portal, donde hizieron su rancho; tomó su madre el hijo en los brazos, à quien dixo amorosas locuras; vna dellas fue, que avia de ser Comendador de Santiago ; la otra señora la dixo: Ay hermana, mejor será de Calatrava, que es Abito mas fanfarron. No gustò la madre de lo que su hermana dezia, y assi la respondió: No será en buena fe, amiga, sino de Santiago como sus tios. Mire vuestra merced, la dixo la hermana, que en vna comedia oí, que el Abito de Santiago era lagarto, y puede ser que se le coma a Luisico. Arufose la madre con esta chança, juzgando que la hermana hazia burla de su devaneo, con que con gran colera la respondió: De Santiago ha de ser, pese a quien pesare; atemò la hermana à que avia de ser de Calatrava, y no de Santiago, por ser lagarto, que come al niño. A este tiempo llegó el marido de essa señora, que terciò en favor de su muger; la hermana tercera acudiò por la segunda, con que se travaiò

de palabras, de que resultaron aquellos aruios. El marido sacò la espada en defensa de su esposa, executando la colera con algunos espaldarazos en sus cuñadas. Socorriòlas el Estudiante de los anteojos, arrancado la espada contra esse Cavallero, que dize ser su primo. A este tiempo llegó vuestra merced, que los apartò. Esta es la verdad, y no otra. Vuestra merced no se amohine, porq̃ pleytos de mugeres, casi todos son de essa manera. Aqui acabò el Hermitaño su relacion, de la qual quedètan corrido, que tomè mi mula, y sin hablar palabra me bolvi a Madrid, creyendo no se atreverian a verme ; pero engañème, porque donde no ay entendimiento, faltan todas las atenciones.

Muy asegurado estava yo de mi pundonor, de que mis hermanas, y cuñado avian de buscar otra posada que la mia ; pero desengañème al tercer dia, que con gran desenfado se entraron por mi casa, y no tuve animo para decirles vna palabra, antes los procurè agastajar, por-

que me pareció mas conveniente, que darles a entender su bobaria, quando no se podía remediar, ni avia capacidad para la enmienda. Quando me fuy a mi comission, los dexè en mi casa, donde los sustentè vn año, y mas, que me durò la ocupacion de Millones, que me faltò, porque me cogió el carro cò vna sota bolandera en trage de peregrina, que pidiendo por Dios, la dava mas por su buena cara; esta me llenò de bubas por amor del diablo, con q̃ acabò conmigo, y con la comission; pero no fue esto lo peor de naufragio, sino q̃ viendome comido de la peregrina, y de mis hermanas, q̃ me quedaron en los huesos, y estos lisiados del humor galico, me bolvi à Madrid, juzgando hallar mi hogar cò mis pobres alhajas, con el descanso de mi casa; asì lo pensè yo; pero no me sucediò asì, porq̃ apeandome à puerta de mi casa, adverti, que baxavan mis hermanas al portal, consolème en mi trabajo, porq̃ entendí que baxavan a consolarme en mi miseria, con la atenciõ cariñosa de hermanas

à vn hermano enfermo, q̃ tanto bièles avia hecho; pero sucediome el sueño de el perro, porq̃ su baxada no fue sino de zirme, q̃ no entrasse en su casa, porq̃ vna prima de su marido sedo avia mandado, a q̃ yo respondi con grã humildad: seamuy en hora buena, mis señoras, pero mi cama, cò mis pobres alhajas, no las comprehendè el decreto: respondieronme, que todo lo avian vendido para sustenrar con el punto q̃ se devia a vn hombre tan honrado como su marido. Enfademe de la ingrata resoluciõ: etòme la colera para maltratarlas; pero reconocí, q̃ eran tan contrarias a mi corage las bubas que tenia, que no tenia buen partido cò tres hermanas moças, arrestadas; bolvi sobre mi, con q̃ tuve por mejor advitrio el irme a vna posada conocida, dõde asistia por dueño vna gallega, a quien yo avia hecho el amor antes de salir de Madrid. Dios, que no desampara à los afligidos, puso en el coraçon à aquella buena muger, à q̃ me recibiesse con gran caridad, sin reparar en el estado que me veia, antes con gran

gran generosidad me ofreció su persona, su hacienda, y toda su voluntad, con su casa para mi cura. Cósolome con esta buena suerte, admitiéndole la merced q me hazia, dando gracias a Dios, que me embiava el remedio para mi necesidad por medio de aquella mu- ger con quien le avia ofendi- do, para que me enmédasse de mi estragada vida. Al punto se tratò de mi cura, llamando à vn oficial de Anton Martin, con quien se concertò la cura; la huespeda quedò a pagarlo todo; diome vn aposento re- tirado, donde en menos de vn mes sali con los huesos tan apurados, y tan diafano el cuerpo, que me penetrava la luz de vn candil. Tratè de cò- valecer, fuy cobrádo fuerças, con regalo de mi gallega, ayu- dado de la atècion de vna se- ñora, con quien me casè des- pués. Sali a la calle, donde en pocos dias cobré color, alien- tos, y salud. Busquè la vida, ayudado de amigos que tenia grangeados, los quales me so- corrieron, con que en breve bolvi a mi passado lustre.

En este tiempo riñò mi cu-

ñado cò su prima, ò por mejor dezir, su prima con èl, por q le estafava, pues mas comia èl de sus galanes, q ella que se acos- tavá con ellos. La tal prima traia en rueda tres matrimo- nios; vno, de que totalmète se desfasò, dando por causa, de q la forçaron. El otro, de q es- tava apartada, porque proba- va, de que la avia querido ma- ta: El otro, q andava para ser dando a entender al nobio, q eran nulos los dos matrimo- nios, por causas dirimètes; de todos estos comia el primo, porque a todos con los demàs servia de tercero; con que la prima no gustò de que huvies- se quien hiziesse grangeria de su cuerpo, porque bastava q la hiziesse ella de sus matrimo- nios. Enfadose con el primo, mādòle que no entrasse en su casa; sintiòlo el picarillo al passo que le faltavá sus gages; tratò de bolverse a enquadernar con la prima; pero nada le valiò para ablandar el dicta- men de la taymada parienta. Sintiòse mi cuñado con ham- bre, no pudiendo sufrir los reclamos de sus tripas, que à congojosos rancos publica-

van su necesidad , la qual en compañía de la poca verguença , se resolvió a buscar el remedio en tan gran aprieto ; no hallò otro que el de mi casa , donde entrò acompañado de mis hermanas , que se avian valido de la gallega , mi caritativa enfermera , y de la señora , con quien oy estoy casado ; con que los valedores me obligaron a que los socorriese , porque no los pude perder el respeto , con que los amparè. Pagòme mi cuñado esta buena obra con meterme en vna zagarda , por la qual me tienen aqui preso. Contome la maldad de los tres matrimonios de su prima , con no sè què cofitas de hechicera , con otras pocas de bruja , añadiendo , que se avia de vengar , sacandola la hazienda que gozava de su abuela. Con este intento puso el pleyto ante vn Alcalde , aviendolo comunicado con vn Escrivano , a quien (segun lo que esta sucediendo) revelò todas las habilidades de su prima , la qual como tenia con su buena cara es-

cuela de dançantes , fue luego avisada , con que se previno de el amparo de sus penados , particularmente de vno , que era vn gran personaje en cuya compañía se fue a cehar a los pies de el señor Presidente de Castilla , donde con abundancia de lagrimas se querellò de su primo , y de mi , metiendome à mi en la dança , porque juzgò que su primo no tenia animo para atreversele , que por mi consejo , y agencia lo hazia ; ella lo supo dezir tambien en compañía de abundancia de lagrimas , acompañadas de su buena cara , que aunque el pleyto que la ponía su primo era justo. Mandò el señor Presidente nos metiesse en vn calabozo , y a mi con mas aprieto. Hizo-se assi , ocho dias me han tenido encerrado , sin q este picarillo de mi cuñado tratasse de aliviarme de prision. Sacaronme esta mañana , que xeme à mi cuñado , de que estando suelto , me huviesse olvidado en vn calabozo. Respondiome mil infamias , lleguème a el , di-le dos bofetadas , para que apren-

aprédiessè à hablar bien, quise maltratarle mas, mashuyò como picaro; pero como ruin mugercilla me dexò descuidar para arañarme. Esta es mi historia, vzedes perdonen, si los he cansado. Quedaron todos admirados con la narracion del pobre preso, indignados contra las hermanas, contra el vil proceder del cuñado; contra el descoco de la prima; y al fin suspenso de admiracion de ver la blandura del coraçon de aquel hombre, cuya inclinacion era rasgada, dando à entender, que era de los temerones, siendo en las obras hombre honrado, y de valor. En esta suspensïon sacaron naypes, con que algunos de los circunstantes se pusieron à jugar.

CAPITVLO XXII.

Tratase vna curiosa questïon del amor mundano.

EL juego, aur que entretiene divirtiendò los sentimientos del alma, con todo si la causa que predomina en la pãssion es poderosa, arrastra, llevando tras si los contrarios embarços, porq̃ la actividad de la pena vive tiranizãdo los

alentados accidentes q̃ fortalecen la fazon del gusto. Don Antonio, aunq̃ el juego de los concurrentes divertia sus cuidados, no obstante le fatigava su pleyto el espiritu, porq̃ la parte era poderosa, los indicios eran evidentes, causas bastantes, para q̃ consideradas baraxassen de tropel la diversion con q̃ el arte divertia defazones. Pero Carlos como tã diestro en penas, por la experiencia q̃ tenia, le procurava divertir a D. Antonio la consideracion penosa, sin dar treguas al gusto, porq̃ no se introduxessè el pesar; y como la fazon intelectual, es la soberana autoridad q̃ gobierna las porciones inferiores, tratava Carlos (como tã advertido) de alimantarla, por tãpear à la pena la introduccion defazonada. Varias fuerõ las questïones q̃ propuso, por cebar al entendimiento de D. Antonio cõ suave pasto del mas vivo ingenio; pero solo vna questïon le inquietò el discurso a D. Antonio. Y porque no passè en silencio, la pondrè aqui, cõ la brevedad que requiere este assunto.

La questtion es, si el que to-
ma por causa la hermosura pa-
ra amar, es amor ò apetito, ò
fines vanidad, y no cariño que-
rer a vn sugeto por entendi-
do: redacele la questtō: *Amar*
por lo entendido, ò querer por
la hermosura. Muy ventilada
es esta controversia entre los
politicos del amor, con que se
ventila con empeño, siendo el
gusto, ò la razon el que empe-
ña la defensa de la opinion
que sigue. Defendia Don An-
tonio la parte de que la her-
mosa, aunque necia era mas
digna de ser amada, fundan-
do su opinion, en que la vista
era la tercera del amar, por-
que proponia a la voluntad
gustosa, la perfeccion hermo-
sa del objeto, que era digno
de ser amado, pues en el tri-
bunal del entendimiento, pas-
sava por cosa juzgada ser la
hermosura el todo deleyta-
ble, con que se prendan las
voluntades: cosa (dezia Don
Antonio) que no parece que
sucede assi en el que ama por
lo entendido, porque el oïdo
propone al entendimiento, lo
conceptuoso, lo delgado, lo
sentencioso felizes, partos de

la fecundidad intelectual, que
debe ser venerada, con que
por razon de estado de po-
tencias, querrà la voluntad, lo
que soló le agrada al enten-
dimiento, porque lo deleyta-
ble de la hermosura, es la cau-
sa primera, porque se dexa
arrastrar la voluntad, y si assi
no fuera à Seneca, à Platon, à
Ciceron, y a otros Padres, y
Maestros de lo cientifico, dig-
nos de la veneracion del Or-
be, los deviamos querer con
el cariño mas afectuoso de la
voluntad; pero no passa assi,
porque no son actos para ser
amados de las voluntades,
porque se prendan de lo her-
moso, dexando la veneracion
para lo entendido.

Arento estuvo Carlos al
discurso de Don Antonio, y
viendo que ania dado fin, di-
xo assi: Nuestra questtion es
de vna hermosura necia, ò de
vna entendida fea, qual de las
dos es mas digna de ser ama-
da, y a mi mal parecer la dis-
creta fea, es la que debe ser
querida; porque en la valen-
tia de vn pinzel alentado de
colores, se gusta de la hermo-
sura en la destreza de vn cin-
cel

cel, guiado del mas diestro En-
samblador, que en la tabla de
alabastro aviva hermosuras
con primor. En la Univerfi-
dad de vna Floresta, al lado de
vn ameno Pais se arroban los
sentidos en la belleza de las
flores, en la lindeza de las
plantas, en la amenidad fra-
grante del jardin, en el qual
como diosas habitadoras de
aquel deleytable vergel, se
obstentan bellas estatuas, la-
bradas al mayor primor de la
Escultura, donde admira la
perfeccion, deleyta lo hermo-
so, regala lo gentil; pero no

obstante, ni la estatua por per-
fecta, y hermosa, es digna de
ser amada, ni la flor por loza-
na merece ser querida, ni la
floresta por deleytable en sa-
zones, se le deve estimacion
de voluntad, sino por gusto,
por apetito, por regalo; por-
q̃ la estatua el tiempo la aca-
ba, la flor vn ayre, el vergel vn
Invierno, y solo el alma entē-
dida es la que permanece en
su ser, digna de ser de todos
amada. Oid a este proposito à
vn galan de las Musas en vna
Dezima.

Soledad, no ay compaña

Mayor, donde el alma yaze

Configo, y en ella nace

Vna Verdad cada dia:

En esta breue armonia

Miro quan breue reposa

En vn peligro la rosa,

En vn desmayo el jazmin,

Y que solo el alma al fin

Permanece siempre hermosa.

Muy del punto pareció à
los circunstantes el discurso
de Carlos, en que probò su in-

tento con particular acierto
de su florido ingenio; pero
D. Antonio, como de opues-

to sentir, no se conformò con su parecer, antes le bolvió a replicar con destreza de ingenio, asentando, que la hermosura del cuerpo era hija, imagen verdadera de la soberania del alma, porque la explayada proporcion de vna frente, la atractiva viueza de vnos ojos, embozada en la enrexada cortina de pestañas, el juridico perfil de la nariz, que parte floridas jurisdicciones de rosadas mejillas, floresta del amor, el qual combida en el clavel de su boca, respiraciones del ambar de aquel pecho, que exala por blancas, si iguales perlas, para que se admire el gusto, sobre que garganta estableció tan perfecta imagen del alma que la anima: la cintura, que la pueden comprender con vna mano, el talle gentil, el aire brioso, la gala con el no se que de todas las sazones naturales, que todas son hijas del alma, pues cada vna de por si, està probando con su perfeccion el noble linage, de que es animada, que es del alma noble, hermosa con lauros, y coronas de entendida, que partici-

pando al cuerpo animadas perfecciones de su ser, le haze digno de ser amado, porque aunque al alma cientifica, se debe amar, como a mas noble en la dignidad de perfeccion; no obstante no la podemos querer, y amar por el conocimiêto proprio, sino comunicara al cuerpo las señas de su belleza: estas son la hermosura, la gala, el donayre, q̃ son prendas del alma, sabia, y noble que se comunica a los hombres en la hermosura del cuerpo, adonde asiste, para que le amen con razon indubitable, de que es mas digno de ser amado cuerpo, que todo es alma de perfecciones hermosas, porque alma, y cuerpo està en vn mismo parage de ser queridos, porque ya que el alma es invisible, sustituye en el cuerpo su belleza, con que se prueba, que al cuerpo agraciado, con hermosas perfecciones, se le debe querer, y amar, como a viuo retrato corporal de la sazõ hermosa invisible del alma, que reíslo ver (dixo Don Antonio) pues no me lo auéis de llevar por Dezimas de buen gusto, oídme vna de vn Au-

tor que no quiere que le co- nozcan.

Vine el alma en lo exterior,

Aliento de su viveza,

Fiel cristal de su pureza,

Igual coral à su honor,

No tiene el rostro color,

Sin el alma, à quien dà el

Retrato suyo tan fiel,

Que duda bien de su palma,

Si es el retrato del alma,

O es ella retrato del.

Muy vano quedò D. Antonio con el argumento que hizo en prueba de su sentir, juzgando que a fuerça de su razon se reduziria Carlos a seguir su parecer; pero no estava Carlos de esse color, antes picado de lo vanaglorioso, cò que Don Antonio auia quedado, se determinò a hazer nueva instancia, juzgando concluirle con su propio argumèto, con que le negò la proposicion que as- sentò, sobre cuyos cimientos levantò la fantastica quimera, con que pretèdiò assegurar su opiniò. Dezir (repitiò Carlos) q̃ el alma es la q̃ matiza de colores, la que hermosa, y perficiona al cuerpo, es falso, porq̃ segùn esse sentir, las feas tédria las almas alquerosas, pues

eran imagen del alma q̃ les comunicava la suma fealdad que padecia: ademas, que el cuerpo, quando se le infunde el alma, ya tiene sus calidades buenas, ò malas, porq̃ el alma no matiza, solo dà vida: el alma no perficiona las facciones, animalas: el alma no haze delgada, ò gorda, blanca, ò negra, pequeña, ò grandes; lo q̃ el alma haze, es animar, alentar; y si los organos del cuerpo estàn bien dispuestos, avia con mas aliento sus potencias, de q̃ resulta, que el que es mas entèdido, prudente, discreto, se le comunica mas la perfecciò del alma, que al necio, barbaro sin razon, porque la inteligencia es toda espirtual, y siendo las acciones del hombre obra-

obradas con sabia discrecciõ, llega a tan gran felicidad, que parece q̃ ha dexado los achaques de humano, pues se haze respetar como divino. Con q̃ se sigue, q̃ quanto ṽa de amar à vna alma de perfecta intelecçion, ò a vn cuerpo inanimado, tanta diferencia ay del querer à vna entendida, aunque sea fea, ò amar a vna necia, aunque sea hermola. Además, que emplear la voluntad en vna hermosura, es descredito de la razon, porque es amara vn engaño, querer vna falsedad, idolatrar en vn engañoso simulacro; porque todo lo que no es la hermosura del alma, es imaginado empeño del querer, porque amar lo falso, lo fingido, lo que acaba vn soplo, es mas querer por apetito. Quereis oir toda nuestra controversia en vnas Redondillas? pues atended.

- 1 *Lisi boba, pero bella,
Laura fea, aunq̃ encõdida,
esta vista, mas no oida,
oida, y no vista aquella;*
- 2 *Sobre qual mas pena sea
llegan a controuertirse,
si ay quiẽ pued. persuadirse*

à que es necia, ò a q̃ es fea.

- 3 *De Lisi son los oidos,
Relatores, y Fiscales,
porq̃ del alma en los males
no son voto los sentidos.*
- 4 *De Laura el conocimiento
la vista juzga, y sentencia,
que del cuerpo la dolencia
no toca al entendimiento.*
- 5 *Con que solo es la question
qual es peor, la necia, ò fea,
pues no ay quiẽ oyga, ni vca
hermosura, ò discreccion.*
- 6 *Que es el de Lisi tormento
mayor, la razon admira,
pues nada apacible mira
en ella el entendimiento.*
- 7 *Que de Laura los enojos
son mas justos, biẽ se atiẽde,
pues nada apacible entiẽde
quando la miran los ojos.*
- 8 *Mas ocasion de tormento
la razon en Lisi apura, (ra,
Laura pierde vna hermosura
mas Lisi vn entendimiento.*
- 9 *Mayor pena es la fealdad,
pues nunca tiene razon,
y no falta discreccion
à quien le sobra beldad.*

- 10 *Faltando el conocimiento,
tambien la pena faltò,
falta à Lisi, à Laura no,
luego es mayor su tormento?*
- 11 *De Laura la discreccion*

*solo llega à persuadir,
mas razon para sentir,
no sentir con mas razon.*

12 *Y assi dexa el sentimiento
Laura à Lisi, si repara,
que echa a perder vna cara
la falta de entendimiento.*

13 *Y si vno, y otro es fealdad
de alma, y cuerpo, bien lo
aduierto,
fealdad por fealdad, es cier
to,*

que es mayor la necesidad.

14 *Con q̃ pueden sus querellas
y à las feas suspender,
quien no lo quisere creer.
vaya, y preguntelo à ellas.*

El empeño de Carlos, fortalecido de las pruebas de su erudicion, pasó de opinable, al parecer, de evidencia, por cuya causa quiso Don Antonio barajar la question, diziendo, que el cuerpo era todo hijo del alma, y assi el chiquito era bullicioso, inquieto, entremetido, todo señas del alma, que se ve oprimida en tan

pequeño vaso, deseosa de salir de tan estrecha carcel. Esto no, dixo Carlos, no puedo consentir barajos en este juego, porque es entretenimiento de juyzio. El entendimiento (amigo Don Antonio) no se califica de noble por el bullicio, porque todos los necios s̃o entremetidos bulliciosos. Es el entendimiento vna prenda soberana, en que el alma, segun los organos q̃ tiene, le comunica viveza intelectual, con que faltando esta hermosura, por mas linda que sea la rosa, por mas suave el clavel, por mas hermosa la flor, por mas fragante el jardín; todo es caduca p̃opa, loca hermosura, vana locania, desvanecida presumpciõ, porque en faltando la prenda que nos semeja con lo divino, todo es caduco, y indigno de la nobleza de ser amado. Oid en estos versos a vn alegre cortesano de las Musas.

Clarinda, donde faltare

*entendimiento por guia,
los que tu precias por dones,
son trastos que escandalizan.*

*Si à ti propria no te entiendes,
y si la razon olvidas,
de valde pagas al alma,
desal quieres que te sirva.*

*A quien Dios quitò el saber,
aunque de hermosa se engria,
mas le quitò lo que tiene,
que lo mesmo que le quita.*

*Si entiendes que el ser hermosa
sin entendimiento, es dicha,
darte ha la mucha hermosura
mas asco, que no codicia.*

Bien le pareció a Don Antonio, atendiendo a estas coplas, que no le esclavaba bien por seguir el argumento, porque aunque el apetito sensual, apadrinado del ingenio, le podia dictar repugnancias a la razón, la claridad de su entendimiento, sentenciava con rectitud las competencias de el gusto humano, contra las evidencias de la razón, y querer valerse del entendimiento, que conoce las torpezas de el gusto humano, para oponerse a las vinezas, que el alma noble comunica al entendido, era querer graduarse de ingenioso, actuar de descreditos de por-

fiado; con que ponderando Don Antonio (como discreto) esta prudente politica, quiso mas que quedasse el campo por su contrario, que no en descredito de su juicio, acreditarse de erudito porfiado, cõ q̃ le dixo a Carlos: Amigo, ya yo veo, que si la voluntad se governara por terminos habiles de la razón, solo lo entendido es digno de ser amado: pero el amor mundano, todo es animal sin preceptos de razón; ama lo que ve, menospreci a lo que se opone al deleyte de la vista, con que es fuerza confesar, que el que ama por solo lo hermoso, pasan-

sando por los achaques de ne-
cia; ama con voluntad vicio-
sa, aunque tiene razon pa-
ra amar; y el que quisiere
por solo lo entendido, per-
donando los cocos de la feal-
dad, quiere por razon de mas
noble linage; pero el gusto
no es para imitado, aun-
que lo es para aplaudido,
porque son razones que son
buenas para calificarlas con
aplausos, pero no para seguir-
las con afecto; vna dellas es
amar a la fea por entendi-
da, que es credito del enten-
dimiento noble; pero no es
calidad razonable del gusto;
porque este no ay hombre, por
Platonico que sea, que no le
arrastre mas la hermosura, pa-
ra amarla, que el entendimien-
to, porque las sazones deste,
aunque son mas nobles, son
desgraciados con el gusto de
la voluntad de los hombres,
porq̃ como la voluntad es ape-
titosa, llévale mas la vista q̃ el
oído. Aqui acabò D. Antonio
de dar satisfacion a los circuns-
tantes de la razõ, porque seguia
la opinion mas comun, siendo
así que reconocia mas no-
bleza en el contrario sentir;

pero muchas vezes, ò siempre
haze el gusto ley, à pesar de la
razon. Muy gustoso quedò
Carlos, de ver a su pariente D.
Antonio tan en los puntos de
la discrecion, con el esmalte
de tan dulce ingenio, con que
tambren cedió de su derecho,
porq̃ en la palestra de la volu-
tad viciosa; no vencen las ar-
mas de la nobleza del espiritu,
sino la apariencia de la sazon
del gusto deleytoso, con q̃ se
conformò, diciendo, que cada
vno podia seguir sin embara-
zo su dictamen, porque en la
Monarquia del gusto, hasta lo
q̃ era injusto, passava por razo-
nable. Con esto quedaron los
dos amigos, y parientes, sa-
tisfechos de que con inge-
nio, y erudicion avian da-
do a entender a todos los
circunstantes su sentir, pues
en la cara davan a entender
que avian quedado gusto-
sos de aver oído tratar tan
nueva question para los cor-
tesanos deste siglo, siendo
tan antigua para los Poli-
ticos Platonicos de aque-
lla dorada edad.

El exercicio destas sa-
zonadas questiones, les
ha-

hazian a Carlos, y à Don Antonio olvidar el estado de las çoçobras de vna carcel, que juntas con lo necesario de los accidentes de vn mal pleyto, molestavan su imaginativa con rigor; por que las trampas de vn Procurador contrario, a quien no maltratan? La codicia de vn Escrivano, pretendiente de zanjarse rico patrimonio en el embaraço de pleytos, quien le puede aguardar? La rigurosa intencion de vn Fiscal, deseoso de ganar credito, por cuya causa dà por delito hecho la calumnia del enemigo, à quien no ha lastimado? Toda esta baraja de pesares acofavan à los dos amigos, que temerosos del rigor de la sentencia, pretendian de svanecer cõ el fuego del oro. Dos años durò el pleyto, que visto lo alegado, y probado, sentenciaron à Don Antonio en vista, y revista, en diez años de destierro del Reyno, seis precisos, y quatro voluntarios, con vna pena peenniarria para la parte. A la buena diligẽcia de Carlos se deviò el buen suceso deste negocio, porque la

resistencia estaua probada, cõ que se hazia evidente la prueba de la muerte; no obstante el dinero en manos de los ministros hizo milagros, dando à vno s vista, que no podian ver, cegando a otros, que por aver visto devian hablar; pero quitoseles el habla.

En todo este tiempo que asistió Carlos al pleyto de su pariente, aunque de la opiniõ Platonica, se entregò en el vicio, como si le faltara entendimiento, ò experiencias: maestras que le enseñaran la verdad; pero el veneno de la hermosura cortesana le enenagò indiscreto, porque no ay mayor necedad, que cursar en la escuela de el vicio, quando le dexa libre la razõ. Buen pago le dieron, pues en todas hallò trato doble; infame amistad, infiel correspondencia, aunque lo duro bastò para enmendarse de su vicio: so devaneo; pero vicio con años, viue, aũq cano, sin cansarle el tiempo, como si peynara juveniles hebras de oro. Algunos lances le sucedieron à Carlos andando en la varaja de sabandijas del trato del vi-

cio portatil del amor, que son mas para considerados con verguença, què no para publicarlos por exèplos, porque como tan fozes enfadan, aunque como cicateras muerien à risa. Vnas damas se vendian por solas, a tiempo q se acomodavan de tres del gusto, con ciento del gusto: Otras pretendian ser pagadas, tanto cõ la fineza, como cõ el oro, porque afirmavan ser cuydado de vn gran señor, que la zelava con tantas veras, que sus pages, y lacayos a todas horas continuavan su casa, aunque, segun la opiniõ mas cierta, todos entravan al escõte: Otras, que siendo engendradas, y aun criadas entre los caxones de la plaça, se soñavan Infantas de Leon, transformadas de Elviras, Blancas, Soles, y Vrracas, en Maricas, Antonias, y Manuelas. O lo que puede la ncessidad! a lo que obliga la pobreza (deziã) quien les dixera à mis padres en lo que se avia de ver su hija: con tantos mil ducados; pero mejor es olvidar esto por tratar de como el mundo està acabado, ya no ay voluntad

en el, todo es interès; y lo peor es, q en siendo vna mager principal, y honrada como yo, nos igualan con las demás; cõ que en este siglo solo las picas, que hazen à ambas manos, campan. Otras q hazen mercaderia de la voluntad, siendo falsa, con que para venderla a cada esquina, la engalanan cõ diges del gusto, de el aglado, de la fazon, del entretenimiento, aliñandola con mas afeytes que a vna fea, con que la venden por tan fina, como hermosa. Otras, que miradas a vna luz parecen finas, si a otra falsas, si a muchas tacañas, si a todas embeleco del vicio, ò juego del amor bumano. Todas, al fin, eran tratos del vicio, con que jugava la juventud deslumbrada, creyendo seguir la derrota de la voluntad sencilla, hasta que el mismo vicio le mostrava, con sangrienta experiencia, que seguia la senda de vn principio lastimoso. Esta mundana rueda de la inmundicia de el apetito, le cogio a Carlos todo el tiempo que asistio a su pariente, la qual sin ser rueda a que juega la juventud, sacò de

de todas sus rebueltas , ò vn codazo, ò vna coz , no siendo tanta experinncia poderosa, para el escarmiento ; pero quando se enhasia el vicioso, si Dios no se compadece de su desdicha.

Metido en el vicio de su apetito estava Carlos, quando sentenciaron a Don Antonio, el qual era fuerça salir de Castilla , con que Carlos, aunque se saboreava vicioso en el deleyte de su barbaro apetito, no obstante deseava retirarse, porque vn buen entendimiento es gran ayuda de costa para salir del barranco de la culpa. Facil fue el ajuste de los parientes , porque si a Don Antonio era fuerça ausentarse, para cumplir la sentencia, Carlos de grado le seguia, porque la voluntad discreta, siempre rinde la passion. A seguir vna fortuna se determinaron Carlos, y Don Antonio, dexando por algunos años a Castilla, para cuyo efecto hizieron eleccion de la insigne Ciudad de Lisboa, Corte del Reyno de Portugal, escala del Orbe, assombro de Europa, emporio de nobleza , illustre seminario

de las armas , aviendo sido fundacion de Vlises. Aqui, pues, se determinaron a hazer su viage, por causa de vn deudo que tenían en aquella illustre Ciudad , ocupado en el servicio del Rey, por pagador general de la Milicia.

CAPITULO XXIII.

Salen de Madrid, succedelos en Mostoles vna burla.

Obscura gruta , caliginoso seno , lobrege estancia es la que abriga de las inclemencias del Cielo, la ferocidad horrible de vna fiera ; la qual, aunque codiciosa de mas suave alimento, aunque mude habitacion, alvergandose en tres flores , que son píctimas fragrances de las selvas, siempre será sierpe que respire veneno, que aliente horrores, que escupa ponçõña, porque ni la estancia la domestica , ni el pasto la suaviza, ni el nuevo cielo la influye amigable rendimiento, porque nació sierpe, vino fiera, y morirá horror de la campaña, en cõpetencia de contrarios accidentes.

Toda esta verdad moratizada, milita contra la apetitosa liviandad de Carlos, que sale de Madrid camino de Lisboa, donde, aunque mudé de cielo, de lugar, de clima, siempre prosigue en el vicio, pudiendo con los torcedores de sus trabajosas experiencias escarmentar para ser nuevo hombre feliz, que sigue la carrera de la virtud. Pero, ò dura tenacidad de el vicio, que a todo Dios amante se resiste!

En alegre dia salieron los dos parientes, y amigos de Madrid, en compañía de dos criados; el de Carlos era el antiguo Andrés, que nunca le faltò en todos sus viages: nueva felicidad en vn desgraciado, hallar el bien, donde se dificulta, pues aunque Carlos le procurò disuadir de la jornada, no fue posible, por que dezia, que ni su amo sin el, ni el sin su amo podia ser que se hallassen; conque fue fuerza llevarle, mas por pagarle su buena fe, que por la necesidad que avia del; pero a la fidelidad, y amor de vn criado no ay con que pa-

garlo, sino con servirle del en las ocasiones, donde se necesita de la seguridad de mayor confianza.

El primer dia de su jornada fueron a hazer noche a Mossoles, lugar situado tres leguas de Madrid, donde començo Andrés a hazer de las suyas, porque al punto que acabò de dar cebada a las mulas, se salió en busca de la casa del Sacristan, a quien dixo, como tenia noticia, de que en aquel lugar avia vnos organos de gran primor, dadiva de la liberalidad religiosa de vn Principe de España, que por ser aficionado a la musica, le suplicava se los enseñasse, dando muestra a la dulce consonancia con la destreza de sus manos, cuya noticia avia en la Corte, que el se lo satisfaria. Codicioso el Sacristan de la paga, le llevó a Andrés a la Iglesia, donde en espacio de vna hora mudò la diferencia de registros del organo, tocando con todo cuydado, por ganar la promessa que le avia becho Andres. Acaño pasó el Cura a aquella hora por la Iglesia, enfadose

con el Sacristan, porque siendo tan noche tenia abierta la puerta de la Iglesia. Como Andrés vió al Cura enfadado, salióle al encuentro, suplicandole por forastero, aficionado a la musica, permitiessle aquel desahogo; pero no le valió a Andrés, porque el Cura no gustava de burlas, con que le embió con Dios, mandando al Sacristan, que al punto cerrasse la puerta de la Iglesia. Obedeció el Sacristan; retiróse Andrés a la posada, en la qual no halló a sus amos, porque avian salido a vn negocio; pero a breve rato llegó el Sacristan, diziendo, que le pagasse su trabajo. No estava Andres de esse parecer, con que le respondió: Amigo, vuestra merced no ha cumplido, porque no ha tocado los atabales, ni el atambor, ni el Ruy señor, ni el clarin, ni la celebre batalla de Pedraza, ni otros registros particulares que el organo tiene; satisfagame vuestra merced, que yo le daré vn real de a ocho; pero mientras mis oídos no gozaren desta singular armonia, no traté vuestra

merced de paga. No le gustó al Sacristán la respuesta de Andrés, parecióle lo que era, que se burlava Andrés del, que incitado de la colera, que ayudava media arroba de vino, que traía sobre el corazón, cerró con Andrés, procurando que le pagasse a puñadas, lo que le debía del credito en que le avia fiado sobre lasteclas de el organo. Andres que no era mal amañado, recibió en la capa con destreza dos, ó tres puñadas de el Sacristan; y viendole descubierto, le dió vna puñada en los dientes, con tan gran pujança, que le echó dos dientes fuera embultos en vino y sangre, que todo es vno en vn borracho. Cayó en tierra el Sacristan atolondrado del puñete; pero incitado de la borrachez, dió voces, diziendo, que le avian muerto. Al ruido acudió el mesonero con vna alabarda los huéspedes que allí se hallaron sacaron las espadas, a cuyo alboroto acudió la justicia, a quien seguia el pueblo, movido de la voz de que avian muerto al Sacristan. Andrés que vió el aparato que traía

traía consigo su delito, se retraxo a la cavalleriza, la qual atrancò mientras le dava lugar la confusion; pero con el miedo que le echasse la mano la justicia; tratò de escaparse, puso el freno a su mula, y amparado de la noche, se salió al corral, donde hallò vn portillo que le diò paso franco para la calle, en la qual no parò hasta salir del lugar, siendo tanta la prisa que llevava, que sin parar caminò toda la noche, y a la mañana se hallò nueve leguas de Mostoles, que se aseguró de los Alcaldes de Mostoles, que pensando estava cerrado en la cavalleriza, apalancaron la puerta, con que se defengañaron, que la buena diligencia de Andrés, les auia sacado de las manos la recta judicatura de el delito que imaginavan; pero viendo que era cierta la fuga del delinquent Andrés. Trataron de averiguar el caso, por si acaso avia entre los huéspedes del meson alguno que fuesse comprehendido en el delito, para cuyo efecto embargaron todo el vagage de los foraste-

ros. A este tiempo llegó Carlos con su pariente Don Antonio, los quales como vieron que estava embargada su ropa, procuraron saber la causa, fueles dicho, que vn moço que evia venido en su compañía, avia muerto al Sacristan del lugar, que era vn gran ministro de voz, y manos, por cuya causa aviã embargado los Alcaldes su vagage, diziendo, que hasta que pareciesse el delinquent no la aviã de desembargar. Reconocida la causa del embargo, procuraron Carlos, y Don Antonio entrar por camino a los Alcaldes; pero no fue posible, con que lo dexaron hasta ver en que parava aquel primer calor de la colera de los Alcaldes; procuraron ver al herido, el qual estava en vna cama de la posada, arrojando espadañas de sangre, embueltas en vino, haziendo grandes visages con los ojos. asistiale vn Barbero de el lugar, el qual con circunspeccion sabia, dezia, que era herida que no tenia remedio, porque con la almarada con que le avia dado, le avia roto vna parte junto al higa-

do, de que resultaria vaciarse todo en sangre. Cō todas estas malas noticias se fueron Carlos, y D. Antonio, acompañados de vn hidalgo del lugar a hablar al Cura, que era hombre docto, y de razon, que los acarició, y les dixo, que se fuesen a la posada, dexando sosegarla colera de los Alcaldes, que por la mañana, a buena hora, lo ajustarian facilmente, porque desfogada la primera judicatura de los Alcaldes de la aldea; todo se componia cō suavidad. Con esto se bolvieron al meson, donde hallaron otra vez la justicia con vn Medico, y vn Cirujano de Madrid, que bolvian de Talavera, que sabido de la muger de el Sacristan, que estaban alli; hizo con los Alcaldes, que los obligassen a que hiziesse vna visita a su marido, el qual como le avian dexado solo se avia dormido. Antes q̃ el Medico entrasse a hazer su visita, quiso saber del Barbero, que era el que avia sido el Galeno de aquella cura, q̃ herida era la que acabava con la vida del Sacristan. Vino el Barbero, hizo su relacion con gran con-

fiança, diciendo, que aunque le avia mirado, no avia hallado herida; pero q̃ los accidentes eran mortales, porque la calentura era grande; las bascas con bomitos sanguíneos continuos, indicavan herida mortal penetrante, q̃ este era su parecer. Hizierōle algunas preguntas entre los dos: a que respondió siempre, pronosticando muertes con que el Medico, y Cirujano trataron de ver al herido; abrierō la puerta del aposento, a tiempo que el doliente Sacristan, embriagado del vino lo sueño, roncava con mas diferencias de ronquidos, que las que avia en su organo de Mostole. Al punto que le oyò el Barbero, dixo: Muy mal me parecē aquellos gorgoritos esto es hecho, señores, aquel es pecho levatado, q̃ dà voces, que se le acaba la respiracion; lleguē vs, mds, de presto, y dē prisa por si dà lugar la mortal herida a recibir los Sacramētos: tomòle el Medico el pulso, y aunq̃ estava dormido el Sacristan, conociò su enfermedad, mandò q̃ le cerrassen la puerta, que le dexassen sosegar. Preguntò

à la muger si era aguado su marido, a que respondió: Que en su vida avia bebido agua, siendo tan opuesto al agua, que vn dia que fueron al rio, aunque no se baño: en mas de quinze dias no pudo sofegar, diziendo, que el agua del rio le avia hecho mal; pues señora (respondiò el Medico) esse es su mal, que es de cõsideracion, tenga vueſſa merced cuydado que no le despier-ten, que esse es el remedio, q̃ espero en Dios no serà mas de lo que suele. Con esto se ſaliò el Medico en compaõia de el Cirujano, a quienes siguiò tambien el Barbero, dexando dicho a la muger de el Sacristan con gran prosopopeya: Cuyde vueſſa merced de el enfermo, que el mal es de cuydado. En el portal de la posada estavan los Alcaldes, a quien asistian D. Antonio con Carlos, aguardando a que saliesse el Medico, que era muy conocido de todos, que ſaliò con la cara toda llena de risa, diziendo: Mis señores, retirense vueſſas mercedes conmigo a este aposento, oiràn milagros, y mara-

villas: figuieronle los Alcaldes, Carlos, y Don Antonio, a quienes perdido de risa dixo el Medico: Ya vueſſas mercedes, señores Alcaldes, avràn oido cantar: Este mal que se quita durmiendo, y o bien le entiendo; pues vuelvo a decir, que entiendo este mal, porque se le quitarà mañana, queriendo Dios, al amanecer, porque es achaque borrachal, que le proviene de el accidente de alguna arroba sin ſiſa; manden vueſſas mercedes que le arropen, para que le guarden el sudor, que serà critico, con que terminará la enfermedad. Aunque los Alcaldes oyerò al Medico, no se acabavà de persuadir a que era solo vino (aunque lo barruntavan) el mal de el Sacristan, con que por certificarſe mas, le dixeron al Medico: Vueſſa merced nos hable claro, diganos si es mortal la herida, ò que es esto que ha causado tanto alboroto en el lugar? Como la pregunta era tan de aldea, los forasteros cortesanos no se pudieron cõtener, y así se bolvieron a los Alcaldes, diziendo:

Lo que el señor Doctor dize es muy claro; pero ya q̄ vuestras mercedes no lo quierẽ entender, se lo diremos mas claro. En buen romance, dize el señor Doctor, que està borracho el Sacristan, que no tiene otra enfermedad, que no ha auido almarada, ni estocada, ni cosa que lo valga, que no huvomas que vnas puñadas, como todos atestiguan, que se le subió a la cabeça, con la colera el vino, con que se le trastornò el temporal. Vno de los Alcaldes era duro de cholla, no sè yo si era el hombre bueno, ò el hidalgo, lo que sè es, que suele àvèr Cavalleros que son peores que villanos. Este tal era cerrado de sienes, cabeçudo, sin dar oïdo a razon, con que no reparò en que era gente de porte la con quien hablaua; apollidò el auxilio Real de la justicia, tratando de dar con todos los forasteros en la carcel; dando por causa, que hazian burla de la justicia de Mostoles, a que le bantava el grito, diziendo: Yo les dare a entender con meterlos en vn calabozo, que los Alcaldes de Mostoles lo pue-

den ser de Corte. Llevenlos a la carcel, que yo los enseñare como han de tratar con la justicia. Las voces agitadas de la colera del Alcalde, eran tales, que nadie sabia qual era la ocasion del enfado; todos hablaban, y ninguno se entendia. Al fin, el otro Alcalde q̄ estava mas sobre si, considerando, que su compañero estava corrido de el suceso, le dixo: Señor Alcalde, estos Cavalleros no han delinquido, el borracho si; llevemos al Sacristan a la carcel, que estos señores yo los fio que no se iràn, y que mañana pareceràn en nuestro Tribunal; maltratarlos, porque nos dize la verdad, es dar lugar a que digan, que la justicia de Mostoles es peor que la de Arroyomolinos; guedense aqui, que mañana nos queda harto tiempo para nuestra judicatura. Hallose alli vn Clerigo, persona de autoridad, que exerciò por los forasteros, con que todos los demàs hizieron lo mismo; con que el Alcalde se moderò en la dureza de su cholla, aunque no quiso desistir de todo, mandò que se quedassen

en la posada; pero con guar-
das. Al Sacristan le llevaron
en bolandas a la carcel, don-
de durmiò la zorra hasta por
la mañana que despertò, pre-
guntava con gran suspensìon,
que delito era el suyo, que tã
sin hazerle cargo se hallava
aerrojado a vn cepo, castiga-
do con la falta de dos diètes?
El Doctor, el Cirujano, Car-
los, y Don Antonio, apenas
amaneciò, quando se fueron à
la carcel con sus guardas, dõ
de hallaron al Sacristan fresco
como vna lechuga, muy confu-
so de su impensada prision; to-
mòle el pulso el Medico, man-
dole escupir, todo lo hizo el
Sacristan con gran impacien-
cia: preguntòle el Medico, que
como se hallava? respondiò, q̃
en la carcel; pero que nunca
mejor, porque aquella noche
se avia soñado en deleyta-
bles gustos de los eliseos cà-
pos; pero que todo se le avia
buelto en pesar, como mohe-
da de duende, pues se hallava
sin dos dientes, amarrado à vn
pesado cepo; y levantando la
voz con gran congoja, dixo:
Saqueme vuestra merced, se-
ñor Doctor, deste pasmo: que

enfermedad es esta, que me
han aplicado carcel por medi-
cina? Riose el Medico, contò-
le todo el suceso, a que le res-
pondiò el Sacristan muy a lo
payo: Pues señor Doctor, ao-
ra salen los señores Alcaldes
con essa media espada? si yo
no tuviera estas sobras, tuye-
ra yo la falta de ser Sacristan
de Moñoles, pudiendo ocu-
par vna plaça en la Iglesia de
Toledo, ò en la Capilla Real?
Pues no se congoja mi muger
que la he bebido su hazienda,
ni el lugar, que dize, que nun-
ca canto mejor, que quando
he bebido bien, y se alborotã
los señores Alcaldes? Dexen-
se de niñerías, que vnas paña-
das mas, ò menos, ni hazen, ni
deshazen para el credito de la
justicia; saquenme de a pi.
que harto castigado estoy, sin
dientes, amarrado a vn cepo,
despues de aver passado vna
noche, la mas deliciosa q̃ he
tenido en mi vida. A este tiem-
po llegaron los Alcaldes, que
se certificaron de todo, con q̃
el Alcalde cabeçudo se en fu-
reciò contra el Sacristan, di-
ziendole: Esta vuestra borra-
chera, que alborotará el mún-

do, y quanto y mas el lugar venid acá, que irán a dezir a Madrid, ò adónde ván estos señores, de la justicia de Mostoles, que sufre estas maldades pasando por ellas, sin executar en vos, y en otros como vos, vn riguroso castigo; pues yo os prometo, que por esta vez no se os vaya en dulce la embriaguez. A este tiempo llegó el Cura con otros señores Clerigos, que procuraron moderar el enfado de el Alcalde; pero él se estuvo terco en su teson: mandò desembargar el vago de los forasteros por complacer a todos; pero sentenciò al Sacristan en treinta dias de carcel, con pena de cinquenta reales al carcelero, si se probasse, que le avia permitido beber vino, que esto se pudiesse redimir a dinero para gastos de justicia; pero que en su lugar entrasse el Barbero, que fue causa de tan afrentoso suceso para el lugar de Mostoles. Esta sentencia se executò al punto, traxeron al Barbero a la carcel, donde le enjaularon al

lado de el Sacristan, el qual en voz vinosa, y ronca se le querellò de su idiotez, acriminando su necia preuencion, causa de tantos males, no se atreviò el Barbero a responder; pero el Doctor, que se le hazia tarde, respondiò por él con vn texto vsual: *Aliquando dormitat Homerus*; de hombres es errar, y así deven los señores Alcaldes perdonarle, pero no fue posible. El Cura tomò por su cuenta la soltura de los presos, con que a los forasteros se les hazia tarde para el viage; se despidieron de el Cura, Alcaldes, y demás gente de plaza, con que montaron en sus mulas, el Doctor con el Cirujano se fueron a Madrid, y Carlos con D. Antonio siguieron su viage a Casarrubios del Monte, donde antes de conuirsitaron la milagrosa Imagen de la Virgen de Gracia, que está en el Convêto de San Agustín. De allí fueron a hazer noche a Santa Olalla, donde admiraron el raro milagro que cada año obra Dios en veneracion de su imagen;

embiando vn pajaró de genero no conocido, el qual dias señalados, viene todos los años á limpiar vna imagen de vn Santo Cristo, que está sobre vna puerta de la Villa, y hechasu diligencia se buelue air; y aunque le amenazan tocando trompetas, y diferentes instrumentos, i o desiste de su ministerio. Desta Villa fueron a parar nuestros caminantes a Talavera, donde hallaron noticias de Andrés, que les dexò escrito vn papel, cuyo tenor es el siguiente:

Mi desgracia, señores, y el ruido se la avrá dicho á vuestras mercedes, juntamente con mi fuga, porque siempre he tenido para mi, que mas vale salto de mata, que ruego de buenos. Lo que vuestras mercedes no avran sabido, será el instrumento con q̄ barrenè la vida de aquel Sacristan impertinente, que tampoco yo lo sé, ni lo he acabado de entender, porque mis puños nunca se han graduado de almaradas, fatales instrumentos de la muerte de vn Sacristan que me cupo por suerte, quando èl la tuvo muy mala en meterse conmigo; por cuya causa voy llorando mi mala fortuna, pues ya que huue de obrar vna baxaña tan notoria, fuese con vn tal pregonero de la muerte, ò con vn qual rascador de teclas, y no con vn Rey de Marruecos, ò con vn Emperador de Trapisonda, con que podia ilustrar mi linage grauando en mis armas vn puñete. Esta es la causa que me lleva desesperado, buyendo de mi mismo, hasta parar en Portugal, porque los Organos de Mostoles me van dando priessa á que me aparte de la jurisdiccion de sus fuelles, porque el alma de aquel probete, pide vengança en recia consonancia contra mi, con que me es fuerça, por todos estos titulos, alexarme de los payes de Mostoles, con mas priessa de lo que yo quisiera. Suplico a vs. mds. amos, y señores mios, que no se detengan.

y ya que el alma del Sacristan se la llevaron los diablos, por la mala cuenta que tubo con los organos de su Iglesia; no quieran vuestras mercedes, q la mia se atormente en el infierno del aguardar. Buelvoles à suplicar à vuestras mercedes por amor de Dios, y de la Virgen del Buen Sucesso, que no se detengan, porque mientras vuestras mercedes me faltaren, me obligan à fixarme a las puertas de relues pidiendo por Dios, que guarde à vuestras mercedes de Sacristanes de Mostoles, para dexarmelos ver como deseo.

A los pies de vuestras mercedes B.S.M. su criado,

Andres Roy.

Causòles tanta rifa a los dos caminantes el papel de Andres, que no sabià que hazerle, ponderando ya la congoja de Andres, pensando dexavamuerto al Sacristan, yà el corage del Alcalde cabecudo, y a la borrachera del Sacristan, y a la necedad del Barbero, que todo junto era vn gracioso entremes, digno de solemnizarlo con rifa, con la qual passaron gran trecho de su viage.

CAPITULO XXIV.

Siguen Don Antonio, y Carlos su viage, y hazenle vna burla à Andres.

Cansado, y molesto exercicio es caminar: pero en edad robusta, con el hechizo de la buena conversacion se modera de manera, que se convierte en entretenimiento apacible. Así les sucedió a Carlos, y Don Antonio, que divertidos con la variedad de los acaños de vn camino, se hallaron en Badajoz, posterior lugar de Estremadura, fin de la Corona de Castilla, don

de

de se detuvieron tres dias, descartando de la molestia de el camino, y por aguardar a vn Cavallero de el Abito de Alcantara, que se llamava D. Basilio, que era muy conocido en toda aquella tierra, por ser camarada muy valido del Governador de las Armas de Portugal. Viuia todos en vna posada, donde con musicas, bayles, y todo genero de divertimento, los entretenian à costa de su dinero, porque en semejantes estancias, todo genero de vicio se compra; harta lastima es, que passe esto en tierra de Catolicos Christianos.

De esta posada salieron los tres camaradas, y como Don Antonio, y Carlos avian contratado a Don Basilio el suceso de Mostoles, forjaron entre los tres de hazerle vna burla a Andres, porque no se alabasse de que era burlon, sin pagarla pitente. Passiron la puente, en la qual tardaron mas de lo que les permitia el deseo, pues sin considerar con admiracion la hermosa antigualla de la puente de Badajoz, les arrastrò todo el cuydado la

burla que llevauan tramada contra Andre. A buen passo aportaron cerca de Yelves, de adonde se apartò Don Basilio, por elegir diferente posada, donde sin nota pudiesse disponer el negocio. Como Don Basilio era Cabo de la Milicia, q̄ estava en los Castillos, y era muy conocido de todos, requiriò a la justicia de Yelves le diese favor, y ayuda para prender a vn hombre, que convenia al servicio del Rey; al punto se mandò à los ministros, que prendiesse la persona que les dixesse D. Basilio. Con esta prevencion se estuyo quedo Don Basilio, dando lugar a que Carlos, y Don Antonio tomassen posada; pero a poco rato que Andre estava ya en el mayor calor de sus locuras, festejando la bien venida de sus amos, entrò Don Basilio con todos los ministros de justicia, Alguaziles, y corchetes, que sin dexarle respirar echaron mano de Andre, diziendo Don Basilio a sus amos, que perdonassen, porque era cedula particular del Consejo de Guerra, para que se hiziesse aque-

lla prision, que el negocio, segun entendia, era pesado; pero que las leyes de aquel Rey no le defenderian la vida. Andres, que se vió asir de Alguaziles, y corchetes, sin saber como le avia venido tan gran desdicha, le dixo a Don Basilio: Señor Maestro de Campo, V. Señoria no me conoce, que a saber quien yo soy, no hiziera esta prisiõ tan sin què, ni para què; porque yo nunca he tenido què ver con la guerra, ni le he tomado vna mano à su Consejo, para que por su mandato me lleven a embanasar en vn calabozo. Ciertas puñadas tuve con el Sacristan de Mostoles, el qual tenia el alma tierna con demasia, apretesela con alguna pujança en vna refriega de puñetes, donde que quiso, que no quiso, se la entregò al diablo tollador, que es abogado de los malos Sacristanes. Este no es delito, sino hazaña muy notable para premiarla el Consejo, y no para tratar de el castigo, que es caso de Inquisicion, y contra la regia, introducir rigor de justicia, donde todo avia de ser premio triun-

fal. Para su jurisdiccion tiene el Consejo de Guerra autoridad; pero se meten adonde no le llaman, pues porque a fuerça de brazo executè el castigo de Dios en vn mal Sacristan que alborotava con sus malos sonos la Iglesia. El Consejo de Guerra haze autos contra mi, dà requisitoria para que me prendan, pretendiendo por via de fuerça hazerla a vn Ministro de Dios tan legal como yo. Viue el Señor de Pinto, que es muy gran injusticia. Amigo, respondió D. Basilio, y no sè la causa de esta prision, lo que sè, es, que por particular comission me mandan que haga esta diligencia, que en llegando a Aldea Gallega, que son tres leguas de Lisboa, que es la travesia del Tajo, me ordenan que abra vn pliego, para que se executè lo ordenado dentro de veinte y quatro horas. Mirad vos en que aveis delinquido, que segun vnestra conciencia, serà, ò no, la justicia. Quando Andres oyò el aparato que traia su prision, quedò atolondrado, porque Consejo de Guerra, abrir pliego,

y a las veinte y quatro horas por ordẽ superior, q̃ executaf-
execucion de justicia, le hi- se lo decretado dentro de dos
zo vna ruidosa difoñcia, que dias, q̃ aguardava el verdugo,
le obligò à dezir cõ gran ins- para q̃ la execucion, y q̃ segũ
pension: Malo es esto, seño- llegaua a entender, era muerte
res, caso de escalera parece de horca, q̃ para q̃ tuviessẽ mas
colgar me quieren sin ser dia tiẽpo de disponer su alma, se
de mi Santo, siendo la causa, lo prevenia, q̃ alli le traia el
porque de vna puñada acabè Confessor, con quien podia a-
con vn mal Sacristan, pues vi- justar su conciencia, porq̃ aun
ue el Señor de Pinto, q̃ es in- que no avia abierto el pliego,
justicia. (Aqui levantò el gri- juzgava con bastantes funda-
to, diciendo:) Como, señores mẽtos, q̃ auia de morir. En grã
amos mios, permiten vuestras aprieto de cõgoja le puso D.
mercedest al sin razon? Para Basilio à Andres, el qual tra-
quãdo es la de Iuanes, embuel- gãdo la pildora de la burla, se
ta en la zabullida? Aqui de el le saltaron las lagrimas de los
valor de mis amos; cõ quienes ojos; pero cobrando aliẽto, le
se aliò tan fuertemẽte, que no pidiò con dolorosa voz a D.
era possible de asirle al fin a Basilio hiziesse llamar a sus
para fuerça le llevarõ a la car- amos, porque ya que auia de
cel, dõde estubo en vn calabo- morir, les queria encomen-
zo hasta el otro dia, q̃ le sacarõ dar su alma a buelta de su ha-
maniatado en su mula, aviẽdo- zienda. Dexòle Don Basilio
se entregado del D. Basilio, q̃ à Andres, con vn Clerigo
le llevo con todo cuidado haf- que venia de jornada, y sa-
ta Aldea Gallega, dõde la no- bia de la cantaleta que se le
che q̃ llegaron procurò que le dava; diò Don Basilio la buel-
guardassẽ en casa conocida, ta con toda diligencia, trayen-
donde a poco rato de la noche do consigo a Carlos, y a Don
entrò D. Basilio, acompañado Antonio, a quienes Andrès
de vn Clerigo, con cara de pe- cõdolido, como quẽ aguarda
sime, ò sembrãte de requiẽ, pa- va la muerte por horas, les pi-
ra dezirle, como era mandado diò perdõ de los enfados q̃ les
avia

auia causado con sus burlas, pidióles que ocultassen su muerte de horca, porque no se dixesse que auia auido Asturiano que no truxesse consigo la executoria de hijodalgo, que amparassen vna gorróna que dexava en Madrid con obligaciones de hijos, que la favoreciesen para que no anduviesse tras lacayos, que era gran trabajo; que su hacienda eran tres vestidos, dos que traía, y vno que dexò empeñado en Madrid, los quales se podian guardar, para quando sus hijos fuesen grandes, que esperaba en Dios que auian de ser sus criados, para que los amparassen, si quiera por la buena voluntad con que los auia seruido su padre. Con esta declaracion remató Andrés la noticia que dava de su última voluntad, abraçò a Carlos, y a Don Antonio, los quales perarotos de que la burla passasse tan adelante, le rogaron a Don Basilio que abriessse el pliego para saber el orden que le davan, que puede ser fuesse otro orden diferente del que imaginava; respondió Don Basilio,

y de abrire, pero segun las circunstancias que trae por afuera, es evidente que es sentencia de muerte, porque si assi no fuera, de que servia la prevencion de verdugo, à que replicaron todos, diciendo, que se abriessse, fuesse lo que fuesse, à que respondió Andrés muy dolorido, no tienen que cansarse, señores, porque es cierto lo que el señor Maestro de Campo dize, porque esta maldicion me echò vna vieja, porque la llamè alcahueta; no obstante dixo, D. Antonio, abraçse el pliego, salgamos deste preñado: ya en este tiempo estavan todos, que no podian sufrir la risa, con que Don Basilio tomò el pliego en la mano, y echandole vna bendicion, dixo plegue a Dios que seas de vida; rompió la nema, y leyò assi: *Maestro de Campo Don Basilio, al punto que abriere des este pliego, executareis en Andrés Roy la sentencia que se os ordena: dad orden que se le quiten las prisiones, y que se eche vn vando, que na lle sea offado à llegar treinta passos de la horca.* Con gran atenció
esta-

estava Andrés oyendo la sentencia; pero quando llegó Don Basilio a nombrar la horca, se estremeció, diziendo, Jesús sea conmigo: prosiguió Don Basilio, leyendo el orden, que dezia: *Sacareis á Andrés Roy en un borrico á la brida, con un pregon que diga: Esta es la justicia que manda hazer el Consejo de Guerra de las burlas, á sustar á este hombre por burlon mayor, mata Sacristanes, quien tal haze que tal pague.* A este tiempo no pudieron todos contener la risa, con que Andrés entendió la burla que le auian hecho, con que se cobró de tal manera que se levantó, diziendo, yo prometo, señores, no burlarme mas en mi vida, saquenme de aqui por Dios; porque aunque conozco que ha sido burla, no me acabare de persuadir á que lo es, hasta que me quiten los grillos, mandándome dar de comer, porque ha tres dias que ni como, ni bebo, por lo qual tenia poco el verdugo que hazer conmigo, porque horca por horca la de la hambre es mas penosa. Mucho dixera Andrés fuera

del susto; pero Don Basilio le hizo callar, amonestándole, que no se burlase mas, por que los burlones suelen caer como él, en la trampa, y los tratan sin piedad, y Andrés se lo prometió así, y como ya estava alido de vino plato de pescado fresco, arrimado á un jarro de vino, allególo prometido con un brindis de media azumbre. A no

CAPITULO XXV.

Entre Carlos en Lisbon, con intentos de retirarse del mundo, pero embarazase en un nuevo empe-

LA risa de todos fue tal, que en toda la noche nadie se flegó, solo Andrés, aunque tenia buen animo, quedó tan suspenso del bullicio natural, que en muchos dias no estuvo para burlas, que reparado de sus amos, viéndole tan circunspecto con achaques de palmo, no era posible tener la risa, de que enfadado Andrés le dezia á sus amos: vuestras mercedes con la burla pasada

me han hecho callar, que no fue para menos, que para darme sin hablar, pero confianza en Dios que me la bolverà, para que pague otro pobrete lo que vuestras mercedes pegaron.

Amancejó el otro dia, en que trataron de embarcarse, para llegar à la insigne Ciudad de Lisboa, donde ya el pariente de Don Antonio sabia que auian de llegar aquel dia, porque el dia antes auia embiado vna fragata de tres remos por vanda, que en el barco de la vez, avisò como auia llegado los caminantes, con que à la mañana se embarcaron en la fragata: la qual en dos horas arravesò el rio, que por aquel parage tiene tres lenguas de ancho, y por otras mas, y menos. Llegaron en fin à saltar en tierra en terrero de Palacio, aviendo admirado dende la mar aquella selva de casas, montes de edificios, laberinto de poblacion, que asfisiendo mas de dos horas à la vista de la Ciudad, les diò pena llegar à tierra, por no gozar mas de espacio de la hermosura de su vista. Aguardã-

dolos estava, cõ algunos amigos, el pariente de Don Antonio, que les diò la bienvenida, entre el alhago cortesano de sus braços: despidierõse de Don Basilio, que tenia su estancia en el Castillo, siendo la de nueãros forasteros àzia el Loreto: distancia opuesta vna de la otra, dexaron dispuesto verse al otro dia en Palacio, con que cada vno se fue à su posada: la de nueãtros forasteros estava tan prevenida de regalos, como de buena voluntad, dandose las manos lo vno a lo otro para festejarlos. En aquellos primeros dias, todo se les fue en ver las maravillas de aquella populosa Ciudad, escala del mundo. Admiraronse de la sumptuosidad de los Tèplos, celebraron los aliños, aplaudieron los festejos, gustaron de los regalos, tanto, que no sabian como gozar lo mucho, sin dar de mano à lo mas, juzgando no auer lugar en el mundo que abundasse tanto de todo.

Dos meses fueron los que Carlos gastò en poblado, embriagado del deleitoso bullicio

cio de aquella Ciudad, hasta q̄ le llevaron a los jardines, y quintas, q̄ tres leguas en contorno cercá aquella populosa població. Aqui fue dōde Carlos se disgustò del ruido cortésano, con q̄ eligiò por habitación la quinta del parietre de D. Antonio, q̄ estava dos leguas del lugar, entre el Cōvento de N. Señora de la Luz, de Frayles de la Ordē de Christo, obra de los Reyes de Portugal, digna de toda veneracion, y de el Cōvento de Olivelas, de Mōjas Bernardas, maravilla de España, seña gloriosa de la liberalidad Catolica del Rey Don Dionis de Portugal. Esta estācia eligiò Carlos para su asistencia, escarmentado de lugares grandes, pretendiendo retirarse a aquel ameno sitio, el tiēpo que residiese en aquel pais. Su exercicio era asistir ya a una Iglesia, ya a otra, de vno en otro Convento passava la mañana, y a la tarde se entretenia con los comarcanos vezinos, en la suave variedad de los jardines, q̄ mirán todo aquel contorno. Tan alegre, como gustoso passava Carlos esta solitaria vida, dexandose comunicar algunas vezes de

los amigos de la Ciudad, ò ya para celebrár los concursos en las festividades, ò ya para entretenerse en algũ particular festejo, ò para variar el gusto con los alegres divertimiētos de aquel pais, como Belen, entierro de los Reyes de aquel Reyno, si magnifica emulació del Escorial, la Torre de San Giã, San Ioseph de Ribamar, y al fin toda la Ria, q̄ son mas de quinze leguas de largo, q̄ todo es milagro de la naturaleza con valiētes esmeros del artificio, de q̄ estava tan pagado Carlos, q̄ dava muchas gracias a Dios, de q̄ le avia apartado del bullicio del mundo, à vivir en la deleytosa fazon de aquella soledad, pero, ò el demonio q̄ temia se assegurase Carlos en su gustosa vida, ò q̄ Carlos no se recatava de los tropiezos, en q̄ el apetito suele caer, ò todo junto, q̄ es lo mas cierto, porq̄ nunca el demonio obra sin mi destrozo, de mi quietud, y siempre soy yo el mayor enemigo que tiene mi alma contra si.

La ocasiō de la vista repetida fue fuerte bateria para el corazón de Carlos, q̄ cobarde, por achacoso, si debil po. acos-

tumbrado al vicio del amor, fue facil el rendirle, aunque la municion era poderosa para triunfar de otro mas valiente Campeon, con que quanto mas activa fue la causa, tanto mas rendida fue la voluntad de Carlos al venenoso atractivo de los ojos de vna dama hija de Sevilla, engerta en Lisboa, con sobreescrito de matrimonio, aunque con lectura de amistad indecente. Vn Cavallero de los muchos que ilustran la Real Corona de aquel Reyno, salio en busca de mas honra, que la que avia heredado de sus padres, pretendiendo por su espada eternizar su nombre en el bronce de los venideros siglos. Signiò en Flandes el concurso de las armas, donde se graduò con la gineta de Capitan, subió a ser Maestre de Campo de vn tercio de. Deste puesto ya sañuda su fortuna, le encaminò su estrella a la carrera de las Indias, con puesto competente à sus servicios; pero fue tan poco afortunado en los viages que hizo, que no sacò otro logro, que los amores de vna dama Sevillana, la qual pi-

cada, ò de su talle, ò de su buè proceder, se rindiò a su gusto, olvidando su honra en la casa de sus padres (aunque de moderada estofa) por lograr a rienda suelta lo desenfrenado de su gusto. Vista por el Marte Adonis Lusitano su mala estrella en la mar, quando los servicios de la tierra se olvidavan sin premio, tratò de bolver a su patria cargado de el laurel de sus hazañas, à gozar de la hazienda que le dexaron sus padres, en gustosa compaña de su dama, a quien diò titulo de esposa, por disimular el que diràn de las gentes; porque mas asusta el que diràn en el mundo, que la justicia de Dios. Dispuso viuir en vna quinta que tenia, donde determinò passar con decencia gustosa el tiempo, que no le hiziesse horror el pecado. Era Doña Maria (que este era su nombre) entendida, briosa, y de buen gusto, con que tenia rendido a su soldado, amante mas que Venus, el Dios fabuloso guerrero. En este estado vivieron algunos años en amigable

ble correspondencia del cariño, hasta que ò se cansò la voluntad depravada, ò el vicio protervo se enastìò, ò porque no es novedad en el amor que toca en vicio, pues no tiene mas vida que la que le comunica el ayre de el apetito.

Gigante era el amor de los dos amantes, quando Carlos, sino arrepentido, muy enmendado de su antiguo trato, iba, y bolvia al lugar, y al Convento de nuestra Señora de la Luz, y siempre passava por la puerta de los dos amantes; la continuacion de el passo, con la cercania de la posada, ocasionaron en Doña Maria algun cuydado, siendo el de Carlos demasiadamente curioso, reparando en que en vn esconce de la soledad, separado de el bullicio de la Ciudad, viuiesse vna dama de tan gallardo garvo de lengua no nativa de la tierra, fide castizo romance de Castilla. Era el tiempo cercano a la Pascua de Navidad, quando el fuego de la ocasion diò en la polvora del vicio, con que bolò con lastimoso estira-

go los propósitos santos de los retiros de Carlos. Vispera de Navidad era, y como en el Còvento de Olivelasay la mayor armonia de musica de Europa, es muy celebre aquella noche en aquel Convento. Avisaronle los amigos a Carlos, como aquellas Pascuas; auian de ser sus huéspedes, con que se previno Carlos para regalarlos, porque segun el sentir mundano, no ay fiesta, donde falta la comodidad con el regalo hizieron colacion, y al punto se fueron a gustar de los Villancicos, que era lo q̃ les traia del lugar. No quiso el galàn de Doña Maria, que su dama perdiessè el entretenimiento de la solemnidad armoniosa de aquella noche, cò que dispuso ir a maytines, acomodaronse todos lo mejor que se pudo; cantaronse los Maytines con gran armonia, con que se diò lugar a que todos se bolviessèn a sus estancias. Carlos con los demas amigos, como mas diestros, se salieron de la Iglesia, antes que huviesse el ahogo, que sucede en las puertas quando ay concurso de gente. No

le sucedió así a Doña Maria, y a su galán, que descuydándose salió mas tarde, a tiempo que hubo el mayor tropel, donde le sucedió un azar, que fue, que entre la gente que salía, hubo un moçuelo atrevido, q se le antojó pellizcar la dama forastera; disimuló Doña Maria, por no poner a su galán en ocasión de embaraco; pero el moçuelo, a título de ser tan loco como noble, fue tan poco atento, que obligó al galán de Doña Maria a darse por entendido, sacó la espada, como quien era tan maestro en su destreza, como moço en manejarla, con que a pocos lances hizo, que el descomedido vergante, y su loca compañía, entendiessen, que la dama a quien procuravan ajar con indecencia; llevaba escolta, tan bien guarnecida, que los podía acuchillar, sin rezelo de quedar desairado; metióse gente de por medio, y el agua de un turbion, con que se apartó la pendencia. No quedó muy satisfecho el moçuelo de su empeño, pues el galán de Doña Maria, a dicho de todos,

quedó muy ayroso. Amaynó la tempestad del agua, con que hubo lugar para que D. Maria se bolviése a casa con su galán; pero a pocos passos de el camino hallaron seis emboçados, que aguardavan la ocasión, pretendieron asir los freños de las mulas; pero no lo consiguieron, porque no atinaron, por ser de noche, y por que el galán de Doña Maria se recato, apartándose por otra senda; pero reconociendo que le venian a embestir, sacó la espada, con la qual dió un cintaraco a la mula en que iba Doña Maria, la qual a quatro pies disparó a todo correr, y viendo que Doña Maria avia salido del riesgo, procuró su galán defenderse de los seis emboçados, que no era facil, aunque el valor lo pensó; jarretaronle la mula, con que tuvieron lugar de acometer al dueño para acabar con su vida, que no fue facil, porque el valor desesperado obra impossibles. Bien se conoció esto en la resistencia que hizo el pobre Cavallero a sus contrarios; pero como eran seis, fue mucho no acabar con su vida,

y lo hizieran, à no ser socorrido de la gente que asistia en la quimra mas cercana, que era la en que estaua Carlos con sus amigos, que al punto que oyeron el ruydo de la pendencia, salieron al socorro; pero como el duelo era infame, no se apartaron de la querella los emboçados, antes como vierõ que no eran mas que Carlos, y Don Antonio à la defensa del pobre Cauallero, tirauan à los metedores de paz, como à enemigos, con que ruvieron harto que hazer los dos amigos en la defensa que emprendieron, hasta que llegaron los demás amigos en su socorro, con cuya vista procuraron retirarse los emboçados; pero enojado Don Antonio del mal termino de tirasle como à enemigo, metiendo paz, no se contentò con que se retirassen, sin que pagassen con su sangre la ruindad de su termino. Enconado los seguia de muerte, con tanto corage, que necessitaron Carlos con los demás amigos partir la pendencia, porque no passasse à mas, y por socorrer al pobre galan de Doña Maria, que se

desangraua. Retiraronse los emboçados como pudieron, con que ruvieron lugar de llevar los vnos à la quinta el herido, y los otros fueron por el Cirujano, y los que quedaron en casa le procuraron apretar las heridas, que eran algunas de, consideracion, particularmente vna de la cabeza, que era de muy mala calidad.

Llegò al fin el Cirujano, tomòle la sangre, curole, y mandò, que por ningun caso le mouiesse de aquella estancia, con que fue fuerza que el pobre Cauallero curasse sus heridas en casa aiena.

Las heridas eran peligrosas, al passo que el animo de Doña Maria era al fin medroso, como de muger, con que se afligia con grandes estremos. Consolauanla todos con pronósticos del buen suceso; pero como la pena era del gusto, no la aliniana la futura esperança. Trataron de acomodar à Doña Maria lo que restaua de aquella infauista noche; pero no fue posible, porq̃el apetito desabrido

del gusto, no se atreve a fazonarse del regalo, con que fue fuerza pasar la noche en vela de buena conversacion, por divertir a la angustiada dama.

Este fue el principio que tuvo Carlos para su nuevo empleo; esta fue también la primera luz cercana que tuvo Doña Maria de los lexos de su perplexa voluntad, pues si le mirava de passo con atencion gustosa, le atendió de cerca con deleytoso alago, tal que a pocos passos creció a ser conocido amor. De passo reparava Carlos en la dulçura de sus ojos, en la gravedad de su rostro, en el ayre de su talle; pero ya con experiencias mas vezinas se encendió el apetito en tan viva llama de el amor vicioso, que no dexó potencia à quien no comunicase su fuego. Facil fue la primera entrada del cariño, pues ambos a dos se hallaron abiertas las puertas del alago; con que parece, que solo tuvo de costa este empeño la desgracia del vno, para que se cõfirmase el amoroso vicio de entrãmbos. Lección de que podiamos

tanto aprender como escarmentar; pero no fue pequeña la costa, pues perdió Carlos su libertad, rindiendola a la sugesion de Doña Maria en la brevedad de treinta dias, q̃ la asistió en su casa, mientras estuvo de peligro su galán; pero tampoco le salió barato el hallazgo de el nuevo amor à Doña Maria; pues si Carlos rēdido al veneno de sus ojos, idolatrava en su imagen, siendo prisionero de sus gracias, Doña Maria sin atreverse a publicar su rendimiento, llorava el imposible de poder corresponderle, por estar asida a la cadena de su antiguo galán. No perdia Carlos punto en dar a entender su amorosa ansia a Doña Maria, la qual, sin poderse ir a la mano, le permitia a pausas su cuydado e ngañada, o ya a titulo de cortesana vrbanidad, o ya con la permission diabolica q̃ se ha introducido en el mundo, de que es licito lo desahogado en la escuela de entendidos. Las heridas del pobre Cavallero caminavã muy despacio a su sanidad, particularmēte la de la cabeza; pero fue

Dios servido, que en treinta dias tuvo gran mejoría, cóque se fue a convalecer a su casa, donde considerando el mal estado, en que le pudo coger la muerte, temió la cuenta final, de que resultò el tratar de mudar de vida, para cuya resolucion tardò algunos dias, y aũ meses, porque para determinarnos para salir del mal vivir en ofensa de Dios, todas son largas; pero para la ofensa de Dios todas son priesas. En estos dias de suspension no se descuydò Carlos de la asistencia, ya por medio de papeles, ò ya por agencia personal; pero Doña Maria, aunque ex-

perimentava su anhelo, no acabava de assegurar se de su rédmièto amoroso, porq̃ como le avia visto a Carlos devoto, modesto, atento, y callado, señas todas de espiitual contemplativo, no se atrevia a presumir, que siendo el exterior tan ajustado, vivia en su coraçon el vicio amoroso de quererla. Entendiò Carlos el achaque de que adolecia su dama, que era la causa de su medroso retiro, con que se determinò a satisfacer sus dudas, escribiendola vn papel, que por breve merece toda atencion.

Incredula, señora, estais, de que mi voluntad os ama, pudiendo assegurar os en mi afecto, que, que sino os ama, os adorará; y no me quiero persuadir à que es poco vuestro conocimiento, sino porque es mucha mi desgracia; pero tan poco creo, que es mala fortuna, pues me permitis q̃ os ame. Es acaso vuestra incredulidad traga de vuestro ingenio, para apurar mas mi voluntad en el tormento, que dais à mi firme sufrimiento? ò es admiracion la que os causa la constante suerte de amaros? ò es premio prevenido de lo que costais à vn coraçon que es todo vuestro? Dadme licencia, señora, para que crea que es todo, porque apurar la fineza de mi amor, es admiracion, porque no ay mas à que llegar: es premio, porque no ay mas a que aspirar por dicha de merecer, que todo es felicidad, si me admitis à ser vuestro.

Como la viciosa voluntad caminava a toda prisa, con el aliento deste papel batiò con mas fuerza la flaca muralla cõ q̃ D. Maria resistia el galanteo de Carlos, a quien ocultamente rēdida, le permitiò su amoroso cuydado, dandole licencia a Carlos para que la comunicasse algunas noches por vna rexa, qui caia al camino, q̃ como no era pasajero les permitia lugar sin çoçobra a su dulce cõversacion, la qual, como su galàn de D. Maria estava retirado por la convalecēcia de alma, y cuerpo, se continuava sin q̃ huviesse temor de abraço; pero como Doña Maria estava incredula de la volūtat que Carlos la mostrava, no acabava de sossegar a Carlos, cõ allanarse a la creencia de su fineza, de que resultava en el coraçon de Carlos, defabridos sinfadores, que le molestavan, conque se determinò a dezirle a Doña Maria su sentimiento en estas tres Dezimas.

*Ser tu ingrata, y yo no muero?
de bronçe, Amarilis soy,
pues que no me mata oy*

*perder lo que tanto quioro:
pero ya lo que es infiero,
pues como por feliz suerte,
vida, y alma te di al verte,
aqueste infeliz pesar
no halla vida que quitar,
conque no me dà la muerte.*

*Estal mi dolor, creyendo
que no muero, que a mi ver,
mas siento el no padecer,
que padeciera sintiendo:
con que si tu conociendo
en mi este dolor, me dàs
la vida otra vez, harás,
que bolviendo yo a viuir,
tenga mas con que sentir,
pero no que sienta mas.*

*Consuele este mi dolor
el que en tan grave tormento
dà valor al sentimiento,
que es la cordura en mi amor;
con que cessará el rigor
de tan notable pesar;
pues si se llega a mirar,
mas pena pudiera ser
deshonra en propria muger,
que en agena el no gozar.*

Ei porfiar mucho, vence, y mas en la lid de la voluntad, que executada de los apremios de finezas, haze gran batteria, y mas donde solo halla la

la resistencia caprichosa ; esta la avia en Doña Maria, quando el empeño amoroso de Carlos en campaña abierta peleava por rendir la plaza de su afecto, a fuerza de los brios de su cariño, que poderosa ya obligò a Doña Maria a que le correspondiesse, olvidando el empeño de su primero galan, porque puede ser que se le hazia de mala vna muger viciosa permanecer tanto tiempo, en el credito de ser firme, ò por mejor dezir, entendamos que assi lo permitió Dios para que su galan no tuviesse tantos trepierrezos, que le embarazassen a salir del mal estado en que permanecia con la illicita amistad de Doña Maria. O buen Dios, y Señor, el cuydado que tiene de nuestro bien, quando nosotros nos olvidamos de él, apeteciendo siempre nuestro mal!

Con los auxilios que Dios le dava al galan de Doña Maria, batallava, procurando desasirse de la cadena en que le tenia su vicio, porque aunque para caer en la culpa no pone resistencia; pero para en-

trar en el Reyno de la gracia, se forceja. O vil natural humano ! ò inadvertido proceder del hombre ! Al fin, ya se resolvió a apartarse de su dama, en ocasion que se avia ya rendido a los amores de Carlos. Propuselo amigablemente a Doña Maria el horror que Dios le avia hecho merced de comunicarle, considerando la desdicha en que avia estado cinco años en desgracia de Dios, ligado a la viciosa cadena de su amistad. Propusole la determinacion que avia tomado de bolverse a Dios, apartandose de las criaturas, que tanto mal le avian ocasionado, como avia sido ponerle en el infeliz estado de la desgracia de Dios. Diòla a entender su ansia, su dolor, con fixa determinacion de mudar de vida, para no ofender a Dios ; pero aunque este era su firme proposito, no huia la cara a la obligacion que la tenia, porque su animo era siempre el asistirle, para q nunca pudiesse calumniarle el mudo, q la falta de su asistencia, ocasionava la perdicion de vna criatura, a quie
ama-

amava con tantas veras de obligado, que la suplicava eligiese el estado de Religiosa, que el se obligava a hazer todo el gasto, que si no tuviese espíritu para Religiosa, eligiese el estado de casada, para cuyo efecto él buscaría persona de toda satisfacion, que con la dote que le daría, pudiesse vivir toda su vida con honra, y sosiego, y con toda seguridad de conciencia. Estas fueron las proposiciones que el galán de Doña Maria la propuso, que aunque para otra fueran de gran conveniencia, para el capricho de Doña Maria fueron de grã enfado, porque aunque era lo q̃ Doña Maria deseava, que huviese ocasión para salir de su antiguo empeño para renovar su vicio con la amistad de Carlos, no obstante incitada del demonio, ò queriendo dar a entender que sentia el despego, que su galán vivía con su ya fingida fineza, se embravecio de manera, que a no ampararle Dios, peligrara el alma del pobre Cavallero. O vil linage de brabura, que lo mismo que su ingratitud desca,

esso mismo acrimina en el tribunal de su corage! Retiróse muy enojada, sin darle respuesta a su galán, por saber de la voluntad de Carlos su nuevo empleo, que sentia acerca de esta novedad: a que le respondió el ya embriagado moço, con la politica ordinaria de vn rēdido, remitiéndose a su voluntad, dádola a entender, q̃ en el efecto se probaria qual era la volúntad mas acédrada, pues él, por lograr fazones de su ca riño, avia muchos dias que barajava la jornada de Sevilla, que su tio le mandava que hiziese para comboyar vna parienta suya a Madrid, y que por lograrla a asistencia de su vista, avia faltado a la debida obediencia de su tio, que él no dava parecer, donde era tan conocido el suyo.

Entendido este genero de sentimiento de Carlos, trató Doña Maria de humanarte cō su galán, aunque no fue tan luego, q̃ no tardasse muchos dias con la demonstracion de su enfado. Al fin propuso a su galán su gusto, que era bolverse con sus padres, dictamen que no fue muy facil de aca-

barlo con el arrepentido cavallero, porque como conocia el desahogado natural de su dama, temia dexarla en su libertad; pero como la resolucion de Doña Maria era fundada en su vicioso gusto, no tuvo lugar el aceitado dictamen de su galan, el qual, por salir del empeño, auiendo hecho lo que debia, se conformò con el, determinando, sin que nadie lo entendiessse, bolverla a casa de sus padres. Bien entendió Doña Maria, que su galan estava conforme con su gusto (aunque no se lo avia dicho con claridad) y así avisò à Carlos, dandole licencia para que hiziesse la jornada de Sevilla, pues presto se avian de ver allà sin los embaraços de otro dueño. Con esta noticia determinò Carlos hazer su jornada, con que el dia antes que saliesse de la quinta para hazer su viage, se fue a despedir de Doña Maria, y su galan, a quien se ofreció con la vrbanidad acostumbra da. Fuele respondido en la misma forma, agradeciendo las atenciones de la assistencia de su cura. Con esta diligencia cū-

pliò Carlos con la publicidad de su cortesania, dexando para la noche la despedida de Doña Maria, porque no faltasssen los requisitos de fineza, en tiempo que comenzava a posscer. Aquella noche la passiron los dos amantes con ansias amorosas de dos almas que se quieren, en ocasiò que el accidente cruel de vna ausencia los divide. La luz de el dia los obligò a retirarse, Doña Maria a su descanso, y Carlos a su quinta, donde tratò de disponerse para irse aquella tarde a Lisboa, a prevenirse para la jornada. La luz del dia era aun muy corta, no obstante reconociò a la puerta de su casa a vn hombre, que trayendo del diestro vn cavallo, menudeava los golpes, solicitando q̃ le abriesen. Carlos advirtiendo en el hecho, por si acaso era algun personaje, que pretendia alguna finrazò, se previno de vna pistola de dos que traía; con que preguntò, quien era el que a aquella hora llamava. El dia no era aun bien claro, cò que no dava lugar a que se conociesen los dos amigos; pero à

la

la pregunta de Carlos le conoció Don Basilio en la voz, con que se dió à conocer à Carlos, que cuydadofo de la impensada venida, le preguntó la causa, respondiolo Don Basilio, que le importava retirarse con secreto, porque la justicia auia de hazer diligencia por prenderle, y lo mismo haria su Cabo, con que le importava ocultarle, porque le auia sucedido vn enfado considerable en el lugar aquella noche. Bien me parece, dixo Carlos, y no ha de ser en mi casa el retiro, por si acaso nuestra amistad es indicio para que la justicia os busque en ella, yo tengo persona de toda confianza donde esteis, hasta que se sosiegue el cuydado de la justicia, en este valle es: y así antes que os vean los de casa, vamos adonde con toda seguridad podais estar, mejor que en mi propia estancia. Con esto se fueron los dos à vna quinta cercana, que era de vn amigo de Carlos, que admitió el huésped con gran gusto. Carlos con este impensado accidente, fue fuerza detenerse algunos

dias, con que auisó à su dama Doña Maria, con quien passaua todas las noches en dulce conversacion, agradeciendo à la fortuna el azar de Don Basilio, que baraxó su ausencia.

CAPITULO XXVI.

Salen Carlos de Lisboa con Don Basilio, que en el viage haze relacion de los naufragios de su vida.

EL embaraço de Don Basilio ocasionó à que Carlos alargasse la jornada algunos dias; en los quales, el Cabo de guerra, junto con la Justicia del Lugar, hizo todas sus diligencias, por dar alcance à Don Basilio, que todo se frustró con la buena diligencia de Carlos, y de su amigo, que le ocultó en su casa, con que se resfrió el calor de los que le buscaban para prenderle; dandole lugar à que se ausentase con toda felicidad. Mientras la justicia con todo calor hazia sus diligencias, no se descuydaba Carlos, por medio de sus amigos, en aueriguar los medios con

con que la justicia daua alcáncce à Don Basilio. La diligencia fue hecha cõ tan prudente secreto, que se supo como ya estauan todos persuadidos à que Don Basilio se auia passado à Castilla, con que cesò la Justicia de hazer sus diligencias. Assegurados con estas ciertas noticias, determinò Carlos hazer su jornada en compañía de Don Basilio; y para que fuesse con todo acierto, sin que peligrasse la persona de Don Basilio, se buscò guia fiel, para que los encaminasse, hasta salir de aquel Reyno, por trochas, y veredas, no vsadas. Previno-se vna faluca, para que los passasse el rio, en tiempo que la marea fuesse à media noche. Mudò Don Basilio de vestido, introduxosse à moço de mulas, con vn parche en vn ojo, vna raya muy bien imitada, que le cruzaua la cara: con que les pareciò que estaua todo tan bien preuenido, que no se denia temer el riesgo. Despidiose Carlos de Don Antonio, y los amigos, con que hizo su viage con huta descomodidad los quatro primeros dias, porque no entra-

ron en poblado, hasta llegar à la Andaluzia, donde ya desahogados de los temores de la justicia, que les dauan alcáncce, se fueron poco à poco enmendando en los regalos de aquel Reyno las descomodidades passadas. Con los embargos del retiro de D. Basilio, no pudo Carlos comunicarle, para q̃ le participasse la noticia cierta de su empeño, y juntaméte le dixesse su Patria, con la calidad de sus padres, porque siépre le auia conocido cuydoso en ocultar su Patria, procurando desvanecer las noticias de los blasones de su sangre: con que viendose ya fuera del riesgo de ser preso en Portugal, le apretò como amigo le diessenouicia de todo, para estimarle como deuia, y si era necesaria su persona, para satisfacer algun duelo, que le empeñaua su palabra, que podia fíar se del. Notablemente rehusaua Don Basilio manifestar su calidad, nobleza, y patria, por lo trabajoso de sus azarosas fortunas, entendiendo que le conuenia para su sosiego ocultar sus padres, por cuya causa se auia mudado el

nombre, y el apellido para no ser conocido de nadie en el mundo; pero fue talla batería de la amistad de Carlos, que le obligó a romper el secreto, que tanto tiempo avia reservado en su pecho, sin que trabajos, azares de fortuna continuados, le hiziessen levantar la voz (siquiera por desahogarse) haziendo relacion de las penas que le afligian el corazón lastimado.

Mi patria es Madrid (dixó Don Basilio) mi calidad conocida entre las familias ilustres, que coronan aquella ilustre Villa, Corte de los Reyes de España; la hacienda libre, mucha, cō vn mayorazgo de seis mil ducados de renta; mi nombre es Don Alvaro, mi apellido Vargas, con que os he dicho mi calidad, y hacienda; pero faltame el dezir os mi mala fortuna, que es la que me trae arrastrado por el mundo, sin dexarme respirar para el desahogo del violento cordel de mis trabajos. Desde el año diez y ocho de mi edad, me miró la fortuna de contrario aspecto. Pues pluguiera a Dios, que el primer tropiezo

fuyó, fuera el vltimo de mi vida, con que huviera acabado la miseria de mis duelos, a manos de los primeros encuentros de mi desgracia. Vi vna dama en Madrid en la Iglesia del Carmé, principio de todas mis desgracias, que no es nuevo q̃ la vista ocasiona al apetito, que por conseguir su anhelo se precipita en despeños de infortunios. Buelvo a dezir, que vi vna dama, que vi cosas, que por mas vezes que se repitan, nunca pienso que se les puede dar el alma a lo que la vista concibió gustosa, para presentarlo al entendimiento, que se rinde a los violentos alagos de la voluntad. Tercera vez digo que la vi, con que vna, y mil vezes digo, que apenas mis ojos descubrieron el hermoso objeto de mi dama, quando arrebatado de vn dulce embeleso, bebi el veneno del amor en la penada taza de vn recatado mirar; turbeme de enamorado, asegurandome de eno cō solo las armas de mi desconfianza mirando a la luz de la razón, desconfiè de mi dicha, que lo juzguè por vn anto

jadizo acaso ; pero como la causa era violencia de amor, toda aquella mañana batallè con dos contrarios ; empeño de la voluntad, y desconfianza medrosa, con que a fuerça de tan fuertes armas, me rendi, pidiendoles quartel a mis contrarios. Esto era ya a la puerta de la Iglesia, donde mendigo de su favor pedia limosna de consuelo; fui bien librado por atrevido, porque como era el dia de nieve, tuve ocasion para brindar al sol de mi cuydado con mi coche; acetolo la madre, que en breve traspufo en su retiro a su hija, cuyo girasol fui a pesar del embarazo de la nieve: ródè su calle, galâtee con continua asistencia, sin que pudiesse alcançar el menor asomo de cuydado; con que me alimentava de descuydos. Hablè a la madre, la qual me propuso matrimonio, à que no dexè de dar esperanças, aunque hize todo esfuerço para que fuesse mi dama ; pero barajome la propuesta, cortandome todo el passo a mi pretension, dandome termino para considerar mi empleo, que

fue darme tiempo para que creciesse mas mi llama, con la permission que me diò de vera Laureana (que este era su nòbre) con que acabò el fuego de mi amor, de apurar la materia de mi sufrimiento, rompiendo dificultades, allanando impossibles le di la mano de esposo a Laureana, aviendo precedido las amonestaciones que dispone la Iglesia, con la prisa que pedia la necesidad de mi anhelo.

En dulce, y apacible coyunda passè algunos meses en compania de mi amada esposa (ò Carlos amigo, con que dolor del alma lo relato ! pues tan viua està oy en mi pecho como el primer dia que la vi) hasta que vn tio mio noticioso de mi nueva determinaciõ, diò alcance aparte de mi gustoso empleo; fugiome con severidad, diome tormento de baldones, cercenome el ordinario fausto, hasta dar cuenta a vn ministro grande de justicia, para que me acortasse los passos de mi de vaneo, porque aun estava oculto el hecho de mi matrimonio. Neguè a todas las preguntas, pero salí

con-

condenado en destierro de Madrid ; la qual determinacion no manifestè a mi esposa Laureana, solola dixè, que me era fuerça ir a Toledo , como en la verdad lo tenia dispuestto , juzgando que con mi ausencia se sossegaria mi tio ; pero engañeme , porque apenas sali de Madrid , quando entendí que llegó a noticia de mi tio mi empleo , con que colerico de honrado , tratava de maltratar a mi esposa por medio de la justicia , formando causa a la madre de Laureana , de que era hechizera , que dos testigos asseguravan que en vn poco de dulce me auia dado el hechizo. Afusleme como noble , pero olvidè el agravio como amante , con que la noche antes que la justicia hiziesse la diligencia , avisè a Laureana del peligro en que estava , con que tuvo lugar de ausentarse con su madre , la qual aunque hechizera no pudo disponer las materias tan a su salvo , que no cayesse en manos de la justicia , que la buscava con gran cuydado : al fin la llevaron a la carcel , donde la pusieron a vista del potro ;

pero viendo que el temor del tormento no la obligava à confessar su delito , probado con dos testigos , la dieron vna rigurosa tortura ; y aunque no confesò su culpa , declaró que no era su hija Laureana , por que lo era de vna señora principal de Cerdeña , auida en la question de vnos ocultos amores ; de todo lo qual deuia vn tal personage , que viuia en Mecina , Puerto de Cicilia , por cuya orden tocorria su madre à Laureana. Con esta declaracion , sin confessar otra cosa , murió la tal que se dezia madre de mi esposa. Todo esto , amigo Carlos , tuve por patraña , creyendo que los hechizos fueron el inuan que me auia solo violèrado à los amores de su hija , que à no ser asì , ni yo quisiera con tanto estremo a Laureana , siendo de tan vil linage , ni mi esposa , siendo noble , se valiera de tan vil medio para rendir mi voluntad , con que corrido , enamorado , ofendido , aunque idolatrado en mi esposa , me ausente de Madrid sin saber la derrora que llevar , pues me considerava combatido de amor,

amor con agravios, de voluntad con deshonra. Elegi, al fin, la jornada de Flandes; fuime à San Sebastian, donde me embarquè en vna nao Flamenca, que a dos dias de via. ge dimos con tres navios de Olanda, que nos acañearon todo vn dia, dandonos a su salvo las cargas que quisierò, sin hallar flaqueza en los defensores, hasta que nos abordarò, donde por mas que nos defendimos a costa de mucha sangre, nos rendimos; pero tan desangrados, que no podiamos mòver las armas. Estimò el enemigo la presa, tanto por ir el baxel rico, quanto por hazer prisioneros a hombres q̄ avian mostrado tan gran valor en su defensa. Llevarònos prisioneros a Olanda, donde pasamos quatro meses de prisiò con harto descòsuelo, porque faltarle a vn Catolico en los trabajos el alivio del alma, es gran tormento. Los santos de aquel Pais son Calvino, Lutero, Bucero, con otros semejantes, que arden, y arderàn para siempre en el infierno. Mis còpañeros como eran Flamencos, negociaron nuestra soltu-

ra en vn cange que se hizo en Bruselas, donde se trocaron vnos por otros. Vimonos, al fin con libertad, con que cada vno procurò tomar su derrota. Mis camaradas se fueron à sus casas, y yo al exercito de España, donde desespèrado procurè hablar al General, à quien supliqué, que quando se ofreciesse la ocasion me hiziesse merced de que fuese yo el primero en el abance, porque deseava morir con honra: cumpliòse mi deseo, pues a pocos dias se ofreciò assaltar vn fortin del enemigo, en cuyo empeño fuy yo de los primeros, siendo el postrero q̄ hirieron, cayendo dentro a distàcia corta. Rindiòse el fuerte, y como la desesperacion es madre de tan admirables, como prodigiosas hazañas, còpadeciòse mi fortuna, de q̄ mi valor se quedasse sepultado en la muerte, a q̄ atendiò mi Cabo, gustoso de aver visto el brioso arrojò de mi pecho, hizome buscar viendo q̄ faltava, hallaronme, a su parecer, sin vida; pero a la verdad, en vn grandissimo desmayo, por la vertida sangre; pero

como su cuydado le dava priessa, apurò las señas que dava de cadaver, que con alientos de la medicina se reconociò la vida en braços de la muerte. Hizome curar, con que a breves dias sanè; y para que con mas gusto convaleciesse, me dieron vna compañía de Infanteria, en cuyo exercicio se vi dos años con varios encuentros de guerra; pero de todos, Dios sea alabado, sali muy ayroso. Ofreciòse en este tièpo embiar a Milàn gente; hizome merced el General de que fuesse su cabo para combeyar vn Tercio de aquellos Payfes a Milan, en cuyo empeño passamos hartos trabajos, marchando siempre con el enemigo a la vista, hasta que el señor Don Gonçalo de Cordoba divirtiò al enemigo, con que tuvimos lugar de dar fin al viage sin azar considerable, antes con gran felicidad del peligroso empeño. Ocupòme el señor D. Gõçalo en el exercicio de Capitan de Corazas. Llegòse el Invierno en q̃ nos aquartelarò, ofreciòse passar a Genova, dõde tuve noticia, de q̃ mi Laureana esta

va en Napoles, que avia passado grandes trabajos dando buelta a Europa por hallarme. Gran movimiento hizo en mi coraçon esta noticia, porq̃ mi afecto siempre es vno; pero como en aquella fazon no estava tã enterado de la verdad como oy, procurè socorrerla, sin ponerme en el lãce de verla la cara, porq̃ aunque el amor domestica, la honra embrauce. Con este dictamen tratè al punto de embarcarme, porque aunque la noticia era de q̃ estava en Napoles, y no en Genova, presumi q̃ era dissimulo prudente de vn Religioso, que fue el mèsagero, con q̃ a toda priessa me apartè de Genova, por no ponerme en ocasion de que el corage de mi honra estragasse mi amor con el hierro de mi espada. Bolvime a Milã, donde cursè las armas òtros dos años, sin q̃ en ellos olvidasse el amoroso fuego de mi esposa Laureana. Succediòme vn entado con vn Coronel Aleman; salimos a campaña, dõde quedò sepultada su arrogancia. Retirème del exercito cõ todo cuydado, porque el Coronel muerto era soldado de opi-

opinion, cõ que el General se avria cõmigo con todo rigor, de q̃ me retirè a toda priessa, y vine a parar en Roma.

En Roma, como Corte tan populosa, tratè de olvidar el cariño de mi esposa, que me atormentava el alma, para cuyo efecto me pareciò bien vna Matrona Romana, casada con vn Gèrilhombre de aquella ilustrissima Ciudad; hize las carabanas de enamorado Español, que en aquellos Paysses son muy celebradas, juzgando, que solo el Español supo enamorar con arte, cariño, fa. No fuy admitido a los principios; pero mi porfia, que corria el passo de mi apetito, la obligaron a hazer estimacion de mi cuydado, con que se determinò a pagar mi voluntad. Era la tal dama muy yana de puro honrada, cõ que dificultò mucho mas la empressa; pero todo lo venció mi asistencia. Permittiòme entrada en su casa, con que os digo todo lo que puedo significaros; porque la permission de la voluntad es lo mas, siendo lo demas menos. Algunos lances passaron en

nuestra viciosa amistad, que por no cansaros, no os los relato, solo os digo, que a ser possible olvidar a mi Laureana, solo por Doña Olimpa fuera possible; porque era hermosa sin achaque de necia; atendida sin el azar de presumpcion; dama cortesana sin bachillerias palaciegas. Vn año fue el tiempo que nos diò de barato el amor en nuestro vicioso empleo, hasta que llegó su esposo a tener noticia de nuestro illicito trato; como prudente dissimulò la congoja; como honrado rondo el omenage de su honra, que à pocas atenciones descubrió, que era entrada la inestimable fuerça de su honor, entregada al alvedrio de mi gusto. O lance terrible! injusta ley! que padezca desdoro el credito mas zanjado con lauros, y coronas por la facilidad de vna muger? Incitòle el honor a la vengança, con que colerico discreto tratò de limpiar la mancha que nuestro lascivo vicio avia echado en la limpia tabla de su honor. Fingió vna

jornada verdadera à nuestro deseo, porque siempre los amantes son necios de puro ciegos. Llegò el dia señalado, despidiòse de su casa con noble corage de bolver a ella à lavar con la sangre de dos adulteros la torpe mancha de su honra. Simulò grandes finezas con su esposa, porque mas sabe fingir el coraçon vengativo, que el arte de la industria. Creyò Doña Olimpa las finezas de su esposo. O que mal haze el que cree la paz de el que ha ofendido! Dexòle salir de casa para avisarme de que su esposo no estava en el lugar. O que facilmente que cae en el lazo el paxaro vicioso! Así como recibí el aviso de Doña Olimpa, tratè de desocuparme de todo, despachè a vn amigo que bolvia a España, que se avia de embarcar al otro dia de mañana, y porque no me embarazasse, me despedí del aquella tarde, acabando de agenciar todo lo que era necessario para su viage. Llegò la noche, en que sin detenerme a mas que ir a mi casa, donde tomè dos pistolas, mudè de habito, con

que me fui a casa de Doña Olimpa, tan gustoso, y alegre, como si mi vicio no tratara de castigar mi osadía. O ¿olvidado està el delinquente, de que no ay instante que no le amenaze lo sangriento del castigo! Recibiòme Doña Olimpa como quien avia de gozar de su amante sin zozobras de otro dueño. Profanamos el talamo conugal hasta la vna de la noche, hora en que, ò mi delito, ò mi dicha, ò Dios, que es lo mas cierto, me tenía desvelado, para que yo sintiesse al esposo de mi dama, q̄ forcejava con vna puerta, distante otras dos de la quadra en q̄ estavamos. Despertè a Doña Olimpa, dixela el peligro en que estavamos, q̄ recogiesse sus joyas, fiando de mi nobleza, que no la faltaria, hasta perder la vida en su defensa. Acusòse D. Olimpa, pero alentada de mis brios, recogió sus joyas en vn lienço, à tiempo que forcejavan ya por romper la puerta, en cuya quadra estavamos cerrados: diligencia que yo hice, previniendo el sucesso, por no fiar la vida de el gran

des-

descuido de vn criado. El noble esposo de mi dama armado de honroso corage, porfiava en romper la puerta; pero como yo vi que no avia otra senda por donde aventurar la vida, sino rompiendo por mis contrarios, abri la puerta, al mismo tiempo tirè vn carabinaço al que traia la luz, que cayò muerto; pero en el mismo tièpo recibí tres balazos, que aunque me hirieron crudamente, no me acortaron los brios, pues me arrojà a mis contrarios, sin que me perdièsse el lado mi Doña Olimpa, la qual me siguiò briosa. Cogiles el passo de la escalera, valiendome de la falta de la luz, me favoreci de la tiniebla, con que nos pusimos en la calle, de la qual con toda diligencia nos procuramos ausentar.

Asi como me vi fuera del riesgo pensè como acabar de asegurarme; bolver a mi casa, era riesgo conocido; fiarme de otra persona, era contingente la seguridad, con q̃ me determinè a poner en salvo a Doña Olimpa, y tras esta diligencia asegurar mi persona, para

cuyo efecto lleguè a vn Convento de Monjas, dõde llamè con grande priessa; abriòme la puerta vn Capellan, contele la desgracia, fuymosa la Iglesia, en cuyo coro asistían à aquella hora algunas Religiosas, a quien propusimos la necesidad, que entendida de aquellas piadosas almas, dieron cuenta de todo a la Priora, que al punto baxò con la Portera, y recibì a mi Doña Olimpa, que al entrarse en el Convento bolviò a mirarme, cõ que se desmayò. Cerraron la puerta, con que me fuy cõ el Capellan a su aposento, dõde me curò las heridas como supo; ministròme papel, y tinta, para escribir a vn amigo, para q̃ recogiesse mi ropa; joyas, cõ algun dinero, para entregarlo a D. Olimpa cõ todo secreto, antes q̃ lo embarazasse la justicia. Hecha esta diligencia, me sali con el Capellan àzia la marina, en el camino topamos a mi camarada, que al punto le conoci, contèle mi desgracia en breves razones, encomendele a Doña Olimpa, a quien entregasse toda mi ropa: persuadile

a que se fuese, porque no le ruiessen por los pechos en el delito; pero no fue posible desviarle de nosotros, con q̄ huvimos de ir juntos a buscar vn barco q̄ me llevassé a la Tartana, en q̄ iba embarcado mi amigo; por mas diligencias q̄ hizimos, no fue posible hallar vn barco, con q̄ me vi perdido, porque ya venia rōpiendo el Alva, con que era peligrosa la estācia; pero como el valor en las mayores dificultades abre senda para salir del empeño, como vi, que la Tartana estava cerca, y q̄ no avia otro medio para salir de Roma, donde peligrava mi vida, echè la ropa fuera, y fiado en Dios, y en la Virgen Maria su Madre, me arrojè al agua, dō deguiado de la corriente, fuy à parar à la Tartana, harto desmayado, que a no ser tã breve la jornada, acabara mi vida en el Tiber. Subi a la embarcacion, preguntè por mi amigo a tiempo que salia ya a dar orden de caminar, quedò admirado de verme en aquel estado; hizele breve relacion de mi trabajo, con que al punto mandò levantar la ancla; al-

gamos vela, y antes que saliesse el Sol estavamos ya en alta mar. Hizome acostar, dispuesto que vn medio Cirujano, que iba de viage, que me viesse las heridas, las quales, aunque no eran de tres balazos, no fueron de peligro. Como el ayre era favorable, soltamos todo el trapo; con que aquel dia caminamos con largo viage. El segundo dia nos diò calma, con que nos fuymos poco a poco, hasta el quarto dia, que nos amaneciò por proa vna galeota de Turcos, de que procuramos con todo empeño desviarnos; pero no pudimos; la gente era poca, el baxel desarmado, y el enemigo prevenido para pelear, con que a poco rato se puso à tiro de cañon, rindiendonos a pocos cañonazos. Passaronnos à la galeota, que era de vn Turco, residente en Túnez, el qual avia hecho otra presa, de que su baxel venia muy ocupado, y asì mandò, que se alijasse todo lo que se pudiesse en el nuestro; pero viendo el Patron, que si encontraba alguna embarcacion de guerra, le podia dar en que enten-

tender, se determinò dar la buelta a Tunez, que executada su determinacion, se pudo en pocos dias en la Goleta, donde nos echò en tierra con toda la presa que avia hecho, entregandolo todo a vn cuñado suyo, con que se bolvió a su pirateria.

Quedamos los cautivos en su casa, donde a cada vno se nos señaló exercicio. A mi me dispusieron, que cargasse vn seró de estiercol en vn mal rozinejo, en que lo acarreasse desde el lugar a vna huerta que tenia mi Patron fuera de el lugar. Todo el tiempo que asisti en Tunez, que fueron cinco meses, me ocupè en este ministerio, porque no tenia otra habilidad. El hortelano era vn Valenciano de prudente valor, con quien descantaba, comunicandole el ahogo de mis trabajos, por cuyo rigor vine a parar en aquel duro cautiverio. El me consolaba haziendome relacion de las tragedias de su vida, hasta llegar cautivo a Tunez, estimando por gracioso batato de fortuna la esclavitud en que estava. Estodo

muy largo, y assi lo dexo, porque no os quiero entadar. Digo, pues, que con este hortelano era toda mi comunicacion, porque como el avia años que estava cautivo, era practico en todo, industriando a los cautivos que venia de nuevo en el modo de buscar la vida. A mi me cobró aficion, como me comunicava mas; valiòme muchos documentos, que me aprovecharó harto para el trato de aquellos Barbaros. Solia yo ir algunas vezes a la Goleta, que es el puerto de mar de Tunez, donde travé amistad con vn renegado viejo, el qual me acariciava como si yo fuera su hijo; llorava à solas conmigo su desventura, congojandose de el mal estado en que tenia su salvacion, sin hallar camino, ni forma de bolver a España para reconciliarse con la Iglesia. Dixomelo tantas vezes, q̃ me influyó alientos para procurar la salvacion de aquella alma, saliendo juntamente con el del cautiverio. Tratèlo con mi hortelano, el qual me aconse-

jò, que tentasse el vado poco a poco, que le cogiesse preda al renegado, porque este era el mejor medio para salir de la esclavitud de Tunez, porque los demás eran largos, y con grandes embarazos, por ser aquel Reyno poco comerciado de los tratantes de España. Con esta inteligencia, la primera vez que fui a la Goleta, procurè hazerme en contradizo con el renegado, el qual apenas me viò, quando me echò los brazos, diziendome, que no sabia que hallava en mi, porque siempre que me encontraba le dezia el coraçon, que era yo el que le avia de sacar de el mal estado en que estava. Yo le respondi, que lo mismo passava por mi; pero con vna diferencia, la qual era ser èl libre, y yo esclavo, que de mi no se podia esperar tanto quanto de su libertad; pero que no obstante mi esclavitud, que mirasse en lo que le podia servir, porque valor no me faltava, aunque me avia sido contraria mi fortuna, hasta llegarne à aquel miserable estado; pero

que en servicio de Dios, por el bien de su alma, perderia con gran fineza mil vezes la vida. Con esta corta oracion quedò el renegado muy alegre; bolviòme a echar los brazos, avisandome, que me saliesse temprano de el lugar, porque me avia menester hablar despacio, en parte donde no fuéramos notados. Despedimonos con grandes muestras de amistad, con que procurè con toda la priessa que pude, despachar lo que llevava por mi cuenta. Sali de la Goleta caminando poco à poco, aguardando al renegado, por si cumplia su palabra.

Con harta fatiga seguí mi camino con mi rocinejo, que lieuava cargado, ya juzgando que era engaño, ya me consolava, que podia ser verdad, fue Dios servido, que entre vnos olivares cerrados, que estàn vna legua, poco mas de la Goleta, me apartò de el camino, retirandome para lo mas cerrado de el olivar, donde considerando que estava solo, sin mas auditorio que el mio; sacò de el pecho vna

mediana Cruz, a quien adorò de rodillas, confesando con lamentables voces la Fè de Christo nuestro Redemptor, detestando la barbara secta de Mahoma, maltratando su cara con bofetadas, dandose muchos golpes en los pechos, con que dava a entender el dolor que tenia de aver dexado la Fè Santa de Christo. Mas de media hora gastò en este santo, si doloroso acto, bafñando con abundancia de amargas lagrimas la tierra que hollava; pero reparando, que tambien yo arrodillado, le ayudava a llorar sus culpas, me dixo con tierno sentimiento: Llorar amigo, llorar, que tus lagrimas seràn ayudadas de toda la Iglesia Catolica, en el Tribunal de Dios, porque aunque pecador, eres su fiel oveja, que no has dexado la marca de su rebaño. Llorar, te pido, para que oïga Dios mi infame clamor, pues medroso de penas temporales, me borrè de la lista de su vanderera. Llorar sintiendo mi maldad, pidele à mi Dios, y Señor, no me castigue dignamente con olvidarme, Obli-

gale, amigo, con tu llanto, abra camino a mi valor, para que derrame mi sangre por su Fè, ya que el fino amante la derramò por mi clavado en vna Cruz. Congojado entre amargas ansias el dichoso ingrato me tenia aïdo, mediando entre los dos la Sagrada Cruz de Christo nuestro Redemptor; pero como el tiempo era tassado, le procurè animar, para que me dicesse, fuera del desmayo de la angustia, que pretendia de mi amistad? Respondiome, q̃ su anhelo era salir de aquel miserable estado, y q̃ a èl no le faltava mas q̃ hombres de valor, q̃ le ayudasen para salir con su intento, que no se atrevia a fiarse de los cautivos, porque no los conocia; pero q̃ en mi cara avia hallado tan particular influencia, que le obligava à fiar de mi su vida, y su alma, assegurado de mis alientos, que n se avia engañado, me pedia guardasse secreto, hasta q̃ Dios por su divina misericordia, abra camino para su salvacion; pero que me alètasse a seguir su determinacion, porq̃ del empeño con el

auxilio de Dios saldrian con toda felicidad con él, porque el medio era facil. Con gran atencion estuve a todo lo que el renegado me quiso dezir, hasta que puso termino a sus palabras, con que le respondi, assegurandole de que no se auia engañado en la elecciõ, porque a trueque de que salvasse su alma, daria mil vezes la vida, la qual avia avéturado con todo valor en las lides de algunos años, peleando por las banderas de mi Rey, con aprobacion de Soldado, con que para emprender algo en el servicio de Dios, esperaba en él, que lo executaria con mas brios, q̃ en el servicio de mi Principe, donde avia probado bien el valor; pero que le advertia, que pensasse bien la forma de su fuga, porque la execucion, con todo empeño y o la tomava por mi cuenta. Muy alegre quedò el renegado con mi respuesta; con que considerando mi resolucion, me abraçò con grã de aprieto, dando gracias a Dios, de que le avia guiado à tan seguro puerto; yo le procure afiançar mas en la fè; pe-

ro no fue menester mucho, por que le tenia Dios tocado, de manera, que cada instante repetia con amargas lagrimas, fervorosos actos de dolor de verse en aquel miserable estado; bolviome a pedir la palabra, y mano que le avia dado, assurefela con juramento, de que satisfecho me dixo, q̃ eligiesse hasta treinta compañeros de valor, avisandole cõ tal seña, para que él dispusiesse la forma de nuestra fuga. Con esto nos despedimos, él para la Goleta, y yo para Tunec, de adõde sali al otro dia para mi ordinario exercicio. Erã mis jornadas a la huerta, donde comuniqué con el hortelano lo que me avia passado con Muley Amer; aprobò todo lo sucedido, alegrandose notablemente de mi fortuna; dixome, que él no podia ser vno de los que me acompañassen, porque era tal su fortuna, que tenia à mucha dicha verse fuera de España en tan desconocido estado como era el que se hallava, que procurasse no dexar passar la ocasiõ de mi libertad; q̃ lo que podía hazer, era señalarme per-

sonas de quien me podia confiar, porque la experiencia que tenia dellas lo asseguravan; diomelos por memoria, obligandome a que al punto los buscasse, disponiendolos, para que en aviendo la ocasion no se perdiesse por tener que hazer. Despedime del Hortelano, bolvime a Tunez, hablé con los cautivos, que todos conformes se ofrecieron al empeño cō secreto. Hecha esta diligencia, entendidas las señas con que nos aviamos de gobernar, se me ofreciò el ir a la Goleta, donde me encontrè con Muley Amet mi renegado, el qual me bolviò las espaldas, sin permitir que me careasse con el; senti el desvio, tanto por mi libertad, como porque presumi que el Demonio le auia buuelto a enredar, con que aquella alma se acabava de perder: no me atrevi a buscarle, porque no se entendiesse mi cuydado, despachè a lo que iba, con que me bolvi harto a igido camino de Tunez; pero apenas auia caminado media legua, quando Muley Amet se me hizo contradizo a cavallò muy

galan, que sin apearse me dijo: perdoneme amigo de no averte hablado en la Goleta, porque ha sido por hazer nuestro negocio, dentro de seis dias te aguardo con los demas compañeros fuera de la Goleta, junto a la cala, que tu bien sabes, que queda a ziz la parte del Norte, todo lo tendrè prevenido, con que ayudandonos Dios, que asì lo espero, en èl nos verèmos entre Catolicos Christianos. Con este breve aviso, diò de pies al cavallo, pero luego bolviò la rienda, diciendo: Amigo, no aya falta por la Sangre que derramò Christo por nosotros en la Cruz; con esto bolviò a dar de espuelas al cavallo, con que se entrò en la Goleta, yo procure apresurar el passo, deseoso de llegar a Tunez, para prevenir a mis compañeros; lleguè al fin cansado de caminar a pie, arreando vna mala cavalgadura, pero antes de retirarme a mi baño, di buelta a otros, donde estavan los que auian de emprender conmigo, y Muley Amet el hecho. Con esto me bolvi a mi estancia, donde

gasté la noche a ratos , durmiendo , y a ratos pensando en el fin de nuestro empeño. Amaneciò Dios, con que nos levantamos al trabajo ordinario ; aquel dia con los siguientes los gasté , lo que me sobró de mi exercicio en prevenir mi conciencia , ajustando cuentas con Dios en vna confesion, por si acaso llegava la ocasion de acabar con la vida , despedime de mi Hortelano, con hartas lagrimas de entrambos , pidiome que en viendome en tierra de Christianos le encomendasse muy de veras a Dios , y que le escribiesse donde quiera que parasse. Ajustadas todas mis prevenciones, llegò el dia que yo y a tenia dispuesto con mi Patron, de ir a la Goleta , con que en nombre de Dios sali de Tunez, entre en la Goleta, donde hize mi negocio muy despacio procurando con cautela de tenerme hasta la tarde, tiempo en que sali de la Goleta , pero a breve espacio del camino, me embosqué en lo mas oculto de vn olivar, para en anocheciendo salir en busca de Muley Amet , que

tan puntual como deseoso de su bien, le hallè en el señalado lugar ; recibime entre sus brazos, con amorosas caricias, pero como el tiempo era necesario lograrlo, dimos traza de buscar los demas compañeros , que algunos dispusieron con licencia de sus Patrones venir a la Goleta , donde les dixe que me aguardassen en parte retirada , para q con tal señamia acudiesen al reclamo. Otros a breve rato de la noche llegaron harto cansados , por venir por vereas extraviadas ; al fin juntos todos, nos acercamos a la caleta , donde nuestro Muley Amet tenia vn barco longo con toda prevencion, pero pequeño baxel, para asegurar nuestra fuga , todo lo qual tenia reparado Muley Amet , y asì nos dixo, que no nos affigiesemos , que nos embarcásemos , que presto hallariamos mayor baxel , que lo encomendásemos a Dios, al punto le obedecemos , y con gran silencio fuimos vogando poco a poco , hasta topar con vn Vergantin que estava surto en aquel parage, subimos a la ca-

camara de popa, donde passamos a cuchillo a tres Moros que le guardavan. Con este buen suceso alijamos todo lo que traia el barco de prevencion en el vergantin, con que dentro de dos horas nos vimos ya vogar, apartados de tierra en el nombre de Dios, y de la Virgen Maria. Vnos a otros nos abraçamos, prometiendo con juramento de morir en defensa de nuestro redemptor Sebastian Perez (que este era el nombre de Muley Amet, siendo Christiano.) Con gran alegría fuimos caminando todo el resto de la noche, hasta al amanecer, que se levantò vna maraca, que nos diò harto en q̃ entender, a que se siguiò dar vista a vna galera, para cuyo reparo nos cosimos cò la tierra, procurado seguir nuestro viaje: fue Dios servido, q̃ como la mar andava tan alta no hizo caso de nosotros, tratado solo de mirar por si; con q̃ dando muchas gracias a Dios, seguimos nuestra derrota sin embañazo, hasta doblar vn cabo. Ya nos parecia a todos, q̃ gozavamos de la amada libertad;

pero nos engañamos, porq̃ la mar se embraveciò cò tanta furia, q̃ nos obligò a guarecernos de vna caleta, dõde entramos con todo cuydado; pero dando buelta a vn recodo de tierra, q̃ la caleta hazia, dimos con vna galeota de Turcos, q̃ se ampatava de la brabura de la mar en aquel recodo; hartas diligencias hizimos por virar la buelta de mar; pero no fue possible, porque estavamos tan debaxo de la galeota. mparados por vn lado de la tierra, que ni la galeota nos pudo tirar la artilleria, ni nosotros salir de aquel peligro; tãpoco nos pudieron aferrar, y assi reconociendo que eramos esclavos fugitivos, sin armas, abordaron en su esquife à nuestro vergatin veinte Turcos, juzgando, q̃ al punto nos rendiriamos; pero hallaron en nosotros tan linda resolucion con tanto valor, que bolvierõ à virar muertos algunos, con otros heridos. En esta buelta de el esquife nos animamos vnos a otros a morir en defensa de nuestra libertad. Sebastian Perez nos alertava con vna Cruz en la mano, diziendo

maravillas , pidió a vn Religioso de San Francisco , que era vno de los compañeros, que le absolviessé, por si acaso moria en la defensa; el santo Religioso lo hizo con gran fervor , assi a él , como a los demás ; y tras esto obrò en la defensa, tanto, y mas como los demás, cò vn altage que avia sacado de Tunez. En estas santas, y Catolicas disposiciones estavamos todos, quando nos abordò la galeota, procurando echar toda la gente que pudo en nuestro vergantín; aqui fue donde visiblemente nos socorrió Dios, pues en treinta y dos hòbres, que eramos, hallaron la resistencia de mil hombres, no obstante nos viamos ya muy acosados; pero proveyo Dios en este tiempo , que los esclavos de la galeota se levantasen apellidando libertad. Quiso retirarse el Arraez, reconociendo el valor con que era resistido, con que podia correr riesgo su vida en la solitud de nuestra prision. La mar nos impedia la fuga; la voz de libertad de los cautivos nos incitava à nuevo empeño, eligiendo , o morir co-

mo nobles , ò vencer como bien afortunados ; y assi, sin perder la ocasiò, saltamos dentro de la galeota como nobles: desesperados, siendo el primero nuestro Sebastian Perez, à quien imitamos en el valor. Como el choque fue tan furioso, diéronos lugar los Turcos para que viessemos los forçados cautivos en la camara de popa, con no mas armas que algunas piedras. Olo que la necesidad alienta! pues incitados de la comun en que estavamos , fue tal el arrojode nuestros treinta y dos compañeros , que rompieron por en medio de los Turcos, hasta juntarnos con los forçados cautivos , que puestos en vn cuerpo, acabamos de rendir la galeota, passando a cuchillo casi todos los Turcos. Ya que nos vimos señores del baxel, libres de nuestra esclavitud, tratamos de salir de alli; pero no fue posible por la brabura de la mar , que nos detuvo tres dias en aquel abrigo, hasta que abonarçò el tiempo , que nos diò lugar à que con prospero viage llegassemos a Mecina, puerto principal

palde Sicilia, casi todos heridos, y algunos muertos, pero ninguno de nuestra esquadra, aunque muchos maltratados de peligro, pero en Mecina sanaron, donde los dexaremos hasta el capitulo siguiente.

CAPITULO XXVII.

Acaba Don Alvaro de contar los sucesos de su vida.

O Lo que albrota vnadicha! lo que inquieta vna felicidad! qual se estima la possession de la libertad perdida! qual se remozan los animos con vna buena fortuna grangeada a fuerza de valor, a meritos de la bizarría! Todo este tropel de gritos nos invadió a mis compañeros, y a mi, viendo que davamos fondo en el Puerto de Mecina, segun amparo de nuestra libertad. Saltamos en tierra, y todos juntos en procesion, en el habito que nos cogió la fortuna; fuimos a dar gracias a Dios, y a la Virgen que nos sacaron de aquel misero cau-

tiverio. Solo nuestro Sebastian Perez, bañado en lagrimas de sentimiento se quedó en la Goleta, diciendo, no era merecedor de entrar en el Templo de Dios, hasta reconciliarse con su esposa la Iglesia, que él allí le daria las gracias, aunque ingrato, dignamente pibado de tanta dicha. Hecha esta devida diligencia tratamos de que cada vno tomase su derrota, la Galeota con su artilleria se entregó a la hacienda Real, el Vergantin con lo demas que traia la Galeota, repartimos como hermanos, porque cada vno fue vnico en la hazaña, porque todos obraron como muchos. Sebastian Perez no quiso entrar en la particion, porque traia sobrado para sí, y aun para todos; la Galeota estava muy rica, porque auia apresado vna nao de Genova, que bolvia de España, con que a todos nos cupo gran parte, particularmente a mi, que fui el instrumento por donde se comunicó la libertad de tantos esclavos.

Hecha nuestra particion con mucha paz, como nos vi-

mos con libertad , y dinero que gastar; tratò cada vno de bolvera su solar conocido; Sebastian Perez, despidiendose de todos con gran cariño se fue a Roma , a reconciliarse con la Iglesia, solo yo me quedè en Mecina por muchas causas , particularmente por dos, que eran Doña Olimpa , y Laureana, desta (como ya os dixe) por buscar la persona que os declarò su fingida madre la socorria. Tábien por saber de mas cerca de Roma, en que auia parado la desgraciada Doña Olimpa. De todo me informè facilmente, porque de Roma me avisaron, que el marido de Doña Olimpa se auia ausentado, que Doña Olimpa estava en su reclusion , aviendola mi camarada entregado todo lo que en mi casa auia dexado (que era cantidad) con que quedè algo consolado. La persona que socorria a Laureana , aunque me confesò que la embiava dinero , fue cò tantos misterios , y con motivos tan escrupulosos , que me dieron a entender , segun el miedo del declarante , que no era hija de buenos padres ; no

obstante siempre quedò misterioso el suceso. En esta averiguacion me entretuve algunos dias sin acabar de determinarme a tomar modo de vida , porque bolver a España me lo impedía el honor; à Milan la muerte del Coronel Aleman, à Flandes, era comenzar de nuevo , con que me fui a Palermo , Corte de aquella Isla , donde passè vnos dias, hasta que vn dia llegò a mi vn camarada, que me avisò como vn Cavallero Romano hazia grandes diligencias en busca de vn soldado de mis señas, aunque no de mi nombre, que mirasse si me importava, para andar con cuydado, agraçeci le el aviso , dexando para mi solo la consideracion de lo que devia temer , ò como me podia desviar del peligro que amenazava a mi vida: el tiempo no era para hazer jornada, porque era invierno , con que me determinè a ocultarme la tierra adentro, procurando dar lugar al tiempo , que es gran medico, que todo lo cura. No obstante, por no fiarme de mi parecer , comuniqué la materia con vn Maestre de Campo,

mi contemporaneo en Flan-
des , con quien tenia intima
amistad , el qual me dixo era
desacierto el ausentarme, que
lo que èl hiziera fuera des-
pojar de la vida a mi enemi-
go , supuesto que èl no venia
a otra cosa , sino era a vengar
su afrenta con mi sangre, que
lo mas seguro era acabar con
èl ; con que assegurava mi
vida , que de otro modo no
la tenia segura. Como moço
poco experimentado , ò por
dezir mejor, como mal Chris-
tiano , me pareció mejor ca-
mino para desahogarme de
las asechanças que me ame-
nazavan quitarle la vida a mi
enemigo. Para executar mi
intento , me vali de el mismo
Maestre de Campo , que me
diò el consejo , con que en-
tre los dos consultamos el ne-
gocio , hasta ponerlo enter-
minos de exeçucion , qui-
tèle al fin la vida a mi contra-
rio , cuerpo a cuerpo en cam-
paña , sin valerme de mas
que de mi espada , porque
bastava el descredito que por
mi vicio padecia. O infame
maldad la de el vicio ! que
no bastò quitarle la bonra, si-

no que para guardar mi vida,
fue mejor eleccion quitarla
al ofendido. Supo la justicia
mi delito , hizo diligencias
por prenderme. Conseguiòlo,
facandome de vna Iglesia, que
vn ministro apasionado , ni à
la Iglesia respera. Metieron-
me en vn calabozo , tratò el
Fiscal de acriminar la causa.
Tuvieronme encerrado algu-
nos dias , hasta tomar mi con-
fession , que fue confeslan-
do llanamente la muerte, obli-
gandome a probar, que fue
por defender mi vida, porque
aquel Gentilhombre avia dias
que me buscava para darme
la muerte. Con esta declara-
cion me sacaron del encierro,
con que tratè de defenderme.
Embie à llamar a mis amigos,
con que el rigor de mi prision
se moderò, tomando mi causa
otro color con la prueba, en
q fue testigo vn criado suyo,
no obstante el Iuez apretava
con gran empeño ; valimon os
de diferentes medios para
moderarle ; pero ningun o a-
provechò , hasta que me die-
ron noticia, de que vna Mado-
na viuda era su mayor vali-
miento, Alegre me con este

aviso, porque aunque las mugeres son vengativas, también son muy efectivas en las causas de piedad, disponiendo con maña todo lo que quieren, porque la buena caia trac conmigo el buen despacho. Cō

esta noticia me determinè à escribirle por mano de vn amigo mio, siendo tan bien afortunado, que con estos pocos renglones que dirè, la obliguè a todo empeño.

Vn soldado noble, y Español (ni señora) llega à vuestros pies con el mensagero de vn papel, suplicandoos, que le ampareis de vn juez, que, ò por mal informado, ò por poco versado en la escuela del amor, pretende castigar sangriento, delitos que se han executado en fauor de vna dama, para seguridad de su propria vida. El delincuente es Don Alvaro de Vargas, tan honrado, que estima mas perder la vida, que poner en contingencia la de su dueño. Este tal os elige por patrona, y pues sois noble, mirad vos si os obliga, siendo la poderosa para amparar a vn criado vuestro.

Don Alvaro de Vargas.

Leyò Madama mi papel, respondió de palabra a mi amigo, que bastava mi apellido, siendo de Madrid, para obligarla a mayores estremos de mas, que en su pecho tenia la piedad su tribunal muy de asiento, que la dexasse obrar, para que viesse como disponia el negocio de manera, que se entendiesse en los efectos, quan executiva era su piedad en favorecer soldados fosteros en causas tan natura-

les como aquella era. Con esta noticia a guardè en mi prision con algun consuelo la sentencia, la qual, como mi Angel de guarda era tan efectivo, me sacò de la carcel con vn destierro, con que sali en fiado, dandome tres meses de termino para aguardar tiempo para embarcarme.

Como me vi fuera de la prision, al punto fui a dar gracias a Dios a su Templo; pero aunque le damos gra-

cias

cias de las mercedes que nos haze, nunca acabamos de encomendarnos de ofenderle. Cúplida esta primera obligacion, fui a darla gracias a Madama Hipolita (que este era su nombre) echème a sus pies, cumpliendo con el rendimiento de obligado, reconocido de el amparo que en mi causa tuve en la piedad noble de su pecho ; ofrecime todo a su servicio ; hize todo lo que me tocava como noble agradecido, de que Madama Hipolita se diò por satisfecha. Pero apenas la mirè con toda atencion de agrado, como a mi vnica protectora, quando con alegre affombro se me figurò a mi Laureana, porque aunque era ya muger de cerca de quarenta años ; estava tan entera, que no parecia madre, sino hija. Notable desafossiego me causò la vista de Madama Hipolita, porque se me renovaron las especies de mi esposa Laureana, imaginando gozava con gran viveza la copia de de su original, q̄ tenia gravado en el alma. O que tarde olvida el que ama!ò que facilmete se turba

el q̄ quiere! Bien conociò Madama Hipolita mi turbacion; pero no pudo dar alcance a la causa de mi desafossiego. Hizome tomar silla ; pero antes que me diese a entender la estimacion que hazia de mi reconocido rendimiento, me dixole jurasse como Cavallero, de dezirla la verdad en lo que me preguntasse. Suspenso de su prevencion, la respondi, q̄ era escusado el juramento, quando mi obligaciòn me rendia à obedecerla; pero porque no pensasse q̄ lo repugnava, lo hazia sobre la Cruz de mi espada. Satisfecha de mi empeño, promuguiò Madama Hipolita, diciendo: En vn papel q̄ me embiastis para q̄ os amparasse en vuestro pleyto, es vuestra firma D. Alvaro de Vargas; pero en el crimen de q̄ os acusavan, sois Don Basilio de Monroy; dezidme, por vuestra vida, y por el juramento que aueis hecho, qual de los dos es supuesto, y qual el verdadero? No me pareciò a mi q̄ era mas q̄ curiosidad cortesana la pregunta de Madama, con que la respondi: Que el verdadero nombre mio era D. Alvaro de

Vargas, q vn gran trabajo que me avia sucedido en España, me avia obligado a mudar el nombre con el apellido, q todo fue originado de vna dama, à quien queria mas q à mi vida, sin q mis contrarias fortunas, pudiesen borrar de la tabla de mi coraçon su estãpa, que me hiziesse merced de no renobarme la llaga, porq era en mi afecto tan sensible, q me faldria deshecho en lagrimas el coraçõ a los ojos. No bastò esta suplica de mi dolor para q Madama Hipolita dexasse de proseguir, dando alcance a su pretention. Preguntòme si era de Madrid, como se llamavan mis padres, q hazienda era la suya, y al fin fue ràto su empeño, q me obligò a q la hiziesse relacion de todo el suceso de mi esposa Laureana. Apenas entendì Madama Hipolita toda mi fortuna, quando soltò las ligaduras de la modestia, recogendome entre sus braços, juntando su cara con la mia, apellidandome hijo con gran ternura. Quedè tan fuera de mi con el impen-sado suceso, que no sabia que dezirme; solo tuve aliento pa-

para preguntarla la causa de su arrojò. A q me respondiò, toda bañada en lagrimas; Yo soy hijo mio, la triste madre de la desgraciada Laureana, yo la que la he perdido, quando tu la dexas perecer a manos del rigor de la fortuna. Yo soy Hipolita de Lipari, noble con ricos bienes en este Reyno; però tan infeliz, que aviendome dado Dios vna hija de legitimo matrimonio, heredera de mi casa, no tengo noticia della, porque deve de andar huyendo de tu crueldad. No te culpo de ingrato, hijo, porque advirtiendo tu nobleza, bastante causa has tenido para olvidalla. Culpote de poco amante pundoñoso, pues no has hecho la averiguacion que devias para saber que era mi hija. Y porque no ignores la verdad, sabete, que à mi me casarõ contra mi gusto con igual mio deste Reyno, adòde me traxerõ niña desde Cerdeña, de adonde eran mis padres. Fue Dios servido de llevarse para si à mi esposo, a pocos meses del matrimonio, dexandome niña viuda, con romana cara. En este tiempo vino de

de España a Palermo vn Cavallero de lo noble de España, aunque pobre, pero galán, brioso, si de gallardas prendas; vimonos vn dia para congoja suya, si por fortuna mia, pues él vine desterrado sin alivio, quando yo le gozo enamorada, quando me lo permite la ocasion. Facilmente nos conformamos los dos, porque confrõtavan las Estrellas. Difusimos que el Virrey le hablasse a mi padre, para que se ajustassen nuestras bodas; pero como mi fortuna es tan adversa a mi gusto, todo lo desbarato mi padre, retirandome de la comunicacion de las gentes; pero en vano fue el cuydado de mi padre, porque con la violencia paternal crecio a mayor voracidad la llama de mi amor. Permitti, y aun dispuse con traza, q̃ entrasse en mi retiro mi galán, donde con mano, y palabra de esposo me gozò. Pero como las prisiones son insufribles para los buelos del amor, tratè de hazer fuga de mi casa, paragozar en cõpañia de mi esposo el fuego del Sacramento del Matrimonio; pero fui tan desgra-

ciada, que me diò alcance mi padre. Retiròme a vn castillo, querellose de mi esposo, a quien el Virrey, sabiendo la verdad, desterrò de Palermo por sossegar a mi padre, con quien dispuso, q̃ me diesse casa a parte, que él empeñava su palabra, de que yo estaria a su obediencia en todo lo que no fuesse casarme con otro. Con este ajuste se sossegò mi padre; pero yo o vivia çoçobrada, reconociendo q̃ estava preñada de la desgraciada Laureana; conque procurè ocultar mi preñado de mi padre. Valime en el parto de aquella mala hembra, que se dezia en España su madre. Ocultèla de mi padre, el qual procurava dar alcance a mi hija, para quita la vida; al fin, como aquella infame muger tratava de irse a España, porque la justicia la buscava, por causa de vnos hechizos que la acomulava, de que yo no tuve noticia, como moça sin experiencia, afligida con las amenazas de mi padre, no sabia que hazerme; al fin la mala muger sin licencia mia, la llevo consigo a España, de adonde me avisò

de su infancia, de que en algũ modo me holguè, porque esta-
va segura mi hija Laureana de
las asechanças de mi padre;
allà la sucedió lo que vos me
aueis contado. Esta es mi la-
tímoſa tragedia, hijo D. Alva-
ro, y no tendreis disculpa en
huir de mi Laureana, pues es
inocente, hermosa, y tan bue-
na como vos; què me respon-
deis, hijo, en què dudais? Tan
enagenado estava de puro go-
zo, que no cabia en mi, pues
aunque me hablava Madama
Hipolita, a que devia respon-
der, no ſabía como, porque la
trópelía de el hallazgo de mi
buena fortuna me embaraza-
va la lengua, hasta que ò aver-
gonçado de mi natural enga-
ño, ò confuso de mi trabajosa
incredulidad, me echè a sus-
pies, pidiendola perdon en
nombre de Laureana, juran-
do de buscarla, hasta que cõ-
cediendome la fortuna el di-
choso encuentro la bolvièſſe
a su casa; pero yo (Carlos)
ſoy tan desgraciado, q̃ avien-
do dado buelta a toda Espa-
ña, cõ gran parte de Italia, me
la oculta el Cielo para mi tor-
mèto. Como Carlos viò el sen-

timiento tan juſto de D. Alva-
ro, no le quiso dilatar mas las
ciertas noticias que tenia de
Laureana, y aſi le dixo: Pro-
ſeguid, amigo D. Alvaro, no
os quexeis tanto de vuestra
fortuna, pues os puedo comu-
nicar verdaderas noticias de
vueſtra eſpoſa; yo sè donde es-
tà Laureana, aunque ha algu-
nos años que no la veo; pero
no ha veinte dias, q̃ tuve car-
ta ſuya, y en mi ropa pienſo
que tengo algunas ſuyas. Con
eſta alegrenueva quiso D. Al-
varo cortar el hilo a ſu narra-
cion; pero no ſe lo permitiò
Carlos, aunque hazia tales lo-
curas de alegria, q̃ movia a laſ-
tima el ver, que podia tanto
vn guſto, como vna pena.

Ya que ſe huvo ſoſsegado
Don Alvaro, por ſazonar a
Carlos, proſiguiò, diziendo:
Que continuava la caſa de Do-
ña Hipolita, donde el Luez, q̃
era hermano de ſu eſpoſo, que
tan criminal ſe le avia moſ-
trado en ſu cauſa, vino a dár-
ſe por amigo, que ſabido el
parenteſco, ſe alegrò infinito.
Dentro de pocos dias fuimos
Madama Hipolita, y yo al
lugar, donde Don Gregorio,

padre de Laureana, estava retirado, que sabiendo quien yo era, llorò de gozo cormigo; solo vn dia de estancia nos permitiò el tiempo, porque no entendiesse el padre de Madama Hipolita su jornada, porque èl estava creyendo, q Don Gregorio avia buuelto a España, dexando a su hija viuda hasta la muerte, que se la deseava, para que entrassen a heredarle vnos sobrinos suyos, hijos de su hermano. Algunos meses me detuvieron en Palermo, aunque yo anhelava por buscar a mi esposa; pero como Don Gregorio hazia las diligencias en Italia, no permitiò que me ausentase, hasta que tuvo ciertas noticias, de que mi esposa avia buuelto a España. Con esta ocasion me dieron licencia para embarcarme, como lo hize, dandome Dios buen viage para llegar a Barcelona, donde busque a Laureana, penetrando todos los Puertos, Ciudades, Lugares, desde Cataluña, Aragon, Valencia, hasta Cadiz; solo Bizcaya, y Navarra, que son de poco, ò ningun

comercio, con Italia me falta por averiguar. Tres años ha que asisto a esta pretension. Quando pasè por Madrid, sin darme a conoèer a mis parientes, saquè por el Consejo de Guerra, por via de entrenimiento, el sueldo q gozava en Lisboa, de adonde peretres todos los Puertos, y Ciudades q tiene Portugal, y Galicia. Quando os encotrè en Badajoz, fue porque avisaron, que avia llegado alli vna forastera de las señas de que yo avia avisado a mis correspondientes; pero no era ella. En Lisboa me he estado, juzgàdo siempre la he de hallar en ostos puertos, por que en Castilla (seg. en su miedo) no se asegura. En Cataluña, Aragon, Valencia, y Andalucía tengo yo personas, que si allà huviera llegado, ya tuvieran rastro della, cò que no me han avisado nada. En este estado he tenido mi pretensiò; rogàdo a Dios me descubriese dõde estava mi esposa, hasta que la noche q os fui a buscar para que me ocultasse de la justicia, lleguè a vna casa de conuersacion, donde se jugavan trucos, cò otros juegos.

sobre vna mano se tomaron votos, sentenciè lo que entendia, enfadose el perdidoso, procurè moderarlo, arrojòme vn mentis, a que correspondi dandole vna bofetada. Retiròse mi contrario a la sala de los trucos, de adonde sacò vn taco, con que me aguardò al salir, executàdo en mi vn golpe con el taco, a tiempo q̃ la què la espada, con la qual, antes q̃ acabasse de afrentarme, satisfice al duelo con la sangre de su vida. Retirème con todo cuydado, busqueos en vuestra quinta, llegando a tan buen tiempo, que encontrè con vuestro amparo, para que cò toda seguridad me retirasse del Reyno de Portugal al fertil de Andaluzia, donde a trueque de lo lastimoso de mi fatal fortuna, me aveis comunicado las noticias que teneis de mi Laureana. Donde està, amigo Carlos? donde teneis sus cartas? que cada letra serà para mi alegre estrella de mi dichoso hallazgo. Hablad, de que os reis? Respondiò Carlos: De que ando mirando los bolsillos, donde no hallo siquiera vna letra

tra con que os conoleis, siendo asì, que siempre traigo cartas suyas conmigo, pero a guardad, que oy he embuelto vnas cintas en vn papel, q̃ entiendo q̃ era vna carta suya; escudriñò los bolsillos, donde hallò la carta en q̃ avia embuelto las cintas, la qual reconociò Don Alvaro, atendiendo a que la firma dèzia: *Servidora vuestra la desdichada Laureana.* Y como es verdad (dixò Don Alvaro) que eres desgraciada, pues siendo tu esposo, que te ama con todo estremo, te arrastra la fortuna por todo el Orbe, sin aver podido darte alcance tu esposo para obviar tu fatiga. Fue tan gràde el ahogo de D. Alvaro, apretado su coraçon de dos contrarios, como es la pena cò alegria, q̃ le desfòjò en lagrimas, sin poder contener el llanto, porq̃ el amor, aùn que niñò, suele hazer llorar à Marte. Lastimado Carlos, del exceso de su amigo D. Alvaro, le procurò alètar à mayor consuelo, procurando acabasse de leer la carta, en q̃ le encomendava, q̃ hiziesse diligencia por saber de D. Alvaro, jūta-

tamete de sus padres, q̄ enten
dia viuirian en Cerdeña, de q̄
no tenia mas noticia q̄ la con-
fusa, q̄ la auia dexado su des-
gracia; pero que esperaba en
Dios, que avia de premiar su
trabajosa inocencia, dandola
conocimiento de sus padres,
con cõformidad de su esposo.
Esto repetia muchas vezes, cõ
q̄ D. Alvaro se enternecia mas.
Bien quisiera D. Alvaro apar-
tarse del camino para ir à Pá-
plona; pero Carlos le diò tales
razones, q̄ le cõvenciò à aguar-
dar la respuesta de D. Juan, el
Castellano del Castillo, en cu-
ya casa estava aun Laureana,
q̄ su prudente virtud se hazia
lugar con rodos. Llegaron al
fin à Sevilla, escrivieron à D.
Juan el Castellano, advirtiendole
lo que passava, para que
proviniesse a Laureana de mo-
do que no la cogiesse de susto
el hallazgo de padres, y espo-
so, porque su ele. matar tanto
vn gusto, como vna pena. Escri-
viòla D. Alvaro con gran cari-
ño, assegurandola de toda
su fortuna. Carlos la dezia, q̄
diesse gracias a Dios, de q̄ ya
amanecia el dia de su felicida-
dad. Con esto cerraron el plie-

go, bien contra voluntad de
D. Alvaro, porque quisiera
ser el mensagero; pero como
se avia iedido à Carlos, seguia
al norte de su dictamen.

Desocupados quedaron los
dos amigos, para tratar de ver
Sevilla, como lo hizieron, ad-
mirandose a cada passo de las
grandezas q̄ la ilustravan. En
esta ocupacion se entretenian
Carlos con D. Alvaro, quando
llegò à Sevilla D. Maria acõ-
pañada de dos Gentiles hom-
bres, en vna litera, que por or-
den de su galan Lusitano, la
comboyaron hasta ponerla en
casa de sus padres, donde
se apeò muy alhajada de
galas, de joyas, con muy buẽ
golpe de dinero. Al pũto des-
pidiò el carnage, con q̄ tratò
de buscar a su galan Carlos, el
qual por no dar nota cõ su cui-
dado, se avia abstenido de
preguntar en la casa de D. Ma-
ria si avia venido, contentan-
dose cõ rondar su calle tarde,
y mañana, con que alimenta-
va la necesidad de su anhelo.
Pocos fueron los dias q̄ le mo-
lestò su esperança, annq̄ fuerõ
tardos, porque à dos dias de
su llegada alcançò D. Maria
à ver

aver à Carlos, que passava por su calle, al pũto le cezco, à cuyo reclamo no huvò ave mas pressa que Carlos, adivinando el hallazgo de su dama. Facil fue en Carlos conseguir su apetito, porque donde ay voluntad sin freno de la virtud, no ay lance que no lleque al paradero del vicio, sino que entre Dios à mediar. En esta ocasion permitiò Dios su ofensa, con alegre paz de los dos amantes, pudiendo turbarla cõ riguroso castigo merecidos; pero q̃ dello nos confiente Dios! que mucho que nos sufie! que poco que nos enmendamos!

Dispusieron los dos amantes la seguridad de sus gustos, sin el embarazo de sus padres de Doña Maria. Alquilò Carlos vna casa a la buelta de su casa, en que puso vna muger confidente de su dama, con q̃ assegurò los temores de Doña Maria, q̃ tenia de sus padres, porque aunque era viciosa, cuidava del respeto que debia. Seis meses fueron los que se detuvo Carlos en Sevilla, hasta que su tio le mandò cõboyarle hasta Madrid a vna

hermana suya vinda, con su casa, persona de edad mayor. Eratan grande el lazo de la voluntad que avia entre Carlos, y Doña Maria, que le respondiò Carlos a su tio, que no podia, por hallarse enfermo, sin salud para el viage; no obstante apretò de manera su tio, q̃ la misma D. Maria le obligò a que cūpliesse con lo que le mandava, con palabra de bolver à la cadena de sus brazos. Harto contra su voluntad obedeciò Carlos; pero como el amor se precia de obediente; rindiò Carlos su gusto al mandato de su dama. Mientras estuvieron Carlos, y Don Alvaro en Sevilla, se avisò a Palermo a Madama Hipolita del hallazgo de Laureana, suplicandola remitiesse informacion de la legitimidad de su hija. Llegò a tiempo el aviso, en que era ya muerto el padre de Madama Hipolita, de que resultò, que Don Gregorio gozasse en pacifica posesion de su esposa. Conque visto el aviso, se puso Don Gregorio en camino para España, aportando a Sevilla seis dias, antes que Carlos, y Don Al-

varo hiziesen su jornada a Madrid à quí encontró muy acafo, porq̃ como le soplaya ya la fortuna, todos los acafes eran felicidad; al punto conoció Don Alvaro a Don Gregorio, con que todos juntos dieron gracias a Dios de tanto bien. Por cartas de la estafeta antecedente sabia Carlos como Laureana caminava ya desde Pamplona a Madrid, en compañía de D. Iuan el Castellano, con que todos alargavan las esperanças de llegar presto, para solemnizar cō alegría el hallazgo dichoso de Laureana, que la hallaremos ya en Madrid en el capitulo siguiente.

CAPITULO XXVIII.

Describefe el alegre viage que tuvieron hasta llegar a Madrid.

AVnque el caminar siempre cansa no obstante, quando los que caminan son gente moça, divierten el trabajo, de manera, que olvidan el afan con los chistes, con que lo pasan. Así les sucedió a nuestros

caminantes, pretendientes del lugar a la Villa de Madrid, Corte del Rey de España, madre de forasteros, depósito de fecundas letras, erario de ingenios, casa de valientes, cuna de hermosuras, jardin de galas, pompa del poder. Caminavan, digo otra vez, entreteniéndolo camino con juegos, con chistes, con chucacas, con sazones de ingenio por divertirse, para llegar al deseado parage de la Corte. Solo Carlos, como dexava el gusto asido a la presuncion de su dama Doña Maria, que quedava en Sevilla, todo lo convertia en penas, porque alexarse del bien, cada passo que se da, es vn tormento. El buen humor de Andres su criado (que no se le auia olvidado) no era bastante para divertir a Carlos de su pena, de que se amoinava Andres, siendo así que se esmerava en las burlas que continuamente hazia, por solo alegrar a su amo; pero como los males del alma no se curan cō medicinas humanas, frustruanse sus agencias para el consuelo de Carlos.

Era todo su pleyto de Andres,

rés, con Alonso criado de Don Alvaro, porque sabiendo la burla que sus señores trataron en Yelves de hazerle, la calló, sin avisarle el daño que le amenazava, por cuya causa siempre tratava de desquitarse. Tambien era el pleyto con vn criado de Don Gregorio Siciliano bozal, que apenas sabia palabra de la lengua Española, muypreciado de valiente, procurando con visages explicar su valentia; pero como Andrés era burlon, reconociendo que la valentia del Siciliano consistia en el gesto de su cara, o de sus ojos, á cada passo le desafiava, á q respondia el Siciliano, que la Descomunica no le permitia salir á campaña, con que Andrés con los denias le davan vaya, de que el pobre Siciliano desatinava. No se quien le dixo á Andrés, que el Apóstol San Pablo en sus Epistolas dezia, que todos los Ilesños era gente perversa; pero que los Sicilianos eran peor que todos, con esto le apretava Andrés, diciendole: amigo Niceforo, esto no lo puedes negar, porque es de fee, pues

te quemarán por no puto, si lo negares. Con esta frialdad de Andrés bramava el Siciliano, jurando de vengarse de todos los que le davan en que entender. Alonso, el criado de Don Alvaro, era marrajo, á todos ayudava, que visto de Andrés le dezia: calla mos con, que tu me lo pagarás, á que respondia Alonso, callemos todos, porque sacare el testamento hecho al pie de la horca en Aldea Gallega, á que respondia Andrés, algun dia quedaremos iguales, yo te prometo que no me la vayas á pagar al otro mundo, porque antes hemos de ajustar partidas. Con estas chistosas locuras procuravan divertir el trabajo del camino.

Llegaron al lugar de la conquista de noche, algo tarde, á que se le junto el trabajo, de que apenas aña posada, porque se juntaron tropas de Castilla, que juntas con las de Andaluzia, dificultavan la comodidad del hospedage; no obstante hubo en vn mesón camaras para los señores, acomodandose los criados con las ordinarias de los arrieros. Era

Andrès muy acomodado, con que tratò de mejorar de cama, procurando que la huespeda le acomodasse tanto la instò, q̃ le diò sabanas con vna almohada, aconsejandole, que recabasse con la criada de el meson, que le diessè su cama, pagandosela. Assi lo hizo Andrès dandola vn real de a dos de plata a la moçuela, que estava segura, de q̃ para su sueño no podia aver mala cama, a demas, que el acomodarse cõ algun pasajero era facil. Esta diligencia se concluyò à las onze de la noche, hora en q̃ ya todos descansavan. Cogiò Andrès sus sabanas cõ su almohada, mullò su cama, apretòse vn pañuelo por la frente, cõ que tratò de descansar del trabajo del camino, quedòse dormido, que nõ deviera, pues à pocas horas de su sueño fue en la que se levantaron los arrieros a darcebada a su ganado. El vno dellos bolviendose ya à sus jalmas, pasó por el aposento donde dormia Andrès, que era el de la moça de el meson. Antojòsele arrimarse a la puerta, que la hallò entreabierta, juzgando ser descui-

do de la sirviente; pero como era de noche, y Andres mal barbado, con vn lienço por la frente, se le figurò al arriero Tarquino, que era la dama mesonera, embriagada entre la dilicia del sueños con que sin mas reparo se arrojò lascivo sobre Andrès, el qual medio despierito de el letargo del sueño, reconociò que à gran furia le besavan vnos bigotes de Chinchon, ò Colmenar de Oreja, lugares de el Reyno de Toledo, donde son mas esparto que bigotes los que habitan todo aquel terruño; pero en la pesquisa repetida se desengañò el Tarquino arrieril, reconociendo, que avia errado el golpe, con que sin aguardar a mayores desengaños, assi como le cogió la mala tentacion, trato del arrepentimiento, transponiendose cõ gran prisa en su rancho, donde cubierto con su manta hizo el disimulo que dormia. No le sucedió assi à Andres, pues apenas sintió la paz horrible, quando a grandes voces alboroto todo el meson, llamandole à

Niceforo, diciendo, que era vn infame Sodomita, que le avia querido forçar entre fueños. Tomò la espada buscando à Niceforo, jurando que le avia de matar. Fue Dios servido, que aquella noche durmiò Niceforo a los pies de la cama de su amo. Las voces de Andrès fueron de manera, que todos los que avia en el meson à aquella hora despertaron. Como el corage de Andrès se adelantava en voces, fue fuerça, que el mesonero, que era quadrillero, saliesse cargado de la vara, con su espada, acompañando à Andrès para prender à Niceforo, que dormia a sueño suelto en el aposento de sus amos, donde llegó el alboroto, que a todos los obligò a tomar las armas, procurando saber la causa de tan ruido o tumulto; acompañavale Niceforo, à quié Andrès, ciego de colera, le tirò vna estocada; rebatieronse, obligandole a que se retirasse, hasta que se supiesse la causa del empeño. Contò Andrès el caso, enfadose Carlos, dixole que era vn ruin hombre, porque Niceforo no avia salido

de su aposento. Disculpavase Andrès con la verdad, de que vn hombre le avia dado vn besoso. El huesped como era quadrillero, queria prender a Niceforo, con que todo era vna mala confusion. A este tiempo saliò la huespeda de su aposento, procurò informarse de todo, y como sabidora de los antecedentes, dixo con gran flemas: En verdad que pensè, que era otra cosa; todos dicen verdad, pero no se ajustan à entenderla; no saben, q̃ aquel aposento es demi criada, pues que quieren? El señor Andrès se acostò en su cama a deshoras, sin que nadie lo viesse, ella anda algo verrionda, pensò alguno cogerla dormida, hallò la puerta entreabierta; entròse, que non deviera, y con la tiniebla de la noche, todos los gatos son pardos; pensò que hallava a mi criada, y besò al señor Andrès. Esta es la verdad, que no ay otra. Con la conclusion de la huespeda quedò Andrès cortado, los demás aplaudierò a la huespeda, dándole vayaa Andrès, que respondia ni de burlas, señores mios, en estas materias, porque los As-

turianos, todas las cosas hazemos cara a cara con las que no tienen vigotes; soslegaronse todos, tratando de vestirse para almorçar, continuando su viage.

Avergonçado cazurro iba Andres, bastante causa para que todos le diessen cordelejo; pero el se defendia, con que los Asturianos eran muy escrupulosos en semejantes materias. Desde el lugar de la conquista salieron las tropas juntas, por assegurarle de ladrones. Andrès hizo su rancho con vnos estudiantes que iban a Salamanca, que como eran moços burlones, facilmente los persuadiò a su pretension. Era por Oçtobre, pero fue tãto el calor de aquellos dias, que los obligò a caminar de noche, con que todo el dia se estuvieron en Almodovar del Campo. Toda la siesta gastò Andrès con los estudiantes en prevenir el modo que se auia de tener para vengarse de Alòso, el criado de Don Alvaro, dispusieronlo tan bien, que asif como lo pensaron sucediòello. Solia Alonso adelantar-se vna hora delante de la tropa.

a prevenir la posada: llegaron a Caracuel a las onze, donde no parecieron los estudiantes; porque se adelantaron de manera, que casi a la misma hora llegaron a cenar en Ciudad Real. La tropa de Carlos cenò en Caracuel, montaron todos, llegaron a Ciudad Real, donde quisieron refrescar, y aunque era tarde lo consiguieron, deteniendose vn rato. Como Andrès viò la ocasion que se detenia, apartose de la tropa, y a rienda suelta hizo su camino a Peralvillo, que aunque es vna legua larga, como es buen camino, presto se puso en lo alto del lugar, donde se castigan delinquentes: aguardando estavan los estudiantes la ocasion, y como atendieron a que venia Andrès con mucha prisa, juzgaron ser Alonso; pero reconociendose, retirò Andrès su mula, soltò la capa, calò el rebozo de la montera, con que aguardò la ocasion que deseava para vengarse de Alonso, que a poco rato reconocieron que venia procurando trasponer el camino que ay de alli a Malagon; pero al emparejar con Andrès, y sus ami-

gos los estudiantes simulados salteadores, le detuvieron la mula, obligándole a que se apease, ataronle las manos atrás, desnudaronle a toda priesa, hasta la camisa, previniéndole que se encomendase a Dios, porque allí auia de morir atado a vn palo, de aquellos que sobran en ausencia de los infames cuerpos que los ocuparon. Començò Alonso a hazer plegarias, pero nada le bastò para dexar de subirle en vn instante como pudieron a vn palo, donde le ataron de pies, y manos, dándole a entenderle dayan media hora de vida para encomendarse a Dios: con esto le dexaron entre dos asfeteados, que parecia vno peor que ellos; los estudiantes se llevaron la mula con los vestidos de Alonso, siguiéndole su camino hasta Malagon. Andrès bolvió la rienda, procurando apartarse de aquel lugar, para aguardar toda la tropa que venia caminando. El dia se acercaba quando el pobre Siciliano que venia medio dormido, hazia la guia a lo largo a los demas, al amparar con los asfeteados, aun-

que Alonso estava casi muerto, que apenas podia hablar, no obstante como reconoció que se le acercaba el socorro, sacò fuerças de flaqueza, pidiendo en mal articuladas voces favor; la mula del Siciliano, reconociendo el asfombro del infame suplicio, cejó pavorosa, con cuyos temblores acabò de despertar Niceforo, el qual asfombrado de las voces de Alonso, pareciéndole que era vno de los asfeteados que hablava, se desmayò dando lugar a la espavorida bestia, à que viéndose sin gobierno le sacudiese de si, tirándole dos cozes, con que dexò al pobre Siciliano muerto que viuo en la campaña. Bien entendió Andrès que venia cerca lo que le auia sucedido a Niceforo; pero iba deteniendo, porque llegasen otros primero, lo qual en breue sucedió, porque advirtiéndole en el impensado arrojido de Siciliano, procuraron todos llegar presto al socorro, pero cada vno como oía que hablava el asfeteado, apartava la mula, procurando retirarse de asfombro; algunos passaron as-

fi, sin atreverse a socorrer al que pedia favor, hasta que llegò toda la tropa, que aunque les causò pavor, no obstante se apearon, procurando saber la causa, donde todos peligravan en la borrasca del horror, porque aunque Alonso clamava doliente, nadie le conocia, hasta que Don Alvaro reparò que era su criado, con que tratò de baxarle, aunque Andrès, ni en este lance se la quiso perdonar, pues le dixo: Ha señor Alonso, qual avrà sido mejor, verse aqui en Peralvillo colgado de veras entre dos asateados, ò amenazado de burlas con la horca en Aldeagallega? Baxe vueſſa merced, señor mofcon, sepa que todo se paga; mire el valiente de Niceforo tambien como le vâ, consuelense el vno con el otro. Toda la tropa estava ocupada, los vnos se apartaron a socorrer al pobre Siciliano, los otros à desatar a Alòso, q̃ estava mas muerto q̃ vivo. Sètaronle junto a la Hermita, dieròle vnos bizcochos con vn poco de vino, cõ que se alentò para que-

xarse de Andrès, afirmando, q̃ èl tenia la culpa de aquel fracaso, q̃ jurava à tal, y a qual, que le avia de matar. Respondiò Andrès: Amigo mio, yo no lo he hecho, pero me holgara de averlo executado. Biè conociò D. Alvaro la burla; pero procurò barajarla, metiendolo todo a barato, porque no era posible que fuesse Andrès el autor, porque avia venido toda la jornada en su compania; pero que quando fuesse asì, biè sabia Alonso q̃ se la devia. Asì es verdad, señor (respondiò Alòso) pero no pèsè yo q̃ en Peralvillo se pagavan las deudas cõ burlas tã pesadas; pero voto al q̃ vèdiò a Christo, q̃ me huelgo, por solo aver visto boltear al valiente Niceforo, q̃ nos anda quebrâdo la cabeça, con q̃ *toti Chichiliani como qualq̃ leoni*, y se desmaya de ver a vn pobre hõbre atado a vn palo. Valgale el diablo, q̃ si èl fuera hõbre me desatara, cõ q̃ no huviera tãta publicidad en la burla q̃ me hà hecho, pues ademàs de los sustos q̃ he llevado, me obligâ à iren el puro cordovã al lugar.

Fue tanta la risa que les dió a todos del desahogo de Alonso, al paso de la graciosidad de la burla, que no sabian que hazerle; solo Niceforo callava, que los porrazos de la mula, cō el asombro del asateado q̄ hablava, le hizieron callar. Como se detuvieron algũ tiempo en este suceso, salió el Sol, con que se dieron prisa a caminar. Acomodaron à Alonso en la mula de Andrès, que a ratos en la mula de el moço de mulas, llegó a Malagon muy contento de averse vègado de los dos camaradas. Los estudiantes, executores de la pesada burla, aguardarō la tropa a la puerta del lugar, donde avia cerca vna escuela de niños, a quien azucarō para que quando entrasse Alonso le diesse vaya. Fue de los primeros, q̄ llegaron Alonso, a quien como los muchachos estavan de aviso, assi como le columbraron, le dierō gritos, diciendo: Donde llevan el penitente, hanle açotado en Peralvillo; dō le lleva a curar por aver sido la disciplina de mucha sangre? Eran tan grandes los gritos con el tropel de los

muchachos, que le obligaron à Don Alvaro a açotar la mula de Alonso, para que llegasse presto à la posada, donde se juntò todo el lugar à ver el hōbre desnudo. Apeòse Alonso para entrar se en vn aposento, del qual no salió hasta que à la tarde montò a cavallo para ir a Toledo. Mientras Alonso estuvo retirado, Andrès le cocaya a la puerta, diciendo: le: Que ay moscon, assi paga quien deve. Solo el Siciliano no acabava de digerir la burla, porque le parecia que avia perdido el crédito de valiente, aunque su amo Don Gregorio le procurava alentar; no fue posible entrarle en calor. Los estudiantes, mientras la fiesta de aquel dia, compusieron vna xacara, para que Andrès la tomasse de memoria, para que se la cantasse à Alonso, lo qual hizo el de muy buena gana, cō que al otro dia se la cantò en Orgaz, mientras se detuvieron en aquel lugar, la qual dezia assi:

*Brabeana el buen Alonso
puesto al ayre en Peralvillo,
q̄ el ayrase es de muy murto,
si el ayrase es de muy viuo.*

*Ligado con dos cordeles
le dexaron sus amigos,
porque no afloxe la piel,
ò porque estire el pellico.*

*Bãboleãdo entre dos brauos
le arbolaron Domingullo,
porque no piquen las aues
à aquellos maduros bigos.*

*Vacallao puesto à secar,
al humero los tozinos,
zaque con mosto sin agua
parece al ayre Alonsillo.*

*Sin anticiparas tremola
el cordouan vellocino,
que con ser su piel humana,
es su cordouan de vino.*

*Cantimplora de la Mãcha
le hizo el Alua parecido,
que el cesfro le menea,
la Aurora le influye el frio.*

*Riose el Alua de ver
tan liado à su enemigo,
que à lo menos desta vez
no se ira por pies al rio. [las,*

*Muchos piensan q̃ es de bur
mas el que es de veras dixo,
que lo que es de risa en vnos,
es de pesar al mendigo.*

*Turbose vn Siciliano,
siendo de ste horror testigo,
de ver que hablava tan claro,
quiẽ tan puro encierra el vino*

*Desmayose el valenton,
soltô la rienda, y estrino.*

*con que sacudiô la mula
de vn corcobo al bridon frigio.*

*Todo este caso miraua
aquel burlon Andresillo,
Montañes por lo doblado,
por el colete sencillo.*

*Mas como viô su vengança
executada, en vn grito
cantò contono burlesco,
bien lo paga quien tal hizo.*

Con estos schistes, ò otros semejantes se llegó el plaço de acabar con el trabajoso camino, aportando al deseado fin, termino de las esperanças de vnos, li principio de azarosos empeños para otros, porque el dia del triũfo del bien afortunado, suele ser el tragico de el infeliz. Aguardavalos el tio de Carlos, acompañado de D. Iuan, el Castellano de Pãplona, q̃ avia quatro dias q̃ avia llegado à Madrid, trayendo consigo à Laureana, como se lo avia escrito à Carlos, el qual como se apeò, tomò de las manos a D. Gregorio, y D. Alvaro, con quienes se encaminò àzia D. Iuan, advirtiendoles, q̃ aquel Cavallero era el depositario de la joya q̃ bus cavã. El señor D. Iuan (dixo Carlos) es en cuya casa ha es-

tado hasta aora, desde q̄ sali de Pamplona Laureana, no ay fino estimar el hallazgo con la buena fortuna de tenerle por amigo biéhechor, satisfaciédo en amistad de buena correspondencia, obligaciones a tan gran Cavallero. Don Gregorio con Don Alvaro, advertidos de Carlos, procuraron echarse a sus pies. Don Juan los recibió en sus brazos, procurando retornar en afectos cortesanos, nobles atenciones de pechos agradecidos. Igualmente se gozaron todos del hallazgo, como si fuera propia hija, por q̄ como decía D. Iná, q̄ era tá cortezana, tan prudente Laureana, q̄ a su muger, y hijas dexava tan fenitidas de su ausencia, como si fuera hija, o hermana suya; pero q̄ todo lo llevavá con alegre gozo, por ver premiada su valerosa constancia, con el deseado fin de sus trabajos. No quisieran D. Alvaro, y D. Gregorio se atargasse tanto en la conversacion, negádoles, miéntras durava, al vno su hija, y al otro su esposa. Reparólo Carlos, con que le dixo a D. Juan: Donde está, señor, Laureana?

no nos escassee V. Señoria este bié, dexen os la ver, pues ha tantos años que su padre, y su esposo carecē de su vista? Aora vendrá, respondió D. Juan, que ya ha ido el Gentilhombre con el coche a avisarla para que venga. En esto que oyeron rodar el coche, que parava à la puerta. Salieron todos a recibirla Laureana, su padre con su esposo para recogerla en los brazos, quando en los demas solo, curiosidad para conocer la muger valerosa, que tanto se desea hallar. Don Gregorio fue el primero que llegó al coche, con intencion de arrimarla a su pecho entre sus brazos; pero la dama recatandose de el padre, que no conocia, revsò el amoroso laço de el que la diò el ser. Reparó Don Gregorio en la prudente modestia de su hija, y buuelto a Don Alvaro, que le seguia, le dixo: Llegad, hijo Don Alvaro, que à vos os conocerà con los ojos de su buena voluntad, aunque algun tiempo os temiò por enemigo, por q̄ a mi, aunq̄ soy su padre, me desdēña por no conocido. Oyò Laureana

lo que Don Gregorio le dezia a Don Alvaró , que impaciente queria ser el primero que se viesse entre sus brazos ; pero detuvole su esposa , advirtiendole , que su primera deuda era la de su padre , pero que era tan desgraciada , q̄ siendo en su obligacion la primera , porque no era ingrata al ser q̄ le devia , por falta de conocimiéto , se puso a riesgo de ser la vltima ; pero con vuestra licencia no será así , porq̄ antes q̄ os dè mis brazos han de ser de mi padre , a quien dichosa reconozco ; sin detenerse mas se apeò , assegurando la permanencia de su fortuna en los brazos de Don Gregorio , que aunque Laureana rendida a sus pies le besò la mano , pero el padre cò el hallazgo de su hija la subiò a su pècho , donde en alborozos de su coraçon conociesse el amoroso efecto de sus lagrimas , pues en su hija prorrùpia en llanto la alegria , quãdo en su padre con sobresaltos festejava el gozo. A todo esto D. Alvaro , aunq̄ veia bié ocupada a su esposa , no se dava por satisfecho , hasta gozar de tã buena fortuna ; no sè yo si se

picò de zeloso ; porque la voluntad cò nadie parte interes del cariño : lo que yo sè , es , q̄ Laureana quizàs por evitar desazones del amor , no se arreviò a trampear por más tiépo el amoroso lazo de su esposo , dexò el de su padre Don Gregorio por añudarse con su esposo Don Alvaro ; el qual bañado en lagrimas de gozo , recibì a su esposa Laureana , tan tierno como amante , avergonçado de aver creido delitos no imaginados de su inocencia , aunque assegurados del duelo de su honra ; pero no obstante esta turbacion , los dos amantes esposos solemnizaron con el alma el dichoso fin de sus trabajos. Tambien Carlos gozò de esta cortefana alegria , puestodos le dieron las gracias por aver sido el Colon de las Indias de tan alegre paz. Los circunstantes dieron el parabien a Don Gregorio , Don Alvaro , y Laureana , q̄ le admitieron como tã interesado en dia tan feliz. El tio de Carlos tenia bastante prevenciõ para todos , con q̄ no permitiò q̄ saliesse de su casa , hasta q̄ D. Alvaro supiesse en q̄ estado

estava la fuya. Obedecieron todos; hizo Don Alvaro su diligencia, hallò que era muerto su tio, aviendo dexado su hacienda a vn primo suyo por via de administracion. Presentòse Don Alvaro ante la justicia. Hizo informacion de quien era, con que se le mandò entregar su hacienda; de que resultò passarse a su casa, en compaña de Don Gregorio, y su esposa Laureana, donde en amorosa paz gozò la felicidad de hijos, en compaña de su esposa, la qual en premio de sus trabajos, tan varonilmente sufridos, la premiò Dios con tan alegre descanso.

El rigor de el invierno comenzó tan temprano aquel año, que aunque Carlos procurò dar la baelta a Sevilla, no fue posible, porque ni su tio le diò licencia, ni el temporal le diò lugar para hazer jornada, con que andava Carlos como espantado, fuera de sí, porque vn amante no viue sino esadondo ama. Echavano de ver sus amigos, de que se le ocasionavã reprehensiones, las quales no labravan en su pecho mas que vn ordina-

rio enfado, sin poder dar respuesta a sus amigos, porque la razon, aun a los mas apasionados convenec. Con esta defazon le detuvieron el tiempo, y sus amigos, hasta el Enero siguiente, que tuvo vna carta de Doña Maria, en que le avisava como estava determinada à venirse a Madrid, y a que Carlos se detenia tanto, que su padre avia muerto, que sus hermanas se morian por ver la Corte, q̃ le rogava que no saliesse a recibirlas, por no dar nota a la gente, que iria en su compaña, que para principios de Abril seria su jornada. Con esta carta quiso Carlos romper por todo; pero sus amigos le divirtieron del intento, acabando con èl, que no saliesse de Madrid, como lo hizo; porque vn discreto, aunque el apetito atropella, siempre dà lugar para que vença la prudencia. Passòsse el tiempo mas defabrido del invierno, dando lugar à que Doña Maria, con su madre, y hermanas llegassen a Madrid. Aparearonse en vna casa, que Carlos le tenia prevenida en la calle de la Luna, donde con su-

mógozo, se vieron los dos amantes, que en lo publico se esmeraron simulaciones, en el espejo de sus ojos, se publicavan los gozos, con que sus dos coraçones se festejavan. La madre de Doña Maria bién tenia entendido el cariño de los dos amantes; pero como dependia su vanidad con su sustento del gusto de sus hijas, no se avia atrevido a barajar el vicioso trato de Carlos con su hija, que les durò por espacio de seis meses, hasta que Dios fue servido de romper el vicioso lazo con q̃ le diò vista a Carlos, para que conociesse su despeño.

CAPITVLO XXIX.

Sucesso de Doña Maria, por cuya causa sale Carlos de Madrid.

Que breves son las horas q̃ permite el vicio al gusto! q̃ apresurados los terminos de la alegria en el solar vicioso! Que fatales pronosticos los de la culpa! Y al fin, que bueno es Dios para el hombre, pues del veneno del pe-

cado, forma triaca de escarmientos al coraçon mas doliente del rosigro de la culpa!

En los seis meses que les permitiò el vicio descanso a los dos amantes, les sucedierò mil azahares, porque no es nuevo ser azar, lo que parece ser flor; pero el continuado cariño los animava a tolerar con buen animo, la mala condicion de la madre de Doña Maria, la qual, ò porque queria vender a mayor precio la buena cara de sus hijas (infame trato) ò porq̃ queria ver lo grada la hermosura en braços de la estimacion, fuesse su dictamen el que fuesse. La madre de Doña Maria procurava baraxar el amoroso empleo de los dos amantes, cuya industria, ò traza fue causa de la muerte de su hija, si feliz ocasion de la vida del alma de Carlos, lograda en el vltimo lance de la fortuna. Dicho so hombre, que assegurò su salvaciò, con la experiencia del ageno afan! La traza fue muy comũ, aunque muy costosa. Vendida la tenia ya à su hija con el peso de la honra, aficionandola al empleo del matrimonio.

Con esta voz fueron muchos los bien entendia el lance; pero como prudente menestero, procurava dar a entender a la madre, y a la hija, que tenia satisfacion de su trato, para que ni su dama de recelosa desmayasse en su voluntad, ni la madre de conocida se despenasse contra el en su empeño. Con todo este penoso cuidado caminava Carlos en el parage de su vicio, hasta que la misma pana, o el merecido castigo le abrió portillo para alcanzar a ver con la luz del propio conocimiento el despeno que le aguardava si proseguia en su viciosa vida.

Vagava en la Corte en este tiempo vn ilustre Cavallero de pocos años en edad, si de muchas en sus vicios, corta capacidad, estremado en todo, porq̃ en todo era vicioso, antojadizo. Como sus passos eran todos encaminados a encontrar con novedades: sazones de su apetito liviano, tropezò su vista vn dia con la hermosura de Doña Maria, dia triste, si fatal para la dama, quanto alegre, y gustoso para el antojadizo galan. Fue en el prado la pri-

mera vista , con que pudo prudentemente juzgar , que todos sus anhelos se podian quedar como primerizas flores, que nacen con la luz, para acabar con su vida a la primer tiniebla. No fue assi en este vicioso Cavallero, pues aviendo reconocido el empleo de su gusto entre dos luzes , despidiendose ya el dia; cobró nuevas fuerças , quando se certificò con la luz, que fue premio de su desvelo dar alcance a la casa , donde se ocultava su cuydado. Rondò la calle antes de dar el assalto al omenage de su anhelo, por si hallava algun tropiezo a su liviana pretension. No hallò ninguno, porque el de Carlos, que la visitava en su casa raras vezes , aunque en otra se tratavan cada dia. Con esta noticia se assegurò de que podia pretender sin tropiezo que le embaraçasse el empeño. El primer tiro que hizo , fue a la muralla de la madre , que guardava aquella joya. Supo vn dia , que asistia sola en su casa , porque sus hijas , con otras amigas, avian salido a passeio. Con es-

ta ocasion la visitò para darla à entender su achaque , procurò que fuesse el medico, que tomasse por su quenta la cura de su enfermedad. A toda esta relacion de su mal le recetò desvios , sin darle esperança alguna de su achacosu pretension , para cuyo fin pagò el desengaño de la madre con vna joya de precio para la hija, procurando darla a entender , que si assi pagava desvios , como satisfaria alagos ? No parece que la taimada vieja queria recibir la joya ; pero fueron tales las suplicas de Don Fernando (que este era su nombre) acompañadas de las atractivas luzes de los diamantes, que doblaron su industriosa dissimulacion, comunicandole en retorno vn breve consuelo de esperança.

Con esta fuerte, si bien dispuesta bateria, se retirò el antojado galan. Bolvió Doña Maria del campo , a quien su madre le presentò la joya, advirtiendola , que eran desposjos de vn rendido amante, que la acerasse , dexandose gobernar por su industria,
de

de quien esperaba que la mejoraria de mas honrosa fortuna. Mirò Doña Maria la joya sin tocarla, que es muy escrupuloso el carifio. Respòdiò a su madre, procurando q̃ valiesse su razò en la sala del mas apasionado juizio. Por ningun lado, la dixo, me puede estar bien el recibir la joya, porque si era por galanteo, ya se sabia que no tratava de eso, porque solo Carlos avia de fer su galan mientras viviesse, que siendo asì, no era bien admitir agasajo, pues no se le avia de dar satisfacion. Que si era empeño para matrimonio, que tampoco devia admitir la dadiva, porque parecia compra, donde la tela no se vendia, con que se resolvia à desechar la prenda. Muy cortada quedò la astuta vieja cò la respuesta de la hija; pero sin darse por despedida, lo remitiò a donayre vergonçoso, assegurando su pretension en la porfia de su agencia, de la qual se amohinava su hija; pero sin que la aprouechasse, por que era empeño de su madre el galanteo del nuevo amante, que hazia milagros de libe-

ral. Otra mayor pena era la q̃ angustiava a la desgraciada Doña Maria, que era ocultar estos tratos a Carlos, que impaciente discursivo le referia su zeloso sentimiento, el qual à fuerça de industria cariñosa procurava la dama fosegar; no obstante siempre el peso del recelo amante, brumava el fatigado coraçõ de Carlos, con que era fuerça que resultasse su pena en sentimiento lastimoso de su dama.

En este estado vivian los dos amantes, quando desesperada la madre de conseguir su pretension por el camino q̃ avia tomado, procurò dar violento a la desesperacion; obligò a tomar esta derrota las extraordinarias hazañerías de el apetitoso galan, a quien (à su parecer) veia herido de la mortal herida de amar a su hija Doña Maria, que disgustava de su galanteo embriagada de los amores de Carlos: dificultad que no avia podido vencer con su mañosa agècia; con que se determinò al ultimo aliento. Apresuròle esta execucion la traça de D. Fernando, que sintiendose desfalle-

llecer de su antojo, la amenaza cõ la ruina de su casa. Turbòse la ambiciosa madre, con que tratò de foflegar a Don Fernando, haziendole noticioso, de como su hija Doña Maria viuia enamorada de vn Cavallero, que la galanteava para casamiento, con que hazia dificultosa la pretension por todos lados, porque su voluntad, con la coyunda de la esperança del matrimonio, la obligava a dar de mano a su galanteo, que ella era la que mas perdia, lo qual se conocia en su empeño; però que mientras Carlos la asistiesse, juzgava que a ningun partido se rendiria aquella fuerça, que diesse traça como apartar a Carlos de su casa, que era el medio mas eficaz para salir con su pretension. Sino està mas que en esto mi vida, de lo vueſſa merced por hecho, que no passaràn veinte y quatro horas sin que yo disuelva esse amoroso rato; dixo el arrebatado amante:) Vueſſa merced no pierda punto en hazerme merced, que lo que toca a mi diligencia no la de cuido, Ya a la madre la

avia pensado de aver dicho al desesperado amante el punto de la dificultad con que se embaraçava su pretension; cõ que bolviò sobre si, diziendo: No entiédas, hijo, que lo que te he dicho ha de ser para ocasionarte a precipitada colera contra Carlos, que esto serà acabar con todo, porq̃ si Mariquita llegara a entèder, que por su causa padecia Carlos algun detrimento, no fuera posible acabar con su natural a que dexasse el empeño de arrojarſe en vna desesperacion, que a todos nos estuviere mal. Esto ha de ser con modo, con maña, porque por violencia, somos perdidos. La traça que a mi se me ofrece, es, que tu dispongas a alguna persona grave, de quien no se pueda entender simulacion, la qual hable a su tio, a quien Carlos respeta como a padre, q̃ le obligue a salir de Madrid, à titulo de otro negocio, con que quedaremos consiguiendo nuestra pretension, porque esto de quitarle la vida, no nos està bien a ninguno, porque con su muerte pierdo mi casa, y vos a Mariquita, que

es vna venenosa sierpe en tocándole a Carlos su amante. Pensemoslo bien, que a todos nos importa. Atendida de D. Fernando la traza de la madre de Doña Maria, aunque tenia ya tomada resolucion de quitar la vida a Carlos, no obstante como amava con antojo, cesò de lo determinado, haziendole fuerza lo que le dixo la madre de Doña Maria, que si Carlos padecia algun detrimento, lo pagaria su amor, con que se resolvió a seguir el consejo de la mañosa vieja. Despidiose con este intento, prometiendo seguir su dictamen, como lo veria por la experiencia.

Mientras la madre le estaba diciendo a Don Fernando, como Carlos era el impedimento de su pretension, passò por junto a la sala, donde estaban vna criada de Doña Maria, que era toda su confidencia, la qual atendiendo con cuydado, oyò dezir a la vieja como Carlos impedia su pretension, à que respondió Don Fernando, q̃ presto disolveria el lazo de los dos amantes. No se atrevió la criada a ser cen-

tinela de lo demas de la conversacion, retirandose cautelosa porq̃ no lo entendiesse su ama; la qual apenas despidiò la visita, quando se entrò a saber si las criadas estaban ocupadas en el exercicio de sus haciendas, reconociò que lo estaban, con que se assegurò de su rezelo. A breve rato vino Doña Maria con las demas amigas de fuera, y viendola su madre alegre no quiso perder la ocasion, dandola noticia de como su amante Don Fernando auia estado en su casa desesperado de la pretension de amor, de que le resultava precipitada coheia, amenazando de despojar de la vida a Carlos, por ser la causa del mal sucesso de su pretension. Turbada quedò Doña Maria con la mañosa traza de su madre, porque como todo le tocava en el alma, temblava el coracon con temerosos rezelos; pero no obstante, aunque de mayada de medrosa, la preguntò a su madre si auia procurado apartar a Don Fernando de su intento, à que respondió la madre, si hija, ya quedamos en ello; pero como Don Fernan-

do està tan loco por tus amores , temo su resolucion, aunque me prometìò que se valdria de vna persona Religiosa de grande autoridad , para que dispusiesse medios con que Carlos desistiesse de la empresa , que segun el efecto que hiziesse su diligencia , tomaria el la resolucion. Mal camino tomò Don Fernando (dixo Doña Maria) para conseguir su antojo , porque tocarme a Carlos , es herirme con el alma, y es muy mal medio maltratar el coraçon , para rendir la voluntad; v.m. si me quiere ver viva, tome el manto, procure dezirle a D. Fernando, que Carlos es toda mi vida, que si se la quita, me pierde, pudiendo alargar su esperanza, à que si se la conserva me gane. Con esta resolucion se apartò D. Maria de su madre, la qual temerosa de su hija, buscò a D. Fernando, el qual ya auia hecho la diligencia del tio de Carlos, q̃ quedò atemorizado con la amenaza, còtra la vida de su sobrino, tanto como su dama D. Maria. La madre procurò hazer todas sus

diligencias con D. Fernando, pero a todola respondiò, que Carlos, ò por muerte, ò por ausencia auia de saltar a D. Maria, que no se quexasse, pues ella que era ladron de casa le auia dado noticia de la dificultad que padecia su pretension, con la asistencia de Carlos, que en esto no la ofendia, antes le parecia la lisongeava con introducir en su casa vn asistente mas amante, menos cosquilloso, con mas conveniencias. Quedò la vieja con esta resolucion de Don Fernando temerosa, pareciendola, q̃ si Carlos entendia la maraña, era fuerça hazer duelo, de que resultaria peligrar alguno de los dos, con que su casa, sus hijas peligrarìa tambiẽ. No obstante esta cuerda consideracion dexò el suceso a la disposicion del tiempo ; bolviò a casa , donde hallò a su hija , à quien con toda dissimulacion , dixo , como su amante Don Fernando era tan suyo, que la auia respondido, q̃ no queria mas q̃ su gusto, q̃ bastava q̃ D. Maria disgustasse de su resoluciõ, para ceder del estrago q̃ su poderosa mano podia

dia executar en su Carlos. Ya en este tiempo la criada de Doña Maria la avia dicho las palabras que avia oído a su madre, quando estava en visita con Don Fernando, de q̄ avia sacado el coraçon de Doña Maria: recelosos presagios de su mala fortuna; pero no quiso darse por entendida con su madre, solo la dixo, que no se cansasse, porque galan por galan, ninguno para su gusto sino Carlos.

De todos estos embaraços peligrosos estava Carlos sin alguna noticia, retiròse a su casa à tiempo que hablò à su tío, muy congojado con la noticia que le avia dado, de que fino apartava a Carlos de Madrid, le avià de quitar la vida. La persona que se lo advirtió era de tanta autoridad, que no pudo dexar de darle credito, con que el anciano Prevendado procurò encaminar la accion con prudencia prevenida, como lo hizo, pues sin darse por entendido governò la materia de manera, que consiguió el buen suceso que deseava. Fingióvna carta de vn amigo suyo de Segovia, en

que le pedia, que ya que por sus achaques no podia asistirle, le embiasse persona tal que le pudiesse acompañar en vn negocio en que le iba la reputacion, q̄ fuesse luego, luego, porque en la presteza estava la seguridad de su buen suceso. Con esta carta le hallò Carlos a su tío en la mano, procurando hazer el papel de pensativo cnydadoso. Preguntòle Carlos la causa de tan silencioso pésar; fuele respondido, que sus años con sus achaques eran los que le molestavan, pues eran causa de q̄ no se pudiesse en camino tan corto, como era de Madrid à Segovia à socorrer a vn amigo en vn aprieto de reputaciõ, q̄ le fatigava esta impediendo, en ocasiõ enq̄ devia cūplir con sus obligaciones, asistiéndole a vn Cavallero à quien devia todo afecto. Carlos, que se picava de honrado, correspondiente a su buena sangre, no hubo menester mas escuela para salir de carrera a ofrecerse a su tío, para que en su lugar, si era possible, fuesse el a suplir por su persona. Facilmente le acetò la oferta el discreto

to Prevendado , pues no de-
seava otra cosa, que era a lo q̃
tirava su mañosa discrecion,
con que le dixo: Pues ya que
quereis ser mi sustituto para
cumplir mis obligaciones, ha-
de ser luego la execuciõ, por
que la tardança no estrague
el buẽ suceso de la gratitud.
Al punto montad a cavallo pa-
ra que vais amanecer a Sego-
via. Esta postrera clausula del
mandato de su tio no se atre-
viò Carlos a obedecer, por-
que queria antes de ausen-
tarse, satisfacer a Doña Ma-
ria con lo forçoso de su jor-
nada. Reusò Carlos salir aque-
lla noche; pero su tio porfiava
en que era necessario sa ir lue-
go; pero como los amâtes son
retoricos, llevados del ardor
de sus afectos; persuadiò Car-
los a su tio, que le dexa sse la
jornada hasta la mañana, la
qual llegada, antes de poner-
se de color, se fue a casa de Do-
ña Maria, la qual ya sabia por
medio de vn criado de Carlos
lo que avia passado cõ su tio,
que era resulta de la amena-
za que le avian hecho contra
la vida de Carlos, de que diò
Doña Maria gracias a la for-

tuna de aver sacado a su galan
de tan manifesto peligro con
tan ayrosa dissimulacion. Lle-
gò Carlos a su presencia, pro-
puso su jornada; pero aunque
los recelos del peligro de su
amante diligenciavan el buen
despacho de su dama, la vo-
luntad enamorada, turbada de
que se le barajava la posses-
sion, pretendiendo barajar cõ
llanto, lo que devia pretender
con ansia. Muda retorica, si
violenta fuerça, fueron las la-
grimas de Doña Maria, pues
obligaron a Carlos a cejar de
la obediencia de su tio, pre-
tendiendo aventurar esta, por
la que imaginava su voluntad
que devia a su dama, la qual
reparando en la fineza deter-
minada de Carlos, quan mal
les estava a los dos, procurò
ceder del derecho de la pos-
sesion de sus cariños, por no
aventurara su galàn al despe-
ñadero de su vida. Diò la buel-
ta a su semblante, a tiẽpo que
juzgò Carlos que diligencia-
va, que disistiese de la jorna-
da; pero hallò, que D. Maria
hazia todo empeño en que o-
bedeciese a su tio, obligan-
dole con tantas veras a que

no se saliese del orden de su voluntad, que conoció era la suya, el obedecer a su tío; pero no satisfecha Doña Maria de que Carlos lo creia así, le procuró asegurar, advirtiendole, que el sentimiento del alma, en la ausencia de su dueño, era natural flaqueza publicarla con el rocío de lagrimas; pero que siempre tenia lugar la razon como mas soberana, aunque la voluntad mas se empeñase, que era verdad que lo sentia como amante; pero como tan suya, le pedia no atendiese a su sentimiento, sino a su razon, que gobernada con prudencia, la obligava a que le instase a que se fuese sin reparar en sus penas, pues cumplia con todos, con su tío, juntamente con su afecto, de que quedava obligada; tambien se lo supo dezir Doña Maria, tomólo tan a pechos, obligada del zelo de su voluntad, que le obligó a Carlos a salir de Madrid dentro de vna hora, porque es muy soberano el poder, quando se acompaña con el catiño, si tiene amor el que ha de obedecer.

Asegurada Doña Maria de sus rezelos, con la obediencia de su Adonis Carlos, trató de moderar a Don Fernando, procurando con modestia desbaratar la maquina ruidosa de su anhelo, para cuyo efecto se retiró de la conversacion ordinaria, dando a entender a su madre el sentimiento que le auia causado la ausencia de Carlos, de quien su voluntad no se mudaria, sino fuese por el honor del matrimonio: golpe que defaució a su madre de la esperanza que tenia, de que Don Fernando fuese el dueño de su casa; pero la resolucion de su hija la barajó su intento, con que la fue forzoso desengañar a Don Fernando, que picado de la dificultad, ó herido del duelo, de que no fuese él el admitido, en cõpetencia de mas antigua correspondencia, lo consideró desesperado, por espacio de vn mes: tiempo en que (ó liviandad bestial!) se determinó a vencer aquel imposible, aunque atropellase por los heredados blasones de sus padres, para cuyo efecto se fue

Fue a casa de Doña Maria, todo bañado en lagrimas (ò lo q̃ sabe fingir el apetito)! ahogado en penas, desesperado en ansias, pidió licencia para visitar a su madre, franquearon la puerta hasta la sala, donde hallaron a la imprudente vieja, que sin dexarle hablar, le dixo: hasta aora señor Don Fernando le he dado a v.m. trazas como conquistar el imposible de la voluntad de Maria, pareciendome que en su amistad ganava esta casa honra, y provecho, que mi hija, como mas interessada, abriria los ojos para ver esta verdad, para cuyo efecto le avise a v.m. como el vnico remedio de su achaque era la ausencia de Carlos, esta se executò avrà vn mes, en cuyo termino no he faltado a la solitud de mi deseo, procuràdo mover el coraçõ desta fiera, à q̃ se rindiesse a darle a v.m. alguna esperança de su pretensio; pero nada le ha movido, antes pienso q̃ oy està de peor calidad, porq̃ quando aqui estava Carlos, hablava, veiamosla la cara alegre, pero oy viue retirada, sin comunicar las amigas, ni a su madre,

ni a sus hermanas, negandose a todo genero de desahogo. Si alguna vez la digo que se alegre, que de lugar a vuestro galanteo, me responde, que vos no la galanteais para muger propria, porque no puede ser, sino para dama, que para esso galan tiene a su gusto; por quien perderà la vida, si fuere necessario. Toda esta verdad os he querido dezir antes que me hablasedes palabra, para que conozcais mi corta fortuna, pues entrando vos en esta casa, ni la necesidad me fatigara, ni el credito de mis hijas padeciera mas ultrages: lo q̃ os suplico, es, q̃ ya q̃ mi dicha me està contraria, no la ayudeis a rodar al precipicio de la infelicidad. Moderaos en las publicidades, retiraos de mi casa, porq̃ mi hija adolece de pena, mi honra muere del rezelo de vn estrago. Esto os pido humildemente, os lo suplican mis lagrimas, mis ansias, mi honor, que es mas que todo, fiada estoy en q̃ pudiendo dar tanta honra como aveis heredado con vuestra sangre, no la querais a jara nadie.

Suspenso quedò Don Fernando con la suplica de la madre de Doña Maria, porque como todo era apartarle de su intento, sus sentidos no se atrevieron a mas, que suspenderse; pero como su determinacion era vn frenesi del apetito, no hizo operacion en èl la medicina eficaz de desengañar, con que acercandose à la madre de Doña Maria, la dixo: Muy de otro color del que solia vengo aora, señora, porque si vuestra merced, con mi señora Doña Maria, juzgan q̃ mi entrada en su casa es con pretension de galàn, se engañan, porque mi voluntad està tan apurada, que no quiere hazer tal ofensa a mi señora Doña Maria, que la quiera para dama, para dueño la pido, para esposa la desco, que no ay impedimento que lo embarace, porque donde vive mi gusto, vive mi honra con fonsiego. Vuestra merced la haga llamar para que entienda la vltima resolucion de mi voluntad. Levantòse la madre, llamò a Doña Maria, la qual violentada de todas las de su casa, pareció delante de

Don Fernando, el qual la bolviò a repetir su intento con mas sentidas razones, como quien reconocia la presencia de su dama. Nunca Doña Maria juzgò por possible la locura de Don Fernando, con quando se assegurò ser verdad, quedò como fuera de si, admirada del suceso. No obstante, cobrando valor con la fuerza de la razon, que la profetizava el alma, q̃ como leal la anunciava fatales tragedias de su vida. Le respondiò con modesta discrecion, procurando reducir su licencioso apetito, a terminos razonables. Bié te echa de ver (le dixo) q̃ lo q̃ llaman amor, es locura, pues el vuestro Don Fernando, siendo vos quien sois, pone en habla matrimonio con vna muger como yo, cuyas prendas son calidad humilde, hacienda ninguna, con mucha liviandad, que de todo teneis noticia, siendo moço, galan, descendiente de las mejores casas de Castilla, con muchos mil ducados de renta. Esto en suma es la verdad, la qual con toda claridad os he dicho, para que

os avergōceis de solo el aver lo pensado. La honra de darosla mano de esposa, ya se ve qual es ; pero lo que mañana se ha de deshazer en la publicidad de vn tribunal , no quiero dar lugar para que se efetue con vn engaño. Estimo la voluntad que me mostrais ; pero advertid , que para esposa soy chica , si para dama soy grande. Suplicoos no os canseis en ofenderme, porque tanto ruido sin razon , es mas molestia , que voluntad. Con esto se retirò Doña Maria, dexando furioso a D. Fernando, que assegurava con juramentos horribles , que los elementos se avian de trastrócar, ò èl avia de conseguir el deseado fin de la mano de Doña Maria. La madre le procurò moderar, pero no fue posible. Llegò la noche, pidiendole que se fuesse. Respondiò, que le quitassen la vida ; pero que de otro modo no saldria de su casa. No bastarò sumisiones de la madre, suplicas de las hijas, en que entrava tambien Doña Maria ; pero a todo respondia, que èl

era esposo de Doña Maria en el alma , que no saldria hasta que lo fuesse tambien el cuerpo. Las lagrimas de todas le obligaron a retirarse à vn aposento de la escalera, en que hizo por quinze dias su estancia , tan acabado de fuerzas , que no parecia hombre, sino fantasma. Todas estas locuras de Don Fernando labraron en Doña Maria cierta razon de estado , a quien llamava compassion, con que mas humana se dexava comunicar. Este fue el principio para que à Doña Maria le pareciesse muy bien la boda , la qual se hizo , aviendo precedido las amonestaciones con todos requisitos, para la seguridad de el empeño, en el qual se quedaràn hasta el capitulo siguiente.

CAPITULO XXX.

Muere Doña Maria, con que escarmienta Carlos.

Tanta vida le permite la traiciò a la lealtad, quanto tarda el ruin coraçon en

determinarse a executar el acto de ingratitud , con que tanto viue el leal , como le gusta al traidor. Muy fuera de imaginar tan raros sucessos, estava Carlos en Segovia, detenido de los cañños de su dama Doña Maria , si tambien obligado de las atenciones de vn Cavallero de aquel lugar, amigo de su tio , de quien indultriado entretenia Carlos, con políticas apariencias, aunque no fueran bastante fuerza, à no ayudarle Doña Maria con la estafeta dos dias en la semana, con cartas llenas de caricias, pretendientes de que se estuviessse en Segovia, porque si bolvia a Madrid, descubriria el escollo de la pretension de Don Fernando, ayudado de la agencia de su madre; con que viaia Carlos seguro, en confianza de los empeños favorables de su dama, sin que le turbassen los agrios de la ausencia , pues le alimentava con finezas su amada. No obstante , algo le dezia el coraçon, sino mucho, pero la voluntad lo desmentia, sino todo lo que bastava a convaler del

cuydado. Pronosticavale el alma, en la enfermedad de la ausencia, muerte de ingratitud; pero las letras de oro de su dama, en vaso de triaca de pa-peles, le bolvia a la vida del consuelo. O engaño fabroso! dulce adulacion del amor! feliz hechizo de la voluntad! pues en estragos de fatal anuncio, basta vna letra para acabar con la muerte de vna persona, dandole nueva vida de vna dicha. En esta armoniosa delectacion de sentidos , sino adulada afectacion de potencias, viaia Carlos , quando (ò mal que presto caminas!) recibì vna carta de su dama , sin que el coraçon le dixesse sus rezelos , porque quizas se quiso vengar desta vez del poco credito que dava su voluntad, à los anuncios que siempre le advertia. O barbara potencia , sino lo gobierna la razon! Rompiò la neme entre el descuydo , y el cuydado, porque nunca viue tan seguro el que es discreto, que le robe la passion todo el sentido, abriò la carta, donde viò que dezia assi.

Aunque la voluntad, Carlos, suele oprimir al honor, pero este si le sopla el ayre de vanidad con fuerças de estimacion, rompe la mas fuerte cadena de el cariño, acabando con la coyunda mas robusta de el amor. Todo esto te digo por darte à entender, que me he casado con Don Fernando, en que la vanidad de mi estimacion bolò como violenta mina, la fuerça de nuestra amistad. Ya, Carlos, no soy tuya à fuerça de las violencias de el crecer, de Don Fernando soy, no te digo mas, porque bien sabes en qual fue mi voluntad. No me llames ingrata, porque no lo soy, dime que soy vana, que soy necia, que todo cabe en mi.

Doña Maria,

Turbado, ò como fuera de si quedò Carlos con la impen-sada novedad, de que D. Maria le dava noticia en su carta, la qual bolviò a leer muchas vezes, sin acabar de dar credito a la verdad, que men-sageros sus ojos, embueltos en tiernas lagrimas publicavã desengaños. No sabia Carlos que hazerse, con q̃ formò vn tribunal en su memoria, donde asistieron como partes el amor ciego, y la verdad con vista. Esta alegava no ser nuevo el presente suceso, pues el vicio amoroso siempre fenecce con infiel gratitud. El vendido amor como sin vista pro-

ponia dificultades al hecho, tropelias a los sentidos, impossibles a la razon, contrariedades a todo lo que la experiencia tocava. Indeterminable estava Carlos, juez de dos contrarios litigãtes, pues como le arrastrava la passion del afecto, no se asegurava de la verdad, la qual sangrientamẽte imperiosa le desengañava fiel, quando el amor le adulava cõ engaños à quiẽ dava algun credito, pero con recelos, de q̃ fuese mas cierta su desgracia, de lo que proponia industrioso su afecto; pero como contra el sol de la verdad, no ay nubes de fantasia,

que la oculten para el que la quiere saber. Carlos, aunque apasionado de amante, diò credito al mal suceso de su voluntad, con que dando de mano à incredulidades necias, diò lugar al sentimiento, que à violencias de ahogos pretendia çogobrar el coraçõ de Carlos, en el mar de su afficcion, pero como las experiencias hazen maestros, procurò Carlos cobrar se, porque no siempre està el sentimiento para desfogar en lagrimas. Procurò Carlos hazer estomago de valor para hazer la digestion de tan dura pena. Retiròse a su casa, donde atendió à desfogar su ahogo, dando quẽta del al Cavallero, en cuya casa vivia a quien pidió consejo para moderar su fatiga, porque el juicio atropellado de la tempestad de penas, no està en disposicion para ser piloto a solas en la derrota de el acierto. Mostròle la carta, hizole relaciõ de su empeño, dandole noticia de la duracion de su amistad. Atento escrivio el Cavallero amigo a la relacion que le hizo Carlos de su afficcion, A que respon-

diò con la claridad que devia à su nobleza. Muchos dias ha que tengo noticia de vuestro empeño, tanto, que vos mismo no la teneis tãta como yo, porque no sabeis, que la causa porque vuestro tio os embiò a Segovia, que fueron zelos suyos de que Don Fernando, esposo de vuestra dama, os despojasse de la vida, porque asì se lo avisò persona de todo credito; para cuyo efecto fingió la carta, con que os obligò a venir a Segovia. Vuestra dama con el mismo presupuesto me ha escrito algunas vezes os detuvièss, dando por razon los mismos temores de vuestro tio, con q̃ os podeis consolar, dando gracias a Dios, de que a fuerza de vn ingrato proceder os ha sacado de vn empeño de tanto vicio, como peligroso. Claro està que el sentimiento es preciso, pero es gran medicina para vn achaque de la voluntad, la purga de la ingratitud. Esta ya vuestros ojos dà fce della, tocandola en los breves renglones de esta carta; con que no ay sino hazer buena cara al trabajo, pues se sigue

figue del conocimiento de vna infame correspondencia. Alegraos amigo con la experiencia, aunque sea costosa. Vamonos a la plaza, donde hallaremos con que divertir el pesar en la diferencia de humores entendidos de Segovianos ingenios. A vos no os toca en el credito este azar de la fortuna, en el gusto haze su efecto, vencer la vil fuerza del apetito; pequeña victoria es para vn tan gran juicio como el vuestro. Vamos, amigo, dad lugar a la razon para que por la senda de la experiencia, llegue al fin dicho del conocimiento, que con esto es facil descartar la pena q os maltrata, porque no haze herida la cong oja, quando se conoce la causa tan contraria a la razon. Con esto acabò de raz onar el amigo; dádole lugar a que Carlos, con principios de reconocido, le dixesse, que aunque la amorosa passion le fatigava, la medicina de la ingratitude le dava alientos para curar su voluntad doliente. El sentimiento (como vos dezis) es natural; pero dando lugar a la razon, pienso des-

fogar el fuego de mis ansias en la elada esfera de lo ingrato, con que aunque mas me hiera la voluntad con memorias del cariño, me despicare con la experiencia del termino infeliz de mi vicioso amor. Mudar de gusto me conviene; barajar el naype me importa, para que con contrario alimento renueve a mejor vida mi constante; si mal pagada voluntad. Con este ultimo acento se salieron los dos en busca de la conversacion, donde hallò Carlos nuevos desengaños en varios sucesos del vicio, que todos remataban en ingrata correspondencia, aviendo sido su principio vna voluntad rendida, aun dulce, si sabroso embeleso. De todo echò mano Carlos, porque vn bien acuchillado, de todo se vale para el reparo que pretende; de que resultò, q Carlos se asegurasse mas en su terminacion con dar de mano a la còvalecencia del achaque de su mal correspondido afecto; con que sin responder a Doña Maria procurò muchos dias røper la cadena del cariño de su voluntad, preten-

diendo la libertad del cuello, ò con que pretension se hallavn coraçon asido a la cadena del amor torpe ! pero con que dificultad se deshaze del duro lazo ! Bien puede escarmentar el mas atento , si puede aprender a huir el mas cuidadoso.

No era menor el ahogo con que D. Maria lidiava en la palestra de su nuevo empleo, pues aunque en lo público su esposo procurava acreditar el gusto con que vivia, en competencia de su esposa lo desazonado del alma se le conocia en los ojos, porq̃ es engaño manifestado querer ocultar a los ojos lo q̃ siente el coraçon; no obstante igualmente obrava con su esposa en las atenciones del cariño; pero aunq̃ estas divertia algo de la passion interior, reventavã en traidoras apariencias, malrebozadas simulaciones. Estas mudas señas de su malla obligavan a D. Maria a tratar solo de enamorar a su esposo, pero con tan mala fortuna lo executava, que aunque era correspondida en lo forçoso, tratava ya Don Fernando de sacudir el yugo de

su cuello: huia ya todo lo que podia de su asistencia; recelavase del tiempo que llegava a los ymbrales de la noche, que era el que le acercava al tálamo tan apeteçido; reusava la amorosa coyunda; renia al fin los cariños de su esposa, como zoçobras de vna pena. O que facilmente se haita el apetito del vicioso ! que novelero es su amor ! que veleitosa su voluntad ! Quié tal imaginara de los excessos del amor de Don Fernando ? quien tal dixera de los estremos de su voluntad ? quié adivinara tan desflastrado fin en vn amor que apenas se le conocieron niñezes, porque siempre fue gigante ? O infame vicio ! ò torpe liviandad ! ò villana locura !

Como asustado, ò fuera de si andava Don Fernando, sin saber el rumbo que tomar en el viage de su pretension. Verasí casado, ajada su calidad tras el mal barato de su hazienda. Consideravase ligado a la infame coyunda de vna muger de mal trato, sujeto a los amores de vna vil hermosura, sin hallar forma como salir de aquel lazo en que

que le enlazaron sus locos
aperitos. Todo le causava
ruidoso aparato a su imagi-
nacion; con que desesperado
en dar forma para su alivio,
diò cuenta del aprieto en que
se hallava a vn pariente su-
yo, que era muy dado al due-
lo de la honra; el qual le afeò
lo hecho, de manera, que puso
el coraçon de Don Fernan-
do en mucho peor estado del
que tenia, porque le borrò del
alma toda la llama que pu-
do quedar del incendio de su
amor, introduziendole ver-
gonçosa rabia, vengadora fu-
ria de la necedad, que causò su
desbaratada locura; pero no
obstante el encono en q̃ le pro-
curò introducir el pariente,
hizo Don Fernando diligen-
cia con algunos Letrados, to-
mando su parecer, acerca de si
auia alguna nulidad dirimen-
te en su matrimonio, para salir
de aquel ahogo. Muchos fue-
rò de parecer q̃ si, porq̃ miravã
a q̃ se siguiesse pleyto, porque
a larga demanda letradorico.
Otros mas estadistas davã me-
dios, pero todos en contra del
sosiego de D. Maria; la qual
sin saber desta tempestad que

la aménazava, viuia temero-
sa de los refabios de la nave
de su fortuna, porque aun-
que Don Fernando procura-
va darla a entender que vi-
uia gustoso con su trato, pero
por instantes la dezia el alma,
de que trazava su amante; la
qual no tenia en valde su co-
raçon; pues apretado Don
Fernando del horror que le
causava su infamia, de los
baldones que yale davan sus
parientes, y para mayor tor-
cedor de vna boda que le
tratavan sus mayores, igual
en calidad, en hazienda,
con mayor dote de hermo-
sura, si se desesperò para tratar
de sacudir este pesado yu-
go, sin dar a entender al
mundo su desacierto. Pro-
puso a sus parientes su in-
famia, dandola nombre de
hechizeria, por cuya cau-
sa no pudo refrenar su vo-
luntad. Consultose el caso en
consejo interesado, donde as-
sistían por consejeros los que
observan leyes del duelo, que
es lo mismo q̃ del Demonio,
sin acordarse de los preceptos
de la Ley de Dios. Fue còde-
nada D. Maria a muerte, sin
aver

aver delinquido en el hecho en mas que aver dado oídos a vn loco de apetitos, que no es pequeña culpa si se juzga en el tribunal del entendimiento. Fue la sentencia executada por medio de vn bocado de veneno, con tan ajustada proporción, que al tercero dia destrozò la flor de la hermosura, buelta en friol cadáver de belleza.

En este tiempo vivia Carlos en Segovia, sin atreverse à bolver a Madrid, porque como los trabajos de el vicio le tenian tan medroso, como escarmentado, huía las ocasiones del despeño. Pero como Dios ya le còrava por vno de los suyos, le puso en la ocasión para que le sirviesse. Ofrecióse que corrian toros en Madrid, cuya fiesta quiso gozar su amigo el Segoviano, con con que le obligò a que le hiziesse compañía: revsò Carlos la jornada; però como su amigo tenia gusto en ello, fue fuerça conformarse con su voluntad. Hizose la jornada con toda comodidad, con que llegaron a Madrid sin los açotes de los ahogos del Sol. La no-

che antes de los toros la tuvieron en la plaza, donde la multitud de musicas chavacanas, en compañía de cortesanas asistencias, entretuvieron los forasteros andantes. A la mañana, el encierro les hizo plato al gusto. A la tarde, con valientes, si diestros rejonos, executados en la bravosidad de las fieras, solemnizados cò populares victores, entretuvieron el tiempo a los mirones; solo Carlos con el achaque de melancolia faltava al aplauso de tan aparato la alegria porque si el alma adolece, no hazen efecto las medicinas. En la cera, cercana donde Carlos estava, alcançò à ver a Doña Maria, que profetizando su muerte, se entretenia en la fiesta con suspiros. Cargada del torpe humor de sus rezelos, no atendia al ruido aplauso del festejo, porque solo mirava al Cielo, à quien pedia valor para sobre llevar tantas desdichas. Condoliose Carlos con el triste semblante de su amada prenda: claro està que su voluntad aun no bien convalecida, juzgaria eran lutos por su amor; pe-

pero à la verdad, no eran sino torcedores de sus presàgios. Tan embebida estava Doña Maria en su profunda imaginacion, que no reparò en que Carlos la mirava, aunque una dama, que a su lado estava, en cuya casa se solia ver los dos amantes, lo reparò; pero por no darla mas pena, no se lo advirtió a Doña Maria, hasta q se acabò el concurso. A que respondió: Estè muy en hora buena Carlos, pues merece essa dicha al Cielo, quando yo esta pena por necia desvanecida. Acabaronse los toros, siguióse la noche, en la qual la dixo Doña Maria a su amiga: Mañana se và Don Fernando à Toledo, no quisiera, que à titulo de su ausencia, se atreviera Carlos a entrar en mi casa, con que me ocasionarà nuevas desazones con mi esposo. Por vida tuya que le avises, que no trate de memorias pasadas, que bastan mis penas, q le suplico no me ocasione pesares. Además, que èl avrà ya mudado de color, con que no será necesario encargarle que no me vea; pero aunque yo lo puedo sentir por el cariño q le he tenido, no me quejarè de su correspondencia, pues èl ha cumplido como quien es, aunque yo en todo he sido la culpada. No hablemos en esto (la respondió la amiga) que da pesadumbre; hablemos en los toros, que fueron buenos, assi a pie, como a cavallo. En esta platicala hallò Don Fernando, que bolvia à cenar, con determinacion de executar la mayor maldad que inventò la malicia humana. Despidióse la amiga, trataron de cenar, sacando Don Fernando de los bolsillos por postre dos bocados de dulce, de que comió el uno, dando el otro a su muger desgraciada Doña Maria, que le comió. Acabòse la cena, trataron de acostarse; hizo se assi; levantòse Don Fernando antes de amanecer; despidióse de su Esposa Doña Maria, con que montò a cavallo para ir a Toledo. Aquella mañana se levantò Doña Maria a la hora que acostumbrava, al parecer buena, con salud, aunque su mal humor no la dava lugar a que se alegrasse. Llegò el tiempo de comer, en que apenas gustò de la

vianda, porque se sintió congojada, de que la resultò vn mortal desmayo. Turbòse la casa, llamaron al Medico, que la hallò con vna gran calentura, sin atreverse a hazerla beneficio alguno hasta el otro dia, juzgando ser fimara que la duraria todo aquel tiempo; pero llegó al tercer dia, en el qual (ò buen Dios, que piadoso que sois!) se le antojò à Carlos, muy acaño, a visitar a la amiga de Doña Maria; buscòla en su casa, respondieronle, que estava en la de Doña Maria, que avia tres dias que adolecia de vn accidente peligroso. Tocòle al coraçon a Carlos la noticia que le dieron del peligro de la vida en que estava Doña Maria, porq̃ aunque domesticado con encantamientos, olvida tarde el q̃ bien quiere. Sin considerar el peligro à que se ponía, porque no sabia la ausencia de Don Fernando, se determinò a visitar a Doña Maria en su casa, que fue a tan buen tiempo, q̃ topò a la amiga de Doña Maria al umbral de la puerta, la qual, sin mas reparo, por alegrar a la enferma, le introdu-

xo en su quarto. No gustò poco Doña Maria, de que Carlos atropellasse dificultades por asistirle en tiempo que faltava Don Fernando de su casa. Algo se alegrò la desgraciada dama; pero como su muerte caminava à largas jornadas, fue la alegría de passo. Su madre estava fuera, con que Carlos la pudo hablar sin embaraço. Ya el violento veneno obrava su efecto, pues Carlos apenas conocia a Doña Maria por lo disfigurada que la tenia el accidente. Tomòla el pulso, que no le pareciò bien. Dios que obrava en aquel aprieto con su suma misericordia, le enseñò a Carlos, que hiziesse el oficio de Religioso advertido, diziendola a Doña Maria con vn espíritu lleno de divinidad: Amiga, aunque mi voluntad ha sido tan viciosa, Dios que es fiel Padre me la ha mudado en esta ocasion para el bien de tu alma. Los accidentes de tu achaque son peligrosos: sino te has cõfessado, trata luego de ponerte bien con Dios, porque la medicina del alma es la mayor

yor curacion que puedes sollicitar para tu vida humana. Perdoname si te molesto, por que como te quiero cō veras, puede en mi mas los bienes. q̄ deseo grangearte de la gloria para siempre, q̄ la defazon q̄ te puedo ocasionar en la tierra. Tan a tiēpo fue hecha esta diligencia de Carlos, q̄ movida Doña Maria del auxilio superior, incorporandose en la cama, buelta a vn Santo Christo, con voz clara, le dixo: Ya vos sabeis, Señor, las vezes q̄ he pedido vn año ha à mi madre la medicina del Sacramēto de la Penitencia, mis pecados son de calidad, que hancerrado la puerta a su conocimiento para negarme este bien, de q̄ apelo a vuestra misericordiosa bondad; suplicādoos, q̄ no permitais q̄ se pierda mi alma con accidente tan infeliz, teniendo en mi abono tanta sangre vuestra derramada en esta Cruz por mi remedio: valgame, Señor, en esta hora, para q̄ me salve. Y buelta à Carlos le dixo: Amigo, no solo no disgusto del cuydado q̄ tienes de la salvacion de mi alma, sino q̄ cō todas las veras

q̄ puedo, te suplico metraigasapriessa vn Cōfessor, antes q̄ mi madre buelva, que embarrace mi dicha. Sin darla alguna respuesta baxò Carlos en busca de vn Padre de la medicina de la Gracia, a quien encaminò Dios, q̄ era el que diligēciava con su infinita bondad el remedio de aquella alma. En baxando Carlos al zaguā, que asomò a la calle, topò cō vn Religioso amigo suyo, à quien al punto hizo subir al quarto donde enfermava D. Maria, à quien confesò cō todo solsiēgo, quedando muy consolada la enferma, la qual con grādes ansias pidiò le ministrasse el Sacramento de la Eucaristia, por q̄ sentia era llegada la hora de dar quenta à Dios de su viciosa vida. Carlos, q̄ era el ministro de Dios en este aprieto (que tambien sabe Dios valerse de los pecadores para el biē de las almas redimidas cō su sangre) salió à toda priessa a avisar a la Parroquia, encontró con el Medico en la escalera, bolviò cō el a certificarse del estado de la enfermedad. Tomò el Medico el pulso, pareciòle bien que

que comulgasse; pero advirtió que no era el peligro tan de priesa, que bastaria que fuese a la noche, porque no dava tanta priesa el achaque, que queriendo Dios, no era de muerte, que procurasse sossegar la enferma, que hazia grã calor; con que ni los Sacristanes, ni el Cura estaràn en disposiciõ de venir tan apriesa; ademàs, que no nos apresura el accidente. Aunque la seguridad con que el Medico hablò, podia sossegar a Doña Maria; pero no fue asì, porque como sentia la violencia del veneno que la avia dado Don Fernando, hazia grande instancia para que la diessen el Viatico. Carlos, junto con el Religioso Confessor, aprobavan su pretension, à tiempo que llegó la madre de fuera; la qual como loca clamava, diciendo, que dexassen a su hija, que no la fatigasen con memorias de la muerte, que lo que el Medico dezia era lo cierto, que se fuesen de su casa. O barbara infiel madre! Aunque los gritos de la madre podian turbar al mas sufrido; pero Carlos, y el Con-

fessor, con los demas circunstantes, la procuravan entrar por camino. El Doctor enfadose, con que se fue. Doña Maria clamava al Religioso; pidiendole, que no la desamparasse. Tambien pedia à Carlos fuesse por los Sacramentos. La turbacion en todos era grande; pero el Confessor, sin embarçarse, la procurò ayudar en aquel trance. La madre viêdo que iba de veras aquel hecho, fueron tales los gritos que diò, que obligò al Religioso a asirla de vn brazo, con que la echò fuera del quarto, para que con mas desahogo pudiesse, en compaõia de la amiga, con otra hermana que la asistia, alentar a Doña Maria para el viage, que por instantes aguardava. Bolvió Carlos con el Cura, que de secreto le traia todo el bien de los Sacramentos, los quales recibió Doña Maria con grancõsuelo, dando gracias à Dios por las misericordias, que avia vísado con ella en la disposiciõ de la salvacion de su alma. Sossego se Doña Maria con el consuelo que Dios le avia dado de sus Sacramentos; pe-

ro dentro de vna hora diò su alma a Dios, que la criò, que la avia redimido con su sangre, y tambien cuydò de que no se perdiessè. Apenas murió Doña Maria, quando las señas del veneno se le conocieron en la cara: quedò tan negra, tã horrible, tan fiera, que atemorizava al mas valiente coraçon.

Retiròse Carlos a casa de su tío, donde con la consideraciõ de aquel horroroso espectaculo acabò de escarmentar, leyendo la tragica historia de su vida en el horrible quaderno de la muerte de su dama, en q̃ hallò materia de varios escarmientos, que le obligaron à descartar el vicio amoroso, q̃ con varios trabajos le oprimia. O feliz hõbre, q̃ engolfado en el pielago proceloso de la liviandad, donde passò tan peligrosas borrascas de peligros, sin arèder a virar la proa à tierra del descanso, pues go vernava el timon de sus acciones, el barbaro piloto de su apetito, oy se halla a fuerza de escarmientos, guiado del amor de Dios en el feliz puerto de arrepentido! Bien lo cõ-

siderava Carlos a sus solas, sin dar noticia a nadie del suceso. Vnas vezes pavoroso de la muerte de su amada preñada, le sacava el coraçon a los ojos, deshecho en lagrimas funestas. Otras alegre, si gozoso, dava gracias a Dios, de q̃ Doña Maria lograsse su salvacion por medio de su agècia. Otras, mastemeroso, dava buelta a los lances de su estragada vida, con que se avergõçava de lo reacio que estuvo a las aldabadas con que Dios avia llamado a las puertas de su conciencia, sin que jamàs diese oídos al llamamiento de Dios, como si su alma no viviera en la casa de aquel cuerpo. De todo echava mano su dichosa consideracion, proponiendo la enmienda, tratado de mudar de vida con retirarse a la soledad segura de vna Religion, donde pudiesse con mas desahogo violentar su barbaro natural. Con este intento se retirò a los montes de Toledo a su primer cuna, donde gastò algùn tiempo en tomar acertada resolucìon. Vna tarde que diò al ocio, porque no se le olvidasse la

muer-

muerte de su dama, espejo
donde mirava su desahogada
vida, escribió este Soneto al
pie de la muerte, con la verda-
dera efigie de su dama, q̄ to-
do el dize su vida cō su ahogo.

*Piloto mal seguro, aunque contento,
la mar surquè inconstante de mi vida
en la endeble barquilla, que oprimida
tropezaua con peligro en cada aliento.
En calma me quedaua, quando al viento
de tanta inspiracion era impelida,
que mucho si al deleyte conducida
despreciaua el fanal entendimiento:
Solo era mi apetito el norte cierto,
que mi loca passion ciego guiana,
ò quanto un ciego, que otro guia, yerra!
Hallé en el desengaño cierto puerto,
pues quando mas seguro çoçobraua,
me llamaua la muerte, tierra, tierra.*

En retirados exercicios
pafsò Carlos dos años en la
soledad de los montes de To-
ledo, sin treverse a bolver a
Madrid asombrado de la fa-
talidad de la muerte de Do-
ña Maria, la qual traia por des-
pertador de la memoria de su
vida. Dichoso el, que avia si-
do tan feliz, que fue diligente
ministro de la salvacion de su
dama, y que se valia de su me-

moria, no para lastimoso es-
traño de su conciencia, sino para
mayor torcedor en el examen
de sus culpas.

CAPITULO XXXI.

*Aprietanle mas à Carlos los
desengaños del mundo.*

LA muerte de Doña Maria,
como se ha visto, ocasionò
la ausencia de Carlos de la

caja de su tio, de que resultaron notables defazones al venerable Prebendado, siendo sus muchos años causa de grandes males, como tambien lo fueron de su muerte; porque como la ambicion es mal frenetico de parientes, y como los del anciano tio gozaron siempre dellos, porque el fue toda su vida padre de todos, como le veia en mayor edad, quisieron desposseerle en su vida de lo que les parecia se les debia en la muerte. Fue facil conseguir su pretension, porque la vejez es muy parecida a la puericia, que con la aņegazamenor del cariņo, se reduce a la voluntad de el que le engaña. Como Carlos faltava dellado de su tio, no tuvieron los ambiciosos parientes quien les hiziesse oposicion, con que vnida su maldad, asseguravan el fin de su pretension: no obstante, como eran tropas de ambiciosos, se dividieron en dos encontrados bandos, que cada vno agenciava para si solo, procurando, que quedassen sin parte los demas. A buelta de esta ambiciosa chusma entra-

van otros, que aunque no eran parientes, lo parecian en la codicia de entrar a la parte en el saco de la hazienda de el pobre Cavallero, a quien se leavia muerto vn sobrino, de quien avia hecho confiança, a costa de gran parte de su hazienda, pues le destruyò mas de lo que es imaginable; pero como sus padres le dexaron grueso patrimonio, la prebenda era de considerable renta, aunque todos tiravan al blanco de su hazienda, huyò para todo. Apenas acabò la vida el sobrino que le asistia al noble Prebendado, quando los hermanos de el muerto puestos en ala en còpetencia de otros, trataron de despojar al venerable anciano de todo su caudal. El vno con vn enredo le quitava los papeles. El otro con vna zalema la plata. El otro la escritura de censo, la hazian poner en su cabeça con vn engaño; al fin todos a vna, a quien mas habilidad tenia de robarle, le iban desnudando al santo viejo. La mayor diligencia, y cuidado

en que pusieron todo su empeño, fue apartarle del cariño que tenia a su sobrino Carlos, dándole a entender lo dis traído que avia sido en vicios amorosos, los lances tan peligrosos que le avian sucedido tan a costa de su quebranto, la sequedad de su natural; la entereza de su condición, con quien al fin ninguno de ellos hazia vaza, porque à ninguno dava lugar que la hiziesse. Tan gran batería le dieron por este lado al buen Cavallero; que estando determinado a escribir a Carlos para que le viniesse a asistir, le obligaron a echar mano de otro sobrino, para que governasse su casa. A pocos dias fue tal el destrozo que hizo en la casa de su anciano tio, que le obligò à procurar mudar de gobierno. Los demás parientes que estaban a la mira, ostigados de la sobervia, ambicion, que el loco administrador tenia sin hazer caso de ellos, instaban en que le rebocasse el poder para darsele a otro. Embarazada se viò la anciana bondad con la tropelia de tantos

pretendientes, pensò como quien no tenia malicia, aconsejòse con quien pretendia ser interesado, con que errò la senda que iba al fin que deseava, dando en el despeño de su mayor perdicion.

Introduxeronle vna harpia, maliciosa fiera, dama preciada de hermosa, contenta de aver nacido en el mundo con tres maridos en baraja, quedándole vno por descartar, con algo de santiguar con mucho de embeleco. Tan buena maña se diò la señora, que siendo así, que era persona à quien jamás el tio de Carlos avia visto, ni tratado; pero por medio de vn primo suyo, asistente de la casa de el pobre Cavallero, la introduxo con su marido al manejo de toda su hacienda, sin quedarle algun dominio. Los medios para llegar à esta altura, fueron dadivas cortas a los criados de casa, con promesas largas. Con esta bien afortunada agencia se entronizò en el mando, donde al punto tratò de sacudirse de todo aquello que la podia embaraçar en la permanencia

cia de aquella rendida plaza. Negò las obligaciones al primo ; maltratò los criados de palabra para que se fuesen ; cercenò las raciones a los esclavos para que huyesen ; puso tassa en la mesa del señor ; cerrò la puerta a la comunicacion de los parientes , entendiendo ser todo necesario para mantenerse en la Monarquia a que auia ascendido. Estas malas correspondencias de la dama gobernadora con su marido, obligaron a toda aquella cateria de ambicion a levantar el grito , solicitando con toda diligencia la ruina de aquel tirano imperio ; pero como el tio de Carlos vivia ya medroso à fuerza de sus años , no sacaron de sus agencias mas que nuevo encono contra la gobernadora dama , que con gran satisfaccion, les dezia : Mientras yo asistiere a este Cavallero, ninguno de sus parientes ha de entrar en su casa , y asi como lo dixo lo cumplió. Las befas que les hazia eran sensibles , la falta que sentian de la casa de el anciano

Prebendado era grande, con que trataron de ingeniar se para salir con su intento , el qual solo con que Carlos en quien pasieron los ojos, quisiese venir a asistir a su tio, era poderoso a derribar aquel padraastro , que tan hajados los tenia a todos. El primo de la dama gobernadora tomó por su cuenta la agencia , escribiendo en nombre de todos a Carlos , pidiendole viniese a sacar a su tio de aquel tirano dominio, que no se escusasse con las malas ausencias que le auian hecho , que les perdonasse, que reparasse la infelicidad de aquel pobre Cavallero, quemirasse por el bien de todos , acabava con grandes sumisiones , que es la aëganza de los pretendientes. Recibió Carlos la carta , a que respondió estar en desgracia de su tio , con que no podia tomar la mano en el desempeño, que si su tio se lo mandasse no faltaria a tan precisa obligacion ; pero que no le imaginava en tanto aprieto , pues sabiendo que le estimava como a padre , lo le

mandava como à hijo, que si su tio gustava, ya sabia que le tenia alli a su obediencia. Con esta carta desconfiaron todos de la venida de Carlos, no obstante el primo de la dama gobernadora, no se diò por vencido, apelò para la amistad de vnas primas de Carlos, con quien se avia criado, estimandolas como a hermanas, obligòlas a que le escribiesen

algunas veces; pero a todas respòdiò Carlos en la misma cõformidad que la primera, con que desatinava el ambicioso primo, aunque en año y medio no desfalleciò buscando medios para conseguir su pretension; pero ninguno aprovechò, solo la ambiciosa tirania de la dama, y su marido puso en tal aprieto al tio de Carlos, que le obligò a escribirle esta carta.

Hijo, mis pecados son tan graues, que en castigo dellos me ha dado Dios tanta vida, para que en este tiempo tan dilatado pague algo de lo que deuo por mis culpas, pues no es solo el castigo algunos trabajos con muchos años, sino conocer ingratos, siendo fuerça tratarlos, pena de auerme olvidado del agradecido, de que me resulta, al parecer de mi cortedad, ser impossible atraerle à mi socorro. Este, hijo, està en vuestra mano, venios luego, que espera con vuestra asistencia, cobrar la perdida salud, con salir de el abogo en que me ha puesto mi vejez. Dios os guarde, y os traiga presto con bien, como desco.

Vuestro tio.

Recibiò Carlos la carta de su tio, y como la obligaciõ en vn pecho agradecido, al menor reclamo se obliga a obedecer, al punto tratò de dexar el sosiego de la vida que tenia para poner sobre sus ombros la carga del cuydado de amparar a vn delvalido. Aco-

modòse con vn rocin de campo que tenia, en que llegó à Madrid con dos horas de noche al siguiente dia, en que no quiso a aquella hora inquietar a su tio, con q se fue a casa de vn amigo, dõde sossegò hasta la mañana, que informado de sus primas, se fue a casa de su

tio.

ria, con cuya entrada hallò algun genero de dificultad, pero todo lo allanò su mañá. Recibiòle el santo viejo, todo bañado en lagrimas de gozo, sin hartarse de tenerle entre sus brazos; porque se prometia con su asistencia todo buen suceso en el fin que deseava de su consuelo. No se atreviò el venerable anciano en aquella primer vista de su sobrino Carlos, à desatar el lazo con que su prudencia tenia recogidas sus penas, porque como su ancianidad estava tan medrosa de la tirania de su mayordomo, temiò, que los que le asistían le entendiesen su determinacion; pero para desahogar su pecho con desahogo, con quien estimava, le dixo a Carlos: vamos a Missa hijo, que luego hablaremos. El tirano administrador quiso acompañarlos con gran empeño, pero no lo permitiò Carlos, que con resuelta urbanidad le dixo, que el solo bastava para acompañar a su tio, lo qual se hizo sin que los acompañasse nadie; fueronse ambos a dos a vn Convento cercano, donde

oyeron Missa, que acabada le dixo su tio a Carlos, que entrasse en el claustro, donde en vna capilla desfogò el anciano paciente la pena, que con prudencia reservava en el pecho. O espejo del mundo! fiel historia de lo q̄ el es! pues quien se viò en èl en la mayor altura del poder, llora su abatimiento, y se lamenta de la vil sugesion a que le ha traído de vna vil muger, de vn tirano curador! Con lamentable congoja le hizo relacion a Carlos del trance en que le avia puesto su fortuna, pues pareciendole mejor medio para su sosiego el de vn criado, para que manejasse su hazienda, avia sido su mayor ahogo, pues estava rēdido a vn ingrato criado cō vna muger liviana. Rematò el venerable Prevendado, con que era tal el estado a que avia llegado, que le cercenavan el bastimento quotidiano, con tanta demasia, que desfallecian sus fuerzas con el peso de tan gran miseria; que le pedia, como a hijo, que como a tal le avia tratado toda su vida, le sacasse de aquella miseria,

tratando de reducir su hazien-
da à estado que pudiesse dis-
poner della en el fin de su vi-
da, porque la muerte, ya se
acercava cõ sus años, embuel-
tos en tantas penas. Con mu-
chas lagrimas acabò el tío de
Carlos la narracion de sus tra-
bajos, obligando a su sobrino
Carlos a discurrir como exe-
cutar sin ruido la voluntad de
su tío, prometiòle tomar reso-
lucion para acabar con sus cõ-
gojas. Bolvióle a casa, donde
quiso su tío que se quedasse a
comer con èl, escusose Carlos,
con que era fuerça ir a co-
mer con su amigo, temiendo,
que viendole ya en amistad
con su tío, executassen en la
comida, lo que a pocos meses
executaron con otros, sabien-
do que tambien deseavan aca-
bar con su vida. Despidiose
de su tío, bolvió a comer con
su amigo, donde asistió has-
ta echar de casa aquella infa-
me canalla.

Cuydadoso anduvo Car-
los algunos dias, pensando co-
mo devia ajustar materia tan
vidiada, porq̃ su tío, ni que-
ria que saliesen de casa, ni
quitarles el poder, porque

dezia era quitarles la reputa-
cion en que estavan, q̃ el buen
credito era la vida del hom-
bre; y así no se atrevia a rom-
per con aquella gente, de ma-
nera que los señalassen con el
dedo en el mundo. Tampoco
querria, que Carlos les diesse
a entender el mal trato que
le avia hecho a su tío; al fin, co-
mo temeroso de Dios, con tã-
tos años, todo le parecia, que
era ofensa del proximo, que-
riendo mas padecer, q̃ maltra-
tar justamente a su ministro.
Embaraçado se via Carlos cõ
la impertinencia esculpida
de su tío; doliale el trabajo
en que estava, pero no se atre-
via a romper por no aumentar
pesares a su tío. Tentò Car-
los el vado con prudencia,
procurò obligarlos con cor-
tesias; pero como el ingrato
tiene el pecho de azero, no ha-
zian efecto violencias racio-
nales de amistad. Con estas
medicinas lentivas passò Car-
los contra toda su voluntad
algunos dias, en los quales los
irgratos administradores, te-
miendo el justo despojo por
medio de la maña de Carlos,
trataron de despojarle de la

vida antes que el los echasse de casa. O inhumana maldad del ingrato! Cruel empeño de la ingratitud! Como Carlos no comia, ni dormia en casa de su tio, salia, y entrava à todos tiempos. Entrò en vna ocasion en que hallò al pobre viejo rebozado con su capa, que aunque era en Octubre, dava à entèder que tenia frio, como de hecho lo tenia, por que preguntandole la causa del rebozo, le respondiò, que tenia frio: pues calentarse, respondiò Carlos, baxen el brasero con lumbre; a que respondiò el paciente anciano: Bien me holgara, pero puede ser q no la aya: aguarde vñessa merced, que si harà, dixo Carlos, llamò a vn esclavo, mandòle que subiesse al quarto, de la dama administradora, a quien dixesse de su parte, mandasse que se encendiesse vn brasero para que se calentasse la ancianidad de su tio. Bolviò el esclavo con la respuesta, que fue, que nò avia lumbre. Enfadose Carlos, sin poder refrenar su enojo; subió al quarto alto, donde encontrò con la inconsiderada administrado-

ra, a quien con toda cortesia, aunque agria, la dixo su sentimiento, obligandola à que mas por miedo, que por voluntad respondiesse, que ya avia mandado, que se encendiesse el brasero. Con esto baxò Carlos a donde estava su tio, donde a poco rato baxò la criada con el brasero lleno de asquas, a cuya calor se arrimò el necesitado, anciano para calentarse. Arrimado estava Carlos al bufete donde se puso el brasero, a tiempo q bolviò la cabeça a mirar que ruidose hazia en la calle, mientras tanto, la criada que avia traído el brasero, echò vn sahumerio en el, con que se retirò a su quarto. Bolviò Carlos la cara, en que recibió grã parte del humo, de que le resultò privarle de la vista, dexandole sin sentidos, con vn calenturon tan vehemènte, que no sabia de si. Su tio con la fuerça del sahumerio se dexò dormir, casi privado de todos sus sentidos, quedò Carlos sin saber que hazerle en lance tã apretado, donde peligrava su vida, sin poder quejarse de el homicida, porque la causa fue

el humo que pasó, con que no se podia justificar el delito, y ni aun para la queixa dava lugar su efecto, solo la tuvo Carlos para buscar remedio a tanto mal, que aunque sus primas lo dificultavã, juzgandole por imposible, pero el deseo natural de cõservar la vida, alètò el desmayo de Carlos para agenciar remedio, el qual hallò en la ciẽcia de vn Medico, q̃ sin ser de los primeros en opinion, fue el mas acertado en la cura de vn mal, cuyo principio quedò solo al discurso imaginario para procurar el acierto del remedio. Informòle Carlos del hecho, con los repẽtinos accidentes; el informe fue cõtìpo, pues antes de dos horas yã el Medico trataba del remedio, aplicando etros sahumerios, q̃ fueron tan efectivos, q̃ aunq̃ quedò Carlos como aturdido por vnos dias, pero sin accidẽte alguno, q̃ le molestasse, diò gracias à Dios por el buen suceso, assegurãdo seguir la derrota que avia elegido para servirle.

Comò el anciano, tio de Carlos, avia aprehẽdido que era causa esculpulosa la de-

terminacion de echar de casa à los ingratos administradores de su hazienda, porque entendia que era quitarles el credito, q̃ era la vida mas preciosa. No acabava Carlos de ajustar el sosiego de la casa de su tio; a q̃ se añadia la inquietud de su natural, q̃ à cada passo topava con ocasiones q̃ le incitavan a la vengança del conocido intento de quitarle la vida: causa muy notable, con q̃ su conciẽcia se inquietava. Quiso bolverse à su retiro de los mõtes de Toledo; pero embarazavale la noble fuerça de la caridad q̃ devia exercer cõ quiẽ le avia criado con tanta atencion como si fuera su padre. Inquietavale el demonio con los brios de su corage, proponiẽdole ser cobardia vergõçosa el sufrimiento q̃ tenia, pudiẽdo acabar cõ el acero, lo que con la Christiana politica no era possible. A esto ayudava la desvergẽça de los criados administradores, q̃ crecia, alẽtada de la humildad de Carlos q̃ aunq̃ cõ el favor de Dios se refrenava, pagava con cõtìnios desfallos y legos el merito de su Christiano proceder. O

infame cobardia del ingrato, q̄ se embarace al passo de la sufrida masedũbre del amigo de Dios! En este tiẽpo acaecierõ algunos delmanes graves entre los sirvientes de casa, cõ el barbaroadministrador, de q̄ al parecer de tõdos, resultò la muerte repẽtina de vn criado antiguo, muy favorecido del anciano tio de Carlos; accidẽte q̄ inquietò la paciencia del santo viejo, q̄ aunq̄ no diò credito al disque, diò lugar à q̄ su sobrino Carlosle hablasse cõ resolucion para q̄ tomasse forma en la disposiciõ de la poca haziẽda q̄ le q̄dava para vivir cõofiego lo q̄ le q̄dava de vida. Como el fin de Carlos era puesto en razon, aunq̄ su tio rehusava tomar nueva forma, no obstante Carlos procurò darle a entender la obligaciõ q̄ tenia à disponer su testamento, hablòle con gran resoluciõ diziendole, q̄ en buena salud era prudente exercicio disponer el testamento sin dexarlo para el tiẽpo en q̄ le podia baraxar su voluntad el accidẽte cõgojoso de vn achaque mortal, q̄ esta resoluciõ era santa, racional, con q̄ descansava, echando a vnlado el cuydado

en q̄ le podia poner en la vltima hora de su vida la execuciõ de su voluntad, q̄ no le embaracassen disques de los parietes, q̄ atendiesse a lo q̄ le pareciesse, q̄ era razon, q̄ no reparasse en lo demàs, y para q̄ por su parte no quedasse la execuciõ de vn negocio tan importante a su alma, hazia cesion de todo lo q̄ su voluntad le podia hazer merced en la persona q̄ gustasse futio, porq̄ para vivir sin necesidad le bastava la poca haziẽda q̄ sus padres le avian dexado en los montes de Tolèdo, ademas, q̄ por bien librado que fuesse de su liberalidad, mucho mas avia gastado el de su hazienda en el discurso de su viciosa vida, que se alentasse para hazer lo que devia a la seguridad de su conciencia, que era lo q̄ le convenia para acabar la vida con fofsiego. Con grã atencion estuvo el venerable Prevendado oyendo lo que su sobrino Carlosle dezia, en cuyas palabras diò alcance a la verdad de su coraçõ cõ la mudança de su vida. Agradeciòle el acertado consejo, prometiendole, que aquella tarde haria vna minuta para que

que al otro dia se otorgasse el testamento, dandole poder para que junto con vn primo suyo, a quien quedava por heredero, dispusiesen el cumplimiento de su postrera voluntad. Diò Carlos gracias a Dios por el buen suceso, pues sin violencia ruidosa se obrava lo q era razon. Al otro dia se otorgò el testamento, con que tomò Carlos la mano en todo. Mandò con mucha paz al criado administrador, que desocupasse el quarto, que ajustasse las cuentas, que todo se hizo muy brevemente, aviendo conseguido Carlos vn imposible, segun el sentir de su tio; pero donde el fin es puesto en razon, ayuda Dios para el acierto. Con el gobierno pacifico de Carlos tomò forma de sosiego la casa de su tio; pero fue por ocho meses, porque como la edad era mucha, los achaques continuos, los pesares demasiados en los vltimos años de su vida; con que el edificio de aquella anciana humanidad diò en tierra, dando fin a su vida con gran sos-

siego, que parece que aguardava Dios hallarle detembrazado de pesares para llevarle para si; aviendo recibido los Sacramentos de la Iglesia con suma paz, diò su alma a Dios que la criò.

Cuidò Carlos de el entierro de su tio, que se hizo con honrosa publicidad, como se lo devia Carlos, pues aunque no fue en darle el ser, fue padre en las atenciones con que le asistió toda su vida. Este fue vn golpe para el tierno coraçon de Carlos muy sensible, de que echò mano para perseverar en su nueva vida de la soledad, hasta que Dios le encaminasse con su auxilio al seguro puerto de vna Religion, para servirle con mas sosiego. Con esta resolucion cumplió con el novenario. Entregò a su primo los papeles que tocavan à la hazienda que heredava: instruyole en el gouierno de ella; prometiole documentos para el gouierno de su vida, porque la eleccion de la experiencia, es mas cierta que la que dà la ciencia de el discurso. Ajustando

Carlos lo que devia, se bol-
viò a su soledad, donde nos
da exemplar, para que ya
que le hemos imitado en los
vicios, abramos los ojos pa-
ra seguir sus passos, en apar-
tarnos del mundo, logrando

con su exemplo los bienes de
el que escarmienta de seguir
la senda de los vicios, profi-
guendo la virtud que tie-
ne por premio la gra-
cia de Dios con su
gloria.

F I N.



CARTA DE CARLOS EN DESPEDIDA

de la Corte, escrita à su primo, que entrò à heredar la hazienda de su tío.

A Migo, quando los sabios, y doctos amigos de Dios no me lo huvieran advertido muchas vezes, la razon me lo dictara, que las advertencias de los amigos, son las que con toda verdad descubren la fineza de la buena voluntad, porque en la observancia dellas, se logran los bienes del mundo, con la paz de la gracia de Dios.

Con esta verdadera inteligencia me he determinado à escribir, en la sazon que me aparto del bullicio de las gentes, obligado de la merced que Dios me ha hecho de abrirme los ojos del conocimiento, tomando por agentes de mi dicha los trabajosos lances de la borrascosa tranquilidad del mundo engañoso, con que dichosamente advertido me he retirado à esta Aldea, mi primitivo Solar, de adonde sali ciego, sin que mi vista racional diese alcance al furioso tropel de los trabajosos accidentes deste siglo, que siendo naturales en su ser, no nos persuadimos à creer esta verdad, con que los tenemos por accidentes; pero la experiencia nos enseña, como verdadera maestra, que la bonança del mar del mundo, es tempestad deshecha de continuas zozobras, y peligrosos afanes.

Amigo, mis letras no pasan de las primeras, pero mi experiencia de tantos años de obagos de ignorante moço, me obliga agenciado de buena voluntad, y de la propria sangre, à aconsejaros, para que nunca digais con verdad que errasteis, porque no huvio quien os advertiese. A un docto cortesano oí dezir que los

consejos para ser acertados, auian de ser de persona prudente, experimentada, y de buena voluntad en mi se halla la experiencia, y la buena voluntad, con que hallandose en vos la prudencia, lograremos ambos à dos el acierto en el obrar que deseamos.

La hacienda de nuestro tio que Dios aya, que aueis heredado, os aconsejo que no sea causa de vuestra perdicion, como en mucha parte lo fue de la mia, porque si yo no tuuiera con que lozanear, no me ballara con las ocasiones tan à las manos.

Tambien os aconsejo, que el hallaros sobrado, no os haga soberbio, porque la hacienda falta, y permanece el credito, desto os aconsejo que cuideis, procurando que sea de hombre modesto, con estimacion de verdadero, porque aunque la nobleza de la sangre acredita, el mal trato de la verdad infama.

Con toda buena voluntad os aduerto, que miréis con quien os acompañais, que no os arrastre la nobleza de la sangre, sino las religiosas prudentes obras de la virtud, porque estas ennoblecen à su dueño, y à los que le asisten, y faltando estas, sirue la nobleza sin ellas, de apellidar con notoria publicidad, la vileza de las obras del que las obra, aunque noble, con que desacredata à los que le asisten.

La modestia, y cortesania es llave maestra de los coraçones.

La lengua de cada uno, es el espejo en que se ve quien es cada uno.

El que siempre habla mal, que bien puede aguardar.

Quien es descortès, no puede ser entendido.

La virtud, la nobleza, y el ingenio lleuan el sobre escrito con la lengua.

La

Las palabras que no se parecen à la nobleza del coraçon, son torpes, porque las de los sentidos todas son indigestas.

Los presumidos de Sabios, les falta la prudencia, porque levanta à mucho mas el buelo de lo que les permite las fuerzas.

Escuchar al necio con paciencia, es trabajo provechoso, porque tanto se aprovecha aprendiendo à huir del mal, como se logra en la leccion del que enseña el bien.

Leccion prudencial es, que los que viuen entre hombres sean tratables, porque la soledad sin grande espiritu, es muy peligrosa pero tambien enseña la prudencia, que el trato no se ha de allanar tanto, que llegue à ser vileza. Estimacion propia sin figuradas, es la que con todo respeto noble conserva amistad.

De comidas, y bebidas os aconsejo con todo afeçto, que os escuseis, porque de un hombre estragado en demasiadas viandas, no se puede aguardar credito de noble, y prudente cortesano, porque con el exceso de la gula se halla casi todos los vicios chauacanos pareados.

La caridad con los pobres os encomiendo, y que sean los primeros vuestros criados, y conocidos, porque si la caridad bien ordenada, comienza desde el bienhechor. Vuestros criados y conocidos, son vos mismo, porque la voz del Abogado es la que acredita, ò maltrata la opinion del poderoso.

A titulo de caritativo, no os allaneis al trato con las pobres vecinas, porque aunque las armas de la caridad son de gran fortaleza, en el ardid de la ocasion asegura el demonio sus vencimientos.

Cortesarias con las damas, son permitidas deudas del noble abito cortesano, pero deuen ser con cuidadoso reparo de que no pasen del trato de la urbanidad cortesana, à agentes del apeto sensual.

Acertado serà en las fiestas publicas festelarlas separado del tropel del pueblo, porqu entre amigos cortesanos se goza de todo, sin el peligro que la multitud de la plebe suele traer consigo; pero el hazeise singular quando los amigos gustan que los acompañe, no lo tengo por acertado, porque la singularidad escandaliza, quanto obliga la urbanidad.

No os metais en hazer pazes entre dama, y galan, porque si las hazeis ofendeis à Dios, y sino ambos idos se quexan de vuestra agencia, auiendo vos ofendido al Señor.

Contentaos con la decente passada de vuestro honrado porte, porque es mas segura estancia carecer de poco, que el abundar de mucho, porque la decente cortedad trae consigo modesta cortesania con discreta urbanidad, siendo todo al contrario en la abundancia, porque engendra soberuia, codicia, auara condicion, con que aun para el mundo se haze aborrecible.

El cuidado que deueis tener con los ojos, os encargo, y en particular en los lugares sagrados, porque serà gran necesidad el ir a buscar la salud, y por la vista de vuestros mismos ojos agenciar el cuchillo de la muerte, para que os quite la vida.

El respeto à los Ecclesiasticos os encomiendo con todo afecto, y aunque alguno tenga imperfecciones de hombre, bastale el estado con abito de mayor perfeccion, para que le respeteis con todo rendimiento.

Aunque el desahogo publico del plebeyo obliga à que le co-

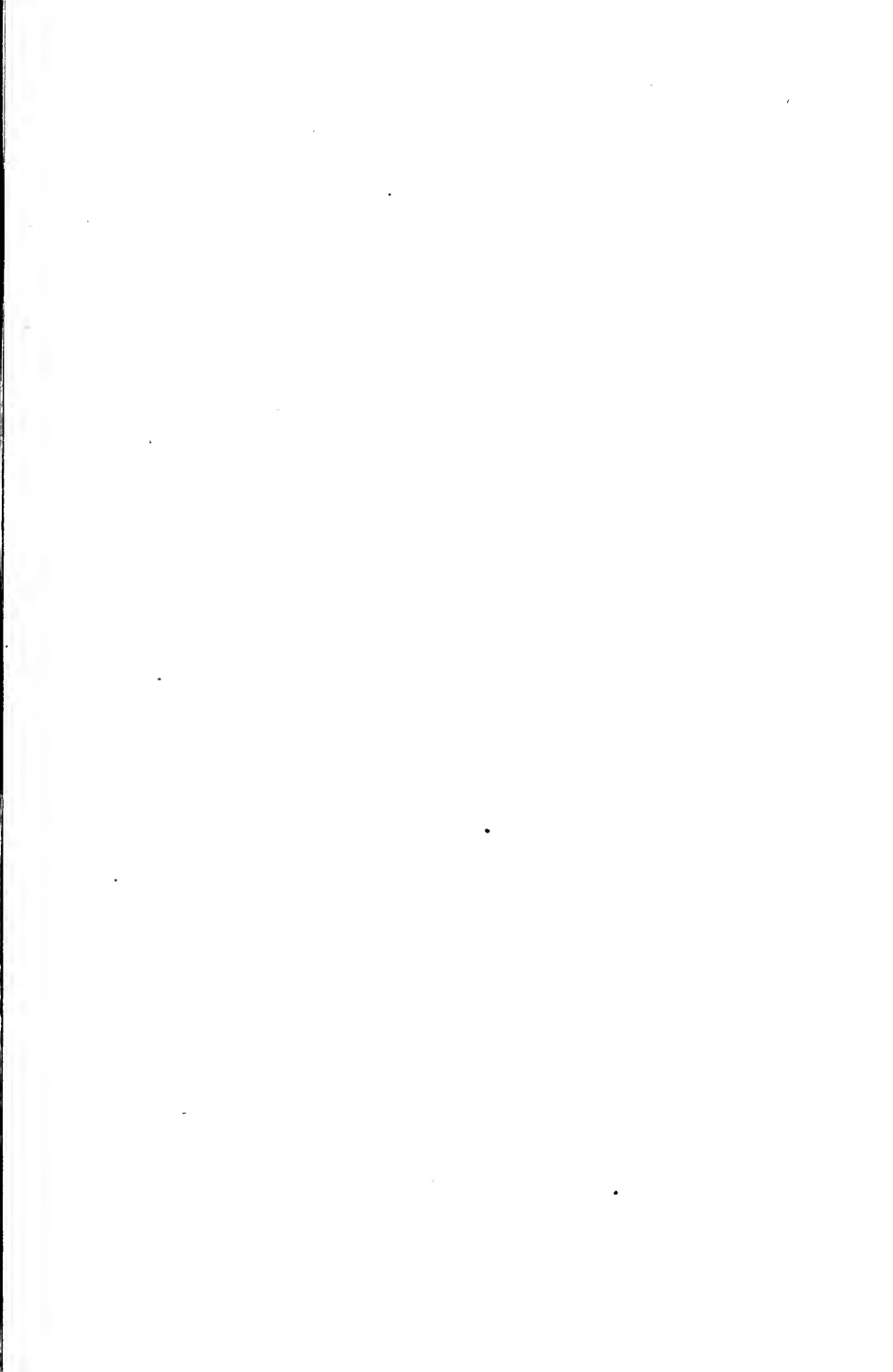
rri-

rrija el noble, no obstante, y si el delinquente no es de su familia, ni subordinado à su mando, no lo tengo por acertado, porque si el plebeyo es estragado no teme el rigor de la Justicia, es cierto q̃ perderà el respeto al noble, porque le enmienda.

Aunque el zelo del acierto es estimable virtud de la nobleza, imprudente locura es tachar las disposiciones del gouierno de una Monarquia, sin mas fundamento que el que propone el zeloso discurso, porque las tachas apasionadas, ordinariamente son descredito del mas fecundo entender.

No os quiero cansar mas, remato con acordaros, que amando à Dios, y al proximo acertareis en todo con seguridad de conciencia, y acierto en la Ley de Dios, que os guarde, como este vuestro primo, y amigo os desea.

Carlos.





LS
C 824t

260573

Author Correa Castelblanco, Rodrigo

Title Trabajos del vicio.

**University of Toronto
Library**

**DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET**

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

